

LECTULANDIA

R. SILVERBERG
G. WOLFE-J. TIPTREE

Cuando fuimos a ver
el fin del mundo



23
Lectulandia

Las más recientes creaciones de ciencia-ficción revelan un descenso del interés por la técnica en estado puro y un desarrollo creciente del análisis de las estructuras sociales. *Problemas reales, solución lógica* podría ser el nuevo planteamiento, en el que domina la deducción sobre la fantasía. Sobre una base inexcusablemente científica, la nueva ciencia-ficción se resuelve en una inteligente visión del futuro. En este sentido es revelador el relato CUANDO FUIMOS A VER EL FIN DEL MUNDO, que da título a este volumen y que constituye un análisis irónico, «desde dentro», del papel de la ciencia-ficción en la cultura media de nuestro tiempo. *La quinta cabeza de Cerbero* es una de las historias más originales de los últimos años: un relato de la vida provinciana en una pequeña ciudad de un mundo remoto. Completan el volumen *Caliban, La reunión, Cielo azul* —espléndida parodia de los viajes espaciales— y otros relatos seleccionados entre las más recientes antologías de ciencia-ficción americana.

Lectulandia

AA. VV. (Edición a cargo de Terry Carr)

Cuando fuimos a ver el fin del mundo

Antologías de ciencia ficción Caralt - 23

ePub r1.1

Hechadelluvia & dekisi 26.11.14

Título original: *The Best Science Fiction of the Year 2*
AA. VV. (Edición a cargo de Terry Carr), 1978
Traducción: Victoria Lentini & José Manuel Pomares

Editor digital: Hechadelluvia & dekisi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

El final del Programa Apolo y la perspectiva, generalmente pesimista, de todo nuestro esfuerzo espacial, ha sido uno de los elementos menos satisfactorios de 1972 para los aficionados a la ciencia ficción e interesados en la futura expansión de la humanidad. He reflexionado seriamente sobre todo este asunto y me parece que existe un medio para revitalizar y promover nuestra exploración espacial.

El problema estriba, desde luego, en que el público de los Estados Unidos ha perdido interés en el espacio, y ello no tiene nada de extraño. Cualquiera que presenciase los interminables retrasos antes del lanzamiento del Apolo XVII, recordará que fue un «espectáculo» deprimente. Hasta el extremo que tras dos horas de aplazamientos y esfuerzos cada vez más desesperados del comentarista para pensar en qué decir sobre nada, uno de los periodistas exclamó: «Voy a hacer algo que me prometí a mí mismo no hacer nunca. Voy a contarles por qué me puse la camisa que llevo esta noche.»

Y lo cumplió. No fue un relato interesante, por supuesto, pero llenó unos minutos de un vacío angustioso. Acto seguido, nos recompensaron con una prórroga compasiva de anuncios comerciales.

Ahora bien, no hay duda de que es una mala táctica y todos saben que nuestro programa espacial sube o baja según el interés que despierta en el corazón del contribuyente. Por lo tanto, he meditado sin descanso acerca del problema y lo he visto tan claro como claro fue el error de la NASA por no seguir el ritmo idóneo de las técnicas modernas de emisión por T.V. Después de todo, hay que tener en cuenta que en la T.V. compite con valores tales como Marcus Welby, Mary Tyler Moore y «Fútbol las noches del lunes». Por lo mismo debería prestar más atención a lo que la competencia ofrece.

Ante todo existe la «nueva moralidad» de la televisión, lo que anima a Maude a preguntarse si debería abortar, y hasta permite a Mary Tyler Moore revelar que toma la píldora. Si antes dichas manifestaciones se consideraban demasiado indecentes para ser radiadas o televisadas, hoy día no son más que pura picardía, y, ¿hay algo mejor que las picardías para atraer a los televidentes?

Imaginen si esas rutinarias retransmisiones espaciales no serían mucho más interesantes suponiendo que un par de astronautas comenzaran a cotillear sobre la vasectomía, después de un amerizaje; o, si al acercarse al término de una larga misión orbital, uno de ellos confiara al Control de Houston que había experimentado una eyaculación nocturna. Además, ¿no sería mucho más divertido para muchos televidentes de este programa si uno de esos latosos y aburridos comentaristas exclamara: «Voy a hacer algo que me prometí no hacer nunca. Mientras esperamos, voy a mear»?

Pero la NASA podría mejorar sus valores radiotelevisivos no sólo con cuestiones picarescas. Piensen en los ringorrangos que la T.V. ha introducido en sus

presentaciones deportivas para aumentar el interés de su producto: repetición de jugadas; movimientos retardados; cámaras autónomas, etc. «Veamos otra vez al «Major Midamérica» mientras viaja sobre las rocas Lunares... Aquí lo tenemos..., observen cómo sus pies descienden poco a poco, un tanto torpes, por el filo de la roca... Oye, Walter, quizá deberíais considerar la posibilidad de instalar por ahí césped artificial.»

Quizá la NASA debiera buscar a un entrevistador de más impacto, como Howard Cosell, para dar un sabor más picante a sus programas de T.V. Piénsenlo: «Hablemos de los resultados, jefe, ¿por qué el Gobierno, con su omnipotencia burocrática, considera necesario gastar millones de dólares en adiestrar hombres fuertes y sanos sólo para caminar en un ambiente tan grato en que la gravedad Solamente es una tercera parte de la de la Tierra?»

Y también: ¿por qué estima cada momento de sus astronautas tan histórico que deba retransmitirlo en vivo y al instante? ¿Por qué no economiza película para un programa normal de hechos culminantes, tal vez titulado *Wide World Space (Espacial Mundial)*? «Cuando el comandante Cory termina de buscar y reúne los glóbulos que se le han derramado de su botella de Tang, recuerden que en seguida aparece el comandante Jack Armstrong, Wasp, intentando un anclaje difícil en el espacio sin gravedad en una divertida inmersión...»

Si utiliza técnicas modernas, la NASA puede mejorar su estructura de valores hasta el punto de que, en uno o dos años, conseguiría las redes de emisoras de T.V. que, en realidad, pujan entre sí para conseguir los derechos de emitir esas aventuras espaciales de la vida real. De ese modo, nuestro programa espacial empezaría a resarcirse de las contribuciones de la T.V., suprimiendo con tal motivo un número cada vez mayor de protestas por parte de los contribuyentes americanos que hoy sostienen la NASA. (Por ejemplo: consideren las posibilidades inherentes a un combinado de lanzamientos espaciales americanos y rusos, particularmente si los imaginativos encargados de las relaciones públicas los lanzaran con una publicidad sensacionalista, como el Superlanzamiento I, el Superlanzamiento II, etc.)

Creo firmemente que nuestro programa espacial debería estar más en contacto con el pueblo, hablar su mismo idioma. Es el único sistema. Y con toda seguridad sabríamos si el nuevo programa es del agrado del público al ver las columnas de la *T.V. Guide* repletas de cartas airadas de «viudas espaciales», y las emisoras empezasen a idear un nuevo programa titulado *Monday Night Launch (Lanzamiento del lunes por la noche)*.

(¿Qué insinúa, que el *launch window* o los lanzamientos de naves espaciales no siempre son adecuados a esa hora? También decían que el béisbol no se podía jugar por la noche, ¿verdad?)

CUANDO FUIMOS A VER EL FIN DEL MUNDO

ROBERT SILVERBERG

En su segunda contribución a las mejores historias de ciencia ficción de 1972, Robert Silverberg narra un cuento mordaz sobre el fin del mundo visto desde una fiesta. Dentro de su humor negro, es una historia muy divertida... pero, quizá haya que ser un fan del emperador Nerón para conseguir reírse a carcajada limpia.

Nick y Jane estaban contentos de haber ido a ver el fin del mundo porque eso les proporcionaba un tema especial de qué hablar en la fiesta de Mike y de Ruby. A uno siempre le gusta llegar a una fiesta armado con algo de qué conversar. Mike y Ruby dan unas fiestas maravillosas. Su casa es extraordinaria, una de las más elegantes del vecindario. Se trata realmente de una estación para todas las estaciones y estados de ánimo. Es su muy especial rincón del mundo. Con más espacio en su interior y en el exterior..., con más libertad abierta. La sala de estar, con su techo de rayos expuestos es un punto focal natural para el entretenimiento. Terminada a la moda, con una sala para conversar y una chimenea. También hay una habitación familiar con techo de rayos y paneles de madera..., además de un despacho. Y una magnífica suite con un guardarropa de cuatro metros y un baño privado. Su diseño exterior es sólidamente impresionante. Patio protegido. Un maravilloso terreno de quince áreas, lleno de árboles. Sus fiestas son momentos culminantes en cualquier mes. Nick y Jane esperaron hasta que creyeron que ya había llegado gente suficiente. Entonces, Jane dio un ligero codazo a Nick y éste dijo alegremente:

—¿Sabéis lo que hicimos la semana pasada? Fuimos nada menos que a ver el fin del mundo.

—¿El fin del mundo? —preguntó Henry.

—¿Fuisteis a verlo? —preguntó Cynthia, la esposa de Henry.

—¿Cómo os las arreglasteis? —quiso saber Paula.

—Está disponible desde marzo —la informó Stan—. Creo que lo dirige un departamento de la American Express.

Nick se encontró con que Stan ya lo sabía. Rápidamente, antes de que Stan pudiera decir cualquier otra cosa, dijo:

—Sí, acaba de empezar. Nuestro agente de viajes nos lo encontró. Lo que hacen es situarle a uno en esa máquina, que tiene el aspecto de un pequeño submarino, ya sabéis, con manómetros y niveles situados detrás de una pared de plástico para

impedir que nadie toque nada, y le envían a uno al futuro. Se puede pagar con cualquiera de las tarjetas de crédito habituales.

—Tiene que ser muy caro —comentó Marcia.

—Están bajando los costes rápidamente —informó Jane—. El año pasado sólo se lo podían permitir los millonarios. ¿De veras no habéis oído hablar antes de esto?

—¿Qué visteis? —preguntó Henry.

—Durante un rato, sólo un paisaje grisáceo por la portilla —dijo Nick—. Y una especie de efecto parpadeante.

Todo el mundo le estaba mirando y él disfrutaba con la atención de que era objeto. La expresión de Jane era amorosa.

—Después, se fue aclarando el ambiente y, a través de un altavoz, una voz dijo que ahora habíamos llegado al verdadero final del tiempo, cuando la vida se había hecho ya imposible sobre la Tierra. Claro que nosotros estábamos herméticamente encerrados en aquella cosa que parecía un submarino. Sólo mirábamos hacia el exterior. Había una playa, que estaba vacía. El agua tenía un extraño color gris, con un brillo rosado. Y entonces, salió el Sol. Era rojo, como lo es a veces cuando sale el Sol, sólo que permaneció rojo mientras fue elevándose hacia el cenit y parecía desigual y desgarrado en los bordes. Como unos pocos de nosotros, ¡ja, ja! Desigual y desgarrado en los bordes. Sobre la playa soplaba un viento frío.

—Si estabais encerrados herméticamente en el submarino, ¿cómo sabíais que soplaba un viento frío? —preguntó Cynthia.

Jane se la quedó mirando, con los ojos brillantes. Nick contestó:

—Podíamos ver cómo el viento levantaba la arena, arremolinándola. Y *parecía* hacer frío. El océano estaba gris. Como en el invierno.

—Cuéntales lo del cangrejo —pidió Jane.

—¡Ah, sí! Lo del cangrejo. La última forma vital de la Tierra. En realidad, no se trataba de un cangrejo, sino que era algo de aproximadamente sesenta centímetros de anchura y unos treinta de altura, con una brillante y gruesa armadura gris y quizás una docena de patas y una especie de cuernos doblados que se elevaban, y se movía lentamente de derecha a izquierda, frente a nosotros. Tardó todo el día en cruzar la playa. Y hacia la caída de la noche, murió. Sus cuernos descendieron, flácidos, y dejó de moverse. Llegó la marea y se lo llevó consigo. El Sol se puso. No había Luna alguna. Las estrellas no parecían estar en los lugares correctos. El altavoz nos informó que acabábamos de ver la muerte del último ser viviente de la Tierra.

—¡Qué bonito! —exclamó Paula.

—¿Estuvisteis fuera mucho tiempo? —preguntó Ruby.

—Tres horas —contestó Jane—. Se pueden pasar semanas o días en el fin del mundo si quieres pagar extra, pero siempre le hacen regresar a uno, a un punto tres horas después de haber salido. Para Solucionar los gastos de cuidados.

Mike ofreció una copa a Nick.

—Eso sí que es algo —comentó—. Haber ido al fin del mundo. ¡Eh, Ruby! Quizá

hablemos con el agente de viajes sobre el asunto.

Nick tomó un buen trago y le pasó la copa a Jane. Se sentía contento consigo mismo por la forma en que había contado la historia. Todos habían quedado muy impresionados. Aquel hinchado Sol rojo, aquel cangrejo que huía... El viaje les había costado más que pasar un mes en el Japón, pero había sido una buena inversión. Él y Jane eran los primeros en el vecindario que habían ido. Eso era importante. Paula le estaba mirando fijamente, con respeto. Nick sabía que ahora le miraría a una luz completamente distinta. Era posible que ella se encontrara con él en un motel, el jueves, a la hora de la comida. El mes pasado le había rechazado, pero ahora poseía un atractivo extra para ella. Nick le guiñó el ojo. Cynthia se había cogido las manos con Stan. Henry y Mike estaban acurrucados a los pies de Jane. El hijo de 12 años de Mike y Ruby entró en la habitación y permaneció al borde de la sala de conversar. Dijo:

—Acaban de dar un boletín en las noticias. Unas amibas mutadas han escapado de una instalación de investigación del gobierno y han llegado al lago Michigan. Están llevando allí un virus capaz de disolver el tejido y se supone que todo el mundo perteneciente a siete Estados debe hervir el agua hasta nuevo aviso.

Mike miró al chico con el ceño fruncido y dijo:

—Ya ha pasado la hora de irte a la cama, Timmy.

El chico se marchó. Sonó entonces el timbre de la puerta. Ruby lo contestó y regresó con Eddie y Fran.

—Nick y Jane fueron a ver el fin del mundo —informó Paula—. Acaban de contarnos lo que vieron.

—¿De veras? —dijo Eddie—. Nosotros también lo hicimos, el miércoles por la noche.

Nick se sintió alicaído. Jane se mordió un labio y preguntó rápidamente a Cynthia por qué Fran siempre llevaba aquellos vestidos tan ostentosos. Ruby preguntó:

—¿Lo has visto todo? ¿Incluyendo el cangrejo y todo?

—¿El cangrejo? —preguntó Eddie—. ¿Qué cangrejo? No vimos ningún cangrejo.

—Tuvo que haber muerto antes de que vosotros lo vierais —dijo Paula—. Cuando Nick y Jane fueron estaba allí.

—Acaba de llegar un nuevo cargamento de rayos de Cuernavaca. Toma, prueba uno —dijo Mike.

—¿Cuánto tiempo hace que fuiste? —preguntó Eddie a Nick.

—El domingo por la tarde. Creo que fuimos de los primeros.

—Un gran viaje, ¿verdad? —dijo Eddie—. Sin embargo, resultó un tanto sombrío. Me refiero a cuando la última colina se hunde en el mar.

—Eso no es lo que nosotros vimos —dijo Jane—. ¿Y vosotros no visteis el cangrejo? Quizá estábamos en grupos diferentes.

—¿Cómo hicisteis vosotros el viaje, Eddie? —preguntó Mike.

Eddie rodeó a Cynthia con los brazos, desde atrás y contestó:

—Nos pusieron dentro de esa cápsula, con una portilla, ya sabéis, con un montón de instrumentos y...

—Esa parte ya la hemos oído —dijo Paula—. ¿Qué visteis?

—El fin del mundo —contestó Eddie—. Cuando el agua lo cubre todo. El Sol y la Luna estaban en el cielo al mismo tiempo...

—Nosotros, en cambio, no vimos ninguna luna —señaló Jane—. Sencillamente, no estaba allí.

—Estaba a un lado, y el Sol estaba en el otro —siguió diciendo Eddie—. La Luna estaba más cerca de lo que debiera haber estado. Y tenía un color extraño, casi como de bronce. Y el océano estaba muy encrespado. Viajamos alrededor de medio mundo y todo lo que vimos fue océano. Excepto en un lugar, donde había un trozo de tierra, una pequeña colina que sobresalía del mar, y el guía nos dijo que se trataba del monte Everest —hizo oscilar una mano hacia Fran—. ¡Eso sí que fue una aventura! Flotando en nuestro pequeño bote cerca de la cumbre del Everest. Quizá sólo sobresalían unos pocos metros. Y el agua estaba elevándose todo el tiempo. Arriba, arriba, arriba, sobre la punta y *glub*. Ya no quedó nada de tierra. He de admitir que fue un poco desilusionante, excepto, claro está, la idea de la cosa. El que el ingenio humano pueda diseñar una máquina capaz de enviar a la gente a billones de años hacia el futuro, en el tiempo, y volverlos a traer al presente, ¡vaya! Eso sí que es algo. Pero allí sólo había océano.

—¡Qué raro! —dijo Jane—. Nosotros también vimos un océano, pero había una playa, una especie de playa sucia, y aquella cosa parecida a un cangrejo moviéndose por ella, y la arena... era toda roja, ¿era el Sol rojo cuando lo visteis vosotros?

—Tenía una especie de color verde pálido —contestó Fran.

—¿Estáis hablando todos del fin del mundo? —preguntó Tom. Él y Harriet estaban en la puerta, quitándose los abrigos. El hijo de Mike debía haberlos dejado entrar.

Tom entregó su abrigo a Ruby y dijo: —¡Qué gran espectáculo!

—Entonces, ¿vosotros también lo visteis? —preguntó Jane, un poco irónicamente.

—Hace dos semanas —dijo Tom—. El agente de viajes llamó y nos dijo: figúrense lo que vamos a ofrecerles ahora, el fin del maldito mundo. Contando todos los extras no valía realmente mucho. Así que fuimos directamente a la oficina, el sábado. Creo que fue el sábado... ¿o fue un viernes? Bueno, en cualquier caso, fue el mismo día de la gran sublevación, cuando quemaron St. Louis...

—Eso fue el sábado —observó Cynthia—. Recuerdo que regresaba del centro comercial cuando la radio dijo que estaban utilizando armamento nuclear...

—Sí, el sábado —corroboró Tom—. Y les dijimos que estábamos dispuestos a ir, y nos enviaron de viaje.

—¿Viste una playa con cangrejos, o era un mundo lleno de agua? —preguntó Stan.

—Ni lo uno, ni lo otro. Era como una gran era glacial. Los glaciares lo cubrían todo. No había el menor rastro del océano. Ni tampoco montañas. Volamos alrededor del mundo y todo era una enorme pelota de nieve. Tenían focos en el vehículo, porque el Sol había desaparecido.

—Estoy segura de que pude ver el Sol colgando allá arriba —señaló Harriet—. Como una bola de cenizas en el cielo. Pero el guía nos dijo que no, que nadie podía verlo.

—¿Cómo es que cada cual visita un fin del mundo diferente? —preguntó Henry—. Se supone que sólo debería existir un fin del mundo. Quiero decir que termina y así es como termina y no puede haber ninguna otra forma más que ésa.

—¿Podría ser una imitación? —preguntó Stan. Todo el mundo se volvió para mirarle. El rostro de Nick se puso muy rojo. Fran pareció sentirse tan mal que Eddie se desprendió de Cynthia y empezó a acariciar los hombros de Fran.

Stan se encogió de hombros y dijo, a la defensiva: —No estoy sugiriendo que lo sea. Sólo lo preguntaba.

—A mí me pareció bastante real —dijo Tom—. El Sol no estaba. Todo era una enorme bola de hielo. La atmósfera, ya sabes, estaba helada. Era el fin del maldito mundo.

En aquel momento sonó el teléfono. Ruby acudió a contestar. Nick le preguntó a Paula si comerían juntos el martes y ella dijo que sí.

—Será mejor que nos encontremos en el motel —dijo él, sonriendo burlescamente.

Por su parte, Eddie volvía a arreglarse con Cynthia. Henry parecía estar bastante bebido y tenía problemas para permanecer despierto. Llegaron Phil e Isabel. Escucharon a Tom y a Fran hablando de sus viajes al fin del mundo e Isabel dijo que ella y Phil habían hecho el viaje anteaer.

—¡Maldita sea! —exclamó Tom—. ¡Todo el mundo lo ha hecho! ¿Cómo fue tu viaje?

Ruby regresó a la habitación.

—Era mi hermana, llamando de Fresno para decir que está bien. Fresno no fue afectada por el terremoto.

—¿Terremoto? —preguntó Paula.

—En California —le informó Mike—. Esta misma tarde. ¿No lo sabías? Ha destruido la mayor parte de Los Angeles y corrió costa arriba, prácticamente hasta Monterrey. Creen que se debió a la prueba de la bomba subterránea que hicieron explotar en el desierto de Mohave.

—California ha sufrido siempre tantos desastres terribles —comentó Marcia.

—Menos mal que esas amebas se han lanzado hacia el este —dijo Nick—. Imaginaros lo complicado que sería si ahora las tuvieran también en Los Angeles.

—Las tendrán —afirmó Tom—. Una de cada dos se reproduce por esporas llevadas por el aire.

—Como los gérmenes tifoïdes del pasado noviembre —dijo Jane.

—Eso fue tifus —le corrigió Nick.

—De todos modos —dijo Phil—, le estaba contando a Tom y a Fran lo que vimos al fin del mundo. Era el Sol convirtiéndose en nova. Nos lo mostraron de un modo muy ingenioso. Quiero decir que no puede uno sentarse por ahí y *experimentarlo*, debido al calor y a la fuerte radiación y todo eso. Pero te lo muestran de una forma periférica, muy elegante, en el sentido mcluhaniano de la palabra. Primero le llevan a uno a un punto situado aproximadamente a dos horas antes de la explosión, ¿comprendéis? Está de nosotros a no sé cuántos millones de años pero, en cualquier caso, muy, muy distante, porque todos los árboles son diferentes, tienen como escamas azules y ramas viscosas, y los animales son como cosas con una pata que saltan, apoyándose en bastones...

—¡Oh! Eso no me lo *creo* —dijo Cynthia, con lentitud. Phil la ignoró con elegancia.

—Y no vimos la menor señal de seres humanos, ni una casa, ni un poste de teléfonos, nada. Así es que supongo que ya debíamos estar extinguidos desde mucho antes. En cualquier caso, nos permitieron contemplar aquello durante un rato. No podíamos salir de nuestra máquina del tiempo, claro, porque nos dijeron que la atmósfera era malsana. Poco a poco, el Sol empezó a hincharse. Estábamos nerviosos... ¿verdad, Liz?... ¿Y si se equivocaban con los cálculos? Todo este viaje es un concepto bastante nuevo, y las cosas pueden salir mal. El Sol se iba haciendo más y más grande y entonces una cosa como si fuera un brazo pareció surgir de su lado izquierdo. Era como un brazo grande y feroz que se extendió por el espacio, acercándose más y más. Lo vimos a través de cristal ahumado, como se ve un eclipse. Nos ofrecieron más o menos dos minutos de la explosión, y ya podíamos sentir cómo todo iba calentándose. Entonces, saltamos como un par de años en el tiempo, hacia adelante. El Sol había recuperado su forma habitual, grande y amarilla. Y, en la Tierra, todo eran cenizas.

—Cenizas —corroboró Isabel con énfasis—. Parecía como Detroit después de que la Unión derrotara a Ford —dijo Phil—. Sólo que mucho, muchísimo peor. Se fundieron montañas enteras. Los océanos quedaron secos. Todo quedó convertido en cenizas —se estremeció y aceptó una copa que le tendía Mike, añadiendo—: Isabel estaba llorando.

—Aquellas cosas con una pata —dijo Isabel—, supongo que tuvieron que haber sido destrozadas por completo.

Empezó a sollozar y Stan la reconfortó.

—Me pregunto por qué cada uno que va lo ve todo de un modo diferente —dijo Stan—. Todo helado. Todo cubierto por el océano. El sol explotando. O lo que vieron Nick y Jane.

—Estoy convencido de que cada uno de nosotros ha tenido una genuina experiencia del lejano futuro —dijo Nick.

Tenía la sensación de que, de algún modo, debía volver a obtener el control del grupo. Había salido todo tan bien cuando él estuvo contando su historia, antes de que llegaran los otros.

—Es como decir que el mundo sufre una variedad de calamidades naturales, que no sólo existe un fin del mundo y que lo que ellos hacen es mezclar las cosas y enviar a la gente a ver catástrofes diferentes. Pero ni por un momento dudé de estar asistiendo al verdadero fin del mundo.

—Tenemos que hacer ese viaje —le dijo Ruby a Mike—. Sólo son tres horas. ¿Qué te parece si les llamamos a primera hora del lunes y acordamos una cita para el jueves por la noche?

—El lunes es el funeral del presidente —señaló Tom—. La agencia de viajes estará cerrada.

—¿Han cogido ya al asesino? —preguntó Fran.

—No lo dijeron en las noticias de las cuatro —dijo Stan—. Supongo que logrará escapar, como el último.

—Que me ahorquen si entiendo por qué alguien quiere ser presidente —dijo Phil.

Mike puso algo de música. Nick bailó con Paula. Eddie bailó con Cynthia. Henry estaba dormido. Dave, el esposo de Paula, estaba acurrucado como un tonto y pidió a Isabel que se sentara y hablara con él. Tom bailó con Harriet, a pesar de que estaba casado con ella. Hacía sólo unos pocos meses que ella había salido del hospital, después del trasplante, y él la trataba con extremada delicadeza. Mike bailó con Fran. Phil bailó con Jane. Stan bailó con Marcia. Ruby interrumpió a Eddie y a Cynthia. Más tarde, Tom bailó con Jane y Phil lo hizo con Paula. La pequeña hija de Mike y Ruby se despertó y acudió a saludarles. Mike la envió a la cama. En la lejanía, se escuchó el ruido de una explosión. Nick volvió a bailar con Paula de nuevo, pero no quería que ella se aburriese de él antes del martes, de modo que pidió excusas y se fue a charlar con Dave. Dave era quien se encargaba de la mayoría de las inversiones de Nick. Ruby le dijo a Mike:

—Al día siguiente del funeral, ¿llamarás al agente de viajes?

Mike dijo que lo haría, pero Tom comentó que, probablemente, alguien asesinaría al nuevo presidente y que habría otro funeral. Aquellos funerales estaban destrozando el producto nacional bruto, según observó Stan, debido a que todo el mundo debía cerrar. Nick vio a Cynthia despertar a Henry y preguntarle incisivamente si la llevaría a ver el fin del mundo. Henry parecía sentirse embarazado. Su factoría había sido volada en Navidades, durante el transcurso de una manifestación pacífica y todo el mundo sabía que su forma financiera no era muy buena.

—Lo puedes *cargar* —dijo Cynthia, elevando su voz por encima del murmullo de las conversaciones de los demás—. Y es tan maravilloso, Henry. El hielo. O el sol explotando. Quiero ir.

—Lou y Janet también iban a venir esta noche —le dijo Ruby a Paula—, pero su hijo más joven llegó de Texas contagiado con esa nueva clase de cólera que ha

aparecido, y tuvieron que renunciar.

—Tengo entendido —dijo Phil— que esos dos vieron la luna partiéndose. Se acercó demasiado a la Tierra y se partió en trozos y los trozos cayeron como meteoros. Lo destrozaron todo al caer. Un gran trozo casi destruyó su máquina del tiempo.

—Eso no me habría gustado en absoluto —dijo Marcia.

—Nuestro viaje fue estupendo —comentó Jane—. No hubo ningún aspecto violento. Sólo el gran sol rojo y la marea y aquella especie de cangrejo arrastrándose a lo largo de la playa. Los dos nos sentimos muy conmovidos.

—Es muy curioso observar lo que la ciencia puede conseguir en estos tiempos —dijo Fran.

Mike y Ruby estuvieron de acuerdo en que tratarían de conseguir un viaje al fin del mundo en cuanto hubiera pasado lo del funeral. Cynthia bebió demasiado y se puso enferma. Phil, Tom y Dave discutieron sobre el mercado de valores. Harriet habló con Nick sobre su operación. Isabel flirteó con Mike, bajándose más el escote. A medianoche alguien puso las noticias. Vieron algunas imágenes del terremoto y escucharon una advertencia sobre hervir el agua si se vivía en los Estados afectados. Se vio a la viuda del presidente visitando a la viuda del presidente anterior para conseguir algunas indicaciones sobre el funeral. Después, ofrecieron una entrevista con un ejecutivo de una empresa de viajes del tiempo.

—Los negocios son fenomenales —afirmó—. Al año que viene, los viajes por el tiempo serán la industria número uno de la nación en cuanto a crecimiento. El entrevistador le preguntó si su empresa ofrecería pronto algo más, además de los viajes al fin del mundo.

—Más tarde, esperamos poder hacerlo —contestó el ejecutivo—. Tenemos la intención de solicitar la correspondiente aprobación del Congreso. Pero, mientras tanto, la demanda por nuestras ofertas actuales está siendo muy alta. No puede imaginárselo. Claro que se espera ver imágenes apocalípticas para mantener una popularidad tan inmensa en unos tiempos como estos.

—¿Qué quiere decir con eso de unos tiempos como éstos? —preguntó el entrevistador.

Pero cuando el hombre de la agencia de viajes del tiempo empezó a contestar, fue interrumpido por un anuncio comercial. Mike cerró el aparato. Nick descubrió que se sentía enormemente deprimido. Decidió que se debía al hecho de que muchos de sus amigos habían efectuado el viaje, mientras que él y Jane habían pensado que serían los únicos en haberlo hecho. Se encontró cerca de Marcia y trató de describir la forma en que se había movido el cangrejo, pero ella se limitó a encogerse de hombros. Ahora, ya nadie hablaba sobre viajes en el tiempo. La reunión se había deslizado más allá de ese punto. Nick y Jane se marcharon bastante temprano y se fueron directamente a dormir, sin hacer el amor. A la mañana siguiente no les llegó el periódico del domingo, debido a la huelga de la Autoridad de los Puentes, y la radio

informó que las amebas mutantes estaban demostrando ser más difíciles de erradicar de lo que originalmente se había supuesto. Se estaban extendiendo por todo el Lago Superior y todos los que vivían en la región tendrían que hervir el agua destinada a la bebida. Nick y Jane discutieron adonde irían a pasar sus próximas vacaciones.

—¿Qué te parece si volvemos a ver el fin del mundo? —sugirió Jane.

Y Nick se echó a reír durante un buen rato.

LA QUINTA CABEZA DE CERBERO

GENE WOLFE

Si 1972 produjo un clásico de la ciencia ficción, sin duda es esta novela de Gene Wolfe. Sitúa la acción en un planeta colonizado entre las lejanas estrellas, y no recuerdo ninguna otra historieta reciente de ciencia ficción en que los personajes y su mundo muestren tal vitalidad. Es un notable logro técnico en el puro sentido de la narrativa; una mezcla de ciencia ficción y del tradicional estilo de horror y misterio que, sin acoplarse ninguno de estos, los utiliza al máximo. Y se refiere de un modo dramático, sorprendente, obsesionante, a la gente de ayer, de hoy y de mañana.

Cuando la hiedra oprimida por la nieve
y la lechuza le grita al lobo que está abajo
mientras devora la cría de la loba...

Samuel Taylor Coleridge
The Rime of the Ancient Mariner

Cuando era niño, mi hermano David y yo nos íbamos a dormir temprano, tanto si teníamos sueño como si no. En verano, particularmente, nos acostábamos antes del crepúsculo y puesto que nuestro dormitorio estaba en el ala este de la casa, con una amplia ventana que se abría al patio central que daba al oeste, la violenta y rosada luz penetraba a veces a chorro durante horas, mientras contemplábamos acostados el tullido mono de mi padre encaramado en un parapeto desconchado, o bien, con gestos silenciosos, nos contábamos cuentos de una cama a la otra.

Nuestro dormitorio estaba en el último piso de la casa y la ventana tenía una persiana de hierro que nos prohibían abrir. Según mi teoría particular, supongo que para que algún escalador, en una lluviosa mañana (único momento del día en que podía hallar abandonado el tejado, dispuesto como un placentero jardín) dejase caer una cuerda y pudiese penetrar en nuestro cuarto si las persianas no estaban cerradas.

El objeto de ese hipotético y valiente ladrón no sería únicamente robarnos. Los niños, tanto los chicos como las chicas, eran extraordinariamente baratos en Port-Mimizon. Una vez me contaron que mi padre, que antes había comerciado con ellos, abandonó el negocio a causa de la escasez de mercado. Si era o no cierto, todos o casi todos conocían algún profesional que les proporcionaba lo que querían a un precio bajo, dentro de lo razonable. Esos hombres hacían investigaciones en los hijos de los

pobres o indiferentes y si necesitaban, por ejemplo, una niña de piel morena, pelirroja, o bien, una regordeta o ceceante, o un niño rubio como David o uno pálido, de cabello y ojos castaños como yo, lo conseguían en pocas horas.

Probablemente, tampoco el imaginario ladrón nos buscaba para pedir un rescate, aunque mi padre era considerado, en algunas regiones, como hombre inmensamente rico. Había otros motivos. Las pocas personas que conocían la existencia de mi hermano y también la mía, sabían, o por lo menos se lo habían hecho creer, que mi padre no se preocupaba en absoluto de nosotros. No puedo asegurar si era verdad o no, pero lo creía, y mi padre nunca me dio motivo para dudarlo, si bien en aquel tiempo jamás se me ocurrió la idea de matarlo.

Por si tales motivos no fueran bastante convincentes, cualquiera con un conocimiento del estrato que había llegado a ser, quizá su característica más permanente, se habría percatado de que para él, que ya se veía obligado a entregar grandes sobornos a la policía secreta, aquel dinero arrojado de ese modo lo dejaría a merced de miles de ataques ruinosos; y esto, junto con el temor de que era presa, pudo haber sido la verdadera razón de que nunca nos raptasen.

La persiana de hierro está (pues ahora escribo en mi antiguo dormitorio) trabajada a martillo para que semeje las ramas de un sauce tieso y demasiado simétrico. En mi infancia estaba cubierta por una parra que se encaramaba por la pared desde el patio, y yo hubiera deseado que cubriera por completo la ventana para resguardarnos del Sol cuando queríamos dormir; pero David, cuyo lecho se encontraba debajo de la ventana, solía cortar las ramas para soplar por los tallos huecos, formando una especie de caramillo de cuatro o cinco cañas. El silbido, por descontado, cada vez más fuerte a medida que David se envalentonaba, atraía a veces la atención de Mr. Million, nuestro preceptor. Mr. Million entraba en el cuarto en perfecto silencio, deslizándose las grandes ruedas por el desnivelado suelo mientras David fingía dormir. Podía ocultar los caramillos debajo de la almohada, entre las sábanas o hasta debajo del colchón, y aún así Mr. Million los hubiera encontrado.

Hasta ayer olvidé lo que hacía con esos pequeños instrumentos musicales después de confiscarlos; aunque en la prisión, donde nos encerraban cuando había tormenta o caía una espesa nevada, a veces me distraía tratando de recordarlo. Hubiera sido impropio de él romperlos o tirarlos al patio por entre las rejas; Mr. Million jamás rompía o arrojaba nada intencionadamente. Imaginaba su expresión un tanto pesarosa cuando se llevaba los pequeños caramillos (el rostro que parecía flotar detrás de su pantalla, se parecía mucho al de mi padre) y el modo en que daba la vuelta y se deslizaba fuera de la estancia. Pero ¿qué hacía con ellos?

Ayer, como dije (éstas son las cosas que me infunden confianza), me acordé. Había estado hablando conmigo mientras yo trabajaba y al marcharse me pareció —mientras seguía indiferente con la mirada el suave oscilar al cruzar el umbral— que echaba algo de menos; una especie de ademán que recordaba desde mi niñez. Cerré los ojos y procuré recordar lo que era, eliminando cualquier suposición, cualquier

intento por adivinar de antemano lo que «debía» haber sido, y descubrí que el elemento que faltaba era un breve resplandor, el brillo del metal sobre la cabeza de Mr. Million.

Una vez comprobado supe que procedía de un rápido movimiento hacia arriba de su brazo, como un saludo al salir del cuarto. Tardé más de una hora en adivinar la razón de aquel gesto y, fuera lo que fuese, la única explicación que saqué es que había sido aniquilado por el tiempo. Procuré recordar si el pasillo, fuera de nuestro cuarto —en aquel pasado aún no lejano—, contenía algún objeto desaparecido ahora: cortina o persiana, cualquier cosa que pudiera moverse, algo que me diera una explicación. No había nada.

Penetré en el pasillo y examiné minuciosamente el suelo en busca de huellas que indicasen que hubo muebles. Busqué en las paredes ganchos o clavos, empujando los gruesos y viejos tapices. Estirando el cuello todo lo que pude, examiné el techo. Luego, tras una hora, miré la puerta y vi, cosa que no había visto en tantísimas veces que la había cruzado, que como todas las puertas de esta casa tan antigua tenía una maciza estructura de tablas y que del dintel sobresalía una estrecha repisa.

Empujé una silla hasta el vestíbulo y me puse de pie en el asiento. La repisa estaba cubierta de polvo y en ella había cuarenta y siete caramillos de mi hermano y una fantástica variedad de pequeños objetos; muchos de ellos los recordé, pero otros no consiguieron evocar en lo más hondo de mi cerebro la más mínima señal de haberlos visto antes.

El pequeño huevo azul moteado de pardo de un pájaro cantor. Supuse que el pájaro anidó en la parra fuera de nuestra ventana y que David y yo arrancamos el nido sólo para que nos lo robase Mr. Million, aunque no recuerdo el incidente. Y hay un rompecabezas roto hecho de las vísceras bronceadas de algún pequeño animal, y —deliciosamente evocadora— una de esas grandes llaves caprichosamente decoradas, vendidas anualmente y que durante el año que duraba su autorización, permitía a su poseedor permanecer durante horas en ciertas salas de la biblioteca de la ciudad. Imagino que Mr. Million la confiscó cuando, al expirar el plazo, descubrió que hacía las veces de juguete. ¡Qué recuerdos!

Mi padre tenía su propia biblioteca que ahora poseo yo, pero nos había prohibido entrar. Recuerdo vagamente —aunque no sabría decir cuántos años tenía— que permanecía de pie delante de la enorme puerta labrada. Contemplaba el vaivén con que se abría y cerraba y el lisiado mono sobre el hombro de mi padre apretándose contra su rostro de halcón, con la bufanda negra y debajo la bata escarlata, y las hileras e hileras de viejos libros y libretas tras ellos, y el olor dulzón y nauseabundo de formaldehído que surgía del laboratorio al otro lado del espejo deslizante.

No recuerdo lo que dijo, o si fui yo u otra persona que llamó a la puerta, pero sí que cuando la hubo cerrado, una mujer vestida de color de rosa se inclinó gentilmente para colocar su rostro al nivel del mío y me aseguró que mi padre había escrito todos los libros que yo había visto, lo que no dudé en absoluto.

Como ya dije, mi hermano y yo teníamos prohibido entrar en esa estancia, pero cuando fuimos un poco mayores, Mr. Million solía llevarnos, unas dos veces por semana, a la biblioteca de la ciudad. Eran casi las únicas ocasiones en que nos dejaban salir de casa y, puesto que a nuestro preceptor le desagradaba enroscar las articulaciones de sus módulos de metal en un coche alquilado, y una silla de mano no hubiera soportado su peso ni contenido su volumen, dichas correrías las realizábamos a pie.

Durante mucho tiempo la ruta a la biblioteca fue el único lugar de la ciudad que conocía. Tres manzanas más abajo de donde se alzaba nuestra casa, en la calle Saltimbanque, derecho por la Rué d'Asticot al mercado de esclavos y pasada otra manzana, ya estaba la biblioteca. Un niño que desconoce lo que es extraordinario y lo que es corriente, se sitúa en un punto intermedio y encuentra interesantes circunstancias que desestiman los adultos, y acepta tranquilamente los sucesos más inverosímiles. Mi hermano y yo nos deteníamos fascinados ante las falsas antigüedades y los saldos de la Rué d'Asticot, pero nos aburríamos cuando Mr. Million insistía en detenerse durante una hora en el mercado de esclavos.

Al no ser Port-Mimizon un centro comercial, no era muy grande, y los subastadores ofrecían su mercancía de una manera amistosa al encontrarse muchas veces con que una serie de propietarios descubrían el mismo defecto. Mr. Million jamás pujaba sino que observaba la puja inmóvil, mientras nosotros zascandileábamos masticando el pan frito que nos había comprado en los tenderetes. Había portadores de sillas de mano con nudosos músculos en las piernas; siervos que se ocupaban de los baños con afectada sonrisa; esclavos luchadores encadenados, con ojos apagados por las drogas o llameantes con una estúpida ferocidad. Cocineros, criados y muchos más, aunque David y yo suplicábamos para que nos dejara proseguir solos hasta la biblioteca.

La biblioteca era un edificio excesivamente grande y en los viejos tiempos en que se hablaba francés comprendía las oficinas del gobierno. El parque, en el que en un tiempo se alzaba, había desaparecido debido a pequeñas corruptelas y ahora sobresalía por entre un grupo de tiendas y casas de vecindad. Una angosta calle conducía a la entrada principal, y una vez dentro, la cochambre del barrio desaparecía reemplazada por una especie de desconchados que denunciaban su antigua magnificencia. El escritorio principal se encontraba justo debajo de la bóveda y ésta formaba un pasaje en espiral con las principales colecciones y se elevaba a unos cien metros bajo un cielo pedregoso del que si se desprendía un pedacito podía matar en el acto a uno de los bibliotecarios.

Mientras Mr. Million se deslizaba majestuoso por la hélice, David y yo echábamos a correr adelantándonos por varios recodos y hacíamos lo que nos placía. Cuando era todavía muy joven, se me ocurría a veces que, puesto que mi padre había escrito (según testimonio de la dama vestida de rosa) todos los libros que llenaban el aposento, algunos los podía encontrar aquí y trepaba resueltamente hasta casi

alcanzar la bóveda y los buscaba revolviéndolos todos. Puesto que los bibliotecarios eran demasiado negligentes como para volver a colocar los libros en los estantes, siempre cabía la posibilidad de encontrar lo que al principio se me había pasado por alto. Los estantes se alzaban mucho más arriba de mi cabeza, pero cuando no me observaban trepaba por ellos como si fueran escaleras, pisando los libros cuando no había lugar en los estantes para las cuadradas punteras de mis pequeños zapatos marrones, y de vez en cuando se me caían libros al suelo, donde permanecían hasta nuestra próxima visita y aún más tiempo, lo que demostraba la repugnancia del personal por trepar por aquella larga y enroscada pendiente.

Los estantes superiores estaban, si cabe, aún más desordenados que los mejor situados y un maravilloso día en que llegué al más alto de todos encontré que ocupaban aquella encumbrada y polvorienta posición (al lado de un tema astronáutico colocado fuera de lugar, *La nave espacial de una milla*, escrita por algún alemán) un ejemplar único de *Lunes o martes*, entre un libro sobre el asesinato de Trotsky y un deteriorado volumen de cuentos de Vernos Vinge que debía su presencia allí, o así lo sospecho, al error de algún bibliotecario muerto hacía tiempo, que confundió las borrosas letras del lomo V. Vinge por «Winge».

Jamás encontré un libro de mi padre, pero no lamento el haber trepado hasta la cima de la bóveda. Si David venía conmigo, corríamos juntos de parte a parte del suelo inclinado, o escudriñábamos desde la barandilla los lentos pasos de Mr. Million mientras discutíamos la posibilidad de acabar con él arrojándole algún grueso volumen. Si David prefería quedarse abajo interesado en buscar las obras de su padre, yo ascendía hasta arriba de todo, donde la cúspide de la bóveda se curvaba sobre mi cabeza, y allí, después de un pasadizo de hierro oxidado no más ancho que las repisas por las que había trepado (y sospecho que ni siquiera tan resistente), se abría un círculo de diminutas perforaciones en un tabique de hierro, pero tan delgado que cuando recorría los corroídos tapajuntas pasaba la cabeza y me sentía completamente fuera, sintiendo el viento y los pájaros que volaban a mi alrededor y la bóveda de cemento se curvaba debajo de mí.

Al oeste, puesto que era más alta que los edificios que la rodeaban, y visible por entre los naranjos de los tejados, divisaba nuestra casa. Al sur, los mástiles de los barcos anclados en el puerto y, si el tiempo era claro y la hora adecuada, la blanca cresta de las olas que las fuertes corrientes de la marea de Sainte Arme lanzaba entre las penínsulas llamadas Primer Dedo y Pulgar (una vez, lo recuerdo muy bien, vi el gran geiser iluminado por el Sol cuando un satélite amerizó). Al este y al norte se extendía la ciudad, la ciudadela y el gran mercado y, al fondo, los bosques y montañas.

Pero llegaba el momento en que Mr. Million nos reclamaba. Tanto si David me había acompañado o se había largado por su cuenta, nos veíamos obligados a ir con él a una de las salas de cualquier colección científica, es decir: libros para estudiar. Mi padre insistía en que yo aprendiera a fondo biología, anatomía y química y

estudiábamos bajo la tutela de Mr. Million, quien nunca consideraba dominado un tema hasta que discutíamos cada tópico de todos los libros. Las ciencias naturales constituían mi lectura favorita pero David prefería lenguas, literatura y leyes, de las que teníamos algunas nociones, así como de antropología, cibernética y psicología.

Cuando había seleccionado los libros que debían servir de base para estudiar los próximos días y nos instaba a que eligiéramos algunos más para nuestro recreo, Mr. Million se retiraba con nosotros a un silencioso rincón de una de las salas de lectura donde había sillas y una mesa y espacio suficiente para poder doblar las articulaciones de su cuerpo, o se colocaba junto a una pared o librería, de modo que dejaba libres los pasillos. Para indicar el comienzo formal de la clase solía comenzar por leer la lista, y mi nombre siempre era el primero.

Yo respondía «Presente», para indicar que estaba atento.

—¿Y David?

—Presente. (David tenía en el regazo un libro ilustrado: *Cuentos de la Odisea* que Mr. Million no podía ver, pero miraba a nuestro preceptor con claro y fingido interés. La luz entraba oblicuamente por una ventana alta hasta la mesa y en el rayo de Sol se veían flotar motitas de polvo.)

—Quisiera saber si alguno se ha fijado en los útiles de piedra que había en la sala que acabamos de cruzar.

Asentíamos y cada uno esperaba que hablara el otro.

—¿Los hicieron en la Tierra o en nuestro planeta?

Es una pregunta capciosa pero fácil. David responde:

—En ninguno de los dos sitios. Son de plástico —y soltamos una picara risita.

Mr. Million exclama con paciencia:

—Sí, son reproducciones en plástico, pero, ¿de dónde proceden los originales?

Su rostro, tan similar al de mi padre, me parecía en aquel momento que era sólo el suyo, de manera que parecía un espantoso juego de la naturaleza verlo en un hombre vivo; no demostraba interés, ni enfado ni aburrimiento, sino una calma remota. David responde:

—De Sainte Anne —Sainte Anne es el planeta gemelo que gira con nosotros en un mismo centro mientras oscilamos alrededor del Sol—. El signo lo dice y los aborígenes lo hicieron; aquí no había abos.

Mr. Million asiente y vuelve hacia mí su rostro.

—¿Crees que esos instrumentos de piedra ocupaban un lugar importante en la vida de los que los hicieron? Di no.

—No.

—¿Por qué no?

Pienso profundamente, sin que David me ayude. Por debajo de la mesa me da patadas en la espinilla. De pronto, un rayo me ilumina.

—Habla. Enseguida.

—Es evidente, ¿verdad? —una buena respuesta cuando uno no está seguro de si

algo es posible—. En primer lugar, no podían ser muy buenas, de manera que, ¿por qué los abos iban a confiar en ellas? Podría decir que necesitaban esas flechas con puntas de obsidiana y anzuelos de hueso para proveerse de alimentos, pero no es verdad. Envenenaban el agua con el jugo de ciertas plantas, y para el hombre primitivo el modo más eficaz de pescar era con nasas o con redes de cuero crudo o de fibra vegetal. Asimismo, atrapar con lazo a los animales o haciendo una batida con fuego hubiera sido más eficaz que atacarlos, y no iban a usar esas armas de piedra para recoger bayas o vástagos de plantas comestibles y otras cosas por el estilo que seguramente constituían su alimento más importante. Esas piezas de piedra están en las vitrinas porque los lazos y las redes se echaron a perder y son lo único que queda, por eso los que se ganan la vida aquí, fingen que eran muy importantes.

—¿De veras, David? Vamos, un poco más de originalidad; no repitas lo que acabas de oír.

David alza la cabeza del libro con una mirada de desdén en sus azules ojos.

—Si pudiera preguntarles qué era para ellos lo más importante, dirían que su religión, su magia, las canciones que entonaban y las tradiciones de su pueblo. Sacrificaban a los animales con conchas o caracoles de mar que cortaban como navajas y no permitían a los hombres que engendrasen, hasta que soportaban la prueba del fuego que les dejaba mutilados para el resto de su vida. Se apareaban con árboles y ahogaban a los niños en honor de sus ríos. Eso era la trascendencia.

Mr. Million bajó el rostro sin cuello en señal de aprobación.

—Vamos a discutir la humanidad de esos aborígenes. Para empezar, la respuesta de David no es correcta.

(Le doy una patada, pero él se ha sentado sobre sus fuertes y pecosas piernas o las ha escondido tras las patas de la silla, lo cual es una trampa.)

—La humanidad —dice con su voz más inaguantable—, en la historia del pensamiento humano, presupone que descende de lo que prácticamente llamamos *Adán*; es decir, de la estirpe primitiva terrestre, y si no lo comprendéis, sois idiotas.

Espero que siga, pero ha terminado. Para ganar tiempo y poder pensar, expongo:

—Mr. Million, no es justo que me insulte en un debate. Dígame que no discuta; está peleando, ¿verdad?

—Nada de observaciones ofensivas, David.

(Mi hermano vuelve a mirar a hurtadillas a Polifemo, los Cíclopes y Odiseo, en espera de que yo prosiga, y ese desafío me impulsa a hacerlo.)

—La tesis que sostiene que descendemos fundamentalmente de la estirpe terrestre no es ni válida ni decisiva. Y no es decisiva porque pudiera ser que los aborígenes de Sainte Anne descendieran de alguna oleada de expansión humana, quizás anterior a los griegos *homéricos*.

—Yo, en tu lugar, me limitaría a exponer argumentos de valor más positivo.

Sin embargo, discurro sobre los etruscos, la Atlántida y la tenacidad y tendencia expansionista de una cultura supuestamente tecnológica que ocupaba Gondwanaland,

antiguo e hipotético continente que comprendía lo que hoy es la India, Australia, África, América del Sur y la Antártida, que se supone se separaron a finales de la Era Paleozoica.

Cuando termino, Mr. Million exclama:

—Ahora cambiemos.

David, da una respuesta afirmativa sin repetir.

Por descontado, mi hermano miraba su libro sin escuchar y le doy un puntapié, esperando que se quede atascado, pero responde:

—Los abos son humanos porque todos están muertos.

—Explícate.

—Si estuvieran vivos, sería peligroso que fueran humanos porque investigarían, pero digamos que vale más que estén muertos que vivos, y los colonizadores los mataron a todos.

Y así seguimos. La mota del Sol viaja por la superficie de la mesa rayada de rojo y negro, la recorrió cien veces. Salimos por una de las puertas laterales y caminamos por un descuidado patio entre dos alas. Estaba lleno de botellas vacías y toda clase de papeles esparcidos por el viento y acto seguido un hombre muerto cubierto de andrajos de vivos colores, sobre cuyas piernas saltamos mientras Mr. Million giraba en silencio a su alrededor. Al salir del patio y entrar en una calleja, las cornetas de la guarnición de la ciudadela llamaban a los soldados para la misa nocturna. En la Rué d'Asticot, el farolero atendía a su trabajo y las tiendas estaban cerradas tras las rejas de hierro. Las aceras, despejadas como por arte de magia de viejos muebles, parecían más anchas y limpias.

La calle Saltimbanque se transformaba con la llegada de los primeros grupos de jaraneros. Hombres de cabello blanco, campechanos, conducían jovencitos y niños; jóvenes y muchachos hermosos y robustos aunque un tanto sobrealimentados; jóvenes que insinuaban tímidas bromas y les sonreían mostrando su impecable dentadura. Eran siempre los primeros y a medida que pasaba el tiempo, me preguntaba si eran los primeros sólo porque los hombres de cabello blanco querían que se divirtieran y a la vez se fueran a dormir pronto, o porque sabían que los jóvenes que introducían en el establecimiento de mi padre, se encontrarían soñolientos e irritables pasada la medianoche, como niños a los que han tenido despiertos hasta muy tarde.

Puesto que Mr. Million no permitía que anduviéramos por los callejones después de anoecer, entrábamos en casa por la puerta principal con los hombres de cabello blanco y sus hijos y sobrinos. Había un jardín no mayor que un saloncito, oculto tras las fachadas sin ventanas, con macizos de helechos del tamaño de tumbas; una pequeña fuente de la que manaba el agua sobre varillas de cristal que producían un continuo tintineo, protegida de los chicos de la calle, y, con las patas fijas y casi enterradas en el musgo, una estatua de hierro de un perro con tres cabezas.

Supongo que dicha estatua era la que daba a nuestra casa el apodo de *Maison du*

Chien, aunque quizá también hacía referencia a nuestro apellido. Las tres cabezas eran lustrosas, con hocicos y orejas puntiagudos. Una gruñía; la del centro contemplaba con aire tolerante el mundo del jardín y de la calle. La tercera, más próxima al sendero de ladrillos que conducía a la puerta, mostraba —y no se puede expresar con otras palabras— una risa burlona, y los clientes de mi padre, al pasar por el sendero, Solían acariciarla entre las orejas. Los dedos habían bruñido aquel espacio hasta darle la consistencia de un cristal negro.

Éste, pues, era mi mundo a los siete años de nuestro mundo de largos años y quizás aún medio año más. La mayor parte del día lo pasaba en la pequeña clase que presidía Mr. Million, y las noches en el dormitorio donde David y yo jugábamos y nos peleábamos en medio de una quietud absoluta. Lo único que variaba eran los viajes a la biblioteca o, en raras ocasiones, a otra parte. De vez en cuando, separaba las hojas de la parra para contemplar a las jóvenes y a sus protectores en el patio de abajo, o bien oía sus charlas que descendían desde el jardín de la terraza, pero ni lo que hacían o hablaban me interesaba. Sabía que el hombre alto con cara de cuchillo y al que las jóvenes y los criados llamaban «Maître» era mi padre. También conocía la existencia de una mujer espantosa —los sirvientes le tenían terror—, llamada «Madame», pero que no era ni mi madre, ni la de David, ni tampoco la esposa de mi padre.

Aquella vida, mi niñez, o cuando menos mi infancia, se interrumpieron una noche después de que David y yo, cansados de luchar y discutir en silencio, nos fuimos a dormir. Alguien me sacudió por los hombros y me llamó; no era Mr. Million, sino uno de los criados de mi padre, un hombrecito jorobado con una raída chaqueta roja.

—Levántate, quiere verte.

Así lo hice, y en seguida advirtió que yo llevaba puesto un camisón. Creo que ese detalle no entraba en las instrucciones recibidas y durante un instante, en que yo bostezaba de pie, pugnó consigo mismo.

—Vístete y péinate —dijo finalmente.

Obedecí, y me puse los pantalones de terciopelo negro que llevaba el día anterior, pero (guiado por un misterioso instinto) una camisa limpia. La estancia a la que me condujo (por tortuosos corredores vacíos de los últimos parroquianos, y por otros, mohosos, sucios de excremento de ratas que los clientes no conocían), era la biblioteca de mi padre, la habitación de la gran puerta labrada ante la que la dama de rosa me había susurrado las confidencias. Jamás había estado, pero cuando mi guía golpeó discretamente la puerta, ésta se abrió y casi sin darme cuenta, me hallé dentro.

Mi padre, que había abierto la puerta, la volvió a cerrar detrás de mí, y dejándome de pie, donde estaba, se dirigió al otro extremo de la larga estancia y se dejó caer en un gran sillón. Llevaba la bata roja y la bufanda negra que ya vi en otra ocasión, y el ralo cabello largo peinado hacia atrás. Me miró y recuerdo que mis labios temblaban

al tratar de reprimir unos sollozos.

—Bien, ya estás aquí, ¿cómo te voy a llamar? —me expuso después de habernos contemplado los dos un largo rato.

Le dije mi nombre, pero sacudió la cabeza.

—Ése no. Para mí debes de tener otro... Uno privado. Si quieres, puedes elegirlo tú.

No contesté. Me parecía imposible tener otro nombre que las dos palabras que, en cierto sentido místico y que sólo yo respetaba, sin comprender, era mi *nombre*.

—Entonces, yo elegiré por ti. Eres el Número Cinco. Acércate, Número Cinco.

Me acerqué adonde estaba y cuando quedé de pie ante él, me interpeló:

—Ahora vamos a jugar. Voy a mostrarte algunos cuadros, y mientras los contemplas, tienes que hablar. Haz comentarios sobre los cuadros. Si hablas, tú ganas, pero si te detienes un Solo segundo, gano yo, ¿entiendes?

Le respondí que había comprendido.

—Bien. Sé que eres un chico inteligente. A decir verdad, Mr. Million me ha enviado los resultados de todos los exámenes y las cintas grabadas de cuando te habla, ¿lo sabías? ¿No te has preguntado nunca lo que hacía con ellas?

—Creí que las tiraba —respondí y observé que mi padre se inclinaba hacia delante mientras yo hablaba, una circunstancia que me halagó.

—No, las tengo aquí —apretó un botón—. Recuerda que no debes dejar de hablar.

Aunque en los primeros momentos estaba demasiado interesado para pronunciar una sola palabra, como por arte de magia aparecieron en la estancia un niño mucho más pequeño que yo y un soldado de madera pintada, casi tan grande como yo, pero cuando alargué el brazo para tocarlo, demostró ser tan impalpable como el aire.

—Di algo —me conminó mi padre—. ¿Qué opinas de todo eso, Número Cinco?

Pensaba en el soldado, como es natural y lo mismo el niño que aparentaba unos tres años. Caminaba con pasos vacilantes por mi brazo como la bruma e intentó volcarme.

Eran hologramas: imágenes tridimensionales formadas por la interferencia de dos ondas de luz y que encontré muy aburridas cuando las vi reproducidas como piezas de ajedrez en el libro de física; pero eso fue antes de que las relacionara con los fantasmas que se paseaban por la noche por la biblioteca de mi padre. Durante todo el rato mi padre iba diciendo:

—¡Habla! ¡Di algo! ¿Qué crees que siente el niño?

—Al niño le gusta el gran soldado pero quiere derribarlo si puede, porque el soldado es sólo un juguete, pero es mayor que él... —continué hablando durante mucho tiempo, imagino que varias horas seguidas. La escena cambiaba. Al soldado gigante lo reemplazó un *poney*, un conejo, unas papillas con galletas. Pero el niño de tres años seguía siendo la figura central.

Cuando el jorobado de la chaqueta roja volvió bostezando para llevarme a la

cama, mi voz no era más que un ronco susurro y me dolía la garganta. Aquella noche soñé que veía al pequeñuelo corriendo de una a otra actividad y, en cierto modo, su personalidad se confundía con la mía y la de mi padre, de modo que yo resultaba a la vez observador, observado y una tercera presencia nos observaba a los dos.

La noche siguiente me quedé dormido casi al instante en que Mr. Million nos envió a la cama, consciente sólo el tiempo suficiente para congratularme de que así fuera. Me desperté cuando el jorobado entró en el dormitorio, pero no fue a mí a quien hizo levantar de la cama sino a David. Callado y quieto, fingiendo que dormía (pues se me ocurrió, y en aquel momento me pareció razonable, que si notaba que estaba despierto, nos llevaría a los dos), observé cómo mi hermano se vestía esforzándose por dar a su rubio y enredado cabello un aspecto más aseado. Al regresar, me encontraba profundamente dormido y no tuve oportunidad de interrogarle hasta que Mr. Million nos dejó solos, como hacía muchas veces cuando desayunábamos. Le conté mis experiencias como algo normal y me dijo que había pasado una noche muy parecida a la mía. Había visto hologramas y, al parecer, los mismos: el soldado de madera, el poney, etc. Se vio obligado a hablar sin cesar, como Mr. Million nos exhortaba en los debates y exámenes orales. En lo único que difería su entrevista con nuestro padre, por lo que pude deducir, fue en cuanto al nombre que le había dado.

Me miró sin comprender, a punto de llevarse a la boca un trocito de tostada.

Le volví a preguntar:

—¿Con qué nombre te llamaba al hablarte?

—Me llamaba David; ¿qué creías?

Con el comienzo de esas entrevistas, mi norma de vida cambió; las modificaciones que suponía iban a ser temporales, se volvían imperceptiblemente permanentes, ajustándose a un nuevo modelo del que ni David ni yo éramos conscientes. Dejamos de jugar y de relatarnos cuentos a la hora de acostarnos y David moderaba cada vez más su afición a hacer caramillos de la parra. Mr. Million nos permitía retirarnos más tarde, y de un modo sutil nos percatábamos de que nos hacíamos mayores. También, más o menos por esa época, empezó a llevarnos a un parque donde había una barraca de tiro con arco y equipos para diversos juegos. Ese pequeño parque, no lejos de nuestra casa, estaba bordeado a ambos lados por un canal y allí, mientras David arrojaba flechas a un ganso relleno de paja, o jugaba al tenis, yo me sentaba a contemplar las tranquilas aguas ligeramente turbias, o a esperar que llegara uno de los blancos barcos: grandes naves de proas afiladas como el pico de un martín pescador y cuatro, cinco o hasta siete mástiles y que, con muy poca frecuencia, eran remolcados desde el puerto por diez o doce yuntas de bueyes.

El verano en que tenía once o doce años —creo que eran doce—, nos permitieron por primera vez quedarnos en el parque hasta la puesta del Sol, sentados en las márgenes en declive y herbosas del canal para contemplar un castillo de fuegos artificiales. El primer cohete aún no había estallado a media milla sobre la ciudad

cuando David se puso enfermo. Corrió hacia el agua y vomitó, zambullendo las manos hasta los codos en la porquería mientras las rojas y blancas estrellas resplandecían sobre él. Mr. Million se lo llevó en brazos, y cuando el pobre David se hubo desahogado, corrimos a casa.

Su enfermedad no duró mucho más que el corrompido emparedado que se la provocó, pero mientras nuestro preceptor lo metía en la cama, decidí no perderme el resto de la exhibición, de la que había visto parte por entre los edificios en nuestro camino de vuelta. Me habían prohibido entrar en el terrado después del anochecer, pero conocía muy bien el lugar donde se encontraba la escalera más próxima. La emoción que experimenté al entrar en aquel mundo prohibido de hojas y sombras, mientras las flores de fuego, púrpura, oro y de un resplandeciente escarlata se elevaban, me afectó como si tuviera fiebre, dejándome sin aliento, frío y tembloroso a pesar del calor del verano.

Había mucha más gente en la terraza de la que yo suponía. Los hombres, sin capa, sombrero ni bastón (lo habían dejado en el guardarropa de mi padre) y las muchachas, empleadas de mi padre, vestían trajes que mostraban los pechos pintados de carmín dentro de receptáculos de tela metálica, como jaulas que los hacían parecer más erguidos (ilusión óptica que se desvanecía si alguien se acercaba mucho), o vestidos cuyas faldas reflejaban sus rostros y bustos como en las aguas tranquilas se reflejan los árboles que se alzan en su borde, de modo que semejaban, en los intermitentes resplandores coloreados, como las reinas de los extraños palos de una baraja de cartas tarot.

Me vieron, por supuesto, ya que estaba demasiado excitado para ocultarme adecuadamente, pero nadie me ordenó que me fuera, y supuse que daban por hecho que tenía permiso para subir a contemplar los fuegos de artificio.

Éstos continuaron largo rato. Recuerdo a un cliente, un hombre robusto, de rostro cuadrado y mirada estúpida, con aire avasallador, que estaba tan ansioso de disfrutar de la compañía de su protegida —ella se resistía a entrar hasta que finalizase la exhibición— que, en su deseo de estar a solas, se alinearon en el parterre veinte o treinta arbustos y arbolitos para formar a su alrededor un pequeño bosquecillo. Yo ayudaba a los camareros a llevar algunos de los tuestos y vasijas más pequeños, y me las arreglé para ocultarme dentro de la estructura cuando ésta quedó dispuesta. Allí podía contemplar la explosión de los cohetes y «bombas aéreas» a través de las ramas y, a la vez, al cliente y a su *nymphe du bois*, que los contemplaba con muchísima más atención que yo.

El motivo de que yo me quedase allí no era, lo recuerdo bien, lúbrico, sino pura y simple curiosidad. Estaba en esa edad en que todo despierta un interés apasionado, pero la pasión es como una ciencia, y la mía se hallaba casi satisfecha cuando alguien detrás de mí me agarró por la camisa y me sacó a rastras de aquel vergel.

Cuando estuve libre del follaje, me soltaron y me volví, creyendo encontrarme con Mr. Million, pero no era él. Mi raptor resultó ser una mujercita de cabello gris

vestida de negro, cuya falda, en la que me fijé incluso en aquellos momentos, le colgaba recta hasta el suelo desde la cintura. Imagino que me incliné ante ella, pues era evidente que no se trataba de una sirvienta, pero ella no me devolvió el saludo, sino que me miró atentamente de un modo que me hizo pensar que conseguía ver lo mismo en los intervalos de los resplandecientes estallidos que a su luz. Por último, como remate del castillo de fuegos artificiales, un enorme cohete se elevó silbando con un río de llamas y, durante un instante, alzó la vista. Luego, cuando hubo estallado en una orquídea malva de increíble tamaño y fulgor, la fantástica mujercita me volvió a agarrar y me condujo con firmeza hacia la escalera.

Mientras estábamos en el liso pavimento del jardín de la terraza, tal como pude observar, no caminaba, sino que parecía deslizarse por la superficie como una pieza de ajedrez de ónix sobre un pulido tablero, y fue eso, a pesar de todo lo que me había ocurrido, la causa de que aún la recuerde como la Reina Negra; una reina de ajedrez ni siniestra ni benéfica, y Negra, sólo para distinguirse de alguna Reina Blanca que no estaba predestinado a encontrar.

Sin embargo, al llegar a la escalera, aquel suave deslizarse se convirtió en un inestable traqueteo que hacía bajar el borde de su negra falda más de dos pulgadas a cada paso, como si su torso descendiera a cada escalón como un pequeño bote por entre unos rápidos, precipitándose o interrumpiéndose o retrocediendo en el cruce de la corriente.

En los peldaños conservaba el equilibrio sosteniéndose en mí y agarrada del brazo de una doncella que nos esperaba en lo alto de la escalera y la ayudaba por el otro lado. Cuando cruzamos el jardín, imaginé que aquel caminar deslizante se debía únicamente a un modo de andar perfectamente controlado y a una buena postura, pero luego comprendí que estaba, en cierto modo, imposibilitada y tuve la impresión de que, si no fuera por la doncella y por mí, se hubiera caído de cabeza.

En cuanto llegamos al pie de la escalera, reanudó su marcha firme y uniforme. Despició a la doncella con un gesto y me condujo por el corredor en dirección opuesta a la de nuestro dormitorio y la clase, hasta llegar al hueco de una escalera, lejos de la parte posterior de la casa, con un tramo en espiral muy empinada, una sola barandilla de hierro y un descenso de seis pisos que daba al sótano. Allí me soltó y en tono resuelto me ordenó que bajara. Descendí unos escalones y me volví para cerciorarme de que no se encontraba en dificultades.

No le pasaba nada, pero tampoco empleaba la escalera para bajar. Con la larga falda que le colgaba tan recta como una cortina, flotaba, suspendida en el centro de la escalera, y me miraba desde el hueco. Yo estaba tan asombrado que me detuve, lo que motivó que ella hiciera un brusco gesto de enfado con la cabeza y eché a correr. En tanto yo descendía girando por el espiral, ella daba vueltas a mi alrededor, volviendo siempre hacia mí un rostro extraordinariamente parecido al de mi padre, con una mano apoyada en la barandilla. Cuando llegamos al segundo piso, se abalanzó sobre mí y me agarró con la facilidad con que un gato se hace cargo de un minino, y me

llevó a través de varias estancias y pasadizos que jamás me habían permitido recorrer, hasta que me sentí tan confundido como si se tratara de un edificio desconocido. Finalmente, nos detuvimos delante de una puerta que no se distinguía de cualquier otra. La abrió con una anticuada llave de latón con el borde como una sierra y me indicó que entrara.

La estancia estaba brillantemente iluminada y vi con absoluta claridad lo que sólo había vislumbrado en la terraza y el pasillo: que el borde de su falda colgaba dos pulgadas sobre el suelo, sin que en aquel fenómeno interfiriera cualquier movimiento, y que entre el borde y el suelo sólo había el vacío. Con un ademán me indicó un pequeño escabel tapizado de *petit-point*.

—Siéntate —y cuando hube obedecido, se deslizó hacia una mecedora con orejas y se acomodó en ella frente a mí. Pasado un momento, preguntó—: ¿Cómo te llamas? —le di mi nombre y me miró fijamente levantando una ceja y comenzó a mecerse ayudándose ligeramente con una lámpara de pie que tenía a su lado. Pasado un largo rato, volvió a interrogarme—: ¿Y cómo te llama él?

—¿Él? —me sentía estúpido y lo atribuí a la falta de sueño.

—Mi hermano —y frunció los labios.

Me expansioné un poco.

—¡Ah, en tal caso es usted mi tía y veo que se parece mucho a mi padre! Me llama Número Cinco.

Durante unos segundos continuó mirándome con las comisuras de los labios hacia abajo, igual que mi padre, luego, prosiguió:

—Ese número o es muy bajo o muy alto. Vivimos él y yo, y supongo que cuenta con el simulador. ¿Tienes una hermana, Número Cinco?

Mr. Million nos había leído *David Copperfield* y al pronunciar aquellas palabras, me recordó de un modo tan sorprendente e inesperado a la tía Betsey Trotwood, que solté una carcajada.

—No hay nada absurdo en lo que pregunto. Tu padre tenía una hermana..., ¿por qué no puedes tener una tú? ¿No tienes ninguna?

—No, señora, pero tengo un hermano que se llama David.

—Llámame tía Jeannine. ¿Se parece David a ti, Número Cinco?

—Tiene el cabello rubio y rizado, no como el mío. Quizá nos parecemos un poco, pero no mucho.

—Sospecho que recurrió a una de mis jóvenes —musitó.

—¿Qué dice?

—¿Sabes quién es la madre de David, Número Cinco?

—Somos hermanos, e imagino que será la misma que la mía, si bien Mr. Million declara que murió hace tiempo.

—No es la misma, no —manifestó mi tía—. Puedo mostrarte un retrato de tu madre; ¿quieres verlo? —tocó un timbre y desde otro aposento apareció una doncella que hizo una reverencia. Mi tía le susurró algo y la sirvienta volvió a salir—. ¿Qué

haces durante el día, además de subir a la terraza donde no debes? ¿Estudias, Número Cinco?

Le hablé de mis experimentos (estimulaba huevos de rana sin fecundar hasta conseguir un desarrollo asexual y después duplicaba los cromosomas por un tratamiento químico para producir una nueva generación asexual) y de las disecciones que por entonces Mr. Million me animaba a realizar y mientras hablaba, se me escapó un comentario sobre lo interesante que resultaría realizar una biopsia en uno de los aborígenes de Sainte Anne, si aún quedaba alguno, ya que las descripciones de los primeros investigadores diferían ampliamente y ciertos pioneros proclamaban que los aborígenes podían cambiar su configuración.

—Ah, de modo que estás enterado. Deja que te examine. ¿Qué es la Hipótesis de Veil?

Hacia varios años que la habíamos estudiado, de modo que respondí:

—La Hipótesis de Veil supone en los abos la capacidad de imitar perfectamente a la humanidad. Veil creía que cuando llegaban las naves de la Tierra, los abos mataban a todos los tripulantes y ocupaban sus lugares en las naves, de modo que no están muertos, en absoluto; somos nosotros.

—¿Quieres decir que los habitantes de la Tierra son «los seres humanos»?

—¿Cómo?

—Si Veil estaba en lo cierto, entonces tú y yo somos abos de Sainte Anne, por lo menos de origen. Supongo que eso es a lo que te refieres. ¿Opinas que tenía razón?

—Creo que no tiene demasiada importancia. Dijo que la imitación debió ser perfecta y, en ese caso, son iguales a nosotros.

Pensé que me había mostrado muy inteligente, pero mi tía sonrió meciéndose con más fuerza. Hacía mucho calor en el íntimo y brillante cuartito.

—Número Cinco, eres demasiado joven para la semántica y mucho me temo que ese vocablo *perfectamente* te haya llevado por mal camino. Estoy segura de que la intención del Dr. Veil era emplearlo de un modo más generalizado y no tan exacto como tú crees. La imitación difícilmente podría ser exacta, puesto que los seres humanos no poseen ese talento, y al imitarlos *perfectamente*, los abos, lo hubieran perdido.

—¿De veras?

—Mi querido niño, cualquier tipo de habilidad debe evolucionar y si las llevan a cabo han de utilizarlas, o de lo contrario se atrofian. Si los abos hubieran sido capaces de imitarlos tan bien, hasta el punto de perder la facultad de hacerlo, hubiera significado su fin, y no hay duda de que eso sucedió mucho antes de que llegaran las primeras naves. Por supuesto, no existe la más ligera prueba de que hicieran nada de eso. Simplemente, desaparecieron antes de que los examinaran a fondo, y Veil, que desea una explicación espectacular, por la crueldad e irracionalidad que ve a su alrededor, presenta una teoría sin base.

Esta última observación, junto con la actitud amistosa de mi tía, me ofrecía una

oportunidad ideal para preguntarle acerca de su sistema de locomoción, pero cuando estaba a punto de expresarme nos interrumpieron, casi a la vez, desde dos direcciones. La doncella regresaba con un gran libro encuadernado en cuero labrado, y apenas se lo entregó a mi tía, se oyeron unos golpecitos en la puerta.

—Mira —dijo mi tía abstraída, y como la observación igual la podía dirigir a mí que a la doncella, satisfice mi curiosidad indicándole que abriera la puerta.

En el vestíbulo aguardaban dos *démi-mondaines* de mi padre vestidas y pintadas hasta el extremo de que parecían más extrañas que cualquier abo, imponentes como álamos de Lombardía, e inhumanas como espectros, con los ojos pintados de verde y amarillo del tamaño de un huevo y los senos tan exageradamente turgentes y enhiestos que casi les llegaban a los hombros, y puesto que se mantenían en una actitud artificialmente educada, me percaté con sumo agrado de su sorpresa al verme en el umbral. Las saludé con una reverencia, pero cuando la doncella cerró la puerta al entrar ellas, mi tía exclamó:

—Un momento, muchachas, quiero enseñarle algo al chico; luego, nos dejará.

Aquel «algo» era una fotografía, en la que habían utilizado una nueva técnica que eliminaba el color excepto un ligero tono sepia. Era pequeña, y por su aspecto y los bordes ajados, también muy antigua. Mostraba a una joven de unos veinticinco años, delgada, más bien alta, de pie junto a un joven rechoncho en un paseo adoquinado y con un niño en brazos. El paseo se extendía frente a un singular edificio: una casa de madera larga de un solo piso, con un porche o galería que variaba su estilo arquitectónico cada veinte o treinta pies, de modo que daba casi la impresión de un gran número de casas estrechas edificadas unas junto a las otras. Menciono ese detalle, que en aquel momento apenas observé, porque desde que salí de la cárcel he intentado muchas veces encontrar una pista de dicha casa. Al mostrarme por primera vez la fotografía me interesaba más contemplar el rostro de la joven y el del niño. El de éste apenas se veía, cubierto casi todo él por una manta de lana blanca. La joven tenía un rostro amplio y una sonrisa luminosa que daba la impresión de poseer un encanto inusitado que raras veces se ve, indiferente, poético y a la vez astuto. Mi primer pensamiento fue que se trataba de una gitana, pero su piel era demasiado blanca. Puesto que en este mundo todos descendemos de un grupo relativamente pequeño de colonizadores, somos, más bien, una población uniforme; pero mis estudios me han proporcionado ciertos conocimientos de las primitivas razas Terrestres, y mi segunda suposición, casi cierta, fue que se trataba de una celta.

—De Gales —exclamé—. O escocesa o irlandesa.

—¿Cómo? —profirió mi tía.

Una de las chicas Soltó una risita; se habían sentado en el diván, con las largas y resplandecientes piernas cruzadas ante ella, como las astas barnizadas de las banderas.

—No importa.

Mi tía me dirigió una mirada penetrante y dijo:

—Tienes razón. Te mandaré a buscar y hablaremos sobre el tema, cuando los dos tengamos tiempo. Ahora, mi doncella te acompañará a tu cuarto.

No recuerdo absolutamente nada del largo trayecto que la doncella y yo recorrimos hasta llegar a mi habitación, ni qué excusas le presenté a Mr. Million por mi desautorizada ausencia. Cualesquiera que fueran, imagino que las comprendió, o descubrió la verdad interrogando a los criados, porque no me llegó ninguna llamada del apartamento de mi tía, por más que durante las semanas siguientes la esperaba cada día.

Aquella noche —estoy razonablemente seguro de que fue esa misma noche— soñé con los abos de Sainte Anne; abos que danzaban con penachos de hierba fresca en las cabezas, brazos y tobillos; abos que agitaban sus escudos fabricados con juncos entrelazados y sus lanzas con puntas de jade, hasta que el movimiento influyó en mi lecho y se convirtió en los brazos del ayuda de cámara de mi padre que venía a llevarseme, como casi cada noche, a la biblioteca.

Esa misma noche —y ahora sí que estoy plenamente convencido de que fue la primera noche que soñé con los abos—, la táctica que empleaba conmigo y que durante los cuatro o cinco años anteriores constituían la misma secuencia de conversaciones, hologramas, libre asociación y despedida, cambió. Tras las primeras palabras de costumbre, deduzco que para tranquilizarme —en lo que falló, como siempre—, me ordenó que me acostase sobre una vieja mesa de reconocimiento en un rincón de la estancia. A continuación, me pidió que mirase la pared, o sea, los estantes donde los cuadernos se amontonaban en desorden. Noté que me introducía una aguja en la parte interna del brazo pero, con la cabeza y el rostro dados vuelta, no podía incorporarme ni ver lo que hacía. Luego, retiró la aguja y me ordenó que permaneciera quieto. Pasado un tiempo que me pareció muy largo, durante el cual mi padre me separaba de vez en cuando los párpados para examinarme las pupilas o me tomaba el pulso, alguien, que se encontraba en un lugar distante del aposento, empezó a relatar una historia muy larga y complicada. Mi padre tomaba notas de lo que decía y de vez en cuando se detenía para hacerme preguntas que yo consideraba innecesario responder puesto que el narrador lo hacía por mí.

La droga que me había administrado no disminuía su efecto a medida que transcurrían las horas, como había yo supuesto erróneamente. Por el contrario; parecía llevarme progresivamente fuera de la realidad y preservar la individualidad del pensamiento. La mesa de cuero donde me encontraba se iba esfumando para encontrarme ora en el puente de un barco o en las alas de una paloma que volaba sobre el mundo y hasta dejó de interesarme si la voz que oía era la de mi padre o la mía. A veces me sentía lanzado a lo más alto, otras a lo más bajo, y en ocasiones notaba que hablaba desde las profundidades de un pecho mayor que el mío, y su voz, que reconocía, así como el suave susurro de las páginas de su libreta de notas, semejaban los agudos gritos de los niños que corrían por las calles, tal como los oía en verano cuando asomaba la cabeza por las ventanas situadas en la base de la cúpula

de la biblioteca.

Aquella noche, mi vida volvió a experimentar otro cambio. Las drogas —pues al parecer se trataba de varias y aunque el efecto que acabo de describir era el normal—, a veces no conseguía permanecer quieto y corría durante horas de un lado a otro mientras hablaba, o me sumía en sueños felices o terroríficos, afectaron mi salud. A menudo me despertaba por la mañana con un dolor de cabeza que me atormentaba todo el día o sujeto a períodos de extremo nerviosismo y aprensión. Pero lo peor era la ausencia absoluta de memoria y que a veces duraba días enteros de modo que me despertaba, me vestía, leía, paseaba e incluso conversaba sin recordar en absoluto nada de lo que había sucedido desde la noche anterior, en que me acostaba sobre la mesa de la biblioteca de mi padre.

Las lecciones que seguía con David no cesaron, pero en cierto modo la tarea de Mr. Million y la mía se invertían. Ahora era yo el que insistía en proseguir la clase cuando ésta había concluido. Y también era yo quien escogía el tema, y en muchas ocasiones el que preguntaba a David y a Mr. Million. Por el contrario, cuando acudían a veces a la biblioteca o al parque, me quedaba en la cama leyendo y me parece que en diversas ocasiones, al leer o estudiar seguía consciente en la cama hasta que el mayordomo acudía a buscarme.

Debo señalar que en las entrevistas que David sostenía con nuestro padre, él experimentaba los mismos cambios y al mismo tiempo que yo; pero puesto que eran menos frecuentes —y se fueron espaciando a medida que transcurría el verano, llegaba el otoño y por último el invierno— padecía, en conjunto, reacciones menos adversas a las drogas, cuyo efecto en él no era tan acusado.

En un momento determinado de aquel invierno llegué al término de mi infancia. Mi precaria salud me tenía alejado de las actividades infantiles y me estimulaba a realizar experimentos con animalitos y disecciones en los cuerpos de bocas y ojos abiertos que Mr. Million me suministraba sin cesar. Como dije, leía muchas horas seguidas o, simplemente, me acostaba con las manos detrás de la cabeza, luchando por recordar, a veces, días enteros, las conversaciones con mi padre. Ni David ni yo lográbamos reconstruir una teoría coherente sobre las preguntas que nos hacía, pero en mi memoria conservo fijas ciertas escenas de las que estoy seguro jamás contemplé y estimo que eran imágenes producidas por sugerencias susurradas mientras fluctuaba y me sumergía en esos estados variables de conciencia.

Mi tía, antes tan alejada de mí, me hablaba ahora por los pasillos, e incluso me visitaba en nuestro cuarto. Supe que llevaba el orden interno de la casa y por ella conseguí un pequeño laboratorio ubicado en la misma ala; pero, como ya indiqué antes, pasé la mayor parte del invierno ante mi mesa de disección o en la cama. La nieve se amontonaba en los cristales de la ventana, cubriendo casi la mitad; se adhería a los tallos desnudos de la parra. Los clientes de mi padre, en las raras ocasiones en que los veía, entraban con las botas mojadas, los hombros y sombreros cubiertos de nieve, jadeantes, la cara enrojecida, mientras sacudían los abrigos en el vestíbulo. Los

naranjos habían desaparecido. Ya no usaban el jardín de la azotea ni el patio, bajo nuestra ventana; Solamente a altas horas de la noche, cuando media docena de clientes con sus protegidas, borrachos todos, se arrojaban bolas de nieve entre risas y algazara; un juego que finalizaba invariablemente desnudando a las chicas y tumbándolas desnudas en la nieve.

La primavera me sorprendió, como a todos los que, como yo, ven transcurrir la mayor parte de su vida en el interior de una casa. Un día del mes de abril, mientras pensaba, y no por cierto en el fin del invierno, David abrió la ventana de par en par e insistió en que bajara con él al parque. Mr. Million nos acompañó y recuerdo que cuando salimos por la puerta principal al pequeño jardín que daba a la calle —un jardín al que vi la última vez bordeado por la nieve que habían sacado a paladas del sendero, radiante ahora por los tempranos capullos y el borboteo de la fuente—, David acarició el hocico risueño del perro de hierro y recitó: «He aquí el perro. Con su cuádruple cabeza anima estos reinos de luz.»

Hice una observación acerca de que se había equivocado.

—¡Ah, no! El viejo Cerbero tiene cuatro cabezas, ¿no lo sabías? La cuarta es la de su doncella y es tan perra que ningún perro puede despojarla de su doncellez.

Hasta Mr. Million se rió, pero después reflexioné, al reparar en la espléndida salud de David y la incipiente virilidad en el porte de sus hombros que si, como siempre había creído, las tres cabezas representaban al Amo, Madame y Mr. Million, es decir: mi padre, mi tía y mi tutor, y la doncella a la que aludía David, en efecto, había que soldar muy pronto una cuarta cabeza para mi hermano.

El parque debía representar para él un paraíso, pero en mi decaimiento lo hallé bastante inhóspito y pasé casi toda la mañana acurrucado en un banco contemplando a David que jugaba al frontón. Hacia el mediodía, una joven de cabello oscuro con un tobillo escayolado vino a romper mi Soledad, aunque no se sentó en el mismo banco que ocupaba yo, pero sí en otro muy próximo. Llegó con muletas acompañada por una especie de carabina que también se sentó, y me pareció que deliberadamente, entre la joven y yo. No obstante, la antipática mujer era demasiado estirada para que su misión de vigilante resultara un éxito total. Ocupó el banco mientras la joven, con la pierna lesionada extendida ante ella, se apoyaba contra el respaldo, dándome ocasión de contemplar su hermoso perfil; y de vez en cuando, al volverse hacia el monstruo que la acompañaba para hacer cualquier comentario, le veía todo el rostro: labios de carmín y ojos color violeta; una cara más redonda que ovalada, con un espeso mechón de cabellos negros que se dividían en la frente. Las cejas, un fino arco y largas y curvadas pestañas. A una anciana vendedora que ofrecía rodillos cantoneses de huevo (más largos que la mano y tan calentitos por estar recién fritos con manteca que hay que comerlos con precaución), la usé de mensajera y, a la vez que adquiría uno para mí, la mandé con dos de estas ardientes golosinas, una para la

joven y otra para su acompañante.

Naturalmente, el monstruo la rechazó; en cuanto a la joven, vi con satisfacción que suplicaba para que le permitiera aceptarlos; sus enormes ojos y encendidas mejillas proclamaban con harta elocuencia la discusión y aunque por desgracia me encontraba demasiado lejos para oír sus razonamientos, advertía sus gestos; sería un insulto gratuito a un correcto desconocido rechazar su invitación. Tenía hambre y de todos modos pensaba comprarse uno, ¡era un despilfarro absurdo poner reparos cuando lo que deseaba se lo ofrecían gratis! La vendedora, encantada con su papel de mediadora, se lamentó casi llorando por tener que devolverme el dinero (en realidad un billete de escaso valor, casi tan grasiento como el papel que envolvía su mercancía y mucho más sucio), y de vez en cuando alzaban las voces, lo bastante para que yo percibiera la de la joven, de un tono puro y suave, de contralto. Al final aceptaron, como era de suponer. El monstruo me concedió un helado saludo y la muchacha me hizo un guiño a sus espaldas.

Transcurrida media hora, cuando David y Mr. Million, que lo había estado vigilando desde el borde del patio, me preguntaron si quería almorzar, asentí, pensando que al regresar podría sentarme más cerca de la joven sin que pareciera un atrevimiento. Comimos (y creo que yo con una enorme impaciencia) en un limpio y pequeño café junto al mercado de flores, pero al volver al parque, la joven y su acompañante ya se habían marchado.

Regresamos a casa y, una hora después, mi padre envió a buscarme. Acudí bastante agitado, ya que era mucho más pronto de lo que tenía por costumbre; en realidad antes de que llegaran los primeros clientes, cuando yo solía ir después de que el último se hubiera marchado. No tenía razón para estar inquieto. Empezó preguntándome por mi salud y al responderle que me sentía mejor que durante la mayor parte del invierno, me habló en un tono cohibido, tan diferente de su habitual mordacidad, de sus negocios y de la necesidad que tiene un joven de prepararse para ganarse la vida.

—Tengo entendido que eres un erudito científico —me dijo.

Le respondí que confiaba llegar a serlo, aunque de momento sólo era un científico a pequeña escala, y me dispuse a defenderme de los ataques usuales acerca de la inutilidad de estudiar química o biofísica en un mundo como el nuestro, donde la base industrial era tan escasa que de nada servían para el comercio o en unas oposiciones para ocupar un puesto estatal, etc., etc. Por el contrario, exclamó:

—Me satisface saberlo. Para serte franco, le pedí a Mr. Million que te animara a proseguir tus estudios, aunque estoy seguro de que igual lo hubiera hecho; conmigo se comportó lo mismo. Esos estudios no sólo te procurarán una gran satisfacción, sino que... —hizo una pausa, carraspeó y se frotó el rostro y la cabeza con las manos—, son muy valiosos en todos los aspectos y constituyen, por así decirlo, una tradición familiar.

Le contesté que sus palabras me hacían muy feliz, y no hay duda de que era

cierto.

—¿Has visto mi laboratorio, que está detrás del gran espejo?

Nunca había estado en el, aunque conocía la existencia de un grupo de habitaciones detrás del espejo corredizo de la biblioteca, y en alguna ocasión los criados hablaron de su «dispensario», en donde elaboraba medicamentos para ellos, examinaba mensualmente a las chicas que teníamos empleadas y de vez en cuando prescribía tratamientos para «amigos» de los clientes: hombres inexpertos y arriesgados que no se habían limitado (al contrario de nuestros prudentes clientes) a venir exclusivamente a nuestro establecimiento. Le respondí que me agradecería muchísimo verlo.

—Pero nos alejamos de nuestro tema —continuó con una sonrisa—. La ciencia vale mucho, pero descubrirás, como yo, que consume más dinero del que produce. Vas a necesitar aparatos, libros y otras muchas cosas, y a la vez debes mantenerte. Aquí tenemos un negocio provechoso y, aunque confío vivir muchos años, en parte, gracias a la ciencia, tú eres el heredero y, a la larga, será tuyo...

¡De modo que yo era mayor que David!

—... Créeme, nada de lo que hacemos carece de importancia.

Me quedé tan sorprendido y al mismo tiempo tan contento por lo que había descubierto que se me escapó parte de lo que dijo. Acepté sus palabras con un gesto de la cabeza, lo que me pareció lo más prudente.

—De acuerdo. Empezarás por responder a la puerta principal. Hasta ahora lo hacía una de mis empleadas y los primeros días se quedará contigo, ya que tienes que aprender más de lo que imaginas. Hablaré con Mr. Million.

Le di las gracias y abrió la puerta de la biblioteca para indicarme que la entrevista había terminado. Al salir, apenas podía creer que era el mismo hombre que devoraba mi vida casi todas las mañanas a primera hora.

No relacioné este súbito ascenso con los acontecimientos del parque. Ahora me doy cuenta de que Mr. Million, que posee, literalmente hablando, ojos en la nuca, pudo haber informado a mi padre de que yo había alcanzado esa edad en que los deseos, que en la infancia se adhieren de forma exagerada a la persona del padre o la madre, comienzan a buscar a ciegas algo más fuera de la familia.

Aquella misma noche comencé mi nueva ocupación, convirtiéndome en lo que Mr. Million llamaba «presentador», y David (explicándome que el sentido primitivo de la palabra se relacionaba con «portal») me llamaba el «portero» de nuestra casa, con lo que asumía simbólicamente, pero de un modo práctico, las funciones del perro de hierro de nuestro jardín.

La doncella que antes los recibía, una joven llamada Nerissa, elegida no sólo porque era una de las más bonitas, sino también la más alta y fuerte, sonriente, de rostro alargado y pómulos salientes y hombros más anchos que la mayoría de los hombres, se quedó para ayudarme, tal como mi padre me había prometido. Nuestro trabajo no era molesto, ya que los clientes de mi padre eran todos hombres de elevada

posición, enemigos de peticiones y de discutir en voz alta, salvo en contadas ocasiones de embriaguez. Además, casi todos habían acudido ya a nuestra casa docenas y hasta centenares de veces. Los llamábamos por el apodo que únicamente empleaban en nuestra casa (y que Nerissa me comunicaba sotto voce en cuanto aparecían). Colgaban los abrigos y se dirigían —o si era preciso los acompañábamos— a las diversas secciones del establecimiento. Nerissa les lanzaba miradas provocativas, excepto a los más atrevidos; permitía que la pellizcaran, aceptaba propinas y luego, en las horas en que la actividad flojeaba, me hablaba de las veces en que la habían «llamado arriba», a petición de algún experto conocedor del rango, y del dinero que habían ganado aquella noche. Yo me reía de los chistes; rehusaba las propinas para dar a entender a los parroquianos que formaba parte de la dirección. Muchos no necesitaban que se lo recordase y a menudo me decían que me parecía de un modo sorprendente a mi padre. Poco tiempo estuve empleado de recepcionista, y creo recordar que la tercera o cuarta noche recibimos una visita insólita. Llegó a primeras horas de la tarde, pero en un día tan lóbrego, uno de esos últimos días invernales, que hacía más de una hora que las luces del jardín estaban encendidas y los coches que pasaban de vez en cuando por la calle no se veían. Cuando llamó a la puerta, la abrí, pero como hacía siempre con los desconocidos le pregunté cortésmente qué se le ofrecía.

—Deseo hablar con el Dr. Aubrey Veil.

Mucho me temo que por la cara que puse, comprendió que no sabía de quién se trataba.

—¿No es ésta la calle Saltimbanque, N.º 666?

No se había equivocado y el nombre del Dr. Veil, aunque de momento no conseguía situarle, despertó mis recuerdos. Supuse que uno de nuestros parroquianos había usado la casa de mi padre como una *adresse d'accomodation* y como el visitante era a todas luces admisible y no era prudente retener a nadie discutiendo en el umbral, a pesar del parcial refugio que ofrecía el jardín, le hice entrar. A continuación pedí a Nerissa que nos trajera café para de ese modo hablar unos momentos en privado en el pequeño y oscuro recibidor que daba al vestíbulo principal. Se trataba de un reducido aposento que usábamos en muy raras ocasiones y las sirvientas habían olvidado de limpiarlo, como advertí apenas abrí la puerta. Tomé nota mentalmente para comentárselo luego a mi tía, y mientras lo pensaba recordé dónde había oído hablar del Dr. Veil. En la primera oportunidad que se me presentó de hablar con mi tía, comentó la teoría del sabio profesor, acerca de que los nativos de Sainte Anne habían asesinado a los primitivos colonizadores terrestres, reemplazándolos por completo hasta olvidar nuestro origen.

El desconocido tomó asiento en uno de los dorados y mohosos sillones. Tenía una barba muy negra y más larga y poblada de lo que se estilaba. Era joven, aunque por supuesto mucho mayor que yo y hubiera sido un hombre apuesto a no ser por la piel de su rostro —la poca que podía verse—, de un blanco descolorido que le afeaba. El

terno oscuro que llevaba, daba la impresión de ser excesivamente grueso, como de fieltro, y recordé haber oído a un cliente que un satélite de Sainte Anne había amerizado ayer en la bahía y le pregunté si a lo mejor se hallaba a bordo de él. Por un instante se quedó perplejo y luego se echó a reír.

—Ya veo que es usted muy ingenioso y al vivir con el Dr. Veil está familiarizado con su teoría. No, vengo de la Tierra y me llamo Marsch.

Me entregó su tarjeta, que leí dos veces para que el significado de las abreviaturas delicadamente impresas en relieve se grabaran en mi memoria. Mi visitante era un científico, un doctor en filosofía y antropología procedente de la Tierra.

—No trataba de mostrarme ingenioso —respondí—. Pensé que tal vez venía de Sainte Anne. Aquí, la mayoría tenemos un tipo de rostro planetario, excepto los gitanos y las tribus de delincuentes, y usted no se ajusta a nuestro tipo.

—Y sé a lo que se refiere y por lo visto usted posee ese tipo.

—Dicen que me parezco muchísimo a mi padre. Me contempló fijamente y exclamó: —¡Ah!, ¿es partenogénico?

—¿Partenogénico? —había leído el vocablo pero solamente en relación con la botánica y, como me sucedía siempre que pretendía impresionar a alguien con mi inteligencia, no se me ocurrió nada. Me sentí como un chiquillo estúpido.

—Reproducido partenogénicamente, de modo que el individuo o individuos, puede haber miles, si quiere, poseen una estructura genética a la del progenitor. Es antievolutivo y, en la Tierra, ilegal; pero no creo que aquí estas cosas se observen con tanta fidelidad.

—¿Habla de los seres humanos? Asintió.

—Jamás oí hablar de ello. A decir verdad, dudo que aquí encuentre la tecnología necesaria. Comparados con la Tierra, estamos atrasados, aunque mi padre, por supuesto, se lo solucionaría.

—No quiero molestarlo.

Nerissa entró con el café, cortando cualquier nueva observación que el Dr. Marsch pudiera exponer. Yo le había sugerido que se dirigiera a mi padre más por la fuerza de la costumbre que por otra cosa, pero considero poco probable que consiguiera cualquier *tour de force*, es decir: que le sacara alguna ingeniosa creación bioquímica, aunque siempre existía esa posibilidad, en particular, si le ofrecía una importante suma de dinero. Mientras Nerissa disponía las tazas y vertía el café, guardamos silencio; pero, en cuanto se hubo marchado, Marsch exclamó con una mirada de aprecio:

—¡Qué joven tan singular! —y observé que sus ojos eran de un verde brillante, sin los puntitos pardos que suelen tener la mayoría de ojos verdes.

Estaba ansioso por interrogarle sobre la Tierra y los nuevos progresos y se me ocurrió que las chicas podían ser un medio eficaz de retenerlo o, por lo menos, de hacerlo volver.

—Debería ver algunas jóvenes. Mi padre posee un gusto exquisito.

—Preferiría ver al Dr. Veil, ¿o es su padre el Dr. Veil?

—¡Oh, no!

—Ésta es su dirección, por lo menos la que me dieron. Calle Saltimbanque n. 666, Port-Mimizon, Departamento de la Main, Sainte Croix. Hablaba muy serio y hasta creí posible que si le decía claramente que se había equivocado se marcharía, de modo que le dije:

—Conozco por mi tía la Hipótesis de Veil. Parece que está muy enterada. Tal vez le gustaría hablar con ella a última hora de esta tarde.

—¿No podría verla ahora?

—Mi tía recibe muy pocas visitas. Para serle sincero, me contaron que se peleó con mi padre, antes de nacer yo, y abandona raras veces sus habitaciones. El ama de llaves la informa y ella dirige lo que podríamos llamar nuestra economía doméstica; pero es muy difícil ver a Madame fuera de sus habitaciones o que deje entrar en ellas a un forastero.

—¿Por qué me cuenta todo eso?

—Para que comprenda que, aun con la mejor voluntad del mundo, no me sería posible disponer una entrevista con usted. Por lo menos esta tarde.

—Simplemente, era para preguntarle si conoce la dirección actual del Dr. Veil.

—Trato de ayudarle, Dr. Marsch, de veras.

—Pero, ¿no le parece que ése es el mejor sistema?

—No.

—En otras palabras: si usted se lo pregunta a su tía, sin darle la oportunidad de que se forme una idea de mí, ¿no me proporcionaría ese dato, si lo tiene?

—Será mejor que antes hablemos un poco usted y yo. Hay muchas cosas que me gustaría saber sobre la Tierra.

Por un instante, dejé asomar una amarga sonrisa por entre la barba.

—Supongamos que yo pregunto primero...

Nuevamente nos interrumpió Nerissa para saber si necesitábamos algo de la cocina. La hubiera estrangulado cuando el Dr. Marsch se detuvo en medio de una frase y se limitó a expresar:

—¿No podría esa joven preguntarle a su tía si puede recibirme?

Pensaba rápidamente. Mi intención era ir yo, y tras una espera adecuada, regresar y decirle que mi tía lo recibiría más tarde, lo que me proporcionaba una nueva oportunidad para interrogarle, mientras él aguardaba. Pero también existía el riesgo (sin duda exagerado por mi anhelo de conocer los nuevos descubrimientos de la Tierra) de que no quisiera esperar, o de que, cuando viera a mi tía —caso de que lo recibiera—, mencionara el incidente. En cambio, si enviaba a Nerissa conseguiría hablar con él mientras la joven cumplía el encargo —aparte de que también existía la posibilidad de que mi tía deseara terminar algún asunto antes de ver al desconocido. Le dije a Nerissa que fuera y el Dr. Marsch le entregó una de sus tarjetas de visita tras escribir algunas palabras en el dorso.

—Veamos ahora —expuse—; ¿qué deseaba preguntarme?

—¿Por qué esta casa, en un planeta que está habitado hace menos de doscientos años, parece tan absurdamente vieja?

—Fue construida hace ciento cuarenta años, pero ustedes deben tener en la Tierra casas mucho más viejas aún.

—Supongo que sí. A miles. Pero por cada una existen diez mil que se edificaron hace menos de un año. En cambio aquí, casi cada casa parece tan antigua como ésta.

—La población aquí no es muy grande y no hemos tenido que derribar casas, por lo menos eso dice Mr. Million, y hay menos gente ahora que hace cincuenta años.

—¿Mr. Million?

Le hablé de mi preceptor, y cuando acabé exclamó:

—Parece como si aquí tuvieran un simulador suelto elevado al cubo... lo cual resulta interesante. Se han hecho muy pocos.

—¿Un simulador elevado al cubo?

—Un billón. Diez elevado a la enésima potencia. Claro que el cerebro humano posee varios millones de sinapsis, pero se ha descubierto que ustedes simulan muy bien su actuación... Tenía la impresión de que el tiempo no pasaba desde que Nerissa salió, cuando ya había regresado. Hizo una reverencia al Dr. Marsch y le dijo:

—Madame desea verle.

—¿Ahora?

—Sí —repuso Nerissa—. Madame dijo que ahora mismo.

—Yo le acompaño. Tú, atiende la puerta. Esculté al Dr. Marsch por los lúgubres corredores, tomando el camino más largo, pero cuando pasábamos ante los manchados espejos y las desvencijadas mesitas de nogal estaba abstraído pensando en las preguntas que deseaba formular a mi tía y contestaba con monosílabos a mis preguntas sobre la Tierra.

Al llegar a la puerta de la habitación de mi tía di unos suaves golpecitos. La abrió ella, en persona; el borde de la negra falda colgaba vacío sobre la alfombra, sin signo de pisadas, pero creo que el Dr. Marsch no se dio cuenta.

—Siento mucho molestarla, Madame, pero su sobrino confía en que usted puede ayudarme a encontrar al autor de la Hipótesis de Veil.

—Tenga la bondad de pasar; yo soy el Dr. Veil —contestó mi tía y cerró la puerta dejándome en el pasillo de pie y boquiabierto.

Le conté el incidente a Phaedria a la primera ocasión en que nos vimos, pero ella estaba más interesada en conocer detalles de la casa de mi padre. Por si antes no mencioné su nombre, Phaedria era la joven que se sentó cerca de mí en el parque mientras yo contemplaba cómo David jugaba al frontón. Me la presentó, la segunda vez que bajé al parque, nada menos que el mismo monstruo que le ayuda a sentarse y ¡oh, milagro! En el acto se retiró a otro lugar, aunque visible, lo bastante alejado para

no oír. Phaedria tenía la pierna lesionada estirada ante ella sobre el sendero cubierto de guijarros y me dedicó su más encantadora sonrisa. Tenía unos dientes perfectos.

—¿No le importa que me siente aquí? —preguntó.

—Al contrario, estoy encantado.

—Y también sorprendido. Se le agrandan los ojos cuando se sorprende, ¿no lo sabía?

—También sorprendido. He venido a buscarla varias veces, pero usted no estaba.

—También nosotros le buscamos y tampoco lo encontramos; pero ya imagino que uno no puede pasar todo el tiempo en el parque.

—Me hubiera quedado al saber que me buscaba. De todos modos, he venido siempre que he podido. Temía que ella —con la cabeza le indiqué el monstruo— no la dejara volver. ¿Cómo la convenció?

—¿No lo adivinas? ¿No sabes nada?

Le confesé mi ignorancia. Me sentía estúpido y lo era, por oí menos en lo que decía, ya que mi mente no alcanzaba a responder a sus observaciones, sino en confiar a mi memoria la armonía de su voz, el color de sus ojos, el delicado perfume de su piel y el suave y cálido roce de su aliento sobre mis heladas mejillas.

—Pues ya verás lo que pasó. Cuando tía Uranie, que sólo es una prima pobre de mi madre, llegó a casa y le habló de ti, en seguida adivinó quién eras y aquí me tienes.

—¡En efecto! —fue todo lo que se me ocurrió y ella se echó a reír.

Phaedria era una de esas jóvenes educadas entre la esperanza de un matrimonio y la idea de una venta. Me contó que los negocios de su padre eran «inestables». Especulaba con cargamentos de textiles y drogas, casi todos procedentes del sur, y casi siempre debía grandes sumas a los prestamistas que no podía devolver, a menos que éstos le dejaran recuperarse. Quizá muriese pobre, pero mientras tanto le había dado a su hija una educación esmerada y le había pagado una cirugía plástica. Si al llegar a la edad de contraer matrimonio conseguía darle una buena dote, ella le vincularía a una familia acomodada; pero si se veía acosado por las deudas, una joven tan bien educada le podía proporcionar cincuenta veces el valor de una vulgar chiquilla de la calle. Por supuesto, nuestra familia sería ideal en cualquiera de los dos casos.

—Háblame de tu casa. ¿Sabes cómo la llaman los niños? «La Cueva Canem», o simplemente «La Cueva». Todos los niños creen que es maravillosa y cuentan mentiras porque la mayoría jamás estuvo.

Pero yo deseaba hablar del Dr. Marsch y de las ciencias de la Tierra, aunque también estaba tan ansioso por conocer su mundo, «los niños», que citaba con indiferencia, la escuela y su familia, como ella de saber de nosotros. También deseaba referirle con detalle los servicios que las jóvenes de mi padre prestaban a sus benefactores, pero era contrario a discutir de otros asuntos, como el de que mi tía bajaba flotando por el hueco de la escalera.

Compramos panecillos cantoneses a la vieja vendedora, y los comimos bajo el helado Sol; cambiamos confidencias y nos separamos, no sólo como amantes, sino también como amigos, prometiéndonos vernos al día siguiente.

A cierta hora de la noche, creo que casi a la vez que regresaba a mi cama, o para decirlo con más precisión, *me hacían regresar*, pues apenas me tenía en pie tras una sesión de varias horas con mi padre, el tiempo cambió. El aroma almizcleño de una primavera que se extingue y de un estío que nace penetraba por los postigos, y el fuego de nuestra pequeña chimenea se apagó casi solo, de vergüenza. El mayordomo de mi padre abrió la ventana y el dormitorio se llenó de esa fragancia que emiten las últimas nieves que se derriten bajo las profundas y oscuras hojas perennes de las laderas. Había quedado con Phaedria en encontrarnos a las diez y, antes de acudir a la biblioteca de mi padre, dejé una nota sobre el escritorio para que me despertaran una hora antes; y esa noche me dormí con el perfume y el pensamiento —medio plan, medio sueño— de que Phaedria y yo encontraríamos algún medio para eludir a su tía y buscar un rincón de césped solitario donde las flores azules y amarillas salpicaban la corta hierba.

Cuando desperté, una hora después del mediodía, caía tras la ventana una cortina de lluvia. Mr. Million leía un libro al otro extremo del dormitorio y me dijo que había estado diluviando desde las seis, por lo que no se decidió a despertarme. Sentía un agudo dolor de cabeza, como me sucedía a menudo después de una larga sesión con mi padre, y tomé los polvos que me había recetado para aliviarme. Eran de color gris y olían a anís.

—Pareces indispuerto —me dijo Mr. Million.

—Esperaba ir al parque.

—Lo sé.

Rodó hacia mí y recordé que el Dr. Marsch lo había llamado un simulador «suelto». Por primera vez desde que era pequeño, me incliné (aún a costa de mi cabeza) y leí el título cuya impresión estaba casi borrada. Sólo vi el nombre de una sociedad cibernética de la Tierra, y en francés, como siempre supuse, su nombre: M. Million —«Monsieur» o «Mister» Million—. Después, con el mismo asombro que experimentaba un hombre sentado tranquilamente en un sillón y que de pronto recibe un golpe por detrás, recordé que en algunas operaciones algebraicas se emplea un punto para multiplicar. En el acto se percató de mi cambio de expresión.

—Una palabra capaz de contener mil millones —expuso—. Un billón inglés o un millard francés. La M, claro, es el número romano que indica mil. Creí que ya lo sabías hace tiempo.

—Usted es un simulador suelto. ¿Qué es un simulador atado, y a quién simula... a mi padre?

—No. —El rostro dentro de la pantalla, el rostro de Mr. Million, como siempre creí, sacudió la cabeza—. Por lo menos llámame tu bisabuelo, la persona simulada. Él —yo— estamos muertos. Para simular es preciso examinar las células del cerebro

capa por capa con un rayo de partículas aceleradas, de modo que las neuronas se reproduzcan en el computador; nosotros lo llamamos núcleos reflejados. El proceso es fatal.

Transcurrido un minuto pregunté:

—¿Y un simulador atado?

—Si la simulación es poseer un cuerpo que parezca humano, el cuerpo mecánico debe estar enlazado —«atado»— a un núcleo remoto, puesto que el más pequeño billón almacenado en un computador no puede hacerse, ni siquiera aproximadamente, tan pequeño como el cerebro humano. —De nuevo enmudeció y durante un instante su rostro se deshizo en miríadas de puntos resplandecientes, que giraban como motas de polvo en un rayo de Sol—. Lo siento. Por una vez que deseas escuchar, yo no deseo hablar. Hace mucho tiempo, antes de la operación, me confirmaron que mi simulación —ésta— era capaz, en determinadas circunstancias, de sentir emoción. Hasta hoy creí que mentían.

Hubiera querido detenerle, pero salió rodando de la habitación antes de que yo me recobrase de mi sorpresa.

Durante largo rato —imagino que más de una hora— me quedé sentado escuchando el tamborileo de la lluvia, pensando en Phaedria y en lo que había dicho Mr. Million, mezclado todo con las preguntas de mi padre de la noche anterior; preguntas que parecían robarme las respuestas, de modo que me notaba vacío; alucinaciones vibrando en la vacuidad; sueños de vallas, muros y fosos ocultos llamados ha-has, que contenían una barrera que no veías hasta que tropezabas con ella. Una vez soñé que estaba de pie en un patio vallado con pilares corintios, tan juntos que no conseguía pasar el cuerpo entre ellos, aunque en el sueño yo era sólo un niño de tres o cuatro años. Tras intentar pasar por diferentes sitios observé que en cada columna había grabada una palabra; la única que pude recordar era caparazón, y las piedras que enlosaban el patio eran lápidas mortuorias como las que cubren el suelo en algunas viejas iglesias francesas, y en cada una mi nombre y una fecha distinta.

La vez siguiente que vi a Phaedria, cuatro o cinco días después, estaba concentrada en un nuevo proyecto en el que nos incorporaba a David y a mí. Nada menos que una compañía teatral compuesta en su mayor parte por muchachas de su edad, para representar obras durante el verano en un anfiteatro natural que había en el parque. Puesto que la compañía, como ya indiqué, era de muchachas, los actores masculinos se veían muy solicitados y David y yo pronto nos encontramos muy comprometidos. La obra la había escrito un comité de reparto y giraba —cosa inevitable— en torno a la pérdida del poder político de los primitivos colonialistas de habla francesa. Phaedria, cuyo tobillo aún no se había soldado al iniciarse las representaciones, interpretaba el papel de la hija paralítica del gobernador francés; David era su amante (un gallardo capitán de gastadores), y yo era el gobernador, un

papel que acepté sin vacilar, porque era más lucido que el de David y me daba ocasión de mostrar un gran afecto paternal hacia Phaedria.

La noche del estreno, a primeros de junio, la recuerdo perfectamente por dos razones: mi tía, a la que no había visto desde que cerró la puerta al entrar el Dr. Marsch, me notificó en el último momento que deseaba asistir y que yo debía acompañarla. En cuanto a los actores, temíamos tanto que el teatro estuviera vacío, que le pedí a mi padre si podía enviar algunas de sus chicas, ya que sólo perdían la primera parte de la noche, cuando había menos negocio. Con gran sorpresa por mi parte, consintió (supongo que le parecía una buena propaganda), con la única condición de que debían regresar al final del tercer acto si enviaba un mensajero a buscarlas.

Puesto que yo debía llegar por lo menos una hora antes, para maquillarme, fui a buscar a mi tía a última hora de la tarde. Ella en persona me hizo entrar y me pidió que la ayudara en lugar de su doncella, ocupada en sacar, con grandes dificultades, un pesado objeto del estante superior de un armario. Era una silla de ruedas plegable que montamos siguiendo las indicaciones de mi tía. Cuando hubimos terminado, nos dijo con aspereza:

—Echadme una mano —y entre ambos la sentamos. La negra falda se tendía vacía contra las patas de la silla como una tienda desplomada, acusando unas piernas no más gruesas que mis puños; aunque, también, una extraña protuberancia casi como una silla de montar le sobresalía por debajo de las caderas. Al notar que la miraba exclamó—: Supongo que no voy a necesitarla hasta que vuelva. Levantadme un poco. Colocaos detrás y sostenedme por debajo de los brazos.

Así lo hice y su doncella le alzó sin miramiento la falda y extrajo un pequeño artilugio forrado de cuero sobre el que se sentaba.

—¿Nos vamos? De lo contrario llegarás tarde —gangueó.

La empujé hacia el pasillo mientras la doncella mantenía abierta la puerta para que pasáramos. El saber que la capacidad de mi tía de quedar suspendida en el aire como humo era de origen físico, o más bien mecánico, no sé por qué razón me perturbaba más que nunca. Al preguntarme por qué estaba tan silencioso, se lo manifesté y añadí que no conocía a nadie que hubiera logrado crear un aparato antigravedad.

—¿Crees que yo lo poseo? Si así fuera, ¿por qué no había de usarlo para llegar hasta tu teatro?

—Porque imagino que no quieres que lo vean.

—Boberías. Es un aparato protésico normal que se adquiere en cualquier establecimiento quirúrgico. —Giró desde la silla para volver su rostro hacia mí, ¡un rostro tan parecido al de mi padre!, y sus piernas inválidas, tan secas como los palos que David y yo usábamos cuando niños para hacer juegos de magia. Queríamos que Mr. Million nos creyera echados boca abajo y, en realidad, estábamos agazapados debajo de nuestras supuestas siluetas—. Produce un campo superconductor y una

corriente en remolino por debajo, en las varillas de refuerzo. El flujo de la corriente resiste al de la máquina y yo floto más o menos. Para seguir te inclinas hacia adelante y te enderezas para pararte. Ya te veo más tranquilo.

—Sí, tía; creo que la antigüedad me asustó.

—En una ocasión usé la barandilla de hierro para bajar la escalera contigo. Tiene una forma en espiral muy adecuada.

Nuestra función marchaba sobre ruedas, consiguiendo aplausos que auguraban un gran éxito y que procedían de un público que era, o por lo menos deseaba que así se creyera, descendiente de la vieja aristocracia francesa. A decir verdad, el público era mejor de lo que imaginábamos; unas quinientas personas, además de los inevitables rateros, policías y busconas de la calle. El incidente más pintoresco que recuerdo acaeció hacia la segunda mitad del primer acto, cuando me senté durante unos diez minutos ante un escritorio para recitar unas cuantas líneas y escuchar a mis compañeros. El escenario daba al oeste, y el ocaso cubría el cielo con una mezcla de colores fantásticos: rojos púrpura estriados de oro, naranja y negro. Contra ese fondo violento que parecía una concentración de estandartes infernales, empezaron a surgir, de una en una y de dos en dos, como alargadas sombras de espectrales granaderos almenados y emplumados, las cabezas, los esbeltos cuellos, los estrechos hombros de un pelotón de *demi-mondaines* de mi padre. Al llegar tarde, se acomodaban en los últimos asientos del borde superior del teatro, acordonándolo como la soldadesca de algún antiguo y bizarro gobierno que rodea una muchedumbre desleal.

Finalmente se sentaron, me llegó el turno y me olvidé de todas las palabras; y esto es todo lo que recuerdo ahora de nuestra primera representación, excepto que al llegar a un punto, un gesto mío sugirió en el público una imitación de mi padre y se produjo un estallido inoportuno de risas, y que al comienzo del segundo acto, Sainte Anne se alzaba con sus lentos ríos, sus grandes praderas cubiertas de hierba, claramente visibles, inundando al público de luz verde; y al final del tercero, vi al corcovado mayordomo, yendo y viniendo por entre los asientos de arriba y las jóvenes, negras sombras bordeadas de verde, saliendo en fila.

Aquel verano representamos tres comedias, todas con bastante éxito. David, Phaedria y yo, nos convertimos en un trío inseparable, con Phaedria dividiendo sus atenciones por igual entre los dos, aunque nunca supe si por propia inclinación o por orden de su familia.

Cuando se le soldó el tobillo, en los juegos de atletismo era una compañera ideal para David, la mejor jugadora en los juegos de raqueta y pelota de todas las chicas que acudían al parque, aunque a menudo lo abandonaba todo y venía a sentarse conmigo, compartiendo mi interés por la botánica y la biología (aunque en realidad, no lo compartía); charlaba, y ante sus amigas se enorgullecía de mostrarse conmigo, pues mis lecturas me otorgaban una especie de talento para los juegos de palabras y las réplicas agudas.

Cuando se hizo evidente que el dinero de las entradas resultaba insuficiente para

cubrir los gastos del vestuario y de la escenografía que necesitábamos para la próxima representación, Phaedria sugirió que al final de la función los intérpretes circularan entre el público para hacer una colecta, lo cual, como era de suponer, entre las prisas y el trajín, se prestaba a pequeños hurtos para nuestra causa. De todos modos, la mayoría de la gente tenía el buen juicio de no llevar al teatro, por la noche y en un sombrío parque, más que el dinero justo para las entradas y, a lo sumo, tomar un helado o un vaso de vino en los entreactos, de manera que, por muy deshonestos que fuéramos, el beneficio era escaso, y nosotros, sobre todo Phaedria y David, pronto empezamos a planear aventuras más peligrosas y lucrativas.

Por esa época, y supongo que a consecuencia de las continuas e intensas pruebas que realizaba mi padre sobre mi subconsciente, casi cada noche un examen fortísimo cuyo motivo aún no comprendo y que por haberme habituado desde hacía tanto tiempo ni siquiera preguntaba, me volvía cada vez más propenso a inquietantes errores en el dominio de mi conciencia. Como David y Mr. Million me expresaron, parecía más silencioso que de costumbre, respondiendo a las preguntas de un modo inteligente aunque distraído. De pronto, volvía en mí; contemplaba las habitaciones y los rostros que me eran familiares pero después de medianoche no conservaba el menor recuerdo.

Sentía por Mr. Million el mismo afecto de cuando era niño, pero después de aquella conversación en la que aprendí el alcance de la leyenda familiar, jamás conseguí reanudar nuestra vieja afinidad. Siempre era consciente, como ahora, de que la personalidad que amaba había perecido antes de nacer yo; y que me dirigía a una imitación de naturaleza fundamentalmente matemática, que respondía a los estímulos del habla y la acción humanas. No conseguía resolver hasta qué punto Mr. Million se daba verdadera cuenta del derecho que se atribuía a decir «creo» y «siento». Cuando se lo pregunté sólo me contestó que él mismo no conocía la respuesta, ya que al no poseer un modelo para hacer comparaciones, no estaba seguro de si su proceso mental representaba o no un verdadero conocimiento y, por supuesto, yo no sabía si esa respuesta se debía a la profunda reflexión de un alma en cierto modo viva en las oscilantes abstracciones de la simulación, o si mi pregunta había provocado sólo una respuesta fonográfica.

Como ya expuse, nuestro teatro continuó todo el verano y la última representación se dio con las hojas caídas que se amontonaban en nuestro escenario como oscuras y viejas cartas perfumadas desechadas de algún baúl. Cuando cayó definitivamente el telón, después de haber salido a escena a recibir los aplausos, los que habíamos escrito las comedias y actuado en ellas nos encontramos tan desanimados que nos limitamos a quitarnos los disfraces y cosméticos y salir con el resto del público por los tortuosos y fantasmales senderos hasta llegar a las calles de la ciudad, y de allí a casa. Recuerdo que me encontraba dispuesto a reanudar las obligadas sesiones con mi padre, pero esa noche envió a su mayordomo al vestíbulo para esperarme y éste me condujo directamente a la biblioteca, en donde mi padre

explicó rápidamente que debía dedicar las últimas horas de la noche a sus negocios y por tal motivo me hablaría antes. Parecía enfermo y cansado y pensé, creo que por primera vez, que un día moriría y que ese día yo me convertiría en el acto en un hombre rico y libre.

No sé lo que dije aquella noche bajo el efecto de las drogas, pero sí recuerdo intensamente, como si acabase de despertarme esta misma mañana, el sueño que siguió. Me encontraba en un barco, una nave blanca, como las que arrastran los bueyes, y navegaba tan despacio que la afilada proa no dejaba estela en las verdes aguas del canal junto al parque. Yo era el único tripulante y el único hombre vivo a bordo.

En la popa, agarrado a la inmensa rueda y de manera tan flácida que aquélla parecía sostenerlo, guiarlo y sujetarlo en lugar de hacerlo él, se encontraba el cadáver de un hombre alto, delgado, cuyo rostro cuando dieron vuelta a su cabeza para mostrármelo era el mismo que flotaba en la pantalla de Mr. Million. Aquel rostro era muy parecido al de mi padre, pero sabía que el timonel muerto no era él.

Hacía mucho rato que me encontraba a bordo y navegábamos sin timón, impelidos por un fuerte viento y no lejos del puerto. Por la noche fui a la arboladura, y mástiles, jarcias y verga se estremecían, zarandeados por el viento, y el blanco velamen se alzaba por encima de mí, y más velas por debajo y más mástiles llenos de velas se alzaban por delante y por detrás de mí. Durante el día trabajaba en el puente y el agua rociaba mi camisa y dejaba goterones en forma de lágrimas sobre la tablazón, y en seguida se secaban al resplandor del Sol.

No recordaba haber estado en aquel barco, pero quizás estuve cuando niño, pues los ruidos, los crujidos de los mástiles en sus fosas, el silbido del viento entre el cordaje, el chasquido de las olas al romper contra el casco de madera, era para mí tan inconfundible y real como ellos mismos, como habían sido las risas y el ruido de vasos al quebrarse que oía desde abajo cuando era niño y quería dormir, o las cornetas de la ciudadela que a veces me despertaban por la mañana.

Trabajaba a bordo de ese barco aunque ignoro en qué. Transportaba cubos de agua para limpiar el puente de cuajarones de sangre; estiraba cuerdas sujetas a nada, o bien atadas firmemente a objetos inmóviles en lo alto de los aparejos. Vigilaba la superficie del mar desde la barandilla, por la proa, desde los topes y por encima de un gran camarote que estaba en medio del barco, pero cuando, a lo lejos, un satélite se hundió en el mar siseando por el inmenso calor de su blindaje de un brillo cegador, no informé a nadie.

Y mientras tanto, el hombre unido al timón me hablaba. La cabeza le colgaba como si tuviera roto el cuello y cuando las enormes olas se estrellaban en el timón lo zarandeaban de lado a lado o lo colocaban boca arriba o boca abajo, pero él seguía hablando y las pocas palabras que capté me confirmaban que pronunciaba una conferencia sobre una teoría ética de cuyo postulado hasta él mismo parecía dudar. Me aterrorizaba escuchar esa charla y procuré mantenerme lo más cerca posible de la

proa, pero el viento me traía a veces sus palabras, que percibía con gran nitidez, y siempre que alzaba la vista de mi trabajo me encontraba más próximo de lo que suponía de la popa, tanto que casi rozaba la cabeza del timonel.

Tras permanecer mucho tiempo en ese barco me sentí muy cansado y solo. De pronto, se abrió una de las puertas del camarote y surgió mi tía flotando casi a dos pies del ladeado puente. La falda no le colgaba en sentido vertical como lo había visto siempre, sino como un gallardete azotado por el viento hasta el punto de que parecía que se la iba a llevar. Por alguna razón exclamé:

—Tía, no te acerques al timonel, podría hacerte daño.

—¡Qué tontería, Número Cinco! —Contestaba con la misma naturalidad que cuando nos veíamos en el pasillo frente a mi dormitorio—. Hace tiempo que ya no hace ni bien ni mal a nadie. De mi hermano es de quien debemos preocuparnos.

—¿Dónde está?

—Abajo —y señaló el puente, como indicando que se encontraba en la bodega—. Trata de averiguar por qué el barco no se mueve.

Corrí hasta la borda y no vi agua, sino el cielo de noche.

Innumerables estrellas se esparcían por debajo de mí a una distancia infinita y mientras las contemplaba advertí que el barco no avanzaba, como dijo mi tía, ni siquiera oscilaba, sino que permanecía escorado, inmóvil. Me volví a mirarla y me dijo:

—No se mueve porque lo ha sujetado hasta que descubra por qué no se mueve.

Entonces, me deslicé por una cuerda hasta donde suponía que estaba la bodega. Olía a animales. Me había despertado, si bien al principio no me percaté.

Mis pies tocaron el suelo y vi que David y Phaedria estaban junto a mí. Nos encontrábamos en una enorme habitación que semejaba un desván y mientras miraba a Phaedria, muy hermosa, aunque tensa y mordiéndose los labios, un gallo cacareó.

—¿Dónde crees que está el dinero? —preguntó David. Llevaba una caja de herramientas, y Phaedria, que esperaba que él añadiera algo más, o bien en respuesta a sus propios pensamientos, expuso:

—Tenemos mucho tiempo, Marydol espera —Marydol era una de las jóvenes que participó en las comedias.

—¡Si no se escapa! ¿Dónde crees que está el dinero?

—Aquí, no. Abajo, detrás del despacho. —Estaba agachada pero se levantó y comenzó a caminar despacito. Iba toda de negro, desde las zapatillas de ballet hasta la cinta que sujetaba su negro cabello; un sorprendente contraste con el rostro y los brazos blancos y el carmín de los labios; un error, un poco de color que había quedado por equivocación. David y yo la seguimos.

En el suelo había esparcidas jaulas muy separadas entre sí, y al pasar junto a ellas vi que contenían aves: una sola en cada jaula. Sólo al acercarnos a la escalera que descendía por una escotilla situada al extremo opuesto de la habitación, advertí que aquellas aves eran gallos de pelea. Un rayo de Sol procedente de un tragaluz dio de

lleno en una jaula y entonces el gallo se alzó, se estiró y mostró unos ojos rojos y feroces y un plumaje tan chillón como el de un papagayo.

—Vamos —propuso Phaedria—; los perros están cerca —y bajamos la escalera tras ella. En el piso de abajo estalló un ruido infernal.

Los perros se encontraban encadenados en casetas con divisiones muy altas para que no se vieran los unos a los otros, y por entre la hilera de casetas se abría un ancho pasillo. Todos los perros eran de pelea, pero de distinto tamaño; desde el pequeño perdiguero hasta el mastín, mayor que un poney; bestias con cabezas tan deformes como los rebrotes de los viejos árboles, con mandíbulas que de un mordisco seccionarían las piernas de un hombre. El estrépito de los ladridos era irresistible; una sustancia sólida que nos estremecía a medida que descendíamos por la escalera, y al llegar al fondo agarré a Phaedria por un brazo y traté de indicarle por signos —pues estaba seguro de que dondequiera que nos hallásemos era sin permiso— que debíamos marcharnos en seguida. Ella movió la cabeza negativamente, y al notar que yo no comprendía lo que intentaba decirme, por más que exageraba el movimiento de los labios, escribió, con el índice humedecido, en un polvoriento tabique: «Siempre hacen esto. Un estruendo en la calle; eso es todo.»

La escalera daba acceso al piso de abajo, adonde llegamos por una puerta muy pesada pero sin cerrar, que supongo que instalaron, en parte, para mitigar el estrépito. Al cerrar la puerta me sentí más tranquilo, aunque todavía se oía el ruido. Por entonces había vuelto en mí por completo y pensé en explicar a David y a Phaedria mi total desconocimiento de dónde me encontraba, pero la vergüenza me contuvo. De todos modos, no me costó adivinar nuestro propósito. David había preguntado dónde estaba el dinero y en muchas ocasiones habíamos hablado de un solo robo que nos libraría de la necesidad de continuar con las pequeñas sustracciones, aunque por entonces consideraba dichas conversaciones como simple jactancia.

Cuando más tarde abandonamos el lugar, descubrí dónde estábamos, y por comentarios fortuitos colegí cómo habíamos llegado hasta allí. El destino inicial de aquel edificio fue de almacén, en la Rue des Égouts, cerca de la bahía. El propietario organizaba para los aficionados a los juegos toda suerte de combates y pasaba por almacenar en un departamento la mayor colección de monstruos. El padre de Phaedria se enteró de que ese hombre había llevado hacía poco su más valioso surtido al barco, y fue a verle acompañado de Phaedria, y puesto que ya era del dominio público que dicho lugar no se abría hasta el último Ángelus, al día siguiente llegamos un poco antes del segundo, y entramos por una claraboya.

Me resulta difícil describir lo que vimos al bajar desde el piso de los perros al siguiente, que era el segundo del edificio. Antes, había presenciado muchas veces esclavos luchadores, cuando Mr. Million, David y yo cruzábamos el mercado de esclavos para dirigirnos a la biblioteca, pero nunca más de uno o dos juntos y fuertemente maniatados. Aquí se les veía por todas partes, echados, sentados o reclinados, y por un momento pensé cómo era que no se destrozaban entre sí y

también a nosotros tres. Luego, advertí que cada uno estaba atado con una cadena corta sujeta al suelo y no era difícil adivinar, por los círculos astillados y rascados de los tablones, hasta qué punto podía llegar el esclavo. El mobiliario —jergones de paja y unas cuantas sillas y bancos— era, o muy ligero para no hacer daño si lo arrojaban, o de construcción muy sólida y sujeto con clavos. Esperaba que gritaran y nos amenazasen, como hacían en la cancha antes de cerrar. No obstante, daban la impresión de que comprendían que mientras estuvieran encadenados, nada podían hacer. Al descender por los escalones todos volvieron la cabeza hacia nosotros, pero como no les llevábamos comida, se mostraron menos interesados en nosotros que los perros.

—No son personas, ¿verdad? —preguntó Phaedria. Andaba muy erguida, como un soldado en un desfile y examinando con interés a los esclavos. Al mirarla pensé que era más alta y menos robusta que la «Fedra» que yo imaginaba al pensar en ella. No era sólo bonita, sino una joven muy hermosa—. Son como animales —añadió.

Debido a mis estudios, estaba mejor informado que ella y le conté que cuando eran recién nacidos habían sido humanos —en algunos casos, incluso cuando eran niños y hasta adultos—, y que se distinguían de la gente normal a causa de la cirugía (a veces practicada en el cerebro) y habían sido sometidos químicamente a grandes alteraciones del sistema endocrino, y por supuesto, también en su apariencia, como mostraban las cicatrices.

—Tu padre les hace esas cosas a las niñas, ¿verdad? ¿Para tu casa?

—Sólo de vez en cuando —respondió David—. Se requiere muchísimo tiempo y casi todos las prefieren normales, incluso muy normales.

—Me gustaría ver alguna. Me refiero a la que está tratando.

Pensando en los esclavos que nos rodeaban, exclamé:

—¿No conoces esas cosas? Creí que antes habías estado aquí; bien sabías lo de los perros.

—Lo vi antes y el hombre me habló de ellos. Ah, creo que he pensado en voz alta y sería espantoso si esos seres fueran aún personas.

Nos seguían con la mirada y pensé si la habían comprendido.

La planta baja difería mucho de los pisos superiores. Las paredes estaban adornadas con paneles y cuadros que representaban perros, gallos, esclavos y animales raros. Las ventanas, altas y estrechas, daban a la Rue Égouts y a la bahía, y sólo dejaban penetrar finísimos rayos de Sol para alcanzar a ver en la oscuridad el brazo de un hermoso sillón tapizado de cuero rojo. Una alfombra cuadrada de color marrón, no mayor que un libro, y una jarra medio llena. Di tres pasos dentro de la habitación y comprendí que nos habían descubierto. A grandes zancadas se acercaba a nosotros un joven alto, de anchos hombros, que se detuvo con una mirada de asombro en el mismo sitio que yo. Era mi reflejo en un espejo de cuerpo entero con marco dorado y experimenté la extraña confusión que produce ver a un extraño, una forma que no conoces, que gira o mueve la cabeza de un modo familiar y te ve por un

instante desde fuera y quizá por primera vez. El muchacho de aspecto grave y barbilla afilada que había visto cuando no sabía de quién se trataba, era tal como Phaedria, David, Mr. Million y mi tía me veían.

—Aquí es donde habla con los clientes —dijo Phaedria—. Si quiere vender algo, los empleados los hacen bajar de uno en uno para que no se vean, pero oyes el ladrido de los perros, incluso desde aquí, y él nos llevó arriba a papá y a mí y nos lo enseñó todo.

—¿Te enseñó dónde guarda el dinero? —preguntó David.

—Detrás. ¿Ves aquel tapiz? Es una cortina, porque mientras papá le hablaba, entró un hombre que le debía algo y le pagó, y él se dirigió hacia allá con el dinero.

La puerta que había detrás del tapiz daba a un pequeño despacho, con otra puerta en la pared de enfrente. No había indicios de cámara acorazada o caja fuerte. David rompió la cerradura del escritorio con una palanqueta que extrajo de la caja de herramientas, pero sólo encontró el normal montón de papeles, y yo ya estaba a punto de abrir la segunda puerta cuando oímos un ruido en la habitación contigua, como si rasparan o caminasen arrastrando los pies.

Durante unos minutos no nos movimos. Yo, quieto, con la mano en el pestillo. Phaedria, detrás de mí, a la izquierda, había estado buscando un escondrijo debajo de la alfombra, y permaneció agazapada, con la falda como un charco negro a sus pies. Junto al escritorio, percibía la respiración de David. Oímos de nuevo las pisadas y una tabla crujió.

—Es un animal —susurró David.

Aparté los dedos del cerrojo y lo miré. Aún tenía agarrada la palanqueta y tenía el rostro muy pálido, pero sonrió.

—Un animal atado con una cuerda que arrastra las patas. No es más que eso —afirmó sonriendo.

—¿Cómo lo sabes?

—Cualquiera que estuviera allí nos hubiera oído, sobre todo al abrir el escritorio. Si fuera una persona, habría salido o se hubiera ocultado sin hacer ruido, si estuviera asustada.

—Creo que tiene razón. Abre la puerta —indicó Phaedria.

—Antes de abrirla, decidme, ¿y si no es un animal?

—Lo es —insistió David.

—Pero, ¿y si no lo es?

Vi la respuesta en sus rostros. David agarró la palanqueta y yo abrí la puerta.

El aposento era mayor de lo que había imaginado, pero vacío y sucio. La luz procedía de una sola ventana que se abría en la pared de enfrente. En medio del suelo se alzaba un gran cofre de madera oscura con flejes de hierro y, ante él, un montón de harapos. Al entrar, los harapos se movieron y de entre ellos, un rostro triangular, como el de una mantis, se volvió hacia mí. La barbilla se hallaba apenas a una pulgada del suelo, pero bajo las espesas cejas los ojos eran diminutos fuegos

escarlata.

—Eso debió ser —exclamó Phaedria. No miraba el rostro sino el cofre—. David, ¿puedes abrirlo?

—Creo que sí —pero al igual que yo, observaba los ojos que surgían de entre aquel montón de trapos—. ¿Qué es eso? —señaló con un ademán. Antes de que Phaedria y yo contestáramos, el rostro abrió la boca y mostró unos dientes largos, estrechos, de un tono amarillo grisáceo.

—Enfermo —masculló.

Creo que ninguno de nosotros pensó que aquello pudiera hablar. Era como si hubiera hablado una momia. Afuera, pasó un vehículo; las llantas traqueteaban sobre el suelo de guijarros.

—¡Vámonos, salgamos de aquí! —profirió David.

—¿No ves que está enfermo? —concretó Phaedria—. Su amo lo bajó aquí para poder examinarlo y atenderlo. Se encuentra mal.

—¿Y encadena a un esclavo donde guarda el dinero? —y David dirigió a Phaedria una mirada irónica.

—¿No lo entiendes? Es el único objeto pesado del cuarto. No tienes más que acercarte a esa desgraciada criatura y darle un golpe en la cabeza. Si tienes miedo, dame la palanqueta y lo haré yo.

—No, déjame a mí. Le seguí unos pasos hacia el cofre.

—¡Tú, sal de ahí! —profirió David y le mostró con ademán imperioso la palanqueta. El esclavo emitió un sonido gutural y gateó hacia un lado arrastrando la cadena. Iba envuelto en una sucia y raída manta y apenas era mayor que un niño, aunque tenía unas manos enormes.

Me volví y di un paso hacia Phaedria con intención de instarla a que nos fuéramos si David no conseguía abrir en seguida el cofre. Recuerdo que antes de oír o notar nada, vi sus ojos desmesuradamente abiertos y aún me preguntaba por qué cayó la caja de herramientas con gran estrépito y el propio David también cayó con un ruido sordo y un grito sofocado. Phaedria gritó y todos los perros del tercer piso empezaron a ladrar.

Todo sucedió en menos de un segundo. Me volví para mirar casi a la vez que caía David. El esclavo había alargado un brazo para agarrar a mi hermano por el tobillo y en un instante se despojó de la manta y saltó sobre él.

Lo agarré por el cuello y lo separé de un tirón, creyendo que se apretaría contra David y sería preciso separarlos violentamente, pero en el instante en que sintió mis manos, se apartó de David y se retorció en mi puño como una araña. *Tenía cuatro brazos.*

Vi cómo se debatía mientras trataba de agarrarme. Lo solté y me eché atrás, como si me hubieran arrojado una rata a la cara. Aquel gesto de repulsión me salvó: dio una patada tan violenta que, en el caso de tenerlo agarrado, lo que le hubiera proporcionado un apoyo, seguramente me habría despedazado el hígado o el bazo y

me hubiera matado. Se abalanzó hacia mí y yo, jadeando, di un salto atrás y caí rodando fuera del perímetro adonde le permitía llegar la cadena. David ya había conseguido abrirse paso y Phaedria estaba por completo fuera de su alcance.

Durante unos segundos, mientras trataba de incorporarme estremecido de horror, los tres seguíamos mirándole. Entonces, David recitó irónicamente:

—Canto a las armas y al varón, que forzado por el destino y el implacable odio de la arrogante Juno abandonó, expulsado y exiliado las playas de Troya.

Ni Phaedria ni yo nos reímos, pero ella dejó escapar un suspiro y preguntó:

—¿Cómo consiguen dejarlo de ese modo?

Le conté que seguramente le habían injertado los otros dos brazos después de contrarrestar la natural resistencia del cuerpo al tejido extraño y que la operación había sustituido algunas de sus costillas por los hombros del donante.

—He aprendido a hacer lo mismo con ratas —aunque por supuesto en un grado mucho menos ambicioso— y lo que me sorprende es que parece emplear muy bien el par injertado. A menos que poseas un par idéntico, las terminaciones nerviosas casi nunca se unen de forma adecuada y el que lo hizo, seguramente falló centenares de veces antes de conseguir su propósito. Ese esclavo debe valer una fortuna.

—Creí que habías desechado las ratas. ¿No trabajas ahora con monos? —expuso David.

—No.

Aunque confiaba hacerlo; pero tanto si lo conseguía como si no, era evidente que hablar de ello no conducía a nada y así se lo manifesté a David.

—Creí que querías marcharte.

Lo había deseado, pero ahora anhelaba algo más. Quería realizar una operación exploratoria sobre aquella criatura y mi afán era más intenso que el de David y Phaedria por conseguir el dinero. A David le gustaba creerse más intrépido que yo y me lo demostró cuando le dije:

—Hermano, puedes irte si quieres, pero no me uses como excusa —y aquello lo decidió.

—De acuerdo, ¿cómo vamos a matarlo? —me miró con enojo.

—No puede llegar hasta nosotros, podemos arrojarle cosas —propuso Phaedria.

—Y puede devolvernos las que no den en el blanco. Mientras hablábamos, el monstruo de los cuatro brazos nos sonreía. Estaba convencido de que comprendía, por lo menos, parte de lo que decíamos e hice un gesto a David y a Phaedria indicándoles que regresáramos a la habitación donde estaba el escritorio. Una vez allí, cerré la puerta.

—No quiero que nos oiga. Si conseguimos armas con mangos largos, lanzas o algo por el estilo, podríamos acabar con él sin acercarnos demasiado. ¿Qué podemos usar como palo? ¿Se os ocurre alguna idea?

David sacudió la cabeza pero Phaedria exclamó:

—Un momento, recuerdo algo.

Los dos la miramos y ella frunció las cejas fingiendo que trataba de recordar, divertida por la atención suscitada.

—¿Y bien? —preguntó David. Chasqueó los dedos.

—Los palos de las ventanas. Son largos y con un pequeño gancho en un extremo. ¿Recordáis las ventanas que hay ahí, donde habla con los clientes? Están muy altas y mientras él y papá hablaban, uno de sus empleados trajo uno y abrió una ventana. Deben de estar por ahí...

Después de cinco minutos de búsqueda, encontramos dos que parecían servir a nuestro propósito. Eran de madera resistente, de unos dos metros de largo por cinco centímetros de circunferencia. David blandió el suyo y fingió que le daba una estocada a Phaedria; luego me preguntó:

—¿Qué usamos ahora como arma?

El escalpelo, que siempre llevaba dentro de la funda, en el bolsillo de la chaqueta. Lo até a la vara con una cinta aislante que corté de un rollo que por suerte David se guardó en el cinturón en vez de meterlo en la caja de herramientas, pero no encontramos nada más para formar la segunda lanza, hasta que a él se le ocurrió un cristal roto.

—No puedes romper una ventana porque te oirían desde fuera; además, ¿no se escaparía del palo al tratar de matarlo?

—No, si es un cristal duro. ¡Eh, mirad aquí! Me volví y otra vez vi mi imagen. Señalaba el gran espejo que me había sorprendido cuando bajé por la escalera. Mientras miraba, David le dio un golpe con la punta del zapato y se rompió con un estrépito que avivó el ladrido de los perros. Eligió un trozo largo, triangular, y lo alzó a la luz, resplandeciendo como una gema.

—Vale casi tanto como los que fabricaban en Sainte Anne con ágatas y jaspes, ¿verdad?

Habíamos convenido en acercarnos desde puntos opuestos. El esclavo saltó encima del cofre y desde allí nos miraba muy tranquilo, volviendo los hundidos ojos de David a mí, hasta que finalmente, cuando ambos estuvimos bastante cerca, David se precipitó sobre él.

El esclavo daba vueltas mientras la punta del espejo le raspaba las costillas; agarró la lanza de David por el asta y le dio un tirón hacia delante. Le lancé una estocada pero erré y antes de recuperarme ya se había arrojado del cofre y luchaba con David por el lugar más apartado. Me incliné sobre aquel lado y lo acuchillé pero, hasta oír el grito de David, no advertí que había hundido el escalpelo en el muslo de mi hermano. Vi cómo surgía a borbotones la sangre roja, arterial, y me lancé sobre el cofre encima de ellos.

Me esperaba, de espaldas y sonriendo, con las piernas y los cuatro brazos levantados como los de una araña muerta. Estoy seguro de que me habría

estrangulado en pocos segundos a no ser porque David —ignoro hasta qué punto se dio cuenta— arrojó un brazo sobre los ojos del monstruo y se escapó de sus garras y yo caí entre aquellas manos extendidas.

No hay mucho más que contar. De un tirón se libró de David y estirándome hacia él trató de morderme en el cuello, pero yo le hundí el pulgar en un ojo y haciendo gancho, se lo arranqué de la órbita. Phaedria, con más valor del que le suponía, me puso en la mano libre la lanza con la punta de espejo y se la clavé en la garganta; creo que le corté las dos yugulares y la tráquea. Pusimos un torniquete en la pierna de David y salimos sin el dinero ni los conocimientos técnicos que yo esperaba adquirir del cuerpo del esclavo. Marydol nos ayudó a llevar a David a casa y a Mr. Million le contamos que se había caído mientras explorábamos un edificio vacío, aunque dudo que nos creyera.

Debo añadir algo sobre aquel incidente —me refiero a la muerte del esclavo— aunque estoy tentado de pasarlo por alto y contar en cambio, un descubrimiento que a la sazón tuvo una enorme influencia sobre mí. Es sólo una impresión y estoy seguro de que la recuerdo deforme y exagerada. Mientras apuñalaba al esclavo con mi rostro muy próximo al suyo, vi —a la luz que penetraba por las altas ventanas que teníamos detrás— mi propio rostro reflejado y duplicado en las córneas de sus ojos, y me pareció que era un rostro semejante al suyo. Desde entonces, no he olvidado lo que me dijo el Dr. Marsch sobre la reproducción de un número cualquiera de individuos idénticos por partenogénesis, y de que mi padre, cuando yo era pequeño, tuvo fama de traficar con niños. Desde mi liberación, he buscado una pista de mi madre, la mujer de la fotografía que me enseñó mi tía. Aunque seguramente aquella foto la tomaron mucho antes de nacer yo; quizás en la Tierra.

El descubrimiento a que me refiero ocurrió tan pronto salimos del edificio donde maté al esclavo y fue el siguiente: que ya no estábamos en otoño sino en pleno verano. Puesto que los cuatro —pues nos acompañaba Marydol— estábamos tan preocupados por la herida de David, aparte de tramar una buena historia que explicara el suceso, aquel trauma quedó un tanto paliado, aunque evidente. El tiempo era cálido, con ese calor húmedo que aplana, tan peculiar del estío. Los árboles, que recordaba desnudos, se cubrían de un espeso ramaje y estaban llenos de oropéndolas. La fuente de nuestro jardín no funcionaba como siempre que hay peligro de heladas manando de su cañería agua caliente. Mientras ayudábamos a David a cruzar el sendero, hundí las manos en el tazón y la noté tan fría como el rocío.

Por entonces aumentaron los períodos de inconsciencia, mi sonambulismo que duraba todo el invierno y la primavera y me sentí confuso y desorientado.

Al entrar en casa, un mono, que al principio creí que era de mi padre, saltó sobre mi hombro. Mr. Million me contó después que era mío, uno de los animales de mi laboratorio y del que había hecho mi favorito. No conocía al pequeño animal, pero las

cicatrices debajo del pelo y los miembros retorcidos me convencieron.

(Desde entonces he conservado a «Popo», y Mr. Million lo cuidó mientras estuve preso. Todavía trepa, cuando hace buen tiempo, por las grises y desmoronadas tapias de esta casa; y mientras corre por el parapeto y contemplo su silueta encorvada contra el cielo, creo por un momento que mi padre aún está vivo y que de nuevo va a llamarme para que acuda a su biblioteca, pero disculpo de ello a mi animalito.)

Mi padre no llamó a un médico para que atendiera a David sino que lo curó él; y si experimentó curiosidad por el modo en que se produjo la herida, no lo demostró. Supongo —y lo digo por si luego puede tener algún valor— que pensó que yo le había acuchillado en una pelea, puesto que, tras el suceso, le vi siempre receloso cuando estábamos a solas. No era un hombre aprensivo y estaba acostumbrado, desde hacía muchos años, a tratar en ocasiones con los peores criminales, pero conmigo ya no se sentía tranquilo y se mostraba en guardia. Claro que podía ser sólo el resultado de algo que yo había dicho o hecho durante el invierno.

Tanto Marydol como Phaedria, así como mi tía y Mr. Million, iban con frecuencia a visitar a David y su habitación se convirtió en un lugar de reunión para todos que sólo interrumpían las ocasionales visitas de mi padre. Marydol era una joven delicada, rubia y bondadosa y le cobré un gran afecto. A menudo, al marcharse a su casa, la acompañaba y al regreso me detenía en el mercado de esclavos, como Mr. Million, David y yo habíamos hecho muchas veces para comprar pan frito, degustar el aromático café y observar las pujas. Los rostros de los esclavos son los más sombríos del mundo, pero yo me detenía a mirarlos y transcurrió mucho tiempo, por lo menos un mes, antes de comprender —casi de repente, cuando descubrí lo que había estado buscando— por qué lo hacía. Habían llevado a la plataforma de subasta a un joven barrendero. Tenía el rostro y la espalda cubiertos de cicatrices producidas por latigazos y los dientes rotos, pero reconocí su rostro cubierto de costurones: era el mío o el de mi padre. Le hablé y lo habría comprado para manumitirlo, pero me contestó en el tono servil de todos los esclavos y me alejé asqueado para volver a casa.

Aquella noche, cuando mi padre me llamó a su biblioteca —no lo había hecho desde hacía varias noches—, observé nuestro reflejo en el espejo que ocultaba la entrada del laboratorio. Parecía más joven y yo, más viejo; hubiéramos podido ser la misma persona, y cuando se volvió hacia mí, que miraba por encima de su hombro, no vi la imagen de mi cuerpo, sino solamente sus brazos y los míos: nos parecíamos al esclavo luchador.

No sabría decir quién sugirió primero que lo matáramos. Sólo recuerdo que una noche, mientras me preparaba para acostarme después de haber acompañado a Marydol y a Phaedria a sus respectivas casas, me di cuenta de que un poco antes, cuando los tres, junto con Mr. Million y mi tía estábamos sentados en torno al lecho de David, habíamos hablado del asunto.

Por supuesto, no fue de un modo directo, ni siquiera admitimos que lo

pensábamos. Mi tía mencionó el dinero que suponía tenía escondido; luego, Phaedria habló de un yate lujoso como un palacio; David, de grandes cacerías al viejo estilo y del poder político que se consigue con el dinero.

Y yo, sin hablar, pensaba en las horas, semanas y meses que me habían arrebatado, en la destrucción de mi yo, roído por mi padre noche tras noche. Pensé en cómo entraría aquella noche en la biblioteca para encontrarme, al despertar luego, convertido en un viejo y, quizás, un mendigo.

Entonces comprendí que debía matarlo, pues si le contaba mis pensamientos mientras yacía drogado sobre el diván o la vieja mesa, me mataría sin el menor escrúpulo.

Mientras aguardaba a que su mayordomo viniera a buscarme, forjé un plan. No habría investigaciones ni certificado de fallecimiento. Yo lo iba a reemplazar. Para nuestros clientes todo sería igual que antes, como si nada hubiera cambiado. A los amigos de Phaedria les dirían que me había peleado con él y me había marchado de casa. Durante un tiempo no permitiría que nadie me viera y después, vestido como él, en una habitación oscura, hablaría de vez en cuando con algún asiduo parroquiano. Era un plan imposible, pero en aquellos momentos lo encontré, no sólo posible, sino hasta fácil. Llevaba el escalpelo en el bolsillo dispuesto a usarlo. Tampoco destruiría el cuerpo en el laboratorio.

Lo leyó en mi cara. Me habló como siempre, pero creo que lo sabía. Había flores en la estancia, algo que jamás había visto, y me pregunté si lo habría adivinado mucho antes y las trajo para un acontecimiento especial. En lugar de pedirme que me acostara en la mesa cubierta de cuero, me indicó una butaca y él se sentó ante su escritorio.

—Hoy tendremos compañía.

Lo miré.

—Estás enojado conmigo, lo leo en tu rostro. No sabes quién...

Lo interrumpió un golpe dado en la puerta y cuando exclamó: «Adelante», la abrió Nerissa quien hizo entrar a una *demi-mondaine* y al Dr. Marsch. Me sorprendió verle, pero todavía más que una de las chicas entrara en la biblioteca y que ocupara un asiento junto al Dr. Marsch en una postura que indicaba que esa noche él era su protector.

—Buenas noches, doctor, ¿se divierte? —preguntó mi padre.

Marsch sonrió mostrando unos dientes grandes y simétricos. Llevaba un terno de corte moderno pero el contraste de su barba con la descolorida piel de sus mejillas era más notable que nunca.

—Sensual e intelectualmente —contestó—. He visto a una joven desnuda gigantesca, el doble de un hombre normal y pasaba a través de una pared.

—Eso se consigue con hologramas —repuse.

—Lo sé. Y he visto otras muchas cosas. Iba a referírselas todas pero tal vez sólo conseguiría aburrir a mi público. Me contentaré con decirle que tiene un local muy

notable..., pero usted ya lo sabe.

—Siempre halaga oírlo —respondió mi padre.

—¿Qué le parece si hablamos ahora de lo que discutimos antes?

Mi padre miró a la *demi-mondaine*, que se levantó, dio un beso al Dr. Marsch y salió de la pieza. La pesada puerta de la biblioteca se cerró tras ella con un suave clic.

Como el ruido de un conmutador o de un viejo vaso que se rompe.

Desde entonces he pensado muchas veces en cómo vi salir a la joven: los zapatos de plataforma con altísimos tacones y las piernas grotescamente largas; el vestido descubierto por la espalda, con un escote que descendía una pulgada por debajo del coxis. La nuca despejada con el cabello recogido en lo alto de la cabeza en una gran masa cardada y entretejido con lazos y diminutas motitas brillantes. Al cerrar la puerta, aunque no lo supiera, había terminado el mundo que ella y yo conocimos.

—Lo estará esperando cuando salga —le advirtió mi padre a Marsch.

—De lo contrario, estoy seguro de que me proporcionará otras —los verdes ojos del antropólogo resplandecían a la luz de la lámpara—. Pero, veamos, ¿en qué puedo serle útil?

—Usted estudia las razas. ¿Llamaría raza a un grupo de hombres iguales y que piensan lo mismo?

—Y de mujeres —contestó Marsch, siempre sonriendo.

—Y aquí, ¡aquí, en Sainte Croix, está reuniendo material para llevárselo a la Tierra!

—Recojo material, ciertamente. En cuanto si regreso o no al planeta, ésa ya es otra cuestión.

Debí mirarle con tan profunda curiosidad que me dirigió una protectora sonrisa.

—¿Le sorprende?

—Siempre he considerado la Tierra el centro del pensamiento científico —respondí— y no me resulta difícil imaginarme a un científico que abandona su campo para realizar un trabajo, pero...

—Pero es inconcebible que uno desee quedarse en el campo, ¿eh? Considere mi situación. Por lo que se refiere a mi planeta, es viejo y sabio. Ustedes no están solos —afortunadamente para mí— y como hombre adiestrado en la Tierra, me han ofrecido una facultad en su universidad, con un sueldo que no me atrevo a citar, y con unas vacaciones de un año cada dos. Pero en el tiempo newtoniano, el viaje de aquí a la Tierra requiere veinte años. Claro que para mí, personalmente, son sólo seis meses, pero cuando regrese, si regreso, mi educación estaría retrasada en cuarenta años. No, lo siento, pero su planeta debería conseguir una lumbrera intelectual.

—Creo que nos desviamos del tema —insistió mi padre—. Iba a explicarle que un antropólogo se ve dotado de un modo peculiar para desarrollar en su casa cualquier cultivo —incluso uno tan extraño como se ha producido en esta familia—. Puedo llamarla familia, ¿no?, puesto que hay dos miembros que residen en ella además de usted. ¿No le importa que me dirija a su igual en singular?

Me miró aguardando una protesta, pero al advertir que yo no replicaba, prosiguió:

—Me refiero a su hijo David —y no a su hermano—, el auténtico parentesco de su personalidad, y a la mujer a la que llama tía. En realidad es hija de una primera... ¿podemos llamarla «versión» de usted?

—Intenta decirme que soy un partenógeno de mi padre y comprendo que ambos esperen que me asombre. Pues no, hace tiempo que lo sospechaba.

—Me alegro de saberlo —dijo mi padre—. Sinceramente, cuando tenía tu edad, dicho descubrimiento me trastornó muchísimo. Entré en la biblioteca de mi padre — que es esta habitación— para enfrentarme a él y con la idea de matarlo.

—¿Y lo hizo? —preguntó el Dr. Marsch.

—No creo que tenga importancia..., el caso es que mi intención era ésa. Confío que al estar usted aquí, facilitará las cosas a Número Cinco.

—¿Así lo llama?

—Es mejor, puesto que su nombre es igual al mío.

—¿Es el quinto hijo producido por partenogénesis?

—¿Mi quinto experimento? No —con el cuerpo inclinado y los anchos hombros cubiertos con la vieja y deslucida bata escarlata parecía un ave rapaz. Recuerdo haber leído en un libro de historia natural que había un gavilán llamado «Hombros rojos». Su mono predilecto, agrisado por los años, trepó a la mesa—. No, por si le interesa, más bien mi quincuagésimo. Los hacía sembrándolos en surcos. Los que nunca lo han intentado creen que esta técnica es fácil, porque saben que se puede hacer, pero ignoran cuan difícil resulta evitar diferencias espontáneas. Cada gene dominante mío, tiene que seguir siendo dominante, y las personas no son guisantes que se cultivan en un huerto..., pocas cosas se ven regidas por simples parejas mendelianas.

—¿Destruía sus fracasos? —preguntó Marsch.

—Lo vendía —intervine—. De niño me preguntaba por qué Mr. Million se detenía a contemplar el mercado de esclavos. Lo descubrí a partir de entonces —el escalpelo dentro de su funda todavía estaba en mi bolsillo; lo sentía cerca de mí.

—Mr. Million es quizás un poco más sentimental que yo —indicó mi padre—. Además, no me gusta salir. Mire, doctor, tiene que modificar esa suposición de que todos somos el mismo individuo. Poseemos nuestras pequeñas variantes.

El Dr. Marsch se disponía a replicar, pero le interrumpí.

—¿Por qué? ¿Por qué David y yo? ¿Por qué tía Jeannine hace mucho tiempo? ¿Por qué seguir con lo mismo?

—Sí —afirmó mi padre—. ¿Por qué? Interrogamos para hacer una pregunta.

—No le comprendo.

—Busco el conocimiento de mí mismo, o si lo prefiere, buscamos el conocimiento de nosotros. Usted está aquí porque le pedí que viniera y yo estoy porque quiso el individuo que está detrás de mí: el mismo creado por uno cuya mente está simulada en Mr. Million. Y una de las preguntas cuyas respuestas buscamos es por qué buscamos. Pero aún hay más —se inclinó hacia delante y el monito alzó el

blanco hocico y lo miró desconcertado—. Deseamos descubrir por qué fracasamos, por qué otros avanzan y cambian y nosotros nos quedamos aquí.

Pensé en el yate del que había hablado Phaedria y exclamé:

—¡No quiero quedarme aquí! —y el Dr. Marsch sonrió.

—Creo que no me comprende —prosiguió mi padre—. No me refiero a estar aquí físicamente, sino social e intelectual-mente. He viajado, como sabe, pero...

—Pero acaba aquí —sentenció el Dr. Marsch.

—¡Acabamos a este nivel! —era la primera vez que había visto a mi padre excitado; casi no podía hablar mientras señalaba con furia los cuadernos, las grabaciones que atestaban las paredes—. ¿Hasta cuántas generaciones? No conseguimos ni fama ni siquiera el gobierno de la colonia de este desventurado y pequeño planeta. Algo debe cambiar, pero, ¿qué? —y miró enfurecido al Dr. Marsch.

—No es usted único —contestó el Dr. Marsch con su eterna sonrisa—. Parece un tópico, ¿verdad?, pero no aludía a su doble. Intento decir que puesto que ha sido posible en la Tierra durante el último cuarto del siglo XX, se ha hecho en cadena muchísimas veces. Hemos adoptado para describirlo un término de ingeniería y lo llamamos proceso de relajación; una mala nomenclatura, pero es la mejor que encontramos. ¿Sabe qué sentido tiene en ingeniería la relajación?

—No.

—Existen problemas que no se solucionan en seguida, pero se pueden resolver por una sucesión de aproximaciones. Por ejemplo: para transferir el calor no es posible calcular al principio la temperatura en todos los puntos de la superficie de un cuerpo extraño, pero el ingeniero o el computador con siguen temperaturas razonables, ven si son estables los valores alcanzados y, después, hacen nuevas suposiciones basadas en los resultados. A medida que progresan los niveles de aproximación, los grupos sucesivos cada vez son más similares hasta que no se produce ningún cambio apreciable. Por eso dije que ustedes dos eran en esencia un solo individuo.

—Lo que le pido —propuso impaciente mi padre— es que consiga que Número Cinco comprenda que los experimentos que he realizado en él, en particular los exámenes narco-terapéuticos, de los que tanto protesta, son necesarios. De que si hemos de progresar debemos descubrir... —hablaba casi a gritos y se detuvo para dominarse—. Por eso lo engendré, y también a David... esperaba aprender algo de la reproducción gemípara.

—Lo cual es razonable, sin duda —replicó el Dr. Marsch—, y también para la existencia del Dr. Veil en una generación anterior. Pero en cuanto al examen de su joven yo, para él sería igualmente útil examinarlo a usted.

—Aguarde un momento —exclamé—. Usted sostiene que él y yo somos idénticos y no es cierto. Comprendo que en ciertos aspectos somos iguales, pero en realidad, yo no soy como mi padre.

—El motivo de esas diferencias estriba en la edad. ¿Cuántos años tiene,

dieciocho? Y usted..., yo diría que ronda los cincuenta. Sólo hay dos fuerzas que actúan para distinguir a los seres humanos: la herencia y el medio ambiente. Naturaleza y crianza; y puesto que cuando más se forma la personalidad es durante los primeros tres años de la vida, lo decisivo es el ambiente del hogar. Ahora bien, cada persona nace en un ambiente, aunque puede darse el caso de que sea refractario a él, y nadie, excepto en el caso que llamamos relajación antropológica, se provee sólo de ese contorno... sino que se lo proporciona la generación precedente.

—Sólo porque ambos hemos vivido en esta casa...

—Que han edificado, amueblado y está habitada por personas elegidas por ustedes. Pero espere un momento. Hablemos de un hombre al que nunca han visto, un hombre nacido en un lugar, mantenido por padres totalmente distintos a él; me refiero al primero de ustedes...

Ya no lo escuchaba. Había venido para matar a mi padre y era preciso que el Dr. Marsch se fuese. Observé cómo se incorporaba en la silla; sus largas y blancas manos de ademanes tajantes; los crueles labios enmarcados de negro pelo; lo miraba pero no le oía, como si hubiera ensordecido o él deseara comunicarse sólo con el pensamiento y yo, conociendo que aquellos pensamientos eran sólo insensateces, los excluyera sin dejar que llegasen hasta mí.

—Usted es de Sainte Anne —le dije.

Me miró sorprendido y se detuvo en medio de una frase estúpida.

—Allí nació usted, donde estudió antropología en libros escritos en la Tierra hace veinte años. Usted es un aborígen, o por lo menos, medio aborígen, pero nosotros somos hombres.

Marsch miró a mi padre y expuso:

—Los abos han desaparecido. En Sainte Anne, los científicos sostienen que se han extinguido hace casi un siglo.

—No lo creía usted cuando vino a ver a mi tía.

—Jamás acepté la Hipótesis de Veil. He visitado aquí a todos los que han escrito algo de mi especialidad. A decir verdad, no tengo tiempo para escuchar estas cosas.

—¡Usted es un abo y no un terrestre!

Al poco rato, mi padre y yo nos quedábamos solos.

Casi toda mi condena la cumplí en un campo de trabajo en las *Tattered Mountains*. Era un campamento pequeño que alojaba sólo unos ciento cincuenta prisioneros, a veces menos de ochenta cuando el invierno se cobraba con creces sus víctimas. Talábamos árboles; quemábamos carbón o hacíamos esquís si encontrábamos abedules. En los riscos recogíamos un musgo salino al que se le atribuían propiedades medicinales y trazábamos planes para que las rocas se deslizaran y aplastasen las máquinas que nos vigilaban y eran nuestros guardianes, aunque, ignoro por qué causa, jamás llegaba el momento, y las piedras nunca se

deslizaban. El trabajo era duro y los guardianes administraban exactamente la mezcla de severidad e indulgencia que alguna junta general de prisioneros había decidido al programarlos, y el problema de la brutalidad o el favoritismo estaba definitivamente resuelto por medio de mercenarios, a fin de que sólo pudieran ser crueles o bondadosos los hombres bien vestidos que acuden a las reuniones.

O así lo creían. A veces hablaba con mis guardianes durante horas de Mr. Million y en ocasiones encontraba un pedazo de carne o un pastel de azúcar, duro, marrón y sabuloso, oculto en el rincón donde dormía.

Un criminal no puede obtener ningún beneficio debido a su delito y el tribunal — como luego me contaron—, al no encontrar pruebas de que David fuera hijo de mi padre, nombró heredera a mi tía.

Cuando ésta falleció, recibí una carta de un notario informándome que me legaba en herencia «una gran casa en la ciudad de Port-Mimizon, junto con los muebles y demás enseres que había dentro», y que dicha casa, «ubicada en la calle Saltimbanque, N.º 666, se hallaba en la actualidad al cuidado de un criado robot». Puesto que los robots a cuya vigilancia me encontraba, no me permitían tener recado de escribir, no pude contestar.

El tiempo pasaba volando. En otoño encontraba alondras muertas al pie de los riscos que daban al norte, y en primavera, en los que daban al sur.

Recibí una carta de Mr. Million. Casi todas las chicas de mi padre se habían marchado cuando investigaban su muerte; las que se quedaron tuvo que despedirlas al morir mi tía al percatarse de que, como máquina que era, no conseguía hacerse obedecer. David se había ido a la capital. Phaedria había hecho una buena boda. A Marydol la vendieron sus padres. La fecha de esa carta databa de tres años después de mi juicio, pero no podría decir cuánto tiempo pasó antes de llegar a mis manos. Habían abierto y cerrado el sobre muchas veces y estaba rota y sucia.

Un ave marina, creo que era un alcatraz, cayó revoloteando nuestro campo, demasiado agotado para emprender el vuelo: lo matamos y nos lo comimos.

Uno de los guardianes perdió los estribos, mató a quince prisioneros quemándolos y se peleó toda una noche con el resto de los guardianes con espadas de fuego blancas y azules. No lo reemplazaron.

Me trasladaron con otros penados a un campamento situado más al norte, en donde si miraba abajo veía un abismo de piedra roja, tan hondo, que si arrojaba un guijarro oía durante medio minuto el repiqueteo del descenso que subía como un rugido al deslizarse por entre las rocas para apagarse lentamente hasta quedar en silencio, aunque jamás llegaba al fondo, perdido en algún lugar tenebroso.

Me imaginaba que las personas que había conocido estaban conmigo. Cuando me sentaba protegiendo del viento mi tazón de sopa, Phaedria ocupaba un banco a mi lado y sonreía hablando de sus amigos. David jugaba al frontón sobre el polvoriento suelo de nuestro recinto y dormía junto a la pared, cerca de mi rincón.

Con el tiempo, todos se fueron esfumando, pero incluso el último año, jamás

conciliaba el sueño sin decirme que Mr. Million vendría a buscarnos para llevarnos a la biblioteca de la ciudad, ni jamás me despertaba sin el temor de que el mayordomo de mi padre viniera a por mí.

Luego me dijeron que debían trasladarme con tres penados más a un nuevo campamento. Nos llevamos comida y por el camino casi nos morimos de hambre y de frío. Desde allí, marchamos a un tercer campamento. Unos hombres que no eran presos como nosotros, sino libres y uniformados, nos interrogaron, ordenándonos que tomáramos un baño y quemáramos nuestra ropa; nos dieron un abundante estofado de carne y cebada.

Recuerdo muy bien que hasta entonces no me percaté de lo que aquello significaba. Metía el pan en el cazo y lo sacaba empapado del fragante caldo con trocitos de carne y granitos de cebada adheridos; y entonces pensé en el pan frito y el café que consumíamos en el mercado de esclavos, no como algo del pasado, sino como un suceso futuro y mis manos temblaban sin poder sostener el tazón y eché a correr gritando hacia el cercado.

A los dos días, a tres de nosotros nos metieron en un carro tirado por mulas que rodaba por caminos tortuosos siempre cuesta abajo, hasta que el invierno que agonizaba detrás de nosotros desapareció y los abetos y abedules se perdieron de vista y bajo el ramaje de los altos castaños y robles que orillaban el camino brotaban las flores de la primavera.

Las calles de Port-Mimizon hervían de gente. Me habría perdido en un momento si Mr. Million no hubiera alquilado para mí una silla de manos, pero mandé a los porteadores que se detuvieran para comprar (con el dinero que él me dio) un periódico para enterarme, al fin, de la fecha exacta.

Mi condena había sido la corriente: de dos a cincuenta años, y aunque sabía el mes y el año del comienzo de mi prisión, en los campamentos resultaba imposible recordar el año actual que todos contábamos y nadie sabía. Un hombre cayó enfermo de fiebres y al recuperarse lo suficiente para volver al trabajo alegó que habían transcurrido dos años o ninguno. Entonces, tú también tenías fiebre. No recuerdo ni un titular, ni un artículo del periódico que compré; durante el camino sólo miraba la fecha.

Habían transcurrido nueve años.

Tenía dieciocho cuando maté a mi padre. Ahora cumplía veintisiete. Pensé que tenía cuarenta.

Las grises y desconchadas paredes de nuestra casa seguían igual. El perro de hierro con sus tres cabezas de lobo continuaba a la entrada del jardín, pero la fuente estaba silenciosa y los arriates de helechos y musgo, cubiertos de yerbajos. Mr.

Million pagó a los porteadores y abrió con una llave la puerta que siempre estuvo cerrada con cadena pero sin pestillo en los tiempos de mi padre. En aquel instante, una mujer enormemente alta y flaca que vendía pralinés en la calle, echó a correr hacia nosotros. Era Nerissa, y ahora tengo una sirvienta y si quisiera, también una amante, aunque no le pagara nada.

Supongo que ha llegado el momento de explicar por qué he escrito este relato que ha representado un gran esfuerzo. ¡Animo! Lo he escrito para conocerme, para desvelarme ante mí, y lo escribo ahora porque sé que algunas veces querré leer lo que ahora escribo y me asombra.

Tal vez cuando lo lea habré resuelto el misterio de mi ser, o quizá ya no me importe conocer la solución.

Han pasado tres años desde mi liberación. Cuando Nerissa y yo volvimos a entrar en esta casa, la hallamos en estado de total confusión. Según me contó Mr. Million, mi tía había vivido en ella sus últimos años en busca del supuesto tesoro escondido de mi padre. No lo encontró y creo que nunca lo encontrarán. Conocía su carácter mejor que ella y supongo que gastó en sus experimentos y aparatos mucho más de lo que le aportaban las muchachas.

Al principio de instalarme, carecía por completo de dinero, pero la reputación de la casa aportó mujeres en busca de compradores y hombres que buscaban comprar. Cuando comenzamos el negocio me dije que apenas hacía falta nada más que presentarlos y ahora tengo una buena clientela. Phaeria vive con nosotros y también trabaja; su brillante matrimonio resultó un fracaso. Ayer noche, mientras estudiaba en el laboratorio de cirugía, la oí en la puerta de la biblioteca, abrí y llevaba el niño con ella. Algún día nos echarán de menos.

LA REUNIÓN

FREDERIK POHL Y

C. M. KORNBLUTH

La ciencia ficción, en su vida relativamente corta, ha dado fama a muchos equipos notables, desde Austin Hall y Homer Eon Flint hasta L. Sprague de Camp y Fletcher Pratt y continúa con autores asociados tan actuales como Alexei y Corey Panshin; pero ninguna de estas parejas alcanzó la categoría de Frederik Pohl y C. M. Kornbluth, autores de *The Space Merchants* y *Gladiator-at-Law* y otras muchas novelas y cuentos de grata memoria. Kornbluth falleció muy joven, hace quince años, pero él y Frederik Pohl imaginaron e hilvanaron un cuento que Pohl publicó en 1972: *La reunión*, una obra cruel, satírica y mordaz sobre las ambigüedades de los adelantos médicos.

Harry Vladek era demasiado grande para su «Volkswagen», pero demasiado pobre para venderlo y comprar otro, y tal como iban las cosas, seguiría con él mucho tiempo. Hizo revisar cuidadosamente los frenos («Señor Vladek, las cámaras tienen más agujeros que un colador, ¿de qué le sirve reparar sólo los neumáticos?»), pero el presupuesto ascendía a ciento veinticinco dólares, ¿de dónde los iba a sacar? y aparcó en el lugar, pulcramente asfaltado. Salió apretujándose, pensando en la inquietante llamada telefónica del Dr. Nicholson. Cerró el coche y entró en la escuela.

La Asociación de Padres y Maestros de la Escuela para Niños Anormales, del Condado de Cingha, celebraba su primera reunión del curso. De las veinte personas que se encontraban allí, Vladek sólo conocía a la más importante, la señora Adler, directora o propietaria del colegio, y pensó que era la única con la que necesitaba hablar. ¿Tendría la oportunidad de verla a solas? La señora Adler se sentó en el acto al otro extremo de la sala, ocupando el lugar presidencial ante su gastada mesa de nogal, hablando con voz rápida y baja con una mujer de cabello gris vestida de marrón. ¿Una profesora? Parecía demasiado vieja para ser una madre, aunque su esposa le había contado que algunos de los chicos aparentaban veinte años o quizá más.

Eran las ocho y media y los padres todavía seguían llegando en coche a la escuela, un edificio reconstruido que en un tiempo fue una gran casa de campo, casi una mansión. La sala de estar estaba a rebosar de elegantes recordatorios de tiempos

pasados. Dos arañas; intrincadas hojas de pámpano moldeadas en yeso descendían del techo y la chimenea [e mármol blanco veteado de rosa resultaba de una espectacularidad desafortunada a causa de los morillos inadecuados, demasiado pequeños y de baja calidad. Dobles puertas correderas de nogal daban al vestíbulo y, al fondo, se alzaba una horrible escalera de incendios construida en hormigón y acero.

Vladek pensó que debieron destruir algo de madera muy hermoso para instalar la escalera de incendios a fin de cumplir con las normas de la escuela.

La gente seguía acudiendo: hombres y mujeres solos; de vez en cuando, una pareja, y Vladek se preguntó cómo solucionaban los matrimonios el problema de los niños sin dejarlos solos. El subtítulo del rótulo de la escuela rezaba: «Una institución para niños con trastornos emocionales y taras cerebrales capaces de rehabilitación». Thomas, el hijo de Harry Vladek, de nueve años, era uno de los niños con problemas emocionales. Con un asomo de envidia pensó si a los niños con trastornos emocionales los atendían personas preparadas a tal fin y razonablemente competentes. Thomas, no. Los Vladek no podían permitírselo. No habían salido solos una sola noche desde que el niño cumplió los dos años, y esta noche, su esposa, Margaret, se había quedado en casa, sin duda muy afectada por la llamada del Dr. Nicholson, mientras Harry representaba a la familia en el PTA.

A medida que la sala se llenaba, escaseaban los asientos. Una joven pareja estaba de pie al extremo de la fila, junto a él, buscando con la vista un par de sillas desocupadas.

—Acomódense aquí, yo me voy a otro sitio —les dijo Harry. La mujer le dedicó una cortés sonrisa y el hombre le dio las gracias. Animado por un cenicero que estaba junto al asiento vacío de delante, sacó el paquete de cigarrillos y se lo ofreció, pero no eran fumadores. Harry encendió uno escuchando lo que se decía a su alrededor.

Todos hablaban. Una mujer le preguntó a otra:

—¿Cómo sigue de la vesícula, se la extirparán?

Un hombre grueso y calvo comentaba con otro bajito de pobladas patillas:

—Mi contable dice que la enseñanza es deducible médicamente si la escuela es para *psicosomáticos*, no sólo para psicosis. Esto debe quedar claro.

El hombre bajito le respondió con gran seguridad:

—Exacto, lo único que necesita es una carta del doctor; recomienda la escuela y envía a ella al niño.

Una mujer muy joven exclamó con pasión:

—El Dr. Shields se mostró muy optimista, Mrs. Clerman. Afirma, sin duda, que con el tiroides, Georgie será más tratable, y entonces...

Un negro, color café claro, con una camisa hawaiana, le decía a una mujer regordeta:

—Nos destrozó el fin de semana. Dos puntos en la cara y rompió en tres pedazos mi caña de pescar.

A lo que la mujer respondió:

—¡Son tan molestos! Mi hija hace lo mismo con los lápices de colores y deja inservibles los cuadernos de dibujo. Me pregunto qué se puede hacer.

Por último, Vladek se dirigió al joven que estaba a su lado.

—Me llamo Vladek y soy el padre de Tommy. Está en el grupo de los principiantes.

—Allí está el nuestro —respondió el joven—. Se llama Vern. Tiene seis años y es rubio como yo. Quizá lo ha visto usted.

Harry Vladek no se esforzó mucho por recordarlo. En las dos o tres ocasiones en que fue a recoger a Tommy después de la clase, no hubiera podido distinguir a un niño de otro con el bullicio de la salida. Abrigos, pañuelos, sombreros; una niña que siempre se escondía en el armario de los suministros y un niño que nunca quería volver a su casa colgado al cuello de la profesora, pero con suma cortesía, respondió afirmativamente.

El joven se presentó, así como a su esposa: se llamaba Murray, y ella, Celia Logan. Harry se inclinó sobre el hombre para estrechar la mano de su esposa, que le preguntó:

—¿Es nuevo aquí?

—Sí. Tommy hace un mes que asiste a la escuela y nos trasladamos desde Elmira para estar más cerca —vaciló unos segundos y añadió—: Tommy tiene nueve años, pero si se encuentra en el grupo de los principiantes es porque Mrs. Adler pensó que así le sería más fácil adaptarse.

Logan señaló a un hombre bronceado por el Sol que se encontraba en la primera fila.

—¿Ve a ese individuo con gafas? Vino desde Texas; claro que tiene mucho dinero.

—Debe ser un lugar muy bueno —observó Harry, como si preguntase.

Logan sonrió con expresión un tanto nerviosa.

—¿Cómo es su hijo? —preguntó Harry.

—Un pillastre. La semana pasada le regalé otro ejemplar del álbum *My Fair Lady*. Imagino que ha estropeado ya cuatro o cinco y va por ahí cantando «adorable», pero, ¿te mira? No.

—El mío no habla —afirmó Harry.

—El nuestro sí, aunque no a todo el mundo. Es como una tapia.

—Lo comprendo —respondió Harry, e insistió—: Ah..., ¿su hijo adelanta mucho en la escuela?

Murray Logan frunció los labios.

—Yo diría que sí. La aneurisis no marcha muy bien, pero en cierto modo se ha suavizado bastante. Mire, no espere progresos espectaculares, pero cada día, en los pequeños detalles, se nota la mejoría; es más afable, mucho más. Por supuesto, hay retrocesos.

Harry asintió, pensando en los siete años de sufrimientos y, antes, en los dos años de preocupaciones y perplejidades.

—Por ejemplo, Mrs. Adler me dijo que un arrebato especial de destructividad puede significar algo así como una plataforma, en terapia de lenguaje. El niño lucha y se dispara en otra dirección.

—Eso también —respondió Logan—; pero a lo que me refiero... Ah, ya empiezan.

Vladek asintió, apagó el cigarrillo y sin darse cuenta encendió otro. Notó de nuevo un nudo en el estómago. Pensaba en esos otros padres que parecían tan seguros e incólumes, ¿no les sucedía lo mismo que a él y a Margaret? ¡Y hacía tanto tiempo que ninguno de los dos se sentía a gusto en el mundo, incluso sin que el Dr. Nicholson les urgiera para que tomaran una decisión! Se esforzó por recostarse en el asiento y aparentar la misma calma de los demás.

Mrs. Adler golpeaba la mesa con una regla.

—Me parece que todos los que tenían que venir, ya han llegado —se inclinó hacia adelante y aguardó a que en la sala se hiciera el silencio.

Era pequeña, morena, regordeta y sorprendentemente bonita. No semejaba en absoluto una pedagoga competente; tenía un aspecto tan distinto de las personas de su profesión que, a decir verdad, el corazón de Harry se ablandó tres meses atrás cuando, tras un carteo para conseguir que admitieran a Tommy en la escuela, alcanzó el punto máximo con la entrevista que tuvo con ella después del largo viaje desde Elmira. Esperaba encontrarse con una dama rígida, con gafas; una especie de Valkiria, con una bata blanca como la enfermera que sujetaba a Tommy cuando éste se retorció y gritaba mientras esperaban a que le administraran un supositorio para calmarlo y efectuar su primer electroencefalograma. Una vieja impostora, cualquier cosa, excepto esa linda joven. Otro callejón sin salida, había pensado desesperado. Otro, después de experimentar ya más de un centenar. Primero: «Espere a que cure con la edad.» No fue así. Luego: «Debemos resignarnos a la voluntad de Dios.» Pero tú no quieres, te rebelas. Después, averigua durante seis meses dónde está la Clínica de Guía para la Infancia, para descubrir luego que no es más que un rótulo con un doctor que sólo se da una vuelta por el distrito sin tiempo para nada más. Siguen cuatro espantosas semanas de llanto, de buscar, infatigable, la *State Training School* y te encuentras con una lista de personas que esperan desde hace ocho años. Sigue la escuela particular de custodia y resulta que cuesta cinco mil quinientos dólares al año —¡sin tratamiento médico!— y, ¿de dónde sacas cinco mil quinientos dólares al año? Con el agravante de que constantemente todos te advierten, como si no lo supieras ya: «¡Date prisa! ¡Haz algo! ¡Atácalo cuanto antes! ¡Está en el punto crítico! ¡Un retraso sería fatal!» Y por último, esta mujercita de aspecto suave; ¿cómo puede ella conseguir algo?

Pero se lo demostró rápidamente. Había interrogado a fondo, de un modo tajante, a Margaret y a Harry. Se volvió a Tommy, que se desmandaba como un toro salvaje

por la habitación y había convertido ese desbarajuste en un juego. En tres minutos era feliz, dándole vueltas a la manivela de un viejo e indestructible fonógrafo y Mrs. Adler les advertía a los Vladek: «No cuenten con una cura milagrosa. No existe, pero sí una mejoría, y creo que podemos hacer mucho por Tommy.»

Quizá podría, pensó Vladek, no muy seguro. Quizá ayudaría tanto o más que cualquier otra persona.

Mrs. Adler saludaba rápida y amablemente a los padres, invitándolos a que se quedaran a tomar una taza de café para conocerse entre ellos, y presentó a la presidente del PTA, una tal Mrs. Rose, alta, con el cabello prematuramente gris muy en ejecutiva.

—Puesto que ésta es la primera reunión del curso, no vamos a leer, sino que escucharemos los informes del trabajo del comité: ¿qué hay del problema de los transportes, Mr. Baer?

El hombre que se levantó era viejo. Tendría más de sesenta años y a Harry le asombró que rematase su vida con un hijo que le llegaba tarde y, además, retrasado mental. Llevaba todos los arreos del éxito: un terno de cuatrocientos dólares, un reloj de pulsera electrónico y un grueso anillo de oro. Se expresaba con acento alemán.

—Yo era de la junta de la escuela del distrito y no colaboran. Mi abogado lo ha consultado y todo el problema no es más que esto: Lo que dicta la ley. La junta de la escuela puede, ésa es la palabra, puede reembolsar a los padres de los niños subnormales el transporte a los colegios particulares. No está obligada, ¿comprenden?, pero puede. Fueron muy francos conmigo. Dijeron que no querían gastar más dinero. Tienen la impresión de que todos somos ricos. Por la sala se oyeron unas risas ligeras y amargas. —Mi abogado envió una citación y comparecimos ante el consejo en pleno para presentar el caso, no nos importa el reembolso, pero sí un autobús de la escuela, algo con que aliviar un poco la carga del transporte. La respuesta fue no. Se encogió de hombros y siguió en pie mirando a Mrs. Rose, que respondió:

—Gracias, Mr. Baer. ¿Desea alguien hacer una sugerencia?

Una mujer profirió:

—¡Anímeles! ¡Todos somos votantes!

Un hombre exclamó:

—Publicidad, eso es. Según la ley, la base está perfectamente clara: se supone que al hijo de un contribuyente se le prestan los mismos servicios que al hijo de otro contribuyente. Debemos escribir cartas a los periódicos.

—Espere un momento —intervino Mr. Baer—. No creo que las cartas consigan nada, pero yo tengo un negocio de relaciones públicas. Les pediré que parte del tiempo que dedican a mis especialidades alimenticias lo empleen en la escuela. Que usen su técnica; son expertos y saben hacerlo.

La idea cundió, fue secundada y aprobada; mientras, Murray Logan le susurraba a Vladek:

—Es el dueño de *Marijane Garlic Mayonnaise*, Tenía una niña de doce años en muy mal estado, a la que Mrs. Adler ayudó en su clase particular. Compró este edificio para ella, junto con otros dos padres.

Harry Vladek reflexionó acerca de la impresión que produciría ser un padre con la capacidad de comprar un edificio para crear una escuela y ayudar a su hijo. Mientras tanto, continuaban los informes del comité. Al cabo de un rato, para mayor consternación de Harry, se pasó al asunto financiero y hubo un voto Solicitando fondos para sostener un grupo teatral por el sistema de que cada matrimonio con un hijo tenía que vender «al menos» cinco pares de asientos de orquesta a sesenta dólares el par. «Vamos ahora a resolver eso», pensó, y levantó la mano.

—Me llamo Harry Vladek —dijo cuando lo hubieron identificado y anotado— y soy nuevo aquí: en la escuela y en el distrito. Trabajo para una gran compañía de seguros y tuve la suerte de que me trasladasen para que mi hijo pudiera asistir a la escuela, pero, de momento, no conozco a nadie a quien vender entradas a sesenta dólares. Para la gente que trato es una cantidad de dinero exorbitante.

—Es una cantidad de dinero exorbitante para la mayoría de nosotros —replicó Mrs. Rose—. Sin embargo, puede vender sus entradas. Tenemos que hacerlo. No importa si lo intenta con cien personas y noventa y cinco se niegan, con tal de que el resto acepte.

Harry se sentó calculando. Veamos, en la oficina Mr. Crine era Soltero y acudía al teatro. Quizá surtiría efecto hacer una rifa en la oficina y vender otras dos. O dos pares. Luego también estaba el tratante en bienes raíces que les había vendido la casa; el abogado que empleaban para el cierre de cuentas...

Le habían explicado que la instrucción —que efectivamente no era el costo, en realidad mil ochocientos dólares al año— no cubría el gasto de un niño. Alguien tenía que pagar al terapeuta del habla, al terapeuta de la danza, la jornada completa del psicólogo, las horas que trabajaba el psiquiatra y todo lo demás, y en la oficina quizá Mr. Crine y el abogado...

Transcurrida media hora, Mrs. Rose consultó la agenda, señaló un apartado y manifestó:

—Parece que esto es todo por esta noche. Los señores Perry nos han traído unos pasteles deliciosos y todos sabemos que el café de la señora Howe es algo fuera de serie. Se encuentran en el aula de los principiantes y esperamos que todos ustedes se queden para conocerse y trabar amistad. Se levanta la sesión.

Harry y los Logan se unieron a la cortés oleada de gente en el aula de los principiantes, donde Tommy pasaba las mañanas.

—Ahí está Miss Hackett —exclamó Celia Logan. Era la maestra de los principiantes. Al verlos, se les acercó sonriendo. Harry la había visto antes con una bata que parecía una tienda, acorazada contra el chocolate con leche, los dedos sucios y las imprevistas duchas de los «juegos de agua» en una esquina del cuarto. Sin aquel atuendo, era una mujer de mediana edad, con un elegante traje de chaqueta y pantalón

verdes.

—Estoy muy contenta de que los padres se conozcan. Quería decirles que sus pequeños se llevan muy bien. Forman una especie de conspiración contra los demás de la clase; Vern les arrebató a golpes sus juguetes y se los entrega a Tommy.

—¿Eso hace? —se asombró Logan.

—Efectivamente. Creo que empieza a relacionarse. Ah, señor Vladek, Tommy se saca el pulgar de la boca durante varios minutos. Esta mañana lo hizo por lo menos una docena de veces, y sin que yo le dijera una sola palabra.

—¡Oiga, oiga!, me pareció que se le estaba afilando, pero no podría afirmarlo. ¿Está segura? —profirió Harry muy excitado.

—Absolutamente. Y lo pesqué dibujando una cara. Me lanzó esa mirada llameante suya cuando los demás dibujaban, así que quise quitarle el papel, pero él lo volvió a agarrar y trazó en un segundo una especie de rostro a lo Picasso, exactamente igual al primero. Deseaba conservarlo para usted y su esposa, pero Tommy lo rompió de ese modo tan metódico que tiene.

—Me hubiera gustado verlo —dijo Vladek.

—Dibujará otros. Veo en sus hijos la perspectiva de una gran mejoría —contestó, incluyendo con su sonrisa a los Logan—. Por las tardes tengo un caso particular muy difícil. Un niño de nueve años, como Tommy. No está muy mal, excepto en una cosa: cree que el Pato Donald lo busca para matarlo. Durante dos años, sus padres trataron de convencerse de que les estaba tomando el pelo, a pesar de los tres tubos rotos del televisor. Entonces, fueron a ver a un psiquiatra y averiguaron el motivo. Disculpen, tengo que hablar con Mrs. Adler.

Logan sacudió la cabeza.

—Pensé que estaríamos peor, Vladek. ¡Vern dando algo a otro niño! ¿Qué le parece?

—Me gusta —exclamó radiante su esposa.

—¿Oyó lo que dijo del otro niño? Pobrecillo. Cuando oigo algo semejante... Y en cuanto a la hija de Baer... siempre me parece peor cuando se trata de una niña, uno siempre piensa que se pueden aprovechar de ella. Pero nuestros hijos se recuperarán, Vladek. Ya oyó lo que dijo Miss Hackett.

De repente, Harry sintió impaciencia por regresar a su casa junto a su mujer.

—No creo que me quede para el café, ¿o es que ellos y ustedes cuentan con que vaya?

—Oh, no, no; puede irse cuando guste.

—Tengo todavía media hora de coche —dijo excusándose, y salió por las puertas de nogal, pasó por la horrorosa escalera de incendios hacia el aparcamiento. El verdadero motivo de su marcha era el deseo de llegar a su casa antes de que Margaret se durmiera y así poder contarle que el chico ya no se chupaba tanto el dedo. Sólo después de un mes; sí, sucedían cosas definitivas; y que Tommy había dibujado una cara y de que Miss Hackett había dicho...

Se paró en medio del aparcamiento. Se acordó del Dr. Nicholson y además, ¿qué fue exactamente lo que Miss Hackett había dicho? ¿Algo sobre una vida normal? ¿Nada acerca de una curación? «Una auténtica mejoría», fue lo que dijo; pero, ¿hasta dónde llegaba esa mejoría?

Encendió un cigarrillo y desanduvo el camino por entre los padres hasta llegar adonde estaba Mrs. Adler.

—Mrs. Adler, ¿puedo verla a solas unos minutos?

La directora se alejó con él inmediatamente, para que los otros no los oyeran.

—¿Lo pasó bien en la reunión, Mr. Vladek?

—Por supuesto. Deseo hablarle porque debo tomar una decisión. No sé qué hacer. Ni tampoco a quién dirigirme. Usted sería de una gran ayuda para mí si pudiera decirme, bueno... ¿cuáles son las oportunidades de Tommy?

Aguardó un momento antes de contestar.

—¿Piensa usted llevárselo, Mr. Vladek?

—No, no es eso precisamente. Es... oiga, Mrs. Adler, ¿qué puede decirme? Sé que un mes no es mucho, pero ¿llegará algún día a ser como todo el mundo?

Por la expresión de su rostro comprendió que ella ya había pasado antes por ese mismo trance y que le disgustaba profundamente.

Respondió despacio:

—Mr. Vladek, el término «todo el mundo» incluye personas terribles, aunque técnicamente no sean mentalmente subdesarrollados. Nuestro objetivo no es hacer de Tommy una persona «como todo el mundo», sino ayudarle, precisamente, a convertirse en el mejor y más provechoso Tommy Vladek que pueda.

—De acuerdo, pero ¿qué sucederá luego? Quiero decir, si Margaret o yo... si nos sucediera algo a los dos.

—No hay modo de saberlo —contestó con suavidad—. Yo no perdería la esperanza, aunque no le aseguro un milagro.

Margaret no estaba dormida; lo esperaba en la salita de estar de la nueva y pequeña casa.

—¿Cómo sigue? —inquirió Vladek, como si ambos se lo preguntaran al regreso a casa tras una ausencia de siete años.

—No muy mal. —A Vladek le pareció que había estado llorando, aunque ahora estaba más tranquila—. Tuve que echarme a su lado para que se acostara. Tomó bien el jarabe de glándulas y lamió la cuchara.

—Eso es bueno —y le habló del dibujo, la conspiración con el pequeño Vern Logan y que se chupaba menos el dedo. Comprendió que ella se alegraba, pero se limitó a contestar:

—El Dr. Nicholson volvió a llamar.

—¡Le dije que no te molestara!

—No me molestó en absoluto, Harry, estuvo muy amable. Le prometí que le llamarías en cuanto volvieras.

—Son las once, Margaret; ya le llamaré mañana.

—No. Le aseguré que le llamarías esta misma noche, a la hora que fuera. Está esperando y añadió que, por descontado, él pagaría la llamada.

—¡Ojalá no hubiera contestado a la carta de ese hijo de perra! —su furia estalló después de tanto dolor contenido, pero luego añadió, como disculpándose—: ¿Hay café hecho? No me quedé a tomarlo en la escuela.

Ella había puesto el agua a hervir apenas notó el chirrido del coche al pararse frente a la casa, y el café instantáneo ya estaba dentro de la taza. Vertió el agua e insistió:

—Tienes que llamarle, Harry. Debe saberlo esta noche.

—¡Saberlo esta noche! ¡Saberlo esta noche! —repitió furioso, remedándola. Se escaldó los labios al tomar el café—. ¿Qué quieres que haga, Margaret? ¿Cómo puedo tomar semejante decisión? Hoy llamé por teléfono a la sociedad psicológica y cuando contestó la secretaria le dije que me había equivocado y colgué. No sabía qué decirle.

—No trato de presionarte, Harry, pero él tiene que saberlo.

Vladek dejó la taza y encendió el quincuagésimo cigarrillo del día. El pequeño comedor —en realidad era sólo media alcoba que formaba parte de la diminuta cocina—, estaba lleno de Tommy. La pared recién pintada, pues Tommy había arrancado el papel con dibujos de tazas y cucharas. En la cocina, el cerrojo de seguridad para que Tommy no la abriera. El singular asiento acuático, que no hacía juego con el resto de las sillas y que Tommy había ido excavando metódicamente con el mango de la cuchara.

—Ya sé que mi madre me aconsejaría que hablara con el sacerdote. Quizá debí hacerlo, pero aquí nunca hemos ido a misa —consideró Vladek.

Margaret se sentó y encendió uno de los cigarrillos de su marido. Todavía era una mujer hermosa y conservaba su esbelta figura, aun después de haber nacido Tommy, pero tenía siempre aire de cansada.

—Estamos de acuerdo, Harry —le dijo con cautela y sencillez—. Dijiste que hablarías con Mrs. Adler y lo has hecho. Convinimos en que si no creía que Tommy llegara a normalizarse hablaríamos con el Dr. Nicholson. Sé que para ti es muy duro y también que yo poco puedo ayudarte, pero no sé qué hacer y dejo que tú decidas.

Harry miró a su mujer con amor y desesperación y en aquel momento sonó el teléfono. Era, por supuesto, el Dr. Nicholson.

—Todavía no hemos tomado una decisión —contestó Vladek en el acto—. No puedo contestarle así, tan de repente. La voz lejana era tranquila y segura.

—No, Mr. Vladek, no soy yo quién le apremia. El corazón del otro chico cesó de latir hace una hora. Por eso tengo prisa.

—¿Quiere decir que ha muerto?

—Está en el pulmón de acero. Podemos mantenerlo unas dieciocho horas, quizá veinticuatro, todo lo más. El cerebro está en buen estado. El osciloscopio nos da buenas ondas. El análisis para verificar la similitud del tejido con el de su hijo es satisfactorio. Hay un vuelo a las seis y cuarto que sale del Aeropuerto Kennedy esta mañana y he reservado plaza para usted, su esposa y Tommy. Los irán a buscar al aeropuerto y pueden llegar aquí hacia el mediodía, así que tenemos tiempo. Pero el tiempo justo, Mr. Vladek. Por lo tanto, lo dejo en sus manos.

—¡No puedo decidirlo! —exclamó Harry furioso—. ¿No lo comprende? No sé cómo...

—Lo comprendo, Mr. Vladek —respondió la lejana voz y, cosa extraña, a Harry le pareció que en efecto, lo comprendía—. Le sugiero una cosa. ¿Quiere venir, de todos modos? Creo que tal vez le ayudaría a tomar una decisión ver al otro niño, y hablaría con sus padres. Creen que están en deuda con usted, aunque fuera sólo por llegar a este punto, y quieren agradecérselo.

—¡Oh, no! —profirió Harry.

El doctor prosiguió:

—Lo único que quieren es una vida para su hijo. No esperan nada más. Le cederán su custodia —la de su hijo— de ustedes y suyo. Es un niño muy hermoso, Mr. Vladek. Tiene ocho años. Lee maravillosamente, hace modelos de aeroplanos. Le dejaban montar en bicicleta porque era tan sensato y digno de confianza, y el accidente no sucedió por su culpa; el camión se subió a la acera y lo atropello.

Harry temblaba.

—Es como un soborno —respondió con aspereza—. Es decirme que cambie a Tommy por otro niño más listo y hermoso.

—No fue ésa mi intención, Mr. Vladek. Sólo quería que usted conociera la clase de niño que puede salvar.

—¡Ni siquiera sabe si la operación va a dar resultado!

—No —convino el doctor—. Categóricamente, no lo sé. Puedo asegurarle que hemos realizado trasplantes en animales, incluyendo primates, cadáveres humanos y un par de casos de enfermedades mortales, pero tiene razón, jamás hicimos trasplante en un cuerpo sano. Le he mostrado a usted todos los datos. Los examinamos junto con su médico hace cinco meses, cuando hablamos por primera vez de esa posibilidad. Desde entonces, éste es el primer caso, cuando la similitud resultó exacta y había una gran esperanza de éxito, pero tiene razón, todavía no se ha probado, a menos que usted nos ayude. Para su conocimiento, creo que saldrá bien, aunque nunca se puede estar seguro.

Margaret había salido de la cocina, pero Vladek sabía dónde estaba por el áspero clic que sintió en el auricular: en el dormitorio, escuchando por la extensión del teléfono.

—Ahora no le puedo decir nada, Dr. Nicholson. Le llamaré dentro de... de media hora. En este momento no puedo hacer nada más.

—Ya es mucho, Mr. Vladek. No me moveré de aquí, esperando su llamada.

Harry se sentó y apuró el resto del café. Pensaba: uno tiene que ser un experto en un montón de cosas para comprender algo. ¿Qué sabía él de trasplantes de cerebro? En cierto modo, muchísimo. Sabía que respecto a la cirugía, ésta era perfecta y honesta, aunque el problema residía en el rechazo del tejido, pero el Dr. Nicholson le dijo que esto ya estaba Solucionado. Sabía que cada doctor que consultó, y fueron siete, convenía en que médicamente era bastante seguro y que todos y cada uno se habían negado a hablar cuando llevó la conversación a la cuestión de la exactitud. Era él quien debía decidir, no ellos, le dijeron todos, a veces sólo con su silencio. Pero, ¿quién era él para decidir?

Margaret apareció en el umbral.

—Harry, sube para ver a Tommy.

—¿Crees que con eso me resultará más fácil matar a mi hijo?

—Ya discutimos sobre el particular, Harry, y hemos convenido en que no es un crimen. Sea lo que sea, sólo pienso que Tommy debe estar con nosotros cuando lo decidamos, aunque él no sepa lo que vamos a decidir.

Los dos permanecieron de pie junto a la gran cuna que ocupaba su hijo, contemplando a la luz de la lamparilla de noche las largas y rizadas pestañas que sombreaban las redondas mejillas y los labios que se fruncían en torno al pulgar. Leer, construir modelos de aeroplanos, montar en bicicleta, todo eso contra un rápido bosquejo de un rostro y el frenesí ocasional de unos tempestuosos y dolorosos besos.

Vladek se quedó media hora y después, tal como había prometido, bajó a la cocina, descolgó el teléfono y empezó a marcar.

CALIBAN

ROBERT SILVERBERG

Robert Silverberg ha escrito tantas novelas famosas de ciencia ficción que ha llegado a eclipsar su propia celebridad como autor de relatos cortos. En la actualidad se le considera uno de los mejores escritores del género y muestra de ello es que al publicarse los cuentos antológicos del año han elegido dos cuentos suyos.

El primer seleccionado es la historia de un monstruo, un hombre imperfecto en un mundo perfecto y la atracción que ejerce sobre sus antagonistas.

Todos han cambiado su rostro por un tipo estándar. Es la última cosa que no debe confundirse con la última Cosa. La última Cosa soy yo. El último capricho, la última moda para ellos consiste en cambiarse la faz según un modelo estándar, No tengo idea de cómo lo han conseguido, pero creo que es genético, con el RNA, el DNA, el NDA, sólo que retroactivo. Todos salen con el cabello rubio y rizado y luminosos ojos azules. El rostro ovalado de facciones puras con los pómulos salientes, un hoyuelo en la barbilla y los labios delgados cuyas comisuras se curvan hacia arriba con una sonrisa irónica. Incluso los negros: labios finos, ojos azules, cabello rubio y rizado y piel sonrosada. Todos parecen iguales en el dulce mundo Arianizado. En todo nuestro planeta. Excepto yo. Yooo.

Soy imperfecto. Estoy mancillado. Soy implacable. Soy la última Cosa.

Louisiana me dijo:

—¿Quieres copular conmigo? Eres tan extraño, tan hermoso, ¡oh, cómo te deseo, ser extraño de un tiempo extraño! Mis orificios son tuyos.

Era una oferta considerada. Reflexioné un rato, creyendo que tal vez intentaba complacerme. Por último, le comuniqué que aceptaba y fuimos a un copulatorio público. Louisiana es más alta que yo y su cabello, un torrente de hebras de oro. Tiene los ojos azules, el rostro largo de facciones puras y aparenta unos veintitrés años. En el copulatorio se quitó la ropa y quedó desnuda ante mí. Aquel día llevaba el pelo del pubis dorado y su vientre era liso y terso. Tenía los senos redondos, ligeramente estirados y los pezones muy pequeños.

—¡Ánimo, deshazte de tu ropa!

Le respondí que tenía miedo porque mi cuerpo era feo y ella se burlaría de mí.

—Tu cuerpo no es feo. Tu cuerpo es raro pero no feo.

—Mi cuerpo es feo —insistí—. Tengo las piernas cortas y curvadas hacia fuera y músculos abultados en los muslos, y todo yo estoy cubierto de vello negro como un mono; y en el vientre tengo una repugnante cicatriz.

—¿Una cicatriz?

—Cuando me extirparon el apéndice.

Aquel dato la excitó aún más. Los pezones se le levantaron y el rostro le llameaba.

—¿Tú apéndice? ¿Te quitaron el apéndice?

—Sí, cuando tenía catorce años, y me ha quedado una asquerosa cicatriz roja en el abdomen.

—¿Qué año era cuando tenías catorce?

—Creo que fue en 1967.

Se echó a reír, palmoteo y empezó a bailar por la habitación. Los pechos le saltaban arriba y abajo pero pronto quedaron cubiertos por el largo y sedoso cabello; sólo sobresalían las puntitas de los pezones, como capullos.

—¡1967! —exclamaba—. ¡Catorce! ¡Te quitaron el apéndice! ¡1967!

Después se me acercó.

—Mi abuelo nació en 1967. ¡Qué viejísimo eres! ¡El padre de mi padre hélice por parte contramolecular! No advertí que eras tan viejo.

—Viejo y feo —asentí.

—Feo no, sólo extraño —respondió.

—Extraño y feo. Extrañamente feo.

—Nosotros pensamos que eres hermoso. ¿Te quitas la ropa de una vez? No sería agradable copular con la ropa puesta.

—Aquí me tienes —y me mostré ante ella sin reservas. Las piernas torcidas, el pecho peludo, el vientre con cicatrices, los hombros abultados, el cuello corto. Si había visto mi cara deforme también podía contemplar mi cuerpo mal conformado. Si eso es lo que quiere.

Se arrojó sobre mí jadeante y con dulces gemidos.

¿Cómo era Louisiana antes del cambio? ¿Tenía el cabello fibroso y deslucido, los labios gruesos, la nariz ganchuda, las cejas negras y pobladas, sin barbilla, el aliento fétido, un pecho mayor que el otro, los pies planos, los dientes torcidos, vello negro en torno a los pezones, el ombligo abultado, muchos hoyuelos en las nalgas, los muslos flacos, varices en las pantorrillas y orejas prominentes? ¿Le administraron el tratamiento homogeneizado hasta convertirla en esa divina criatura que es hoy? ¿Cuánto tardó en producirse la metamorfosis? ¿Cuánto costó? ¿Subvencionó el estado el proceso? ¿Estaban involucradas las grandes corporaciones? ¿Cómo gestionan este tema los países socialistas? ¿Existía alguien que no tenía interés en que

lo cambiasen? Tal vez Louisiana nació así. Quizá su belleza es natural. En toda sociedad siempre hay unos cuantos cuya hermosura es natural.

El Dr. Habakkuk y el senador Mandragore me interrogaron durante largo rato en el Palacio de los Espejos.

Cuadro 2. SUSTITUCIONES DE AMINOÁCIDOS EN ANTIBIÓTICOS POLIPÉPTIDOS

<i>Familia de antibióticos</i>	<i>Composición principal en Sustitución aminoácidos</i>	
Actinomicina	D-Valine L-Proline	D-Alloisoleucina 4-Hidróxido-L-proline 4-Keto-L-proline Sarcosina Ácido pipercolico Acetidina-2-ácido carboxílico
Bacitracina	L-Valine	L-Isoleucina
Botromicina	L-Proline	3-Temil-L-prolina
Gramicidina A	L-Leucina	L-Isoleucina
Ilamicina	N-Metil-L-leucina	N-Metil-L-y-
Polimixina	D-Fenilalanine L-Isoleucina	formilnorvalina D-Leucina L-Leucina
Quinoxalina antibiótico	N-Metil-L-valine	N-Metil-L-isoleucina
Esporidesmolides	D-Valine	A-Alloiseleucina
Tirocidina	L-Fenilalanina D-Fenilalanina	L-Triptofan D-Triptofan
Vernamicina B	D-Alanina	D-Butirina

Me colocaron sobre la cabeza una cúpula de plástico verde para grabar todo lo que decía con la intensidad y el matiz requeridos.

—Háblanos —me decían—. Nos fascina tu antiguo acento. Nos cautivan tus olores primitivos. ¿Te das cuenta de que eres el único representante de la pesadilla de la que nos hemos despertado? Háblanos de tu civilización tan brutalmente competitiva —decía el senador—. Descríbenos con todo detalle el hediondo ambiente. Define la naturaleza de la rivalidad nacional. Compara y contrasta los métodos de los discursos políticos en la Unión Soviética y en los Estados Unidos. Danos tu análisis de las implicaciones sociológicas del primer viaje a la Luna. ¿Te gustaría ver la Luna? ¿Te podemos ofrecer alguna droga psicodélica? ¿Te satisface

sexualmente Louisiana? Te consideramos un tesoro espiritual único. Relátanos el ayer, los recuerdos de antaño mientras te escuchamos extasiados.

Louisiana afirma que tiene ochenta y siete años. ¿Puedo creerlo cuando posee una lozanía como la de la flor de la edad? Pero ella sostiene:

—No, tengo ochenta y siete años. Nací exactamente el 11 de marzo de 2022. ¿Te deprime o asusta mi edad? Mira qué tersa es mi piel, qué dientes tan deslumbrantes. ¿Por qué estás tan preocupado? Después de todo soy mucho más joven que tú.

Cuadro XIX

POSIBILIDADES MENOS PROBABLES PERO IMPORTANTES

1. Inteligencia artificial «verdadera».
2. Uso práctico de fusión ininterrumpida para producirneutrones y/o energía.
3. Desarrollo artificial de nuevos miembros y órganos (sea in situ o para trasplantes posteriores).
4. Superconductores de temperatura ambiental.
5. Mayor empleo de cohetes para transportes comerciales y particulares (terrestres y extraterrestres).
6. Tratamiento químico y biológico garantizado para casi todas las enfermedades mentales.
7. Control casi completo de cambios marginales hereditarios.
8. Muerte aparente (durante años o siglos).
9. Ejercicios prácticos con un límite de fuerza casi «teórico».
10. Conversión de mamíferos (¿humanos?) en respiradores branquiales.
11. Imposición en bancos conducida por la memoria humana.
12. Aumento ordenado de la capacidad mental humana por conexión mecánica y eléctrica del cerebro con un computador.
13. Mayor rejuvenecimiento y/o aumento importante del vigor y duración de la vida de 100 a 150 años.
14. Control químico o biológico del carácter y la inteligencia.
15. Amplio uso de aceras movibles para el transporte local.
16. Sólidas instalaciones Lunares y planetarios para ser habitadas.
17. Fuerza eléctrica disponible para menos de 0,3 milésimas por kilowatio/hora.
18. Verificación de ciertos fenómenos extrasensoriales.
19. Ingeniería planetaria.
20. Modificación del sistema Solar.
21. Prácticas en laboratorio de concepción y nutrición de fetos (¿humanos?)
22. Elaboración de una droga equivalente al soma de Huxley.
23. Una tecnología equivalente a la telepatía.

24. Cierta control directo del proceso del pensamiento individual.

Comprendo que en ciertos casos la consecución de un gran cambio supone una cirugía complicada. Trasplantes de córneas y modificaciones de la estructura facial. Cambios de órganos; entre ellos no duran mucho tiempo, pues constantemente cambian segmentos de ellos mismos por otros nuevos y más modernos. Me contaron que entre ciertos grupos avanzados es corriente el uso de miembros con forro interno mecánico, a fin de poder conectar nuevos brazos y piernas con un mínimo de molestia. Estamos en una era realmente asombrosa. No obstante, parece que las mujeres copulan al viejo estilo: separan los muslos, levantan las rodillas, se echan sobre el costado derecho, flexionan la pierna izquierda sobre el hombro con las rodillas ligeramente dobladas, etc., etc. Uno pensaría que podrían haber inventado algo nuevo, pero quizá las posibilidades de innovación en la esfera erótica no sean muy amplias. ¿Me permiten una sugerencia? ¿Qué sucedería si una mujer se desconectara los brazos y las piernas y presentara al hombre Solamente el torso? ¡Qué indefensa! ¡Cuan vulnerable! ¡La quintaesencia de la feminidad! Lo discutiré con Louisiana. No obstante, tengo la suerte de que sus brazos y piernas no se desprenden.

El primer para-miércoles de cada mes, el teniente Hotchkiss me da lecciones de cómo se respira en el agua. Vamos a uno de los subniveles más hondos del *Extravagance BuildIng*, donde hay una piscina especial hiperoxigenada para uso exclusivo de los principiantes. Tiene forma circular y no es muy profunda. El agua destella como ópalo. Por lo general, las piscinas están repletas de niños, pero el teniente Hotchkiss me da lecciones particulares, porque soy demasiado tímido para mostrar mi cuerpo. Cada lección es casi igual a la anterior. El teniente Hotchkiss desciende por la rampa que conduce a la piscina. Es más alto que yo y tiene el cabello dorado y los ojos azules. A veces me cuesta distinguirlo del Dr. Habakkuk o del senador Mandragore. Durante una conversación fortuita me confesó que tenía noventa y ocho años y, por lo tanto, no era contemporáneo de Louisiana, aunque ella me insinuó en varias ocasiones que en tiempos pasados le había permitido fertilizar sus óvulos. Lo dudo, ya que la reproducción es totalmente insólita en esta zona, y, ¿qué probabilidades hay de que se lo permitiera más de una vez? Se imagina, eso creo, que contándome esas cosas estimula en mí la pasión de los celos, puesto que no ignora que los primitivos estaban sujetos a ellos. Insensible a todo este asunto, el teniente Hotchkiss entra en el agua. Ésta le cubre el ombligo, el ancho pecho lampiño, el cuello, la barbilla, las sensibles y finas ventanillas de la delicada nariz. Se sumerge y nada por el fondo de la piscina. Veo resplandecer su dorado cabello a través del agua opalina. Permanece sumergido unos ocho o quizá hasta doce minutos; saca las manos de vez en cuando por la superficie y las agita para indicarme dónde se encuentra; luego, emerge. El agua le chorrea de la nariz pero no se halla en absoluto

falto de aliento. Ahora, vamos, me dice, hazlo tú; es tan fácil como parece, y me hace señas para que vaya a la rampa. Me asegura que cualquier niño puede hacerlo; es sólo cuestión de dominio y decisión. Sacudo la cabeza. No, la modificación genética tiene mucho que ver, mis pulmones no están dotados para respirar dentro del agua, aunque sí los vuestros. El teniente se limita a reír. Animo, entra en el agua, y yo bajo por la rampa. ¡Cómo reluce el agua! Me llega al ombligo, al pecho velludo y negro, la garganta, la barbilla y las ventanillas carnosas de mi ancha nariz. En el agua los pulmones me pesan como plomo. Me arrojo exhausto sobre el suelo de mármol y grito. ¡No, no, no, es imposible! El teniente Hotchkiss se planta ante mí. Su cuerpo es perfecto. Me dice: tienes que cultivar la postura adecuada. La mente es la que lo decide todo. Pensemos algo más positivo para respirar debajo del agua. ¿No te das cuenta de que es un gran paso hacia la evolución: uno de los más sublimes que distinguen nuestra especie de los pitecántropos australes? ¿No quieres formar parte del gran salto hacia adelante? ¡Arriba, ánimo! Prueba otra vez. Piensa siempre de un modo positivo. Fija en tu mente la diferencia que existe entre tú y nuestros bestiales antepasados. Entra. Entra. Entra. Y yo entro en el agua. Momentos después, salgo del agua como un rayo, tosiendo, medio sofocado, farfullando. Esto se repite el primer para-miércoles de cada mes. Siempre igual.

Cuando hablas por teléfono y de pronto se corta la comunicación, ¿no piensas que la persona que está al otro lado del hilo puede creer que has colgado? ¿Sospechas que es ella la que ha colgado? Esos problemas aquí no se conocen. Esta gente hace poquísimas llamadas telefónicas. En esta era nos encontramos por encima de la mera comunicación, observa Louisiana.

A través de mis ojos esta gente contempla su deslumbrante y plástica época con una lógica perspectiva histórica. La ven en presente, siempre el mismo. Para mí es el futuro y por lo tanto soy yo el verdadero paraláctico; puedo decir: antes era así y ahora es asá. Aprecian mi talento; me conservan como un tesoro. Me dicen lo mucho que admiran mi asimetría y me hacen muchas preguntas: la mayoría sobre su propia era en lugar de la mía. Preguntas tales como:

¿Te tienta la muerte aparente?

¿Fue abrumadora la fusión nuclear por las consecuencias que podía acarrear?

¿Puedes describir de forma adecuada la interconexión del cerebro con un computador como experiencia extática?

Hago lo que puedo para contestar a sus preguntas. A veces, representa un esfuerzo agotador para conseguir que tengan sentido pero me afano en lo posible. Me pregunto si no les valdría más interrogar a un hombre de Neanderthal o a uno de esos pitecántropos australes del teniente Hotchkiss. Quizá no soy lo bastante primitivo; sin embargo, poseo mi propio carisma.

A lo largo de la costa oriental de los Estados Unidos se ha encontrado una abundante variedad de miembros del nuevo reino animal *Gnathostomulida*, recién descubierto en Europa.

Se han clasificado dos millones de razas, pero la proporción que recogen las nuevas estadísticas señalan que esos dos millones sólo son un cincuenta por ciento de las especies existentes en la Tierra. El incremento de las nuevas especies de aves (8.600 conocidas) ha descendido a menos del 0,3 por ciento en un año, pero en muchos otros órdenes (por ejemplo, los *Turbellaria*, con 2.500 especies conocidas), el aumento de la proporción indica que ese género no determinado, totaliza seguramente más del ochenta por ciento. Aunque sólo se han precisado la mitad de las razas de animales existentes, ya se conocían el ochenta por ciento de las familias, el noventa y cinco por ciento de los órdenes y casi todas las razas de animales. Por tanto, sería insólito un nuevo reino animal.

El primer día fue para mí espantoso. Vi uno, con un rostro-terso y de buen aspecto y lo acepté, pero luego entró otro la habitación para darme una inyección y era exactamente igual al primero. Gemelos, pensé, mis médicos son gemelos.

Mas después llegó un tercero, y un cuarto y un quinto, todos con la misma cara. Imaginen mi desazón. Yo, con mi nariz deforme, los dientes desiguales, las cejas que se juntan en medio de la frente, las mejillas carnosas picadas de viruelas, acostado bajo esa asamblea de la perfección. Les aseguro que me sentía fuera de lugar, Antes, jamás me había preocupado mi aspecto —pues en un mundo imperfecto todos tenemos nuestras propias imperfecciones—, pero estos bastardos no tenían defectos, y para mí resultaba duro aceptarlo. Pensé que era inteligente y les dije: Todos sois múltiples del mismo modelo genético, ¿verdad? Los adelantos modernos en la medicina han hecho posible un duplicado infinito de investigación genética y los cinco pertenecéis a una partenogénesis, ¿no es cierto? Y varios respondieron, no, no es éste el caso, en realidad, no tenemos ninguna relación, pero en la última meta-semana decidimos unificar nuestro aspecto según la moda actualizada. Y tres o cuatro más entraron en mi dormitorio ara echarme una mirada.

Al principio no cesaba de repetirme: *En el país de los hermosos el feo es el rey.*

Louisiana fue la primera mujer con la que tuve relaciones sexuales. Acudíamos a menudo a los copulatorios públicos. Se excitaba con facilidad, apasionadamente, pero su amiga Calpurnia me informó, unos meses después,-que Louisiana tomaba drogas que inducían al orgasmo antes de copular conmigo. Le pregunté a Calpurnia el motivo y quedó un tanto confusa. Consternado, me desnudé y me eché sobre ella. Gritaba: ¡Sí, fuérmame, viórame! Los extremados espasmos de Calpurnia me asombraban. Al día siguiente, Louisiana me preguntó si me había fijado en que Calpurnia ingería una pequeña cápsula púrpura antes del coito. El rostro de Calpurnia es idéntico al de Louisiana, pero tiene los pechos más separados. También he

sostenido relaciones sexuales con Helena, Amniota, Drusilla, Florinda y Vibrissa. Antes de cada episodio amoroso les pregunto el nombre para evitar confusiones.

Al anochecer programaron una hora de lluvia roja y verde y pregunté al senador qué medios había empleado para traerme a esta era. ¿Por transporte corporal a través del tiempo o sea, por elevación física de mi ser desde el entonces hasta el ahora? O bien, ¿mi cuerpo estaba muerto y me habían conservado en una cámara frigorífica para que esta gente lo resucitara y restaurase? ¿Soy quizás una reconstrucción genética total, modelada con unos cuantos fragmentos de viejo tejido somático hallado en una urna barroca? Posiblemente sólo soy una interpretación fingida y estilizada del hombre del siglo XX, producida por un computador programado por un inteligente y amable guía. ¿Cómo lo hizo, senador? ¿Cómo fue? La lluvia cesó, dejando en los baches elegantes charcos de matiz borroso.

Caminando del brazo de Louisiana por la Avenida Venus, me pareció ver a un hombre con un rostro semejante al mío. Sólo lo vi un instante: una cara oscura, de cejas pobladas, mejillas peludas y entre los fuertes hombros sobresalía una cabeza de aspecto agresivo. De pronto, desapareció tras una esquina. Louisiana opina que tomo un exceso de alucinógenos. Acudimos a un cine submarino y ella nadaba debajo de mí como un pez dorado agitando resplandores de los globos de su grupa.

Esto es una prueba del aumento de la capacidad mental, indicó Vibrissa. Voy a demostrarte lo que alcanza la capacidad humana. Léeme cualquier pasaje de Shakespeare, elígelo tú y luego lo repetiré palabra por palabra seguido de un análisis del tema. ¿Lo probamos? De acuerdo, asentí, y puse con suavidad la uña del índice sobre el cubo de Shakespeare, se formaron las palabras que yo recité en voz alta: a lo que el hombre se atreve, yo me atrevo; acércate como el feroz oso ruso, el armado rinoceronte o el tigre persa. No adoptes otra forma y mis firmes nervios jamás temblarán. Vibrissa repitió al instante aquellas líneas sin equivocarse, brindándome acotaciones desde Séneca a Strindberg. Aquello me impresionó profundamente, aunque yo nunca he sido lo que se llama un intelectual.

El día de la prueba de patinaje sobre hielo, distinguí con absoluta claridad, sin lugar a duda, dos individuos que se me parecían. ¿Han importado otros seres de mi raza para diversión suya? En tal caso, me ofendo. Protejo y mimo mi condición de único.

Le pedí al Dr. Habakkuk que me transformase de acuerdo con las normas faciales de su sociedad. Hágame un trasplante, manipulación genética, lo que quiera. Deseo tener el cabello ubio, los ojos azules y las facciones clásicas. Quiero ser como usted. El Dr. Habakkuk sonrió afablemente y sacudió su juvenil cabeza dorada. No, discúlpennos, pero nos gusta como es.

A veces sueño cómo era mi vida antes. Pienso en los automóviles, el pastrami, la declaración de impuestos, la flor de la maravilla, las púpulas, las hipotecas y el producto nacional bruto. Asimismo me complazco en los recuerdos de la infancia; y en mis padres, mi esposa, mi dentista, mi hija pequeña, mi despacho, mi cepillo de dientes, mi perro, mi paraguas, mi cerveza predilecta, mi reloj de pulsera, mi interfono, mis vecinos, mi gramófono, mi ocarina. Todo ha desaparecido. Al frotar mi carne contra la de Drusilla en el copulatorio, me pregunto si es quizás una de mis descendientes. Debo tener descendencia en alguna parte de esta civilización y, ¿por qué no ella? Me pide que realice un acto de perversión oral y le explico que me resultaría imposible complacerme en tales cosas con mi propia nieta.

Creo que, en general, estoy muy tranquilo, teniendo en cuenta la extraordinaria tensión a que me somete la naturaleza de esta experiencia. Todavía me noto incómodo ante los demás, debido a mi aspecto, pero intento olvidarlo. Muchas veces, voy desnudo como ellos. Si no les gusta mi cuerpo velludo o mis miembros desproporcionados, que aparten la vista.

Algunas veces eructo o me rasco debajo del brazo, o hago otras cosas primitivas que les recuerdan que soy un auténtico hombre de la antigüedad. Ahora, nadie duda de que tengo imitadores; cinco, por lo menos. Calpurnia lo niega, pero no soy idiota.

El Dr. Habakkuk anunció que iba a tomarse unas vacaciones en los Cárpatos y no regresaría hasta el 14 del sustituto de junio. Mientras tanto, el Dr. Clasp me atiende. Dicho doctor entró en mi habitación y observé su asombroso parecido con el Dr. Habakkuk. Me preguntó qué deseaba y le contesté que me operase para ser como todo el mundo. Estoy harto, le dije, de parecer bestial y primitivo. Con gran sorpresa por mi parte, el Dr. Clasp sonrió con afabilidad y me respondió que lo dispondría todo en seguida para mi transformación, aunque violaba sus principios acerca de que cualquier organismo sufriera sin necesidad. Me llevaron a la sala de operaciones y me administraron un anestésico de sabor agrio. Por lo visto me desperté en seguida y me condujeron a una bóveda llena de espejos para que me contemplase. Tal como había solicitado, me habían reestructurado igual que ellos: cabello rubio, ojos azules y un cuerpo ágil y esbelto además de un rostro de facciones simétricas. El Dr. Clasp entró al cabo de un rato y se detuvo a mi lado: podríamos ser gemelos. ¿Qué le parece, le gusta? Las lágrimas se agolparon en mis ojos y le contesté que era el momento más maravilloso de mi vida. El Dr. Clasp me dio un golpecito en la espalda y exclamó jovialmente: Mire, yo no soy el Dr. Clasp sino el Dr. Habakkuk, y nunca fui a los Montes Cárpatos. Este episodio ha sido una faceta de nuestro análisis, siguiendo la pauta de sus respuestas.

Louisiana se asombró al ver el cambio operado en mi persona. ¿Eres tú, de veras? Te lo demostraré, le contesté y la monté con mi antiguo impulso prehistórico,

jadeando y mordiéndole los pechos, pero se desprendió de mí con un hábil tirón de la pelvis y salió corriendo de la habitación. Nunca más me volverás a ver, gritaba, pero yo me encogí de hombros y le contesté; ¿Y a mí qué me importa? Puedo tener muchísimas como tú. En efecto, nunca más la volví a ver.

Cuadro I
COMPOSICIÓN DE DIETA ISOCALÓRICA

<i>Sustancia</i>	<i>Composición</i>
Harina de cebada	70,0
Menudillos finamente cortados	20,0
Extracto de soja	7,5
Sal	0,5
Piedra caliza molida	0,5
Harina de huesos esterilizados	1,0
«Eves» N° 32 (muy digestivo)	0,25

Actitudes probables al descubrir que a uno lo han arrancado de su exacta matriz cultural:

- a) Temor
- b) Indignación
- c) Incredulidad
- d) Incertidumbre
- e) Agresividad
- f) Retirada
- g) Impulsos masturbatorios
- h) Indiferencia
- i) Recelo
- j) Ninguna de éstas.

Ahora todos han vuelto a cambiar al nuevo modelo. Sucedió gradualmente en unos meses, pero la transición ya ha terminado. Las cejas pobladas, las mejillas marcadas de viruelas, el pecho veloso. Es lo último que se lleva. Camino por las calles atestadas y por dondequiera que vuelvo la vista veo rostros que reflejan mi antigua asimetría. Sólo yo no soy asimétrico y nunca más lo seré. Soy simétrico y perfecto y soy el único. No encuentro al Dr. Nabakkuk y el Dr. Clasp se fue a los Pirineos. El senador Mandragore quedó aniquilado en la primera prueba, así que debo quedarme hermoso entre ellos. Todos son iguales: labios gruesos, dientes desiguales, narices de porra. ¡Cómo los desprecio! Yo soy el único rubio y todos se burlan de mí por su metamorfosis. Todos se ríen de mí. De Mííí.

GRAVEDAD CERO

BEN BOVA

He aquí una historia detallada y verosímil de un programa espacial de nuestro cercano futuro, y de un astronauta que quería experimentar y ser el primero en un nuevo sentido: el del sexo en caída libre. Pero para eso necesitaba a una mujer, y esta historia también nos habla de ella.

Joe Tenny parecía un defensa central de los Steelers de Pittsburgh. Sentado en las frías sombras del bar del Astro Motel, moreno, de complexión atlética y rostro ceñudo, con un humeante puro, no se le tomaría nunca por uno de los pájaros más raros de todos: un buen ingeniero y a la vez un buen oficial militar.

—Buenas tardes, mayor.

Tenny se volvió en su taburete para observar al viejo Cy Calder, el decano de los periodistas del servicio de prensa que cubría las noticias de la base.

—Hola. ¿Quiere una copa?

—Estoy trabajando —contestó Calder, con dignidad.

Pero sentó su estructura antiguamente larguirucha sobre el taburete más próximo.

—Escocés doble —ordenó Tenny al barman—. Y vuelva a ponerme otro a mí.

—Un oficial y un caballero —murmuró Calder.

Su voz era grave, como correspondía a la expresión de su rostro.

Cuando el barman les sirvió las bebidas, Tenny dijo:

—Quiere saber quién se ha llevado la misión, ¿verdad?

—Ya le dije que estaba trabajando.

Tenny sonrió burlescamente.

—¿Mantendrá la boca cerrada hasta mañana? —pregunto—. Será entonces cuando Murdock haga el anuncio oficial, en su conferencia de prensa.

—Si me puede ahorrar el tedio de escuchar al buen coronel durante dos horas para escuchar al fin un solo nombre, le pagaré la próxima ronda, le limpiaré los zapatos durante un mes, y me las arreglaré para perder alguna que otra mano de póquer con usted.

—¡Que me cuelguen si hace eso!

Calder se encogió de hombros. Tenny bebió un largo trago de su bebida. Calder hizo lo mismo.

—Está bien. De todos modos, se va a enterar. Pero no se lo diga a nadie hasta el anuncio de Murdock. Va a ser Kinsman.

Calder dejó cuidadosamente un vaso sobre el mostrador.

—¿Chester A. Kinsman, el orgullo de la Fuerza Aérea? Eso algo difícil de creer.

—Murdock lo escogió.

—Sé que esta misión sólo se lleva a cabo por motivos estrictamente publicitarios —observó Calder—, ¿pero Kinsman? ¿En órbita durante tres días con la más hermosa mujer de la revista *Life*? ¿Qué quiere Murdock: publicidad o una denuncia por paternidad?

—Vamos, Chet no es tan malo...

—¿Conque no, eh? Por las historias que he oído contar sobre las pocas semanas que pasaron en el centro de la NASA, Kinsman parece que hizo de todo desde Berkeley a North Beach.

—Es joven y bien parecido —replicó Tenny—. Y las mueres no han tenido muchos astronautas con los que jugar. El equipo de la NASA es una banda de viejos comparados con mis muchachos. Pero Chet es el mejor del grupo, de eso cabe la menor duda. Calder parecía no estar muy convencido. —Escuche. Cuando estábamos entrenándonos en Edwards, sabe lo que hizo Kinsman? Construyó un biplano; una réplica exacta de un caza «Spad». De la punta a la cola. Es un ciudadano sólido.

—Sí, y después jugó a ser el Barón Rojo durante seis semanas. ¿No se metió en ningún problema por hacer zumbiar un avión?

La respuesta de Tenny quedó ahogada por una explosión palabras y risas. Media docena de jóvenes enjutos y ágiles, vestidos con el color azul de la Fuerza Aérea — todos ellos capitanes—, bajaron por las escaleras alfombradas que conducían al bar.

—Ahí están —dijo Tenny—. Usted mismo se lo puede preguntar a Chet.

Kinsman no parecía diferenciarse de los otros astronautas de la Fuerza Aérea. De un metro ochenta y cinco de estatura, delgado, con esa agilidad que da la juventud, con el pelo moreno corto, al estilo militar, unos ojos azul-grisáceos y un rostro alargado y huesudo. Sonreía ampliamente en aquellos momentos, mientras él y otros cinco astronautas ocupaban sus sillas en una esquina del bar y pedían sus bebidas al único camarero.

Calder tomó la suya y fue hacia la mesa, seguido por el mayor Tenny.

—A callar —dijo uno de los capitanes—. Ahí viene la prensa.

—Máxima seguridad.

—¿Cómo, muchachos? —preguntó Calder, tratando de dar a su voz rasposa el matiz de quien se siente herido—. ¿Es que no confían en mí?

Tenny acercó una silla al periodista y tomó otra para sí. Sentándose a horcajadas en ella, dijo a los capitanes:

—Todo está bien. Yo mismo se lo dije.

—¿Cuánto le ha pagado, jefe?

—Eso queda entre él y yo.

Cuando el camarero llevó una bandeja de bebidas, Calder dijo:

—Dejen que el cuarto estado pague por esto, caballeros. Quiero sacarles alguna

información.

—Puede que eso requiera unas cuantas rondas más.

Dirigiéndose a Kinsman, Calder le dijo:

—Felicidades, muchacho. El coronel Murdock debe tener un alto concepto de usted.

Kinsman se echó a reír.

—¿Murdock? Debería haber visto su cara cuando me dijo que iba a ser yo.

—Parecía como si estuviera chupando limones.

—La elección para este vuelo se hizo principalmente a través de una computadora —explicó Tenny—. Murdock quería ser absolutamente justo, así que dio a la computadora los informes de cada uno y de todos ellos salió el nombre de Kinsman. Si no hubiese armado tanto jaleo con eso de ser imparcial, podría haber barajado las cartas de nuevo para volverlo a intentar. Pero yo mismo estaba allí cuando la máquina terminó su trabajo, de modo que no pudo hacer nada para evitarlo.

—Muy bien —dijo Calder, sonriendo burlescamente—. En este caso, Chet, la computadora tiene un alto concepto de usted. Supongo que eso sigue siendo una especie de honor.

—Más bien un privilegio. He estado observando a esa del *Life* durante todo su entrenamiento. Está en su punto.

—Aún tendrá mejor aspecto cuando esté en órbita.

—Una vez que se quite el traje presurizado..., etcétera.

—¿Eh, sabes? Nadie lo hizo antes en órbita.

—Sí..., caída libre, gravedad cero. Kinsman pareció pensativo.

—Eso añade una nueva dimensión al problema, ¿no es cierto?

—Tridimensional —dijo Tenny, apartando de los labios la colilla del puro y echándose a reír.

Calder se levantó con lentitud de su silla e hizo callar a los demás. Después, mirando orgullosamente a Kinsman, dijo:

—Muchacho... en 1915, en Londres, me convertí en miembro del Mile High Club. A una altura de exactamente 1.609 metros, mientras dábamos vueltas alrededor de la catedral de San Pablo, logré penetrar con éxito a una enfermera del ejército en una cabina abierta... a pesar de las antiparras oscuras, de los barrios obreros y de un viento bastante fuerte.

»Desde entonces ha habido muy poco más que anhelar. ¡Los que lo hacían bajo el mar, abrieron una nueva frontera, ¡pero, en realidad, están en retroceso. Cualquier delfín tonto puede hacerlo en el agua.

»Pero ahora tiene usted algo realmente nuevo: falta de peso. Flotando en caída libre, cogiéndose la cola en tres dimensiones. ¡Eso sí que excita la imaginación!

—Kinsman, le paso la antorcha. ¡Por el fundador del Club (Gravedad Cero!

Como un solo hombre, todos se levantaron y brindaron solemnemente por el capitán Kinsman.

Al volverse a sentar, el mayor Tenny hizo explotar el globo.

—Muchachos, no le habéis concedido a Murdock el beneficio de una gran inteligencia. ¿No pensaréis que va a dejar que Chet suba con esa guapa, toda para él solo, verdad?

El rostro de Kinsman se ensombreció. Los de los demás se iluminaron.

—¡Será una misión de tres hombres!

—Dos hombres y la guapa.

—Bueno, no empecéis a quedaros extasiados como tontos —advirtió Tenny—. Murdock quiere una acompañante, no el ayudante de un violador.

Fue Kinsman quien lo comprendió primero. Echándose hacia atrás en su silla, hundiendo la barbilla en el pecho, murmuró:

—¡Hijo de perra..., va a enviar a Jill!

Se produjeron unas risotadas colectivas.

—Murdock lo decidió hace apenas una hora —dijo Tenny—. Le molestaba que te hubiera tocado a ti, Chet, así que se le ocurrió la idea del acompañante. También te va a proporcionar algunas buenas tareas que hacer, para mantenerte ocupado. Como ocuparte de la vaina energética.

—Jill Meyers —dijo con disgusto uno de los capitanes.

—Está cualificada, y ha estado ocupándose de la chica de *Life* durante todo el entrenamiento. Apostaría a que ella sabe más de la misión que cualquiera de vosotros.

—Debería saberlo.

—En realidad —añadió Tenny, maliciosamente—, creo que ella es el capitán más veterano entre novatos como vosotros.

Ante esto, Kinsman sólo tuvo un comentario que hacer:

—Mierda.

El rugido que hacía retemblar los huesos y la vibración del despegue, desaparecieron de repente. Sentado en el puesto adaptado a su cuerpo, vigilando los grupos de diales e instrumentos situados a pocos centímetros de sus ojos, Kinsman pudo sentir cómo disminuían la presión y la tensión. No es que regresaran a normal. Sino a cero. Ya no se sentía aplastado contra el asiento, sino que sólo parecía tocarlo ligeramente, como si flotara en él, sujeto únicamente por sus correas.

Era la cuarta vez que sentía la ingravidez. Y eso aún le hacía sonreír en el interior del incómodo casco.

Sin pensarlo, tocó un botón de control situado en el brazo de su sillón. Un reactor de maniobra se puso en marcha brevemente y el bulto pesado y maravilloso del planeta Tierra apareció ante él a través de la portezuela situada frente a Kinsman. Se curvaba, enorme y sereno, azul en su mayor parte, pero ligeramente envuelto por la más pura capa de nubes, hermoso, pacífico, brillante.

Kinsman podría haberse quedado observándolo eternamente, pero escuchó

sonidos de movimiento en sus audífonos. Las dos mujeres estaban sentadas detrás de él, una al lado de la otra. La cabina de la nave espacial tenía el aspecto del interior de un submarino: los tres asientos estaban instalados entre hileras de instrumentos y equipo.

Jill Meyers, que llegó al programa astronáutico a través del Departamento Médico Aeroespacial, era oficialmente la segundo piloto y la oficial biomédico. Y Kinsman sabía que también era *dama de compañía*. La fotógrafa Linda Symmes era, simplemente, una pasajera.

Los audífonos de Kinsman crepitaron en una incorpórea unión con la Tierra.

—AF-9, aquí control Tierra. Les hemos confirmado en órbita. Trayectoria nominal. Funcionan todos los sistemas.

—Comprobado —dijo Kinsman por el micrófono del interior de su casco.

La voz, que ya empezaba a desvanecerse, adquirió un tono coloquial ordinario.

—Parece que estás en buen camino, Chet. Obtendremos los parámetros orbitales de la computadora y te los daremos cuando pases Ascensión. Probablemente, no tendrás que hacer muchas maniobras para la cita con el laboratorio.

—Bien. Aquí, en el panel, todo está verde.

—De acuerdo. Control Tierra fuera —débilmente, la voz añadió—: ¡Ah...! y buena suerte, Padre Creador.

Kinsman sonrió burlonamente al escuchar esto. Levantó el visor de su casco, desabrochó las correas y se volvió en el asiento.

—Muy bien, chicas, podéis quitaros los cascos, si queréis.

Jill Meyers levantó el visor y empezó a soltar las sujeciones del cuello del casco.

—Lo haré yo primero —dijo—, y así podré ayudar después a Linda con el suyo.

—¿Seguro que no necesitáis ninguna ayuda? —ofreció Kinsman.

Jill se quitó el casco.

—He estado en órbita más tiempo que tú. ¿Y no deberías estar prestando toda tu atención a los instrumentos?

De modo que es así como van a ir las cosas, pensó Kinsman.

El rostro de Jill era redondo y chato y parecía tan brillante como una moneda recién acuñada. Tenía la nariz chata, la boca amplia y el pelo corto, de un color moreno más bien mediocre. Kinsman sabía que, bajo el traje presurizado, había una figura que, en el mejor de los casos, podía ser descrita como ordinaria.

Linda Symmes ya era una cuestión totalmente distinta. Se había levantado el visor de su casco y le estaba mirando fijamente con unos grandes ojos azules en los que se combinaba la curiosidad femenina con un ligero matiz de desamparo. Era alta, casi tanto como el propio Kinsman, con un cabello espeso, del color de la miel y un cuerpo que él ya había memorizado hasta su última curva. Utilizando su tono de voz más dulce, ella dijo:

—Creo que voy a sentir náuseas.

—¡Oh, por...!

Jill se inclinó hacia el compartimiento situado entre sus dos asientos.

—Ya me haré cargo de esto. Tú, mantén tu atención en los controles.

Y sacó una bolsa de plástico blanco, acoplándola al rostro de Linda.

Estremeciéndose ante el pensamiento de lo que podía suceder en gravedad cero, Kinsman se volvió al panel de control. Se cerró el visor de su casco y elevó el acondicionador de aire del interior de su traje, tratando de no escuchar los desagradables sonidos producidos por los esfuerzos de Linda.

—¡Por el amor de Dios, desconecta su radio! —gritó—. ¿Es que quieres que yo también lo eche todo?

—AF-9, aquí Ascensión.

Intentando alejar de su mente lo que estaba sucediendo tras él, Kinsman apretó el interruptor de comunicaciones de su panel.

—Adelante, Ascensión.

Durante la hora siguiente, Kinsman agradeció a los dioses el tener muchas cosas que hacer. Adaptó la órbita de la nave espacial de tres tripulantes a la del laboratorio orbital de la Fuerza Aérea, que hacía ya más de un año que estaba ahí arriba y que era ocupado intermitentemente por tripulaciones de dos o tres hombres.

El laboratorio tenía una forma casi cilíndrica, silueteada contra el blanco brillante de la Tierra, cubierta de nubes. A medida que fue acercando más la nave espacial, Kinsman pudo ver las antenas, las esclusas de aire y otros fragmentos de instrumentos extraños que se habían acumulado sobre ellas. *A cada viaje parece más un montón de trastos viejos.* Situado tras él, sin conexión alguna, se encontraba el cono macizo de la nueva vaina energética.

Kinsman dio una vuelta alrededor del laboratorio, utilizando hábiles chorros de sus jets de maniobra. Tocó un interruptor de señal de mando y el radar de encuentro del laboratorio se puso en marcha, lo que se anunció mediante una luz que se encendió en su panel de control.

—Todos los sistemas verdes —informó a control de Tierra—. Todo parece correcto.

—Roger, nueve. Camino libre para el contacto.

Eso era algo más delicado. *Puedes estar agradecido de que Jill sea capaz de leer la computadora...*

—Distancia, ochenta y ocho metros —sonó con firmeza la voz de Jill en sus audífonos—. Ángulo de aproximación...

Instintivamente, Kinsman se volvió, pero su casco le impidió ver nada.

—¿Eh, cómo está tu paciente?

—Vacía. Le di un sedante. Está dormida.

—Muy bien —dijo Kinsman—. Hagamos el ataque.

Dirigió poco a poco la nave espacial hacia el cuello de ataque, situado en uno de los extremos del laboratorio, penetró en él, estableciendo contacto, y después vio que las luces del panel le confirmaban un ataque seguro.

—Será mejor que le cierres la cremallera a la Bella Durmiente —le dijo a Jill, mientras apretaba los botones que extendían el acceso flexible, en forma de túnel, desde la escotilla situada sobre sus cabezas, hasta la escotilla principal del laboratorio. Cuando el túnel se acopló herméticamente alrededor de la escotilla del laboratorio, las luces del panel cambiaron de ámbar a verde.

—Se supone que debo comprobar el túnel —dijo Jill.

—Quédate donde estás. Ya lo haré yo.

Cerrando herméticamente el visor de su casco, Kinsman se desabrochó y se elevó sin el menor esfuerzo del asiento, chocando ligeramente con su casco contra la escotilla situada sobre él.

—¿Estáis las dos herméticamente cerradas?

—Sí.

—Vigila el manómetro de aire.

A continuación, abrió la escotilla unos pocos milímetros.

—Presión correcta. No hay luces rojas.

Con un gesto de asentimiento, Kinsman abrió la escotilla por completo. Se elevó con facilidad, atravesándola y penetrando en el túnel, tan ancho como sus hombros, impulsándose a lo largo de su curvada longitud mediante unos pocos golpes rápidos de sus dedos contra las nervaduras de las paredes.

Ligero y suave, se recordó a sí mismo. *Nada de movimientos amplios ni repentinos*.

Cuando llegó a la escotilla del laboratorio, giró lentamente como un nadador rodando perezosamente sobre sí mismo e inspeccionó cada centímetro del cierre hermético del túnel a la luz de la lámpara de su casco. Satisfecho, al ver que estaba perfectamente acoplado, abrió la escotilla del laboratorio y se introdujo en el interior. Cuidadosamente, tocó con sus botas ligeramente adhesivas el suelo de plástico y se puso de pie. Sus brazos mostraban tendencia a flotar, pero tocaron las estanterías de equipo situadas a ambos lados del estrecho pasillo central. Kinsman encendió las luces interiores del laboratorio, comprobó el suministro de aire, los manómetros de presión y de temperatura, y después se elevó hacia la escotilla y volvió a introducirse en el túnel.

Penetró a continuación en la nave espacial, con la cabeza hacia abajo y tuvo que contornearse después con lentitud alrededor del asiento del piloto para recuperar su postura «normal».

—El laboratorio está bien —dijo, finalmente—. ¿Cómo diablos vamos a hacerla pasar por el túnel?

Jill ya había desabrochado los cinturones que sujetaban a Linda por los hombros.

—Tú tiras de ella y yo la empujo. Deberá doblarse bien alrededor de las esquinas.

Y lo hizo.

El laboratorio tenía aproximadamente la forma y el tamaño del interior de un pequeño avión de transporte. En un lado y a lo largo de casi toda su longitud había

estanterías de instrumentos, equipo de control y la computadora, zumbando casi inaudiblemente, por detrás de ligeros paneles de plástico. A través del estrecho pasillo de separación estaban los puestos de trabajo de la tripulación: mesa de control, dos portillas de observación y bancos de trabajo de biología y astrofísica. En el extremo más alejado, tras una discreta cortina, se encontraba la letrina y una sola hamaca.

Kinsman se sentó ante la mesa de control, vestido ahora con su traje de faena, con una pierna enganchada alrededor de la única columna de soporte de la silla de tejido, para impedir la flotación de su cuerpo. Estaba realizando una comprobación formal de todos los sistemas vitales del laboratorio: aire, agua, calor, energía eléctrica. En el panel central, todo eran luces verdes. El equipo de comunicaciones Verde. La pantalla de radar situada a su izquierda mostraba una única y gran señal visual cercana: la vaina energética.

Levantó la mirada cuando Jill salió del espacio donde estaba la litera, apartando la cortina. Aún llevaba puesto su traje presurizado, y sólo se había quitado el casco.

—¿Cómo está ella?

Con aspecto de estar cansada, contestó Jill:

—Muy bien. Sigue durmiendo. Creo que estará bien cuando se despierte.

—Será mejor que sea así. No voy a dejar que deambule por aquí una flor marchita. Daría la misión por terminada.

—Dale una oportunidad, Chet. Sólo perdió el control cuando se sintió afectada por la caída libre. Ni todo el entrenamiento del mundo puede prepararle a una para esos primeros pocos minutos.

Kinsman recordó su propio y primer vuelo orbital. No se interrumpe. *Va uno cayendo. Es como esquiar o lanzarse en paracaídas. Pero mucho mejor.*

Jill tomó impulso hacia él, agarrándose con firmeza a las sillas situadas frente a los bancos de trabajo y a los manillares instalados en las estanterías de equipo. Kinsman se levantó y tomó impulso hacia ella.

—Vamos, déjame que te ayude a quitarte el traje.

—Puedo hacerlo yo Sola.

—Cállate.

Varios minutos después, Jill se había librado del abultado-traje y estaba sentada en una de las sillas, vestida con su traje de faena. Agachándose ligeramente debido a la curvatura que tenía sobre él, Kinsman se metió en el hueco que hacía de cocina. Tenía aproximadamente la mitad de anchura una cabina telefónica, aunque no era ni tan profunda ni tan elevada.

—¿Café, té o leche?

—Zumo de naranja —contestó Jill, sonriéndole burlonamente.

—Eres una chica difícil de satisfacer —comentó Kinsman, sacando una bolsa de zumo concentrado.

—No, no lo soy. Es fácil llevarse bien conmigo. Como si fuera un compañero más.

Sintiéndose ligeramente extrañado, Kinsman le tendió la bolsa de zumo de naranja.

Durante las dos horas siguientes, comprobaron con todo detalle el funcionamiento del equipo del laboratorio. Kinsman estaba montando de nuevo una cámara de elevado grado de separación óptica, tras haberla limpiado. Las partes de la cámara permanecían suspendidas en el aire, a su alrededor, mientras él permanecía sentado, trabajando intensamente y Jill se encargaba de inspeccionar y cuidar un filodendro de aspecto descuidado que surgía del banco de biología, extendiéndose hacia los paneles luminosos del techo. En aquel momento, Linda apartó la cortina del dormitorio y penetró con paso indeciso, en el compartimiento principal.

Jill fue la primera en darse cuenta de su presencia.

—¡Hola! ¿Cómo te encuentras?

Kinsman levantó la mirada. Ella llevaba puesto un traje muy ajustado. Kinsman casi saltó de su silla, hacia ella, desparramando las partes de la cámara en todas direcciones.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Creo que sí —contestó ella, sonriendo tímidamente—. Me siento bastante avergonzada... —su voz era alta y suave.

—¡Oh, no pasa nada! —se apresuró a decir Kinsman—. Eso les sucede prácticamente a todos. Yo mismo tuve náuseas la primera vez que entré en órbita.

—Eso no es más que una pequeña mentira para que te sientas como en casa —dijo Jill, recogiendo una lente que se desplazaba lentamente por el techo.

Kinsman hizo un verdadero esfuerzo para no fruncir el ceño. *¿Por qué razón pretende Jill molestarte?*

—Chet —dijo Jill—, será mejor que recojas esas piezas de la cámara antes de que se desparramen tanto que no las puedas encontrar.

Quiso espetarle una contestación adecuada, pero lo pensó mejor y se limitó a contestar:

—Está bien.

Mientras terminaba el trabajo con la cámara, le echó un buen vistazo a Linda. El color había vuelto a su rostro y parecía firme, con los ojos claros, sin sentirse ni asustada ni enojada. *Quizá, después de todo, esté bien.* Jill le preparó una taza de té, que ella bebió sorbiendo por el pitorro de plástico.

Kinsman se dirigió hacia el panel de control e inspeccionó el horario del programa de la misión.

—¡En, Jill! Ya es hora de marcharte a la cama.

—En realidad, no tengo mucho sueño —dijo ella.

—Quizá. Pero has tenido un día muy atareado, pequeña. Y mañana aún lo será más. Ahora debes dormir tus cuatro horas y después yo dormiré las mías. Tenemos que estar frescos para el apareamiento

—¿Apareamiento? —preguntó Linda desde su asiento, en el extremo más alejado

del pasillo, a unas buenas cinco zancadas de Kinsman; entonces, lo recordó—: ¡Oh...! ¿Se refiere a la unión de la vaina con el laboratorio?

Evitando media docena de posibles bromas, Kinsman asintió.

—Actividad extravehicular.

De mala gana, Jill se levantó de su silla.

—Está bien, me acostaré. Estoy cansada, pero en realidad siempre tengo la impresión de no poder dormir aquí.

Me pregunto cuánto le habrá dicho Murdock. Sin duda alguna, está actuando como una dama de compañía.

Jill se metió en el dormitorio y cerró la cortina con firmeza. Tras unos momentos de silencio, Kinsman se volvió hacia Linda.

—Finalmente solos.

Ella le sonrió.

—¡Vaya! Resulta que estás sentada precisamente donde tengo que instalar esta cámara —dijo, dando un pequeño impulso al aparato terminado, de modo que éste flotó hacia ella, con suavidad.

Linda se levantó con cuidado y lentitud y permaneció tras la silla, agarrándose al respaldo con las dos manos, como si tuviera miedo de caerse. Kinsman se deslizó en la silla y detuvo el ligero movimiento de la cámara con una mano. Mientras trabajaba en el mamparo de sujeción, preguntó:

—¿Te sientes bien, de verdad?

—Sí, de veras.

—¿Crees que podrás ir a EVA mañana?

—Espero que sí... Quiero salir contigo.

Y a mí más bien me gustaría estar dentro contigo. Kinsman sonrió con sorna mientras trabajaba.

Una hora después estaban sentados el uno al lado del otro frente a una de las portillas de observación, mirando hacia la masa curvada de la Tierra, contemplando el esplendor azul y blanco del Pacífico, salpicado de nubes. Kinsman acababa de informar a la estación terrestre de Hawai. El plan de vuelo de la misión permanecía suspendido en el aire, entre ellos, sujeto a una tablilla. Él estaba tratando de estudiarlo, comparando los momentos en que Jill estaría durmiendo con los largos espacios de tiempo que se extendían entre un contacto y otro con las estaciones terrestres, cuando no existiría la menor posibilidad de ser interrumpido.

—Eso de ahí, ¿es tierra? —preguntó Linda, señalando hacia un espeso grupo de nubes que envolvían el horizonte.

Levantando la mirada del plan de vuelo, Kinsman contestó:

—Es la costa sudamericana. Chile.

—Allí hay otra estación de seguimiento.

—Es de la NASA. No pertenece a nuestra red. Nosotros sólo utilizamos estaciones de la Fuerza Aérea.

—¿Por qué se hace así?

—Es ese Murdock, jugando a los soldados —contestó, notando cómo aparecía una expresión fruncida en su rostro—. Se supone que ésta es una operación estrictamente militar. No es que hagamos nada parecido a la guerra. Pero funcionamos como si no existiera ninguna estación civil para ayudarnos. La mierda usual de cada dos por tres.

—¿No estás de acuerdo con el coronel? —preguntó ella, sonriendo.

—En los últimos tiempos sólo ha hecho una cosa con la que estoy totalmente de acuerdo.

—¿Qué es?

—Traerte a ti aquí arriba.

La sonrisa permaneció en su cara, pero sus ojos se apartaron.

—Ahora parece estar hablando como un soldado.

—¿No como un oficial y un caballero?

Linda volvió a mirarle directamente a los ojos.

—Cambiemos de tema.

—Claro —admitió Kinsman, encogiéndose de hombros—. Está bien. Tú estás aquí para escribir un reportaje. Murdock quiere que la Fuerza Aérea tenga tanta publicidad como la NASA. Y el Pentágono quiere mostrarle al mundo que no tenemos a bordo ningún arma. Somos militares, claro, pero militares amables.

—¿Y tú? —preguntó Linda, ahora seria—. ¿Qué quieres tú? ¿Cómo puede un capitán de la Fuerza Aérea entrar a formar parte de los cadetes del espacio?

—Del mismo modo que sucede todo... se está en un lugar determinado en un momento concreto. Me dijeron que iba a ser astronauta. Todo formaba parte de mi trabajo... hasta mi primer vuelo orbital. Ahora, es un estilo de vida.

—¿De veras? ¿Por qué es así?

—Espera a que salgamos fuera —contestó, sonriendo burlescamente—. Entonces sabrás el porqué.

Jill volvió a salir a la cabina principal precisamente a la hora exacta que marcaba el programa, y a Kinsman le llegó el turno de irse a dormir. En la Tierra raras veces tenía dificultades para dormir, y cuando estaba en órbita nunca. Pero ahora, mientras se abrochaba las mangas de presión alrededor de brazos y piernas, se preguntó cuál sería la reacción de Linda cuando estuviera fuera. Los médicos insistían en que se pusieran aquellas mangas, afirmando que ejercitaban el sistema cardiovascular mientras uno dormía.

Maldita y estúpida molestia, gruñó Kinsman para sí mismo. Seguro que fue idea de algún médico de tierra que no sabía como hacerse famoso.

Finalmente, se introdujo en la hamaca, que parecía un suave capullo, cerrando la cremallera y entornando los ojos, pudo sentir el suave bombeo producido por las mangas de presión. Su último pensamiento consciente fue la inoportuna preocupación de que Linda pudiera sentirse aterrorizada ante EVA.

Cuando se despertó y Linda ocupó su turno de sueño en la hamaca, habló del asunto con Jill.

—Creo que estará bien, Chet. No utilices esos primeros minutos pasados en ingravidez en contra de ella.

—No sé. Aquí arriba sólo hay dos clases de personas: o le encanta a uno, o se siente uno cag... bueno, muy asustado. Y so es algo que no se puede fingir. Si se pone a hacer el mono ahí fuera...

—No lo hará —dijo Jill con firmeza—. Y, de todos modos, estarás allí para ayudarla. Le he dicho que no saldrá mientras tú no hayas terminado con la tarea de apareamiento. Ella quería haberte tomado fotografías mientras estabas trabajando, pero se las arreglará con unas pocas exposiciones fijas.

Kinsman asintió con un gesto, pero la preocupación permaneció. *Me pregunto si la enfermera del ejército de Calder tenía miedo a volar.*

Se estaba poniendo las botas, apretando su pie libre contra la estantería de equipo para impedir que flotara, cuando Linda salió del dormitorio.

—¿Preparada para dar una vuelta a la manzana? —le preguntó.

Ella sonrió y asintió sin la menor duda.

—Lo espero con impaciencia. ¿Puedo tomarte algunas fotos cuando te cierres la cremallera de tu traje?

Después de todo, quizás esté bien.

Por fin, quedó herméticamente encerrado en el traje de presión. Linda y Jill permanecieron atrás, mientras Kinsman se deslizó hacia la escotilla-esclusa de aire. Se encontraba en el suelo, al final de la cabina donde estaba atracada la nave espacial. Ayudado por Jill, se introdujo por la esclusa de aire y cerró la escotilla. La propia cámara de aire tenía el tamaño de un ataúd. Kinsman medio tenía que doblarse para moverse alrededor de ella. Comprobó su traje y después hizo expulsar el aire de la cámara. Entonces, estuvo preparado para abrir la escotilla exterior.

Estaba bajo sus pies, pero al abrirse, revelando las estrellas, la ingrávida orientación de Kinsman se tambaleó, como si se tratara de una ilusión óptica y, de repente, tuvo la sensación de estar de pie sobre su cabeza, mirando hacia arriba.

—Salgo ahora —dijo por el micrófono de su casco.

—Muy bien —le contestó la voz de Jill.

Salió cuidadosamente a través de la escotilla abierta, agarrándose a su borde con una mano enguantada, una vez que estuvo completamente fuera, del mismo modo que un nadador se agarra a la barandilla durante un momento cuando se desliza por primera vez hacia aguas profundas. Fuera. Haciendo oscilar lentamente su cuerpo, captó la inmensa belleza de la Tierra, brillantemente iluminada incluso a través de su visor oscuro. Más allá de su curvatura se extendía la oscuridad del infinito, con las parpadeantes estrellas observándole con una imperturbable solemnidad.

Ahora estaba solo. Dentro de su propio universo, apretado, autosuficiente, independiente de todo y de todos. Podía cortar la línea umbilical portadora de vida

que le unía al laboratorio y flotar eternamente, siguiendo su propio impulso. Y estaría muerto al cabo de dos minutos. *¡Ah, ahí está el problema!*

En lugar de hacer lo que pensaba, desenfundó la pequeña pistola de gas de su cinturón y, arrastrando el umbilical, avanzó a chorro hacia la vaina energética. Ésta permanecía suavemente suspendida tras el laboratorio, en forma de un cono truncado, más corto, pero más grueso que el propio laboratorio, con uno de sus bordes brillantemente iluminado por el Sol, y con el resto bañado en la luz más suave reflejada por la parte de la Tierra donde ahora era de día.

La tarea de Kinsman consistía en inspeccionar la vaina energética, comprobar su equipo y finalmente acoplarla al sistema eléctrico del laboratorio. No había necesidad de conectar físicamente los dos cuerpos, puesto que lo único que debía hacer era enlazar un par de cables de energía entre ellos. En la propia vaina energética se habían construido todos los instrumentos necesarios para realizar la tarea — herramientas, líneas energéticas, instrumentos de comprobación—, en espera de que un hombre los utilizara.

En la Tierra habría sido un trabajo muy simple. Pero en la gravedad cero, resultaba complicado. El más ligero movimiento de cualquier parte del cuerpo le desplazaba a uno. Había que luchar contra todos los hábitos innatos de una vida; había que trabajar constantemente para mantenerse en el lugar correcto. Era fácil quedar agotado en gravedad cero.

Kinsman aceptaba todo esto sin dedicarle apenas un pensamiento consciente. Trabajó con lentitud, metódicamente, utilizando tan poco movimiento como le era posible, dejándose deslizar ligeramente hasta que un movimiento más o menos natural de su cuerpo actuaba en sentido opuesto y volvía a impulsarle en dirección contraria. *Cabalga sobre las olas, con lentitud y facilidad.* Existía un ritmo en su trabajo, el ritmo ensoñador natural de la ingravidez.

Sus audífonos permanecían silenciosos y él no dijo nada. Todo lo que escuchaba era el susurro de los soplos de aire del traje, así como el de su propia y firme respiración. Todo lo que veía era su trabajo.

Finalmente, regresó con propulsión a chorro hacia el laboratorio, remolcando el par de gruesos cables. Encontró los conectores que le esperaban en la pared lateral del laboratorio e insertó las clavijas de los cables. *Te nombro fuente de energía del laboratorio.* Inspeccionó las luces de comprobación, situadas a lo largo de los conectores. Todas estaban verdes. *Que produzcas muchos kilovatios.*

Balanceándose de un manillar a otro, a lo largo de la longitud del laboratorio, recorrió el camino que le separaba de la esclusa de aire.

—Bien, ya está listo. ¿Cómo está Linda?

—Preparada —replicó Jill.

—Hazla salir.

Ella salió con lentitud, haciendo oscilar con vacilación los pies, que fueron los primeros en aparecer por la esclusa de aire de aspecto bulboso. Eso le recordó a

Kinsman una película en la que se observaba cómo paría una ballena.

—Bienvenida al mundo real —le dijo cuando su cabeza surgió por la escotilla de la esclusa.

Ella se volvió para contestarle y él escuchó su boqueada de asombro y se dio cuenta de que él le gustaba a ella.

—Es... es...

—Asombroso —le sugirió Kinsman—. Y mírate a ti misma... sin necesidad de manos.

Linda flotaba libremente, con el traje presurizado cargado con cámaras y el umbilical flexionándose con suavidad tras ella. Kinsman no podía ver su rostro a través del visor oscuro, pero pudo escuchar el asombro en su voz, e incluso en su respiración.

—No he visto nunca nada tan absolutamente abrumador... Y entonces, de repente, toda ella fue actividad, buscando una cámara, enfocando hacia la Tierra y las estrellas y la distante Luna, y haciendo fotografías con rapidez. Se movía con excesiva rapidez y empezó a dar volteretas. Kinsman se impulsó hacia ella con su pistola a chorro y la mantuvo firme, sosteniéndola por los hombros.

—¡Eh, tómalo con calma! No van a desaparecer. Y dispones de mucho tiempo.

—Quiero hacerte algunas fotografías junto al laboratorio. ¿Puedes volver a la vaina y hacer algunos de los movimientos que hiciste mientras trabajabas?

Kinsman posó para ella, contestó sus preguntas, rescató una cámara cuando se le escapó de entre las manos y no la pudo alcanzar mientras se alejaba de su lado.

—Aquí fuera no resulta fácil juzgar las distancias —le dijo, devolviéndole la cámara.

Jill les llamó dos veces, pidiéndoles que regresaran.

—Chet, ¡ya te has pasado quince minutos del tiempo límite!

—Queda un buen margen de tiempo en el programa. Nos podemos quedar aquí un poco más.

—Vas a conseguir que ella termine agotada.

—Me siento muy bien, de veras —dijo Linda con su voz lírica.

—¿Cuánta película te queda? —le preguntó Kinsman.

—Seis fotos más —contestó, tras mirar la cámara.

—Muy bien. Regresaremos cuando las haya hecho, Jill.

—¡Se va a hacer de noche dentro de cinco minutos!

Volviéndose a Linda, que estaba flotando con la cabeza hacia abajo, con la Tierra cubierta de nubes tras ella, le dijo:

—Guarda las fotos para la puesta del Sol y cuando se produzca hazlas todas lo más rápidamente que puedas.

—¿La puesta de Sol? ¿Hacia dónde tengo que enfocar?

—Lo sabrás en cuanto se produzca. Sólo observa. Se produjo con rapidez, pero Linda también lo fue. A medida que el laboratorio oscilaba en su órbita hacia las

sombras nocturnas de la noche, el Sol cayó en el horizonte, lanzando unos pocos y espectaculares momentos de los rojos y los naranjas más puros y finalmente un azul que conmovía el corazón. Kinsman observó en silencio, escuchando la respiración de Linda, que se hacía más rápida a medida que iba haciendo funcionar la cámara.

Después, quedaron envueltos por la oscuridad. Kinsman encendió la lámpara de su casco. Linda seguía allí, colgada, con la cámara aún en la mano.

—Es... imposible de describir —su voz parecía vacía, agotada—. Si no lo hubiese visto... de no haberlo captado en película. No creo que sea capaz de convencerme de que no estaba soñando.

La voz de Jill sonó ásperamente en los audífonos de Kinsman.

—¡Chet, entra! Estar ahí fuera, en la oscuridad, va en contra de todas las reglas de seguridad.

Él miró hacia el laboratorio. Las luces eran visibles a lo largo de su longitud y las portillas aparecían iluminadas desde el interior. De no haber sido así, apenas si podría haberlo distinguido, aunque sólo estuviese a unos pocos metros de distancia.

—Está bien, está bien. Enciende la luz de la esclusa, para que podamos ver la escotilla,

Linda seguía murmurando cosas sobre la vista exterior mucho después de haberse quitado los trajes presurizados, e incluso tras haber comido bocadillos y dulces.

—¿Has estado alguna vez ahí fuera? —le preguntó a Jill.

Sentada sobre el borde del banco de biología, cerca de la colonia de ratas, Jill asintió con brevedad.

—Dos veces.

—¿No te parece espectacular? Espero que salgan bien las fotos. Algunos de los mandos de la cámara...

—Saldrán bien —afirmó Jill—. Y si no es así, disponemos de un montón de fotos que puedes utilizar.

—¡Oh! Pero no tendríamos las fotos de Chet trabajando en la vaina energética.

—¿Es que no vas a tomar más fotos aquí? —preguntó Jill, encogiéndose de hombros—. Si quieres tomar algunas fotos de verdaderos veteranos del espacio, tendrías que captar a estos ratones. Hace ya varios meses que están aquí arriba, viviendo estupendamente y criando familias. Y ellos no arman tanto jaleo por eso.

—Bueno, algunos de nosotros hacemos cosas excitantes —dijo Kinsman—, y otros se dedican a cuidar a las ratas.

Jill le dirigió una mirada brillante.

Kinsman observó su reloj de pulsera y dijo:

—Chicas, es mi hora de descanso. He tenido un día agotador: mecánico, guía turístico y modelo para el *Life*. Trabajo, trabajo y más trabajo.

Se deslizó junto a Linda con una sonrisa, que mantuvo para Jill al pasar a su lado. Su mirada seguía siendo brillante. Cuando se despertó de nuevo y regresó a la cabina principal, Jill estaba hablando agradablemente con Linda, mientras las dos mujeres

permanecían inclinadas sobre el microscopio y la estantería de especímenes del banco de biología.

Linda fue la primera en verle.

—¡Hola! Jill me ha estado enseñando las esporas que está estudiando. Y he fotografiado a los ratones. Quizás salgan en la portada, en tu lugar.

—Te ha estado envenenando la mente contra mí —comentó Kinsman, sonriendo burlesco.

Pero en su interior, se preguntó: *¿Qué diablos le habrá estado diciendo Jill sobre mí?*

Jill tomó impulso hacia el panel de control, recogió la tablilla donde estaba indicado el programa de la misión y le dio un ligero impulso hacia Kinsman.

—Control de Tierra dice que todas las comprobaciones de la vaina energética son verdes —le informó—. Hiciste un buen trabajo.

—Gracias —dijo, cogiendo la tablilla—, ¿A quién le toca descansar ahora?

—A mí —contestó Jill.

—Muy bien. ¿Se está cocinando algo especial?

—No. Todo sigue el horario previsto. La siguiente transmisión de información se producirá dentro de doce minutos. Estación Kodiak.

—Que duermas bien —dijo Kinsman, asintiendo con un gesto.

Una vez que Jill hubo cerrado la cortina del dormitorio, Kinsman se llevó el programa de la misión hacia el panel de control y se sentó. Linda permaneció en el banco de biología, a unos tres pasos de distancia.

Kinsman comprobó el panel de instrumentos, echándole un rápido vistazo y después se volvió hacia Linda.

—Bueno, ¿sabes ya a qué me refería cuando dije que esto era un estilo de vida?

—Creo que sí. Es tan diferente...

—Es lo verdadero. Libertad completa. Un mundo nuevo y estupendo. Después de haber pasado diez minutos en EVA, todo lo demás no tiene ni comparación.

—Fue algo realmente excitante.

—Más que eso. Es vida. El estar en el suelo es un fastidio. Ahora, hasta el volar en un avión es un aburrimiento. Aquí es donde está la diversión..., ahí fuera, en órbita, y también en la Luna. Es casi tan cerca del cielo como cualquiera podría haber soñado.

—¿Estás hablando en *serio*?

—Por completo. Hasta he estado pensando en pedirle a Murdock que me transfiriera a la NASA. Las misiones de la fuerza Aérea no incluyen la Luna, y a mí me gustaría caminar por el nuevo mundo, ver los paisajes.

—Me temo que no soy tan entusiasta —le dijo ella, sonriéndole.

—Bueno, piénsalo por un momento. Aquí arriba, eres libre. Realmente libre por primera vez en tu vida. Todas las leyes, reglas y prejuicios que te han estado metiendo en la cabeza durante toda tu vida..., todos están allá abajo. Aquí arriba es

como un principio nuevo. Puedes ser tú misma y hacer tus propias cosas... y nadie puede decirte que lo hagas de otro nodo.

—Mientras alguien te proporcione aire y comida y agua y...

—Ése es el extremo físico de la cuestión, claro. Vivimos en microcosmos, por cortesía de la industria aeroespacial y de la Comisión Científica de las Fuerzas Aéreas. Pero no hay nada que nos ate. Aquí arriba, los jefazos no pueden hacernos seguir sus reglas. Las reglas las escribimos nosotros mismos... Por primera vez desde 1776, estamos redactando nuestras propias reglas.

Ahora, Linda parecía pensativa. Kinsman no sabía si es que se sentía realmente impresionada por sus pensamientos, si sabía adonde quería ir a parar. Se volvió hacia el panel de control y volvió a estudiar el plan de vuelo de la misión. Había considerado cuidadosamente todas las oportunidades, hasta dejarlas reducidas a dos. *Las dos mañana, sobre Océano Índico. De cuarenta a cincuenta minutos entre las estaciones de Tierra y con Jill dormida en ambas ocasiones.*

—AF-9, aquí Kodiak.

Extendió la mano hacia el conmutador de radio.

—Aquí AF-9, Kodiak. Adelante.

—Estamos recibiendo alto y fuerte su transmisión automática de información.

—Roger, Kodiak. Aquí, todo normal. El marco de la misión sigue sin cambiar.

—Muy bien, Nueve. No tenemos nada nuevo para ti. ¡Oh, espera...! Chet, Lew Regneson está aquí y dice que apuesta por ti para que mantengas el honor de la Fuerza Aérea. Mantenlos volando.

Conservando la expresión de su rostro lo más imperturbable posible, Kinsman contestó:

—Roger, Kodiak. El marco de la misión sigue sin cambiar.

—¡Buena suerte!

La expresión pensativa de Linda se había hecho más profunda.

—¿A qué venía todo eso? —preguntó.

Él miró directamente aquellos fríos ojos azules y contestó:

—Que me cuelguen si lo sé. Regneson pertenece al equipo de astronautas, y está asignado a Kodiak desde hace seis semanas. Debe sentirse helado. Pensé que era mejor seguirle la broma.

—Ya entiendo.

Pero no parecía estar muy convencida.

—¿Has comprobado algunas de tus fotos en el proyector?

—No —contestó Linda, sacudiendo la cabeza—. No quiero arriesgarlas en vuestro equipo automático. Las revelaré yo misma cuando regresemos.

—Es un equipo excelente —dijo Kinsman.

—Yo soy muy exigente.

Kinsman se encogió de hombros y dejó pasar la observación.

—¿Chet?

—¿Qué hay?

—Esa vaina energética..., ¿para qué es? El coronel Murdock se puso terriblemente desconcertado cuando se lo pregunté.

—Se supone que no debe saberlo nadie hasta que se haga el anuncio en Washington..., probablemente cuando regresemos. No te lo puedo decir oficialmente —sonrió, con sorna—, pero en fuentes generalmente bien informadas se cree que va a proporcionar energía a un equipo de radar que será puesto en órbita el mes que viene. El radar formará parte de nuestro sistema de prevención MAB.

—¿Misiles Anti-Balísticos?

Kinsman hizo un gesto de asentimiento y explicó:

—Desde la órbita se pueden detectar los lanzamientos de misiles mucho antes, lo que proporciona un mayor tiempo de advertencia a los Estados Unidos.

—Así que tu mundo nuevo también está envuelto en la guerra.

—Algo así —admitió Kinsman, frunciendo el ceño—. Los radares no matarán a nadie, desde luego. Pero pueden salvar vidas.

—Pero éste es un satélite militar.

—Desarmado. Hay dos cosas que este nuevo mundo no conoce aún: la muerte y el amor.

—Han muerto hombres...

—No en órbita. En el viaje de reentrada. En tierra, o en accidentes aéreos. Pero aquí no ha muerto nadie. Y tampoco nadié ha hecho el amor.

A Kinsman le pareció que ella sonreía, a pesar de sí misma.

—¿Ha habido alguna posibilidad?

—Bueno, los rusos han tenido cosmonautas mujeres. Jill sido la primera mujer norteamericana en ser puesta en órbita. Tú eres la segunda.

Linda se quedó pensando un momento.

—Esto no es exactamente la suite nupcial del Waldorf... realidad, he visto habitaciones de motel mejores que esto lo largo de la autopista de Jersey.

—¡Los pioneros siempre tienen que desbastar!

—Yo soy una fotógrafa, Chet, no una pionera.

Kinsman se alzó de hombros y extendió las manos, en un gesto de desamparo, haciendo un movimiento que le obligó sacudirse ligeramente en la silla.

—Golpe tres. Estoy fuera.

—Mejor suerte para la próxima vez.

—Gracias.

Volvió su atención hacia el plan de vuelo de la misión. *La próxima vez será exactamente dentro de dieciséis horas, monada.*

Cuando Jill salió del dormitorio, le tocó a Linda el turno de dormir. Kinsman permaneció en el panel de control, sorbiendo de un recipiente de café caliente. Todas las luces del panel eran verdes. Jill estaba obteniendo una muestra de sangre de uno de los ratones blancos.

—¿Qué tal están?

—Estupendamente —contestó ella, sin levantar la mirada—. Se han adaptado maravillosamente a la ingravidez. El nivel de calcio es equilibrado, el tono muscular es bueno...

—Entonces, ¿hay esperanzas para los tipos de dos patas como nosotros?

Jill volvió a colocar al ratón en la entrada de la colonia y cerró la abertura. El animal atravesó rápidamente la entrada para reunirse con su clan, en el transparente rompecabezas plástico de los túneles.

—No veo ninguna razón física por la que los humanos no puedan vivir indefinidamente en órbita —contestó ella.

Kinsman captó una ligera pero clara tensión en la palabra física.

—¿Crees que puede haber problemas emocionales a largo plazo?

—Chet, puedo ver problemas emocionales en una misión de tres días —dijo Jill, introduciendo la muestra de sangre en un tubo de ensayo herméticamente cerrado.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos —dijo ella, con una expresión que era mezcla de desilusión y disgusto—. Es evidente lo que estás tratando de hacer. Cada vez que está ella a la vista, se te mueve la cola como la de un perrito.

—No has estado durmiendo mucho, ¿verdad?

—No he estado escuchando, si es eso lo que quieres dar a entender. Sólo he estado observando cómo la mirabas. Y algunos de los mensajes procedentes de Tierra... ¿Está toda la Fuerza Aérea en esto? ¿Cuánto dinero se está apostando?

—No tengo relación con ninguna clase de apuestas. Yo sólo...

—Sólo estás corriendo el riesgo de echar a perder esta misión y quizá de matarnos a los tres, simplemente para demostrar que tú eres Tarzán y ella es Jane.

—Maldita sea, Jill, ahora hablas como si fueras Murdock.

La expresión agria de su rostro se hizo ahora más profunda.

—Está bien. Eres un gran chico. Si quieres jugar a ser Tarzán mientras estás de servicio, es asunto tuyo. No me interpondré en tu camino. Me tomaré una píldora para dormir y me quedaré en el saco.

—¿Lo harás?

—Así es. Podrás tener a tu muñequita rubia, y buena suerte. Pero te voy a decir una cosa... Es una farsante. He estado hablando con ella el tiempo suficiente como para darme cuenta de eso. Tú estás tratando de utilizarla, pero ella también nos está utilizando a nosotros. Mientras tú estabas durmiendo, trató de sonsacarme sobre la vaina energética. Ella está aquí por razones propias, Chet, y si juega contigo, ten seguro que no será por el romanticismo y la aventura.

Dios Todopoderoso, ¡Jill está celosa!

El ambiente estaba tenso y tranquilo cuando Linda regresó, procedente del dormitorio. Los tres trabajaron por separado: Jill mimando la colonia de algas situada en la estantería, sobre el banco de biología; Kinsman sacando metódicamente la

película de las cámaras de observación, para su envío a la Tierra, y recargándolas; Linda haciéndoles fotos a ambos, con eficacia.

Control de Tierra llamó para preguntar cómo iban las cosas. Tanto Jill como Linda lanzaron agudas miradas hacia Kinsman, quien se limitó a contestar:

—Seguimos el esquema de la misión. Todos los sistemas en verde.

Compartieron una comida de pastas y tubos, manteniéndose en silencio durante la mayor parte del tiempo y entonces le tocó a Kinsman el turno de dormir. Pero no lo hizo sin-comprobar antes el plan de vuelo de la misión. *Jill será la siguiente y después estaremos cuatro horas solos, incluyendo \n trozo sobre el Océano Indico.*

Cuando le tocó el turno a Jill, Kinsman llamó inmediatamente a Linda, pidiéndole que se acercara al panel de control, con el pretexto de enseñarle la imagen de radar de un satélite ruso.

—Nos estamos acercando ahora.

Estaban el uno al lado del otro, junto al panel, mirando la pantalla de radar, de un brillo naranja, lo bastante cerca como para que Kinsman percibiera un matiz de perfume muy femenino.

—Sólo está a mil kilómetros de distancia.

—¿Por qué no hacéis parpadear las luces cuando pasan?

—No va tripulado.

—¡Oh!

—Aquí arriba es un poco como en la Primera Guerra Mundial —dijo Kinsman, incorporándose—. El simple hecho de estar aquí es más importante que la nación a la que se pertenece.

—¿Y los rusos también piensan de ese modo?

—Creo que sí —contestó él, asintiendo con un gesto.

Ella permaneció frente a él, tan cerca que casi se tocaban.

—¿Sabes? —dijo Kinsman—. La primera vez que te vi en la base, pensé que eras una modelo fotográfica... y no la verdadera fotógrafa.

Separándose ligeramente de él, contestó:

—Empecé como modelo... —y su voz se desvaneció.

—No te detengas. ¿Qué ibas a decir?

Kinsman se dio cuenta de que en ella algo había cambiado. Mantenía una actitud fríamente amistosa, pero ahora estaba alerta, cautelosa..., ¿enfadada? Encogiéndose de hombros, Linda dijo:

—El ser modelo es un callejón sin salida. Finalmente, llegué a la conclusión de que había mucho más futuro estando al otro lado de la cámara.

—Tienes demasiada inteligencia para ser modelo.

—No me halagues.

—¿Y por qué diablos voy a halagarte?

—No estamos en la Tierra.

—Touché.

Ella se alejó hacia la cocina. Kinsman la siguió.

—¿Cuánto tiempo hace que estás al otro lado de la cámara?

—Se supone que debo ser yo quien consiga la historia de tu vida, y no *viceversa* —le dijo, volviéndose hacia él.

—Está bien... Hazme algunas preguntas.

—¿Cuánta gente sabe que se supone que tú has de tener relaciones conmigo aquí?

Kinsman sintió la sonrisa en su rostro, como una acción automática de enmascaramiento. ¡*Qué diablos!*, pensó. En voz alta, replicó:

—No lo sé. Todo empezó como una pequeña broma entre unos pocos de los chicos..., al parecer, se ha corrido la voz.

—¿Y cuánto dinero esperas ganar o perder? —preguntó ella, sin sonreír.

—¿Dinero? —Kinsman se sintió realmente sorprendido—. El dinero no forma parte de esto.

—¿De veras?

—No, al menos conmigo —insistió.

La tensión del cuerpo de Linda pareció relajarse un poco.

—Entonces, ¿por qué...? Quiero decir..., ¿a qué viene todo esto?

Kinsman volvió a exteriorizar su sonrisa y tomó impulso hacia la silla más próxima, sentándose.

—¿Por qué no? Eres endiabladamente bonita, ninguno de los dos tiene lazo alguno, nadie lo ha intentado antes en gravedad cero... ¿Por qué no lo vamos a hacer?

—¿Pero por qué iba a hacerlo yo?

—Ésa es la gran cuestión. Eso es lo que lo convierte todo en una aventura.

Ella le miró pensativamente, reclinando su alta estructura contra los paneles de la cocina.

—¿Así de simple? Una aventura. ¿No hay nada más que eso?

—Depende —contestó Kinsman—. Es difícil decirlo antes de tiempo.

—Vives en un mundo muy simple, Chet.

—Trato de hacerlo. ¿Tú no?

—No —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Mi mundo es muy complejo.

—Pero incluye el sexo.

Ahora ella sonrió, pero no había ningún placer en su sonrisa.

—¿Tú crees?

—¿Quieres decir que nunca...? —la voz de Kinsman parecía incrédula, incluso para sí mismo.

Ella no contestó.

—¿Nunca? No me lo puedo creer...

—No —dijo ella—, nunca por... por una aventura. Por seguridad en el trabajo, sí. Por lograr las misiones buenas, por lograr que me enseñaran a manejar una cámara, en primer lugar. Pero nunca por diversión..., al menos, hace mucho, muchísimo

tiempo que no ha sido por diversión.

Kinsman miró aquellos helados ojos azules y vio que estaban completamente secos y que le observaban directamente a él. Notó una sensación extraña en su interior. Extendió una mano hacia ella, pero Linda no movió un solo músculo.

—Eso..., eso es una forma de vivir condenadamente sola —dijo.

—Sí, lo es —admitió con un tono de voz tan cortante como la hoja de un cuchillo, sin el menor rastro de autocompasión.

—Pero..., ¿cómo ocurrió? ¿Por qué...?

Ella apoyó la cabeza contra los paneles de la cocina, apartando los ojos, como si mirara hacia el pasado.

—Tuve una hija. Él no la quiso. Tuve que desprenderme de ella, para que la adoptaran... O hacía eso, o abortaba. Ahora debe tener cinco años... No sé dónde está —se enderezó y volvió a mirar a Kinsman—. Pero descubrí que el sexo sirve para hacer niños o para hacer carreras, no para divertirse.

Kinsman permaneció sentado, con la sensación de haber recibido un golpe bajo. El único sonido que se escuchaba en la cabina era el débil zumbido de la maquinaria eléctrica, el susurro de los acondicionadores de aire.

—Quisiera que pudieras verte la cara —dijo finalmente Linda, con una sonrisa burlona—. Tarzán, el Hombre Mono, tratando de descubrir un reactor nuclear.

—El único problema con gravedad cero —murmuró él—, es que no puede uno ahorcarse.

Según le pareció a Kinsman, Jill notó que algo andaba mal. Desde el momento en que salió del saco, pareció husmear, lanzando miradas enigmáticas. Finalmente, cuando Linda se retiró para pasar su último período de descanso antes del regreso, Jill le preguntó:

—¿Qué tal os va a los dos?

—Muy bien.

—¿De veras?

—De veras. Vamos a abrir aquí un «Club Playboy». ¿Quieres ser un conejito?

—De ésos ya tienes bastantes —contestó ella, arrugando la nariz.

Los dos trabajaron en tareas separadas, en silencio, durante más de una hora. Kinsman estaba concentrado en volver a calibrar el mapa de radar, cuando Jill le alcanzó un recipiente con café caliente.

Él se volvió en la silla. Jill estaba a su lado. No era mucho más alta que su estatura sentado.

—Gracias.

La expresión del rostro de Jill era muy seria.

—Algo te está preocupando, Chet. ¿Qué te ha hecho ella?

—Nada.

—¿De veras?

—¡Por el amor de Dios, no vuelvas a empezar con eso! No ha ocurrido nada,

absolutamente nada. Quizá sea eso lo que me está preocupando,

—No —dijo ella, sacudiendo la cabeza—, tú estás preocupado por algo y no se refiere a ti mismo.

—No seas tan terriblemente dramática, Jill.

Ella le puso una mano sobre el hombro.

—Chet... Sé que todo esto no es más que un juego para ti, pero la gente no puede quedar herida con esta clase de juego y... bien..., no hay en la vida nada que sea tan bueno como una espera que sea.

Levantando la mirada hacia sus ojos, que le observaban intensamente, Kinsman sintió cómo se desvanecía su irritación.

—Está bien, muchacha. Gracias por la filosofía. Sin embargo, ya soy un chico grandecito y sé muy bien de qué va todo...

—Crees saberlo.

—Está bien —admitió, encogiéndose de hombros—. Creo saberlo. Quizá no haya nada tan bueno como debería ser, pero «un hombre es inocente hasta que se demuestre su culpabilidad, y todo lo que es nuevo es tan bueno como el oro hasta que se descubre alguna mancha. ¡Esa es mi filosofía por el momento!

—Muy bien, haragán —dijo Jill, sonriendo tristemente—, Ya puedes ser el Hombre Mono, si quieres. Combátelo tú mismo. Pero no quiero ver que ella te haga daño.

—No me voy a hacer ningún daño.

—En eso confías —dijo Jill—. Muy bien, si puedo hacer algo...

—Sí, hay algo.

—¿Qué?

—Cuando vuelvas a dormirte, asegúrate de que Linda te ve tomar una pastilla para dormir. ¿Querrás hacerlo?

El rostro de Jill se quedó sin expresión.

—Claro —contestó monótonamente—. Cualquier cosa por un compañero oficial.

Unas horas después, representó todo un espectáculo para tomarse una pastilla para dormir, con el propósito de descansar muy bien su último período antes de que se produjera el regreso. A Kinsman le pareció que Jill lo hacía deliberadamente con demasiado descaro

—¿Siempre tomáis somníferos en el último período de descanso? —preguntó Linda, una vez que Jill se hubo metido en el dormitorio.

—Debemos estar completamente alerta y descansados —replicó Kinsman— para el vuelo de regreso. La reentrada es la parte más compleja de toda la operación.

—¡Oh! Entiendo.

—Sin embargo, no hay nada de qué preocuparse —añadió Kinsman.

Se dirigió hacia el panel de control y se ocupó de las tareas exigidas por el desarrollo de la misión. Linda permaneció ligeramente sentada en la silla más próxima, al alcance de su brazo. Kinsman habló brevemente con la estación Kodiak,

según el programa, e hizo una anotación en el cuaderno.

Tres estaciones terrestres más y estaremos sobre el Océano Indico, con espacio y tiempo suficientes.

Pero no levantó la cabeza del panel de control; comprobó el funcionamiento de cada uno de los sistemas a bordo del laboratorio, haciendo oscilar sus dedos sobre los botones de control, dirigiendo la mirada hacia las luces rojas, ámbar y verdes que le indicaban cómo estaba funcionando la maquinaria mecánica y eléctrica del laboratorio.

—¿Chet?

—Sí.

—¿Estás... resentido conmigo?

—No —contestó, sin mirarla—, estoy ocupado. ¿Por qué iba a estar resentido contigo?

—Bueno, quizá no resentido, pero...

—¿Extrañado?

—Extrañado, herido, algo así.

Marcó una entrada en el teclado de la computadora, a su lado. Después, se volvió hacia ella.

—Linda, en realidad no he tenido tiempo para averiguar lo que siento. Eres una mujer complicada, quizá demasiado complicada para mí. La vida ya tiene suficientes complicaciones en sí misma.

La boca de ella se abrió un poco.

—Por otra parte —añadió él—, nosotros, los norteamericanos de origen, debemos permanecer juntos. No quedamos muchos.

Eso hizo que ella sonriera débilmente.

—Yo no soy norteamericana de origen. Mi verdadero nombre es Szimanski... Me lo cambié cuando empecé a trabajar de modelo.

—¡Oh! Ésa es otra complicación.

Ella estaba a punto de contestar cuando sonó el altavoz de la radio.

—AF-9, aquí Cheyenne. Cheyenne a AF-9.

Kinsman se inclinó sobre el panel y apretó el conmutador del transmisor.

—AF-9 a Cheyenne. Os oigo débilmente, pero sin interferencias.

—Roger, Nueve. Te estamos recibiendo teleméricamente. Desde aquí, todos los sistemas están verdes.

—La comprobación manual de los sistemas también es verde —dijo Kinsman—. El programa de la misión se desarrolla perfectamente. Sin desviaciones. Aproximadamente el noventa por ciento de las tareas ya están cumplidas.

—Roger. Control de Tierra sugiere que empieces a comprobar la nave espacial a partir de la siguiente órbita. El regreso está previsto para dentro de diez horas.

—De acuerdo. Lo haremos.

—Muy bien, Chet. Todo parece bien desde aquí. ¿Alguna otra cosa que informar,

viejo Padre Creador?

—Métete en tus propios asuntos —replicó, apagando el transmisor.

Linda le estaba sonriendo.

—¿Qué hay de divertido en eso? —preguntó Kinsman.

—Tú. Te estás volviendo muy susceptible con todo esto.

—Seguramente, esto va a seguir siendo susceptible durante mucho tiempo. Esos tipos van a ir detrás de mí durante años por esto.

—Siempre puedes contarles mentiras.

—¿Sobre ti? No, no creo que pueda hacerlo. Si la mujer fuese anónima, sería otra cosa. Pero todos ellos te conocen, saben dónde trabajas...

—Eres un oficial muy galante. Supongo que esa clase de rumor llegaría hasta Nueva York.

—Hasta podrías convertirlo en titular de la primera página del *National Enquirer* —bromeó Kinsman, sonriendo burlescamente.

Ella se echó a reír.

—Apostaría a que publicarían alguna de mis viejas fotografías en bikini.

—Ten cuidado ahora —dijo Kinsman, extendiendo hacia ella una mano, en señal de advertencia—. No agites mi imaginación más de lo que está. Ahora mismo lo estoy pasando muy mal por ser galante.

Permanecieron aparte, en silencio, con Kinsman sentado ante el panel de control, mientras Linda se deslizaba hacia la cocina, llegando casi a tocar la cortina que les separaba el dormitorio.

El centro de control terrestre llamó y Kinsman dio un breve informe. Cuando volvió a mirar hacia Linda, ella estaba sentada frente a la portilla de observación, al otro lado del pasillo. Mirando a Kinsman, la expresión de su rostro parecía ahora preocupada, y sus ojos..., no estaba muy seguro de lo que veía en sus ojos. Parecían diferentes: ya no eran fríos, y tampoco calculadores; parecían despiertos, preocupados, casi asustados.

Kinsman permaneció en silencio. Comprobó y volvió a comprobar el tablero de control, asegurándose absolutamente de que cada válvula y cada transistor de a bordo estaba funcionando a la perfección. Miró su reloj: *Faltan cinco minutos para que llame Ascensión*. Volvió a comprobar el estado del panel iluminado.

Ascensión llamó exactamente en el momento previsto. Notando cómo aumentaba la tensión en su interior, Kinsman dio su informe habitual de un modo deliberadamente tranquilo y mecánico. Ascensión se despidió.

Echando una última y larga mirada a los controles, Kinsman se elevó de la silla con un impulso y se balanceó hacia Linda, tocando ligeramente con las manos los manillares situados a lo largo de las estanterías.

—Has estado terriblemente quieta —le dijo, permaneciendo sobre ella.

—He estado pensando en lo que dijiste hace un rato —¿qué había en sus ojos? ¿Esperanza? ¿Temor?—. Ha... ha sido una vida condenadamente Solitaria, Chet.

El la tomó por el brazo y la levantó suavemente de la silla, hacia sí, besándola.

—Pero...

—Está bien —susurró él—. Nadie nos molestará. Nadie lo sabrá.

Ella sacudió la cabeza.

—Las cosas no son así de fáciles, Chet. No son tan simples.

—¿Por qué no? Estamos aquí juntos... ¿qué hay de complicado?

—Pero..., ¿no hay algo que te molesta? Estás flotando como en un sueño. Estás rodeado por máquinas de guerra, estás viviendo cada minuto con el peligro. Si falla una bomba o cae un meteorito...

—¿Crees que se está más seguro allá abajo?

—Pero la vida es compleja, Chet. Y el amor..., bueno, hay en él algo más que simple diversión.

—Pues claro que lo hay. Pero también existe para ser disfrutado. ¿Qué hay de malo en aprovechar una oportunidad cuando se presenta? ¿Qué puede haber tan condenadamente complicado o importante? Estamos por encima de las preocupaciones y angustias de la Tierra. Quizá sea sólo durante unas pocas horas, pero se trata de un aquí y un ahora, de nosotros. Ellos no pueden tocarnos, no pueden obligarnos a hacer nada, ni impedir que hagamos lo que deseamos hacer. Dependemos de nosotros mismos. ¿Comprendes? Dependemos completamente de nosotros mismos.

Ella asintió con un gesto. Seguía teniendo los ojos muy abiertos, con la mirada de un animal asustado. Pero sus manos se deslizaron alrededor de él y juntos se desplazaron hacia el panel de control. Sin decir nada, Kinsman apagó las luces que brillaban sobre ellos, de modo que todo lo que vieron fue el brillo del panel de control y el parpadeo de la computadora, mientras ésta murmuraba para sí misma.

Ahora estaban en su propio mundo, en su cosmos privado, flotando libremente, con suavidad, en la oscuridad. Tocándose desplazándose, uniéndose, buscando los nuevos mares y continentes, exploraron su mundo.

Jill permaneció en la hamaca hasta que Linda entró en el dormitorio, tranquilamente, para ver si ya se había despertado. Kinsman estaba sentado ante el panel de control, sintiéndose no cansado, pero sí extrañamente entumecido.

El resto del vuelo fue de estricta rutina. Jill y Kinsman hicieron sus trabajos, hablaron el uno con el otro cuando tuvieron que hacerlo. Linda descabezó un breve sueño, y después regresó para hacer unas últimas fotografías. Finalmente, se introdujeron de nuevo en la nave espacial, la desacoplaron del laboratorio, e iniciaron el largo vuelo de regreso a la Tierra.

Kinsman echó un último vistazo a la majestuosa belleza del planeta, sereno e incomparable entre las estrellas, antes de tocar el botón que deslizaba sobre su portilla de visión la tapa protectora contra el calor. Después, sintieron la agitación del

impulso del cohete y penetraron en la atmósfera, sabiendo que el aire caliente, más allá de toda posibilidad de supervivencia, les rodeaba como una garra feroz, convirtiendo su diminuta nave en una estrella llameante que caía. Presionado contra su asiento a causa de la aceleración, Kinsman dejó que los controles automáticos le dirigieran a través del proceso de reentrada, a través del calor y de la golpeante turbulencia, bajando a una altura en la que su excelente nave pudiera volar como un avión-cohete.

Se hizo cargo del control y dirigió la nave hacia la base de la Fuerza Aérea, en Patrick, hacia el mundo de los hombres, del tiempo meteorológico, de las ciudades, de las jerarquías y las regulaciones oficiales. Lo hizo solo, en silencio; no necesitaba la ayuda de Jill, ni la de nadie. Dirigía la nave desde el interior de su traje presurizado herméticamente cerrado, frunciendo el ceño a través del visor de su casco ante las luces que se iban encendiendo en el panel.

Automáticamente, comprobó con el control de Tierra y recibió permiso para subir la pantalla protectora contra el calor. La portilla de visión le permitió contemplar un espacio nubes oscuras extendiéndose desde el mar, sobre la playa, metiéndose tierra adentro. Ahora, sus audífonos estaban vivos con las voces de otros hombres: condiciones del viento, comprobaciones de altura, estimaciones de velocidad. Sabía, aunque no podía verlos, que dos aviones a reacción viajaban tras él, con sus cámaras enfocadas sobre la nave espacial que acababa de regresar. *Para proporcionar pruebas en caso de accidente.*

Se metieron entre las nubes y una oleada de neblina gris cubrió la portilla de visión. Los ojos de Kinsman se pegaron a la pantalla de radar, situada ligeramente a su derecha. La nave se estremeció brevemente y después terminaron de atravesar la capa de nubes y pudo ver la larga cinta negra de la pista, extendiéndose ante él. Tiró ligeramente de los controles, con las manos y los pies actuando instintivamente, volaron por encima de una extensión de vegetación baja y después dirigió la nave hacia la pista. Los patines de aterrizaje hicieron contacto, pegando un salto momentáneo, y después volvieron a tomar el suelo con un chillido rechinante. Se deslizaron durante más de un kilómetro y medio antes de detenerse.

Se reclinó después contra el asiento y sintió su cuerpo bañado en sudor.

—Buen aterrizaje —dijo Jill.

—Gracias.

Apagó todos los sistemas de la nave, moviendo las manos automáticamente, en respuesta a un largo proceso de entrenamiento. Después, levantó la visera de su casco, se levantó y abrió la escotilla.

—El viaje ha terminado —dijo, con voz cansada—. Todo el mundo fuera.

Subió, saliendo por la escotilla, notando su propio peso con una repentina sensación de resentimiento, y después ayudó a Linda y finalmente a Jill a salir de la nave. Descendieron a la superficie negra de la pista. Dos camiones, una ambulancia y dos vehículos contra incendios rodaban hacia ellos desde sus estacionamientos, al

final de la pista, a casi un kilómetro de distancia.

Lentamente, Kinsman se quitó el casco. El calor de Florida y la humedad le molestaban ahora. Jill anduvo unos pasos, separándose de él, dirigiéndose hacia los vehículos que se aproximaban.

Él avanzó hacia Linda. Ella también se había quitado el casco y llevaba una bolsa llena de película filmada.

—He estado pensando —le dijo a ella—. Ese asunto sobre el llevar una vida solitaria..., ya sabes. No eres la única. Y no tiene por qué ser de ese modo. Puedo ir a Nueva York en cuanto...

—¿Quién se está tomando ahora las cosas con seriedad?

El rostro de Linda volvía a tener una expresión tranquila, fría, a pesar del calor reinante.

—Pero yo quiero decir...

—Escucha, Chet. Cada uno de nosotros ha tenido sus reacciones. Ahora, puedes contárselas a tus amigos, y yo se las podré contar a los míos. Con eso, cada uno de nosotros recorrerá una gran distancia. Ayudará a nuestras respectivas carreras.

—Nunca tuve la intención de... Yo no...

Pero ella ya se apartaba de él, echando a caminar hacia los hombres que corrían hacia ellos, procedentes de los camiones. Uno de ellos, un civil, llevaba una cámara en sus manos. Se detuvo, puso una rodilla en tierra y tomó una fotografía de Linda con la bolsa de película extendida en una mano y una amplia sonrisa en su rostro.

Kinsman permaneció allí, con la boca abierta.

Jill regresó hacia donde él estaba.

—¿Y bien? ¿Conseguiste lo que ibas buscando?

—No —contestó él, con lentitud—. Creo que no.

Ella empezó a extender una mano hacia él y dijo:

—Nunca lo conseguimos, ¿verdad?

MISS OMEGA CUERVO

NAOMI MITCHISON

Naomi Mitchison tiene una buena reputación entre los escritores de ciencia ficción como autora de la novela *Memorias de una mujer del espacio*, que no tardará en publicarse en este país; mientras tanto, he aquí una incisiva y brevísima historia sobre un experimento destinado a aumentar la inteligencia de un grupo de cuervos. En una narración muy corta, Lady Mitchison se las arregla para decir mucho sobre la naturaleza y las costumbres del intelecto.

Los otros siempre eran rápidos, siempre los primeros. ¿Era por lo que nos hicieron cuando éramos jóvenes, cuando nos sacaron de nuestros nidos antes de que nuestras plumas fueran poco más que cañones y nos alimentaron con esa otra comida y nos hicieron dormir, y nos pusieron los pequeños hilos en nuestras cabezas, de modo que podíamos mirar hacia atrás y hacia adelante? Nos convertimos en algo diferente. Y, sin embargo, creo que yo me convertí en la más diferente de todos. Sabíamos lo que teníamos delante y cómo conseguirlo. Nosotros sabíamos, no en las profundidades, allí donde no existe la menor posibilidad de conocer en nuestros cuellos y alas los movimientos del vuelo de apareamiento, cuando todo es Ahora. No, eso no. Sabíamos con las partes de nosotros mismos capaces de elegir. Ellos le llamaban pensamiento, recuerdos, mirar hacia adelante. Yo fui la última en ser incubada, húmeda y floja, con mi pico produciendo chillidos, con los trozos del cascarón aún adheridos a mí. No había visto a mi madre. Abrí los ojos y le vi a él, al Dios-hombre, con la comida especial. Él se convirtió en ella. Tuve que seguirle, hacer lo que él hacía, convertirme en algo suyo. ¿De qué otro modo? Y, sin embargo, aún cambié mucho más precisamente a causa de eso. Pero ellos nos hicieron recorrer un largo camino en la oscuridad, en una caja, y nos hicieron volar. Para entonces, nuestras alas ya habían crecido. Sentíamos una necesidad, pero no sabíamos de qué se trataba.

Cuando volamos, nos encontramos en un lugar diferente, con paisajes de rocas y árboles, pero nada de paredes construidas. Sin embargo, en nuestro interior, lo sabíamos. Sabíamos las formas en que íbamos a vivir. La comida. Y estaban los compañeros. ¡Oh! Maravillosos; con la parte profunda que no tiene elección, yo sabía que ésa era mi necesidad. Tengo que conseguir uno. Tengo que conseguir el más hermoso, el mejor, con sus brillantes plumas oscuras, con el brillo en los ojos.

Tenemos que bailar juntos en el aire. Para eso es para lo que están hechas las alas. Nos olvidamos de los humanos que nos habían criado; nos olvidamos de mirar hacia adelante y hacia atrás. Pero quizá yo no me olvidé del todo. Quizá fue eso lo que salió mal.

No salté inmediatamente al aire, canturreando y rebosante, para perseguir al mejor de los pájaros, al cuervo de los cuervos, a Alfa Corax. Mis crestas emplumadas eran lentas en ponerse en erección como signo de bienvenida que le hubiera atraído, sí, para colocar su cuello sobre el mío. Otras lo hicieron, mis odiadas hermanas, saltando con los picos enhiestos, agitadas, cortejando, gritando. Y los compañeros respondieron, contestando con las mismas notas de amor, las mismas erecciones y relajaciones, de modo que las plumas se levantaron y los picos golpearon secamente. Ya estaba muy claro quién era el mejor, quién podía vencer a quién, aunque eso apenas si había quedado claro para nosotras, pajaritas hembras. (Incluso durante el baile de cortejamiento cuando el aire parecía permitirnos flotar, dándonos la bienvenida, invitándonos a enormes alturas de gloria, desde las que una podía zambullirse rápidamente, con el aire resonando en las plumas, o incluso cuando el compañero, volviéndose sobre su espalda, invitaba con sus aleteantes y extendidas alas, pero advertía con su pico y sus garras.) Una tras otra, las parejas empezaron a remontar el vuelo. Pero yo... ¿Yo? ¡Claro que no podía quedarme fuera! Pero lo estaba. Para mí y para otra, no había compañero. Había dos más de nosotras que de ellos. O quizá dos de ellos habían muerto mientras crecían. Ella, la otra que se quedó sin compañero, era incluso más odiosa que las esposas. Cada una de ellas había tomado el rango de su esposo y lo mantendría durante toda la vida. Nosotros, los cuervos, nos apareamos para siempre con nuestro propio compañero.

De este modo, cada cual aceptaba y daba órdenes, cada cual picoteaba como castigo y era picoteado; sucedía lo mismo con los esposos. Únicamente el más hermoso, el más valiente, el mejor cuervo de todos, Alfa Corax, daba órdenes. Nadie le picoteaba a él. Él dirigía a la bandada para descansar o para cazar. Él vigilaba y advertía en caso de que aparecieran enemigos, y a veces atacaba. Su pico era el más agudo.

Pero yo era la más baja de entre las bajas. Ella —la otra que se había quedado sin compañero— me picoteaba y yo tenía que aceptarlo, alejándome de la comida, no replicando a los picotazos. Todo eso estaba en mi parte más profunda. No podía evitar el ser como era. No había otra elección. Pero también me sentía enojada y ese enojo estaba en la otra parte de mí, impulsándome a planear. Esa parte de mí pensó en un futuro en el que yo no sería picoteada. Sabía que me estaba haciendo fea. Las plumas se me caían. Estaba delgada, porque siempre recibía la peor parte, ya fuera de carne, de huevos o de grano y nueces, lo que era más raro. No resultaba extraño que me picotearan y yo no tuviera a nadie a quien picotear. ¿Acaso el Dios-hombre me había hecho así? De haberme hecho algo más, no podría haberme planteado la pregunta que me estaba haciendo.

Así pues, continuaron las cosas. El más hermoso vigilaba y nos conducía hacia la comida; y lo mismo hacía su esposa. Ella veía con los ojos de él. Ella también dirigía el vuelo en el que yo era la última. Y yo sabía dos cosas opuestas: en lo más profundo de mí, que eso era como era, pero en la parte exterior, en la parte de cambio y de elección, que esto no era para siempre y que algún día habría una oportunidad y un plan. Pero las oportunidades no aparecían. Los compañeros hicieron los nidos, hermosos, envidiables, con ramitas y hierbas y tierra y pequeños palitos, ordenados deliciosamente, con el interior forrado de hierbas y plumas suaves, preparados para recibir los huevos. En una ocasión, intenté sentarme en un nido, ¡pero con qué dolor y enojo me echaron de allí! Traté de unirme a ellos en los vuelos, traté de elevar mi cresta y atraer a cada uno de los machos, pero no despertaba nada en ninguno de ellos, pues sólo tenían una imagen constante en sus mentes. Ellas también habían estado en manos del Dios-hombre, pero ahora se habían olvidado. Yo, al estar sola, no podía olvidar.

Empezaron entonces a abrirse los huevos y los jóvenes salieron con el tremendo instinto y la necesidad de ser alimentados. Los demás me miraban, sabiendo lo que me había perdido. Fui yo quien descubrió el cordero muerto con el que nos alimentamos en un verdadero festín. Fui yo quien vio al Dios-hombre rodeándonos, no sé con qué propósitos, aunque creí que no era malo. No fueron ellos los que me dejaron hambrienta. Ellos se hablaron los unos a los otros, o así lo supuse yo. También vi que cogían algunos de los nidos, mientras alimentaban a otros con su propia comida. Las madres se sintieron brevemente perturbadas, pero ninguno de nosotros podía sentir que los Dios-hombres fueran enemigos. Sólo eran mucho más altos que nosotros, más incluso que los Alfas; ellos podían dar órdenes. Podían picotearnos todo lo que quisieran y cualquiera de nosotros tenía que someterse, pero precisamente porque nos habían alimentado, no hicieron eso; no tenían necesidad de hacerlo. También estaba allí aquel al que vi primero al abrir los ojos. Observó mi cuerpo delgado y exhausto; había traído consigo trozos de comida, no de su propia clase, sino verdadera carne cruda. Me dio algo y yo traté de tragarla rápidamente antes de que la otra sin compañero pudiera verme y quitármelo. Sin embargo, ella se acercó y su pico negro se lanzó contra mí; volaron plumas. La parte interna y profunda de mí me estaba haciendo acobardarme y aceptarlo. Pero la parte que yo no había olvidado, la que me había mostrado el Dios-hombre, me enseñó que era carne lo que me había dado. Introdujo en mí el conocimiento de la elección. Y, al cabo de un momento, fue ella la picoteada. ¡Hice volar sus plumas! Era algo imposible y, sin embargo, sucedió.

Una vez picoteada, ella lo aceptó. Ésta era la primera lección. Para las dos. Yo la odiaba. No pude dejar de picotearla. Sólo la dejé cuando el Dios-hombre me levantó, de modo que ella pudo echar a correr y después se alejó revoloteando, con torpeza. Sentí sus manos, pensando en mí, a través del agitarse de mis alas extendidas y de la tensión de mi cuerpo. Mi pico deseaba picotear, mis garras querían desgarrar; el pico

apuntó, incapaz aún de picotearle. Él era mi madre; el ser ante quien había abierto los ojos. Él me tenía pero, de algún modo, se me ocurrió pensar que yo también le tenía a él.

Después, hubo de nuevo un festín. Una vaca había parido. Ella se alejó con el ternero, dejando sobre la hierba todo lo rojo y húmedo que había sacado. Eso era para nosotros. Pero ahora tenía a alguien a quien picotear y alejar si ella se acercaba, y la que le había picoteado antes no podía cambiar inmediatamente y empezar a picotearme a mí. Se había establecido el viejo modelo. Sin embargo, como ella también había estado con los dioses-hombres y también había sido parcialmente cambiada por ellos, de modo que tenía posibilidad de elección, empezó a darse cuenta de que yo había ocupado el lugar de la otra y también tenía miedo por si acaso yo no lo aceptaba. A veces, sus picoteos no eran muy duros. Pero yo no la atacé inmediatamente, no cuando ella estaba con su nido y con su compañero.

Las hojas de los grandes árboles nido se habían extendido, haciéndose verdes para vivir la vida de las hojas. Después, se hicieron de color marrón y terminaron por soltarse y los montones de hojas oscilaban por poco tiempo en el aire y caían y quedaban en el suelo, quietas e inútiles. Los pájaros jóvenes empezaron a volar. Pero los dioses-hombres se habían llevado uno de cada nido. Yo estaba observando, aunque las madres no siempre observaban. Ellas y sus compañeros se arremolinaron y revolotearon y gritaron inútilmente y, sin embargo, todos ellos lo sabían en las partes de sus mentes que miraban hacia adelante y hacia atrás; sabían que los dioses-hombres tenían el derecho y que de este modo era mejor para todos.

Y entonces empezaron los días fríos y todos volvimos a desparramarnos, aunque las parejas se mantuvieron en parte juntas. En invierno había menos comida y menos luz del día para encontrarla. Y yo empecé a devolverle los picotazos a la que estaba situada inmediatamente por encima de mí. Su compañero miraba indeciso, pero no era a él quien yo quería. Yo no quería a ningún compañero; era la estación errónea. Sólo quería estar arriba. A la próxima estación podría ocupar el lugar de ésta, pero eso no era suficiente. ¿Qué haría entonces?

El Dios-hombre vino. ¿Era el Dios-hombre el que estaba arriba o era posible que todos estuvieran arriba? No parecían hacerse daño los unos a los otros. Pero quizá lo hacían de alguna forma que mantenían oculta para los cuervos; ¿quién podía saberlo? No valía la pena preguntarlo, aún cuando una supiera qué o cómo preguntar. ¿Qué es preguntar? Así pasó el tiempo. Pero un día, el Dios-hombre se marchó y con él, en una caja, se marchó la esposa de Alfa Corax, el mejor cuervo. ¿Adonde se había marchado ella? No sabíamos qué pensar; sólo sabíamos que todos estábamos perturbados. Ella, con él, había dirigido las expediciones de búsqueda de comida de los cuervos. Él estaba acostumbrado a tenerla consigo. Él llamó; ella no estaba allí. Él lanzó los gritos propios del compañero; ella no contestó. Pero todas nosotras sentimos algo en la parte profunda que deseaba contestar, incluso antes de que llegara la estación del apareamiento. Hubo movimiento y pequeños ruidos. Se elevaron plumas

y se inició una procesión de posturas. Y entonces, mi propio Dios-hombre me miró y él también lanzó un grito de apareamiento y elevó los brazos, haciéndolos oscilar como alas. Él era mío. Él me había tomado del huevo y me había cambiado para que yo pudiera salir de los viejos modelos. Y entonces, de repente, fui yo quien empezó a contestar a Alfa Corax; fui yo quien estaba con él, quien había ocupado el lugar más alto. Yo era lo mismo que mi Dios-hombre, mi Dios máximo.

Ahora sería yo quien tendría a Alfa Corax, el pájaro más alto, el más hermoso, el cuervo de los cuervos. En la época del apareamiento, bailaríamos juntos en el aire y después construiríamos nuestro nido. Pero hoy, ahora, él me reconocía. Hoy, yo era Alfa. Podía picotear a la que estaba debajo de mí, y ninguna de ellas podría picotearme a mí. Me convertiría en alguien hermoso y brillante; mis plumas serían siempre suaves; picaría y tragaría los bocados más sangrantes de toda la comida; tendría el mejor nido, el más seguro, nada de tenerlo construido en el borde de las ramas.

Todo esto ocurrió. Me ocurrió a mí. Ahora, estoy apareada para siempre con Alfa Corax. Sí, al principio hubo algunas que se rebelaron, que seguían teniendo en el fondo de sus mentes que yo aún era la picoteada, la Cuervo Omega. Sí, algunas de ellas trataron de picotearme. ¡Pero cómo las picoteé yo a ellas, desparramando plumas y sangre! Porque yo recordaba la otra comida y los pequeños hilos que me convirtieron en algo más que yo misma. Recordaba al Dios-hombre que me convirtió en la máxima picoteadora, rompiendo la costumbre. Mi Dios-hombre, Dios máximo. Dios-hombre y yo.

CIELO AZUL

ALEXEI Y CORY PANSHIN

La ciencia ficción surge con todas las formas y matices, en todos los estados de ánimo y estilos. Sin embargo, esta historia puede ser algo nuevo en el campo. Podemos denominarla simbolismo; o fuerte historia de cama, o dulce de algodón experimental... Pero sea cual sea el término, me parece una historia fresca y deliciosa. Un grupo de viajeros estelares pierden el impulso de su nave, pero son rescatados por Propietario Cosa, que les presta un planeta. Lo que sigue es algo inteligente y entretenido... y, en último término, bastante serio.

Cielo Azul espera a Propietario Cosa. Tiene el más poderoso cañón que la Colonia Groombridge puede prestarle. Está sentado en una pequeña y antinaturalmente cómoda roca en el espacio.

Por encima de las ruedas del cielo. Por debajo de él, gira el planeta marrón. Y él pasa entre piedras de molino, como un mosquito en un grano de trigo.

Un día, entre Algún Lugar Importante y Algún Lugar Importante, una gruesa nave espacial, llena de vida, como una brillante pepita negra de sandía, quedó extraviada en su camino, totalmente perdida en el gran negro de la galaxia. Fue culpa del piloto, si es que se quiere culpar a alguien. Se quedó mirando las estrellas en el momento más inoportuno, aplicó erróneamente sus matemáticas, y después rizó el vuelo en un inútil intento por recuperarse.

La nave-queda a la deriva, sin energía, en un lugar donde las estrellas brillaban nerviosamente y todos los cielos eran extraños. Aquello era fantástico y, tras echar un vistazo, se bajaron las cortinas. Nadie quería mirar fuera, excepto un chico llamado Harold, que sostuvo las cortinas en sus manos y miró.

El piloto se suicidó en otro arranque de supercompensación, pero nadie se dio cuenta. Eran todos hombres muertos en su oscura nave sin energía, en aquella extraña y helada esquina del universo, pero nadie lo hubiera dicho así. Se reunieron en diversas partes de la nave y hablaron de cosas usuales.

Ahora bien, ésta no era ninguna vieja nave cualquiera. Se trataba de una gran colonia en su viaje de colonización hacia Groombridge 1618/2, un planeta condenado a ser importante. Era un lugar tan jugoso que se tenía que pagar una elevada cantidad

para recibir un trozo del pastel.

Todos los pasajeros de esta nave habían pagado. Eran hombres experimentados. Conocían las respuestas. Aquí hay uno con sombrero de copa. Triphamer y Puddleduck tenían más respuestas que cualquier otra persona a bordo. Estaban allí para las ceremonias de dedicación, dispuestos después para un rápido regreso a casa. Se movían en círculos muy elevados.

El haber quedado tan repentinamente perdidos fue tan doloroso y frustrante para Triphammer y Puddleduck como un acto sexual interrumpido. De repente, sus respuestas no eran de ninguna utilidad para ellos. ¡Oh! Eso dolía mucho.

Triphammer, Puddleduck y el Monte Rushmore eran los picachos más elevados de todos. Se reunieron en una habitación, con una vela. Triphammer paseaba frenéticamente de un lado a otro; Puddleduck hacía gestos de asentimiento en los momentos apropiados, y Monte Rushmore vislumbraba los peligros. Harold miraba hacia el universo, a través de las cortinas.

—¡Oh, perdidos! —dijo Triphammer—. ¡Es para morir de risa! La acción desbaratada.

La expresión de su rostro no podía ocultar lo mucho que lo sentía.

—Miseria —dijo Puddleduck, asintiendo con un gesto.

—Miseria —dijo Monte Rushmore.

—Hay alguien andando por ahí fuera —dijo Harold.

Era el hijo de Triphammer y de Puddleduck. No le habían dado aún un nombre adecuado, y él no estaba muy seguro de que tuvieran intenciones de mantenerlo. Él los necesitaba, de modo que hasta que descubriera sus intenciones, actuaba con tranquilidad.

—Apártalo de la cabeza —dijo Puddleduck, pegándose en el codo—. Recházalo y olvídale.

Triphammer se llevó una mano a su boca.

—¡Oh, no hables! —dijo ella.

—Miseria —volvió a decir Monte Rushmore.

Harold hizo señas con una mano.

—¡Eh! Él me está viendo —dijo, y volvió a hacer señas.

Ni Triphammer ni Puddleduck escucharon lo que dijo Harold. Era culpa de él. Él no hablaba. Le habían dicho que, si no era escuchado, sería por su culpa.

El Gran Monte Rushmore se pegó en el pecho.

—Esperanzas perdidas. Miseria. Miseria.

—Miseria —dijo Puddleduck.

—Mis —dijo Triphammer.

Se produjo un tirón de la manga y ella miró hacia abajo. Era Harold, que reclamaba su atención.

—¿Otra vez?

Harold puso la mejor expresión en su cara y se enderezó hasta alcanzar toda su

pequeña estatura, que era lo que se le había enseñado a hacer cuando quería pedir algo.

—¿Puedo salir a jugar, mamá? ¿Por favor? —preguntó, señalando hacia la ventana.

La expresión de Triphammer dejó claro que cualquier petición en estos momentos era como tirarse un pedo en la iglesia, y que los dioses se quedaban muy disgustados con el olor.

—¿Qué, qué? ¿Gorjeo de pájaros mientras caen los imperios? Avergüénzate, Harold, esqueeje sin nombre. (Conteniéndose, pero no mucho.) Prohibido.

—Siento muchísimo haberlo pedido —dijo Harold.

Se produjo una repentina consternación en la habitación. De alguna parte —sin duda alguna no a través de la puerta— había llegado un ser absolutamente extraño. Y aquí estaban ahora: cinco alrededor de la vela. Tenía pseudópodos y unos grandes ojos marrones.

—¡Es tremendo! ¡Una criatura! —dijo Monte Rushmore, y retrocedió—. Ciégala.

La criatura se quedó mirando a Harold y preguntó:

—¿Vas a venir o no?

Triphammer tenía un estómago delicado. Trató de provocarse un vómito sin conseguirlo.

—¡Desvanécete! —dijo ella—. ¡Ciégalo!

—No me lo permiten —contestó Harold—. Ya lo he pedido.

Puddleduck miró una y otra vez por la habitación, haciendo furiosos gestos de asentimiento y murmurándose constantes instrucciones a sí mismo para no olvidarlas, pero no había nada a mano con que cegar a la criatura. Puddleduck hizo oscilar sus brazos, como si fueran semáforos frustrados.

—Pues claro que se te permite —dijo la criatura—. Si quieres venir conmigo, puedes hacerlo. No prohíbo nada a nadie.

Se volvió bruscamente y miró a su alrededor, a Monte Rushmore, Triphammer y Puddleduck, mientras éstos retrocedían.

—¿Ocurre algo? —preguntó, flexionando sus pólipos, interrogativamente.

Triphammer lo miró como si lo estuviera señalando con un dedo, y terminó por vomitar, con reproche.

—Perdone —dijo la criatura.

Se encogió sobre sí misma, contrayendo sus pseudópodos en la masa principal de su cuerpo. Sus ojos marrones abultaban enormemente y parpadeaban. Y, con una enorme rapidez, quedó alterada su apariencia. Allí donde momentos antes sólo había existido un —¡oh!— monstruo amorfo, se encontraba ahora un moreno y dulce anciano, con un bigote corto y peludo y una nariz como la cabeza de una flecha, tan exacta como si fuese un aditamento geométrico. Iba vestido con una camisa de color caqui, unos pantalones cortos que le llegaban hasta la rodilla, y unos burdos zapatos de caminante.

—¿Está mejor así?

—¡Oh, escrúpulos! —exclamó Triphammer.

Y fue mejor así. Triphammer y Puddleduck sabían cómo tratar a la gente. Las criaturas fantasmales eran otra cosa. Se pusieron más brillantes para verle, pues el viejo parecía una señal y ellos necesitaban desesperadamente de alguien de quien aprovecharse.

El dulce viejo miró a su alrededor, observando aquella habitación en semipenumbras, dentro de la nave espacial muerta y silenciosa, como si se tratara de un lugar muy extraño.

—Perdónenme si soy demasiado crítico con respecto a sus pasatiempos favoritos, pero ¿es esto realmente lo que les gusta hacer? Parece algo muy limitado. Podrían estar fuera, en un día como éste —dijo.

Monte Rushmore sacudió la cabeza como una mariposa.

—No feliz, no feliz —dijo—. ¡Oh, no! Se han perdido las esperanzas, ya lo sabe.

—Perdidas y terminadas —explicó Triphammer—. Sin juicio, sin impulsión, sin nada.

—¡Es como para echarse a reír! —dijo Puddleduck—. ¡Frustración masiva! En nombre de nuestra importancia, no nos apures.

—Tuve la impresión de que las cosas no iban bien —dijo el anciano—. No me pregunten cómo lo sabía. Tengo un verdadero instinto para estas cosas. Bien, les ayudaré todo lo que pueda. Vengan conmigo.

Se volvió y echó a andar abruptamente a través de la pared de la nave. Y nadie le siguió.

Volvió a meter la cabeza en el interior de la habitación, pareciendo como si se tratara de un buen trofeo de caza.

—Bueno, vamos —dijo, razonablemente.

Harold, sonriendo ampliamente, dio un feliz paso hacia adelante. Entonces, se dio cuenta de que Triphammer y Puddleduck seguían quietos. Quería, por encima de todas las cosas, agradarles y ser mantenido con ellos. No pudo evitarlo. Se detuvo y borró la sonrisa de su rostro, y ya no se movió, ya no respiró más. Tendría que comprobar qué hacían sus padres, los ojos parpadeando a la derecha, los ojos parpadeando a la izquierda, protegidos por los párpados.

—¿No vienen? —preguntó el anciano—. Estoy dispuesto a ayudarles.

Monte Rushmore se sobresaltó. Triphammer y Puddleduck, con una presencia de ánimo infinitivamente mayor, sacudieron las cabezas en silencio.

—¿Qué ocurre?

—Ni una pluma con que volar —dijeron—. Ya se lo dijimos, viejo. Estamos atrapados. Eso es lo que pasa.

El amable viejo volvió a entrar en la nave y se acarició el bigote.

—¿Están seguros de que no pueden seguirme? —preguntó.

—No podemos.

—Podrían hacerlo si quisieran.

—No podemos.

—¿Por qué no lo intentan?

—No podemos. Eso es todo.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer, entonces? —preguntó el anciano—. Parece que nos encontramos en un callejón sin salida.

Él pensó. Todos ellos pensaron, excepto Harold. Él observó. Él fue testigo.

Entonces, el anciano dijo:

—Lo tengo. Sabía que podría pensar en algo. Medios mecánicos.

Y apenas hubo pronunciado las palabras cuando se encendieron las luces en la habitación, parpadeando al principio, como la vela, pero terminando por brillar y sonreír con fuerza.

Sonó el teléfono. Puddleduck contestó.

—¿Habla?

—Bésanos —dijo el rostro excitado que apareció en el visor—. Arreglados los auxiliares. Podemos buscar refugio.

—Gracias —dijo Puddleduck—. ¿No podemos ir a casa?

—No hay forma. Se han de hacer los principales nuevos.

—¡Oh! —exclamó Puddleduck, y colgó.

—¿Pueden venir ahora? —preguntó el anciano.

La nave avanzó penosamente hacia donde él la dirigió y con el tiempo llegaron a un planeta, verde como el Edén. No era tan malo, excepto por el hecho de que no estaba cerca de nada. Se pusieron en órbita alrededor de él, manteniéndose en estrecha compañía con el pequeño zumbido de un satélite.

—Esa roca es mi sede —dijo el anciano—. Ahí es donde me siento para verlo todo cuando vengo de visita. Éste es uno de mis planetas. Es pequeño, pero es un buen hogar. Si os gusta, lo cultiváis, lo cuidáis y tenéis cuidado con él, os lo presto. ¿Qué os parece?

—Hecho —dijeron ellos.

—Entonces, ya está hecho —dijo el anciano—. Bueno, tengo que seguir con mis asuntos. Dentro de poco pasaré a comprobar cómo os van las cosas. Si me necesitáis, sentaros en mi roca y llamadme. Apareceré de inmediato. Y ahora, si me perdonáis...

—Espera, espera —dijeron ellos—. Antes de marcharte hemos de saber... ¿quién eres, caprichoso anciano?

—Me podéis llamar Propietario Cosa —dijo el viejo y volviéndose a Harold, preguntó—: ¿Vienes?

Harold miró a sus padres con una rápida desviación de sus ojos, y después sacudió la cabeza con la misma rapidez con que un corderillo puede mover la cola cuando mama.

—No —contestó—. Gracias.

Propietario Cosa se dio un pequeño impulso sobre sus zapatos y atravesó

ligeramente la pared, penetrando en el espacio. Después, cuando ellos aún tenían las bocas abiertas para hablarle, volvió a aparecer con la cabeza a través de la pared, por última vez.

—Debéis tener mucho cuidado con mi mundo, os lo advierto —dijo.

Y después desapareció como un gurú que se desliza sobre sus pies desnudos por los campos de hielo del Himalaya.

Cielo Azul espera a Propietario Cosa. Tiene un pesado cañón en sus manos y tiene la intención de hacer desaparecer adecuadamente a la Cosa. Ésa es la razón por la que está aquí, sentado sobre esa pequeña roca del espacio.

Su mente gira con los cielos de arriba. Su mente gira con el planeta marrón y desnudo de abajo. Su mente se ha convertido en harina entre grandes piedras.

Él piensa: «Vamos. Vamos. Ven y sé muerto.»

Llamaron al planeta Aquí, o Zapato Este, o Este Basurero. No les gustó. No se ocuparon de él. No lo cultivaron, ni lo cuidaron, ni hicieron lo que habían prometido hacer. No tenían la intención de quedarse, así es que ¿para qué iban a hacerlo?

Se llamaron a sí mismos Colonia Groombridge. En cuanto fijaron el rumbo, tuvieron la intención de marcharse. Tenían la intención de largarse. Tenían la intención de irse. Hacia Groombridge 1618/2 y hacia las cosas, tal y como se suponía que éstas debían ser. Después de todo, habían pagado su buen dinero.

Desde que Triphammer y Puddleduck quisieron regresar al gran tiempo galáctico, haciendo más hincapié que cualesquiera otros —¡habla, sí!—, quedaron a cargo de todo. Y, como verdaderos líderes, exhortaron a todos a que hicieran lo máximo posible.

Recordad: fijar el rumbo; los principales se han de construir nuevos. Para hacer el trabajo, necesitaban algo de Esto, algo de Aquello y algo de la Tercera Cosa.

Después de ponerse a trabajar, no esperaron ni un momento. Construyeron ejes como moléculas. Construyeron torres como hormigas. Martillearon, hicieron humo, fundieron y forjaron. Electrolizaron y transmutaron. Desgarraron y explotaron y volvieron el planeta patas arriba en busca de todo lo que necesitaban. Convirtieron el planeta verde en un planeta marrón, aquellos groombrugianos. Realmente, lo dejaron todo en estado caótico.

Y aquí viene lo más duro. Esto es algo raro en el universo. Lo hicieron prácticamente en ningún tiempo. Y eso no se puede comprar en cualquier tienda de la esquina. Encontraron dos veces más de lo que necesitaban. Pero la Tercera Cosa, que en cualquier otra parte es algo tan común como el polvo, se mostraba tan elusiva como la mariposa salvaje del amor. Después de años y años de trabajo, apenas si habían acumulado un pequeño montón de material, y eso no era suficiente.

Cuando estaban planeando abandonar Zapato Este por la mañana, a la banda de Groombridge no le interesó nada lo que le estaban haciendo al planeta. Pero cuando quedó demostrado que no podrían marcharse tan temprano, hubo algunos que empezaron a preocuparse por lo que Propietario Cosa podría convertir su trabajo.

No se trataba de nada que se pudiera deslizar bajo la alfombra y sonreír como si nada hubiera pasado. Era algo mucho más evidente que eso. Sí, en efecto.

Fue Triphammer la primera en protestar por aquello. Y Puddleduck lo recogió de ella. Pero fue Puddleduck quien pensó en la respuesta, y Triphammer quien la encontró válida. A menudo funcionaba de ese modo. Formaban un equipo.

La respuesta fue situar a Cielo Azul en aquella roca que giraba, para que fuera él quien asesinara al monstruo por ellos. Según sus propios conceptos, resultaba una solución perfecta. Puddleduck recordó que Propietario Cosa había dicho que acudiría instantáneamente si se le llamaba desde aquella roca. ¡Ja! A su llamada, cuando ellos estuvieran convenientemente preparados para recibirle, y después: ¡desaparecido! Entonces, tendrían todo el tiempo y la paz que necesitaban para desgarrar el planeta hasta su propio corazón. Y Cielo Azul era el hombre.

Se estrecharon las manos y se pusieron a buscar a Cielo Azul. Así era como llamaban ahora a Harold. Le llamaban Cielo Azul porque se vestía así para almorzar. Pero ahora le necesitaban. Él podía disparar.

Sí, él podía disparar. Era una de las cosas que él podía hacer y que ningún otro pensaría en hacer. Cielo Azul había crecido, para convertirse en un excéntrico.

Lo más difícil de todo era que se tomaba la responsabilidad con seriedad. Él había estado allí cuando se estableció el acuerdo con Propietario Cosa, y él había dicho en lo más profundo de su corazón: «Prometo.» Y con lo perdedor que era, desperdiciaba su tiempo tratando de vivir tal y como había prometido.

Allí donde las cosas eran marrones, hacía todo lo que podía para volverlas verdes. Inútil. Allí donde la banda de Groombridge cortaba y destrozaba el planeta, él se esforzaba en reparar y corregir. Pero le superaban en número. Allí donde ellos extraían y robaban, él cultivaba y cuidaba. Al menos, así lo intentaba. Cada día se encontraba más lejos de sus propósitos.

Allí donde era necesario para mantener el equilibrio, disparaba contra las cosas. Él pensaría: «Vamos. Ven y sé muerto.» Y como todo el planeta de Propietario Cosa sabía que ponía todo su interés, ellos acudían y él los mataba con amor y sentimiento.

Si Triphammer y Puddleduck no hubieran sido consumados políticos y, en consecuencia, tolerantes, y si no hubieran disfrutado de la carne fresca que él traía a casa de vez en cuando, le habrían rechazado y habrían renegado de él. De todos modos, probablemente tendrían que hacerlo. Tal y como estaban las cosas, le llamaban Cielo Azul y le permitían que siguiera divirtiéndose. Y como Triphammer y Puddleduck eran Triphammer y Puddleduck, la colonia Groombridge lo admitía.

Tal y como dijo Monte Rushmore, hablando en nombre de la comunidad:

—Los mejores necesitan los más bajos para contrastar, ¿eh?

Cuando Triphammer y Puddleduck encontraron a Cielo Azul, estaba lleno de polvo hasta las orejas, tratando de empuqueñecer un gran agujero. Durante el tiempo que él tardara en rellenarlo, se harían otros tres grandes agujeros más en busca de la Tercera Cosa, pero no era él de los que se quejaban. Conocía su obligación y, aunque nadie más la cumpliera, él vivía para cumplirla.

—¡Eh, ruido sordo, hijo de nosotros! —le dijeron—. Deja esa pala y ven acá. Hay cosas que llaman.

Cielo Azul hizo lo que se le pedía. Dejó la pala en la arena y se apresuró a acudir junto a ellos... Aún anhelaba alcanzar su buena opinión, siempre que eso fuera compatible con lo que él creía era correcto. ¡Oh! Para decir la verdad... hasta podía llegar a establecer un compromiso con lo correcto con tal de lograr su buena opinión. Ellos le habían cogido.

—Sí, sí —dijo él—. Amor a los progen. Pongo mis fuerzas para vuestro propósito.

—¡Oh, mejor de los niños! Trompetas por tu afán —le dijeron ellos.

Sacaron entonces el arma, el rayo más poderoso de la colonia Groombridge que hacía desaparecer, y la pusieron en sus manos.

—Elimina Propietario Cosa para mamá y papá. Es una buena acción, hijo.

—¿Desaparecer Propietario Cosa? ¿Dónde? ¿Por qué? ¡Oh, digo no!

Y Cielo Azul trató de devolver el arma a Triphammer y Puddleduck, pero ellos no quisieron cogerla.

—Tuya —dijo Puddleduck.

—Tuya —dijo Triphammer.

—No, no, yo no —dijo Cielo Azul.

—¿Quieres Este Basurero, hijo mío? —preguntó Triphammer.

—Claro que sí.

—Una bota, dos botas cuando el trabajo hecho y vete. Pierdes.

—Muerte miseria —dijo Cielo Azul—. ¿Yo también? Pero no..., agujeros todas partes. Me aparto de vista.

—¡Jo, jo! Hermit Harold por sí mismo —dijo Puddleduck—. Pierdes.

—Desgracias —dijo Cielo Azul, mirando el ecualizador que tenía en sus manos—. ¿Qué, qué? ¡Oh! ¿Doble qué, qué?

Triphammer se acercó más a él y le susurró dulcemente en la oreja:

—Hazle desaparecer en fragmentos y trocitos.

—¿Qué se ha hecho de la promesa?

Así que Cielo Azul espera a Propietario Cosa. Arriba, arriba. Abajo, abajo. Está sentado en esa roca, con la llamada habiéndose marchado lejos, y espera.

¡Y ahí está Propietario Cosa! El anciano vadea a través del espacio hacia la roca donde está sentado Cielo Azul.

Temblando, incapaz apenas de controlarse, Cielo Azul levanta el arma en sus manos: la culata sobre su hombro, la boca oscilando hacia abajo, apuntando. El arma ya está apuntada, centrada sobre el bigote peludo. Y Cielo Azul aprieta el gatillo.

Surge un rayo y se produce un resplandor cegador. Ante el resplandor, el traje espacial de Cielo Azul se polariza.

Le coge el rifle y lo lanza al espacio, Sollozando. Sus ojos llenos de lágrimas. Grita más fuerte de lo que jamás puede recordar haber hecho, como si hubiese perdido para siempre su última e infinitamente preciosa esperanza.

Pero mientras está sentado allí, desolado, un seudópodo le envuelve reconfortante por los hombros y una voz de advertencia le dice:

—¿Cómo han ido las cosas? Háblame de ellos.

Cielo Azul vuelve la cabeza y abre los ojos. Allí, sentado a su lado, en esta roca antinaturalmente cómoda, está Propietario Cosa, tal y como le vio por primera vez a través de las cortinas echadas, hace ya mucho tiempo. Cálidos ojos marrones y seudópodos.

—Nada está bien —dice Cielo Azul—. Mira allá abajo, a tu planeta. Ha sido convertido en marrón. A nadie le gusta estar en tu mundo, excepto a mí. Todos los demás quieren marcharse y, por mucho que lo intento, no puedo limpiarlo todo.

—Eso no es lo peor que haya podido pasar en el mundo —dice Propietario Cosa—. Ya veremos lo que se puede hacer. Sígueme.

Se desplaza hacia el otro lado de la roca y Cielo Azul le sigue.

—Ésta es la parte de arriba —dice Propietario Cosa—. Y ahora, mira.

Cielo Azul levanta la mirada hacia Aquí. Llena el cielo por encima de él. Se siente invadido por una gran ola cálida de misterio y respeto. Es momentáneamente demasiado para él y tiene que cerrar los ojos y apartar la mirada, antes de poder mirar de nuevo.

—Nunca me di cuenta —dice.

—Puedes curar el mundo —le dice Propietario Cosa—. Puedes volver a hacerlo verde.

—¿Yo? —pregunta Cielo Azul—. No, no puedo.

—¡Oh, claro que puedes! —afirma Propietario Cosa—. Tengo fe en ti, Cielo Azul.

Cielo Azul se le queda mirando, lleno de asombro. No le ha dicho a Propietario Cosa su nuevo nombre.

—¿Cómo puedo hacerlo? —pregunta Cielo Azul—. No sé cómo.

—Debes salir fuera de ti mismo y ponerte en el planeta. Nutrir y cuidar el planeta. Volverlo bueno de nuevo. Concéntrate muy, muy intensamente. Mira el planeta y extiéndete tú mismo de un modo tan tenue que desaparezcas.

Cielo Azul se siente inseguro. Cielo Azul no cree. Pero Cielo Azul está decidido.

Levanta la mirada hacia Aquí, dominando el cielo como un gran mandala. Es una ola: él anega. Es un viento: él disipa. Es una tela: pero él es la araña que teje

tenuemente, que hila muy fino, perdiéndose a sí mismo entre los hilos de la telaraña. Y él trata al mundo, con ternura.

Propietario Cosa observa. Propietario Cosa es testigo. Y por encima de ellos, en el cielo, el mundo se vuelve verde.

Cuando Cielo Azul reaparece, no es el mismo. Mira una vez a Propietario Cosa y sonrío, y después los dos permanecen sentados allí, en silencio. Ellos han llamado. Ellos esperan que su llamada sea contestada. Y, al cabo de un tiempo, una nave se eleva del planeta y acude a la roca.

Se trata de Triphammer y de Puddleduck. Hacen señas a Cielo Azul, como si él estuviera Solo. Él y Propietario Cosa pasan a bordo de la nave. Triphammer y Puddleduck actúan como si fueran ciegos ante la presencia de Propietario Cosa. Cielo Azul se quita su traje espacial.

Triphammer y Puddleduck dicen:

—¡Boquea, farfulla, habla! ¡No, no, no! Debes quemar frustración... ¡Es como para echarse a reír!

Cielo Azul se siente aturdido. Se vuelve hacia Propietario Cosa y dice:

—No les entiendo una sola palabra.

Propietario Cosa hace oscilar un pólipo, en gesto de simpatía.

—Puede ser de ese modo al principio. Escúchales con atención. Concéntrate en cada una de las palabras y algunas de ellas te parecerán claras.

Y así, Cielo Azul incluía una de sus orejas hacia las palabras de Triphammer y de Puddleduck y se concentra más intensamente que cuando curó el planeta. Y, a duras penas, el significado se filtra hasta él. Están hablando sobre el repentino regreso del planeta a su condición original. Al parecer, durante el proceso se han derrumbado todos sus castillos. Sus minas ya no son suyas. Los montones acumulados de Esto, Aquello y la Tercera Cosa han desaparecido en un repentino parpadeo. Hablan sobre lo que ha sucedido y sobre lo que deben hacer.

Cielo Azul les escucha hasta que ellos dejan de hablar. Entonces, sacude la cabeza, lleno de admiración.

—Ofensa. Injusto. Falta respeto —dice Triphammer.

Puddleduck asiente con un gesto.

—Falta respeto por nuestra importancia —dice—. Todo por hacer.

Propietario Cosa asiente.

—En efecto —dice—. Todo por hacer. Decidles que se les va a dar una segunda oportunidad. Su única esperanza consiste en aprovecharla debidamente.

Cielo Azul transmite el mensaje.

—Regresad a Aquí —dice—, y aprended a vivir allí. Es vuestra única vida. Utilizadla bien.

Triphammer y Puddleduck quedan asombrados ante estas palabras. Sus mandíbulas caen como la trampa de una horca. Su hijo criado nunca les había hablado así con anterioridad.

Propietario Cosa dice:

—Vamos, Cielo Azul. Quiero presentarte a alguna gente. Creo que te gustarán.

Atraviesa la pared como si no existiera nada ante él. Cielo Azul mira a sus padres una última vez y después le sigue. Atraviesa la pared de la nave y penetra en el espacio.

—Voy —le dice a Propietario Cosa, avanzando a grandes zancadas hacia las estrellas situadas ante él.

Cielo Azul ha mantenido las cortinas muy apretadas en sus manos durante todo este largo tiempo. Ahora, las abre del todo y mira.

MECENAS

WILLIAM ROTSLEER

La ciencia ficción, como su propio nombre indica, es un cruce muy peculiar ente ciencia y arte, y quizá por esta razón a los escritores de ciencia ficción les gusta considerar los modos en que se comparan estas dos formas de expresión humana. He aquí, por ejemplo, una novela corta sobre una futura forma de arte, una historia de arte ampliada y transformada por la ciencia. Pero el punto de encuentro entre el arte y la ciencia se encuentra en el ser humano individual, y ahí es donde se produce la transformación...

Ella se te queda mirando desde su cubo casi negro, serena, tranquila, respirando con normalidad, limitándose a mirarte. Está desnuda hasta las caderas, rodeada por un cinturón enjorado, y está sentada regiamente sobre un montón de lujosos almohadones. Su pelo largo y blanco cae en cascada sobre sus hombros del color del albaricoque y parece hecho para brillar ligeramente ante alguna luz oculta.

A medida que te acercas al sensatrón de tamaño natural, las vibraciones llegan hasta ti. No se puede exagerar la asombrosa realidad de la imagen tridimensional, pues el retrato de una de las más grandes cortesanas de la historia, hecho por Michael Cuento, es una gran obra de arte.

Mientras contemplas el cubo, la imagen de Diana Snowdragon deja de parecer tan tranquila y, de algún modo muy sutil, se convierte en algo ávido, dominante, atractivo. Está en cueros, no desnuda. Se escuchan... casi, los sonidos sueltos de campanas de músicos melora. El poder de su personalidad única es abrumador, tal y como es en persona, pero en la interpretación del artista, se exponen también otras muchas facetas.

El cubo-retrato del sensatrón de Diana es universalmente reconocido como una obra maestra. El sujeto quedó encantado.

El artista quedó disgustado y me dije que el ego del sujeto le impidió ver la realidad que él había construido.

Pero fue este cubo el que proporcionó a Michael Benton Cilento la fama que deseaba, necesitaba y odiaba. Éste fue el primer gran sensatrón en un momento en que los cubos empezaban a ser utilizados por los artistas, en lugar de por los científicos. Se estaba poniendo «de moda» el trabajar con sensatrones y en todas partes se hablaba de comprar cepillos electrónicos, redes ciliares y espacios blancos.

Los sensatrones son la última unión del arte y de la ciencia. Al menos por el

momento. Las ciencias están suministrando constantemente herramientas a los artistas, ya se trate de pintura fija, que mantendrá su brillo durante mil años, o de un cepillo electrónico para producir meticulosos cambios en un modelo geométrico de ondas de radar. Los grupos *estremecimiento* ya están explorando los nuevos instrumentos de ondas cerebrales que sólo crean música en el interior del propio cerebro.

Pero los sensatrones son la furia del momento. Del mismo modo que los modelos de ropas relucientes de la generación *estremecimiento* fueron adoptados y explotados por los medios de comunicación, el mundo de la publicidad espera con impaciencia la construcción de inmensos sensatrones que reproduzcan réplicas exactas de los productos, con anuncios que digan «¡cómprame!» y que penetren en el cerebro de uno. Lleno de ilusión, he hecho que uno de mis laboratorios de investigación empezara a trabajar en un instrumento de creación de espacios blancos para eliminar el supuesto ruido electrónico.

Los cubos pueden adquirir una vida tan extraña, que se mantienen los rumores según los cuales ellos toman una parte del alma de uno mismo. Quizá tengan razón. El exterior no sólo lo captan las cámaras, proporcionando la base a partir de la cual trabaja el artista del sensatrón, sino que los magnetofones alfa y beta, las máquinas EEG, los sutiles repetidores de los latidos del corazón, todo registra lo que está sucediendo en el interior. Muchos artistas utilizan una combinación de numerosos registros, tomados a lo largo de un período de sesiones. Algunos emplean momentos individuales específicos, o estados de ánimo, cada uno de ellos registrado proyectado por los conos sónicos diferenciados y por los proyectores alfa-beta. A estas proyecciones, el artista añade su propia interpretación, creando un concierto casi musical de ondas que actúan sobre cualquier cerebro humano que se encuentre dentro del ámbito de recepción. Sigue siendo prerrogativa del artista el seleccionar, eliminar, disminuir o hacer lo que él desee. Algunos artistas de sensatrones incluyen los desequilibrios emocionales, así como los aspectos fuertes, mientras que otros lo unifican y allanan todo. Algunos artistas están experimentando con grabaciones postizas, mujer por hombre, animal por sujeto, puras abstracciones en sustitución de la realidad. Cada uno de los que lo intentan, aporta un nuevo punto de vista.

Todo lo que Mike Cilento quiso hacer fue proyectar la verdad, tal y como él la veía. Quizá llegó a poner al descubierto una capa del alma. Yo he estado cerca del modelo viviente de un retrato sensatrón y el cubo me ha parecido mucho más interesante que la persona, pero sólo cuando el artista era más grande que el sujeto.

El retrato de Mike de la sociedad más infame —y más rica— le convirtió en famoso de la noche a la mañana. Hasta los cubos repro que se pueden comprar hoy son impresionantes, pero el original, con sus sutiles circuitos originales y sus emisiones debidamente enfocadas, es verdaderamente sorprendente.

Un coleccionista de Roma me llamó la atención sobre Cilento y cuando vi el cubo de la Snowdragon, me las arreglé para que me lo presentaran. Nos encontramos en la

villa de Santini, en Ostia y, al igual que la mayoría de los artistas jóvenes, él ya había oído hablar de mí.

Nos encontramos junto a una piscina y sus primeras palabras fueron:

—Patrocinó usted a Wiesenthal durante años, ¿no?

Yo asentí con un gesto, sintiéndome tímido, pues por cada artista a quien uno ayuda, hay diez que lo piden.

—Su ópera *Moctezuma* es una verdadera tontería.

—Fue bien recibida —repliqué, sonriendo.

—No comprendía a ese azteca, del mismo modo que no comprendió a Cortés —me observó, con una mirada de desafío.

—Estoy de acuerdo, pero cuando escuché eso por primera vez, ya era demasiado tarde.

Se relajó e introdujo el pie en el agua, guiñando el ojo hacia dos hijas casi desnudas de un barón de los minerales lunares que pasaban por allí. Parecía haber dejado bien clara su idea y no tener nada más que decir.

Cilento me intrigó. Durante el transcurso de una serie de años en los que me dediqué a «descubrir» artistas, me había encontrado con toda clase de tipos, desde los tímidos que se ocultaban, hasta los fornidos que exigían mi patrocinio. Y también me había encontrado con esa clase que parecía ser indiferente a mí, como era el caso de Cilento. Pero otros muchos habían actuado de ese modo y yo había aprendido a despreciarlo todo excepto el trabajo terminado y el potencial de trabajo.

—Su cubo de la Snowdragon es extraordinario —dije.

Él asintió y miró en otra dirección.

—Sí —admitió, y tras una breve pausa, añadió—: Gracias.

Hablamos del cubo durante un rato y me dijo lo que pensaba de su tema.

—Pero le hizo famoso —observé.

Me miró de soslayo y, al cabo de un momento, preguntó:

—¿Acaso en el arte se trata sólo de eso?

Me eché a reír.

—La fama es muy útil. Abre puertas. Hace posibles las cosas. Hace que sea más fácil llegar a ser incluso más famoso.

—Le pone a uno enfermo —dijo Cilento, con una sonrisa.

—También le puede matar a uno —añadí.

—Es una herramienta, Mr. Thorne, como los circuitos moleculares o la integración dinámica, o como un simple destornillador. Pero le puede dar a uno libertad. Yo quiero esa libertad; todo artista la necesita.

—¿Es ésa la razón por la que escogió a Diana?

Él sonrió burlonamente y asintió con un gesto.

—Además, esa mujer era un gran desafío —dijo.

—Me lo imagino —dije, sonriendo, pensando en Diana á los diecisiete años, hermosa y ávida, abriéndose camino con sus garras, subiendo con su ayuda los muros

monolíticos de la sociedad.

Bebimos una copa, después compartimos una escena psicodélica en las ruinas de un templo de Vesta, y nos convertimos en Mike y en Brian el uno para el otro. Nos sentamos en viejas piedras y nos reclinamos contra los restos de una columna, mirando las luces de la villa de Santini, allá abajo.

—Un artista ama la libertad más que a la pintura, la electricidad, los diagramas cúbicos o la piedra —observó Mike—. O que la propia comida. Siempre puede uno conseguir los materiales, pero la libertad para utilizarlos es algo precioso. Siempre hay un tiempo determinado.

—¿Qué me dices del dinero? Eso también es libertad —pregunté.

—A veces. Puedes tener dinero y no tener libertad. Pero, normalmente, la fama trae dinero consigo.

Asentí con un gesto, pensando que, en mi caso, había sido a la inversa.

Contemplamos la luz de la media Luna sobre el Mar Tirreno, recreándonos en nuestros propios pensamientos. Yo pensé en Madelon.

—Hay alguien a quien me gustaría que hicieras —le dije—. Una mujer. Una mujer muy especial.

—Ahora no —se negó—. Quizá más tarde. Tengo algunos encargos que quiero hacer.

—Tenme en cuenta cuando dispongas de tiempo. Ella es una mujer muy poco corriente.

Él me miró y lanzó un guijarro colina abajo.

—Estoy seguro de que lo es —dijo.

—Te gusta hacer mujeres, ¿verdad? —pregunté.

—¿Has llegado a esa conclusión después de haber visto un solo cubo? —preguntó, sonriendo a la luz de la Luna.

—No. He comprado los tres más pequeños que hiciste antes.

Me miró intensamente.

—¿Cómo sabías que existían? No se lo había dicho a nadie.

—Algo tan bueno como el cubo de la Snowdragon no podía proceder de la nada. Tenía que existir algo hecho con anterioridad. Fui rastreando a los propietarios y los compré.

—La anciana es mi abuela —me dijo—. Siento un poco el haberla vendido, pero necesitaba dinero.

Tomé nota mental para devolvérselo.

—Sí, me gusta hacer mujeres —admitió con suavidad, reclinándose contra la columna—. A los artistas siempre les ha gustado hacer mujeres. Para... captar esa sombra elusiva de una mirada momentánea... en la pintura, en piedra, en arcilla, en madera, en película... o en construcciones moleculares.

—Rubens las vio rollizas y alegres —comenté—. Lautrec, en cambio, las vio depravadas y reales.

—Para Da Vinci eran misteriosas —replicó él—. Matisse las vio haraganas y voluptuosas. Miguel Ángel apenas si las vio. Picasso las vio en las infinitas variedades de la locura.

—Gauguin... sensualidad —comenté—. Henry Moore las vio como cosas abstractas, como punto inicial de la forma. Las mujeres de Van Gogh reflejaban su propio cerebro de loco genial.

—Cézanne las contempló como vacas plácidas —dijo Mike, sonriendo—. Fellini las vio como criaturas multifacéticas que eran en parte ángeles y en parte bestias. En las fotografías de André de Dienes, las mujeres son fantasías realistas, eróticas y extrañas.

—Tennessee Williams las vio como caníbales locos, fascinantemente repulsivos —dije—. Las mujeres de Sternberg eran irreales, duras, dramáticas. Las de Clayton eran demonios depredadores.

—Jason las ve como ángeles, ligeramente confundidos —dijo Mike, encantado con el pequeño juego—. Coogan las vio como monstruos maternos.

—¿Y tú? —pregunté.

Se detuvo y la sonrisa desapareció. Contestó al cabo de un largo rato.

—Como ilusiones, supongo.

Hizo rodar entre sus dedos un fragmento de piedra de la época de César, y habló con suavidad, casi como si estuviera haciéndolo consigo mismo.

—Ellas... no son del todo reales, de algún modo. Las críticas dicen que he creado una obra maestra de realismo erótico, un verdadero hito en las artes figurativas. Pero... ellas son... trozos. Son increíblemente reales sólo durante un instante... fantásticamente indefinidas en el momento siguiente. Las mujeres nunca son las mismas de un momento a otro. Quizá sea ésa la razón por la que me fascinan.

Después de aquel encuentro, no vi a Mike durante algún tiempo, aunque nos mantuvimos en contacto. Hizo un retrato de la princesa Helga de Holanda, bastante modestamente vestida, con el cubo lleno con sus famosas esculturas doradas y con las vibraciones del amor y de la paz.

Para los monjes de Welles, en Marte, Mike hizo un gran cubo de Buda, que se convirtió rápidamente en una atracción turística. Los cubos repro hicieron ganar al monasterio una pequeña fortuna.

Cualquier cosa que Mike eligiera hacer era comprada rápidamente y los encargos fluían de individuos, de empresas y fundaciones, e incluso de movimientos. Lo que hizo fue un simple desnudo de su amante del momento. Era lo bastante erótico en cuanto a la pose, pero poderosamente pornográfico en las vibraciones y después de que Mike la dejara, recibió un contrato de la Universidad-Metro. El joven shah del Irán compró el cubo para instalarlo en sus Jardines de Babilonia, que se construían desde hacía tiempo.

Por su utilización de los proyectores de ondas alfa, beta y gamma, así como por los progresos realizados en sónicos diferenciados, Mike fue sujeto de toda una

edición de la revista *Electrónica Moderna*.

Mike había cumplido sus deberes para con su arte, pues mientras estudiaba en el Instituto Tecnológico de California, trabajó en el proyecto Escudo Celeste, un sistema de defensa electrónica contra las partículas de baja energía, para ser utilizado en las estaciones espaciales. Después de graduarse, empezó a trabajar en el complejo de ondas cerebrales de Long Island, pertenecientes a los Laboratorios Bell. Dejó este trabajo cuando obtuvo una beca Guggenheim para practicar su arte.

A partir de su cubo «Mujer-placer», la General Electric utilizó algunas de las modificaciones de Mike para sus nuevos proyectores e imágenes de multicapas y para sus generadores de ondas beta. La empresa Nakamura Ltd. produjo una nueva cámara con distribución de modelo circular, que contenía muchas de las sugerencias de Mike y destinada a los artistas que utilizaban modelos de objetos tridimensionales, para registrar el ciclo básico de imágenes, tales como respiración, el correr del agua o la repetición de acontecimientos. Para los artistas que trabajaban en abstracciones originales, Mike construyó su propio cepillo electrónico ultra-fino, así como un generador de imagen conectado con una computadora de gráficos, que producía un número casi infinito de variables.

Mike Cilento estaba probándose a sí mismo como innovador e ingeniero, así como un artista, lo que resultaba una combinación poco corriente.

Volví a encontrarme con Mike en la inauguración de sus series «Sistema Solar», en el Gran Museo de Atenas. Los diez cubos colgaban del techo, cada uno de ellos con su interpretación no literal del Sol y de los planetas, desde la poderosa bola del Sol hasta la brillante esfera de Plutón.

Mike parecía enjaulado, como un tigre en una trampa, pero se sintió muy feliz de verme. Se dejó raptar cuando me lo llevé a mi apartamento, en la parte vieja de la ciudad.

Suspiró cuando entramos, echó la chaqueta sobre un sillón estilo vida, y salió al balcón. Yo tomé dos copas y una botella de vino de Creta y me uní a él.

Volvió a suspirar, se hundió en la silla y sorbió el vino.

—¿Te está exigiendo demasiado la fama? —le pregunté.

—¿Por qué siempre quieren a los artistas en las inauguraciones? —preguntó, lanzándome un gruñido—. El arte habla por sí solo.

—Relaciones públicas. Tocar el borde de la creatividad. Quizá piensan que de ese modo algo les tocará a ellos.

Él volvió a gruñir y permanecimos guardando un agradable silencio, mirando hacia el Partenón, más alto e iluminado en la noche. Finalmente, dijo:

—Ser un artista es lo que he querido ser siempre, como los chicos que crecen para ser astronautas o jugadores de fútbol. Es un honor ser capaz de hacerlo, sea lo que sea. He pintado y hecho escultura. He hecho mosaicos ligeros y modelos de puntos

brillantes. Hasta llegué a intentar la música durante algún tiempo. En realidad, nada de eso parecía ser lo que quería. Pero creo que lo que más se acerca son las construcciones moleculares.

—¿Debido a su gran realismo?

—Eso es una parte. Abstracción, realismo, expresionismo... eso sólo son etiquetas. Lo que importa es lo que es, los pensamientos y las emociones que se transmiten. Las unidades sensatrón son herramientas bastante buenas. Puede uno trabajar casi directamente sobre las emociones. Cuando la General Electric tenga preparadas las nuevas unidades, creo que será posible conseguir matices aún más sutiles con las ondas alfa. Y, desde luego, con más unidades se pueden hacer cosas más complejas.

—Eres tan buen ingeniero como artista —le dije.

Sonrió y bebió un poco de vino.

—Todo medio, toda técnica tiene para aquéllos que encuentran en esa zona una especie de festín particular. Considera a los actores. Antes sólo estaba la obra, desde el principio hasta el final, sin retomar y con vida. Después llegaron la película y la grabadora y los acontecimientos empezaron a salirse de secuencia. Ninguna línea emocional que seguir desde el principio al fin. Se necesita una clase particular de actor que pueda disciplinarse a sí mismo para esas escenas retrospectivas y futuras. En los tiempos de la mímica, probablemente se perdieron actores estupendos porque su arte estaba en la voz.

—¿Y hoy? —pregunté.

—En la actualidad, el artista que no pueda dominar la electrónica se enfrenta a un período difícil en muchas de las artes. Leonardo da Vinci podría pasar, pero probablemente Miguel Ángel no. Hay muchos artistas buenos nacidos fuera de su tiempo, en ambas direcciones.

Le hice entonces una pregunta que solía hacer a los artistas que trabajaban con medios no tradicionales.

—¿Por qué es el sensatrón un medio tan bueno para ti?

—Es inmensamente versátil. Una línea sólo puede hacer un cierto número de cosas y apuntar otras. Una pintura al óleo es estática. Trata de ser real, pero es un momento congelado. No obstante, hay veces en que los momentos congelados son mejores que el movimiento. Una película, una cinta, una representación, toda ellas contienen una variedad de significados y emociones, y hasta de cambios de lugar y perspectiva. Como tales, son buenas herramientas. Cuanto más se pueda comunicar, tanto mejor. Con el poder del sensatrón se pueden transmitir al espectador tales emociones, tales sentimientos, que éste se convierte en un participante y no en un simple espectador. Implicación. Compromiso. Yo nunca haría un sensatrón para comunicar algunas cosas simplemente porque hay tanto trabajo y la comunicación es lo de menos. Pero las unidades sensatrón pueden hacer casi todo lo que hace cualquier otra forma de arte. Ésa es la razón por la que me gusta. No porque sea el

arte de moda en estos momentos.

—¿No has tenido ningún problema para conseguir tu primera licencia? — pregunté.

—No, la gente del Guggenheim lo arregló —contestó, moviendo la cabeza—. La idea de tener que poseer una licencia para hacer una obra de arte parece estúpida — levantó su mano antes de que yo pudiera replicar—. Sí, ya sé. Si no vigilaban quiénes tenían control de los proyectores alfa a omega, nos apresuraríamos a votar a un dictador sin saber siquiera lo que estábamos haciendo. O eso es lo que piensan.

—Es una fuerza poderosa, casi irresistible. Tu propio cerebro te está diciendo compra, compra, compra, usa, usa, usa y eso es algo muy difícil de contrarrestar. Piensa por ejemplo en las drogas con receta.

Él hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y observó:

—¿Pero es que no lo entiendes? Lo siento, Miguel Ángel, pero este fragmento del mármol de Carrara necesita una licencia de prioridad IX y tú sólo tienes una licencia IV. Y Miguel Ángel diría: «Pero si yo sólo quiero hacer esta estatua de David. Un joven alto, grande, con una honda y una especie de mirada taciturna. No será porque está desnudo, ¿verdad?» Deberá ir a la Comisión de Control Artístico de la bella ciudad de Florencia, signar Buonarrotti, y rellenar allí papeles por triplicado, poniendo primero su apellido y después su nombre de pila. Y recuerda que es importante la buena presentación. Habla con el papa Julio. Quizás él lo pueda arreglar.

Nos echamos a reír suavemente en la noche.

—Pero ahora —dije—, el arte y la tecnología coexisten más que nunca.

—¡Oh, ya comprendo! —dijo Mike, suspirando—. Pero eso no tiene por qué gustarme.

Pensé en el pornotrón que alguien me había dado y que ahora colgaba del techo de mi apartamento de Moscú. Una noche pasada con una saludable clarinetista rubia fue suficiente para convencerme de que no necesitaba ninguna clase de estímulos artificiales para aumentar mis placeres sexuales. Era como si a uno le obligaran a tomar su postre favorito.

Volvimos a caer en el silencio. La ciudad antigua murmuraba. Pensé en Madelon.

—Aún quiero que hagas ese retrato de alguien muy cercano a mí —le recordé.

—Pronto. Primero quiero hacer un cubo de una chica que conozco. Pero tengo que encontrar un nuevo lugar donde trabajar. Ahora que han descubierto dónde estoy, me molestan continuamente.

Le mencioné mi villa en Sikinos, en el Egeo, y Mike pareció interesado, de modo que se la ofrecí.

—Hay allí un antiguo granero que puedes utilizar como estudio. Dispone de una planta controlada de fusión de plasma, de modo que tendrás toda la energía que necesites. Hay una casa, la pareja que cuida de ella y un pequeño pueblo cercano. Me sentiría honrado si la utilizaras.

Aceptó la oferta cortésmente y yo hablé durante un rato de Sikinos y de su historia.

—Las civilizaciones más antiguas son las que más me interesan —dijo Mike—. Babilonia, Asiría, Sumeria, Egipto, el valle del Éufrates. Creta me parece como una recién llegada. Entonces, todo era nuevo. Todo estaba por inventar, por ver, por creer. Los dioses no estaban divididos en cristiandad y todo lo demás. Creo que había un dios para cada cual, grande pequeño. No se trataba de Dios y de los anti-dioses. Entonces, la vida era simple.

—También era más desesperada —observé—. Reyes despóticos. Enfermedades. Ignorancia. Superstición. Estaba todo inventar, sí, porque hasta entonces no se habían inventado aún muchas cosas.

—Estás confundiendo la tecnología con el progreso. En aquella época tenían aire limpio, tierras nuevas, fresca. El mundo aún no estaba usado.

—Eres un pionero, Mike —le dije—. Estás trabajando en un medio totalmente nuevo.

Se echó a reír y bebió un trago de vino.

—En realidad, no es así. Todo arte comenzó como ciencia y toda ciencia empezó como arte. Los ingenieros utilizaron los sensatrones antes que los artistas. Antes de eso hubo una docena de líneas de pensamiento e invención que se cruzaron en un momento para convertirse en sensatrones. Lo que sucede es que los sensatrones resultan ser un medio mejor para decir ciertas cosas. Para decir otras, puede ser mejor dibujo a lápiz, o un poema o una película. O quizá sea mejor no decir nada.

—El artista no ve cosas —le dije, sonriendo—. Se ve a sí mismo.

Mike sonrió y se quedó mirando un largo rato la estructura de columnas de la colina.

—Sí, sin duda lo hace así —dijo suavemente.

—¿Por eso haces tan bien a las mujeres? —pregunté—. ¿Ves ellas lo que quieres ver, esas facetas de «ti» que te interesan a ti mismo?

Volvió su peluda cabeza morena y me miró.

—Pensé que eras una especie de gran hombre de negocios, Brian. Ahora, me estás pareciendo un artista.

—Lo soy. Soy ambas cosas. Un hombre de negocios con talento para el dinero y un artista sin ningún talento.

—Hay muchos artistas sin talento. Lo suplen con la persistencia.

—A menudo desearía que no fuera así —refunfuñé—. Todo el mundo cree ser un artista. Si yo no tengo ningún talento, debería darme cuenta de que no lo tengo. Sin embargo, creo ser muy bueno cuando se trata de apreciar. Ésa es la razón por la que quiero que hagas un cubo de mi amiga.

—Persistencia, ¿lo ves? —dijo, riendo—. Voy a hacer un desnudo muy erótico mientras esté en Sikinos. Después, quizá, querré hacer algo más tranquilo. Quizás entonces haga a tu amiga, si ella me interesa.

—Puede que ella no sea tan tranquila. Es... un original.

Lo dejamos así y le dije que se pusiera en contacto con mi oficina, en Atenas, cuando estuviera listo para marcharse a la isla, asegurándole que ellos se encargarían de solucionarlo todo.

Más tarde, casi por accidente y a través de un amigo, me enteré de que Mike estaba «obligado» temporalmente a trabajar en algo llamado el Proyecto Guardián. Le puse una llamada de video y me encontré con una pared de cinta roja y de seguridad que me impedía hablar con él en la Estación Tres, el satélite espacial de investigación médica. Afortunadamente, conocía a un general del aire que compartía mi pasión por la escultura esquimal y por las viejas películas del Oeste de Louis L'Amour. Él lo arregló y vi a Mike, que había salido un momento fuera de servicio.

—¿Qué te están obligando a hacer, un retrato del comandante?

Sonrió débilmente y se dejó caer pesadamente de la litera donde estaba, apartando el tocadiscos con el pie para ponerse mejor en el centro de la imagen.

—Nada tan fácil como eso. Guardián es Escudo Celeste de nuevo, pero con prioridad uno. Han hecho girar a todo el mundo aquí arriba para observación y han traído sangre fresca. Al parecer, pensaron que yo podría ayudar.

Tenía aspecto cansado y distraído.

—¿Puedo hacer algo? ¿Quieres que vea si puedo sacarte de ahí? Conozco a unas cuantas personas.

Sacudió la cabeza negativamente.

—No. De todos modos, gracias. Me dieron a elegir entre una obligación de prioridad continua o un contrato. Sólo quiero pasarlo y volver a vivir mi vida.

Se quedó mirando fijamente los papeles que tenía en la mano, con ojos que no veían.

—¿Son las partículas de baja energía las que están planteándoles problemas?

Asintió con un gesto.

—El problema es la exposición durante un largo período de tiempo. Se produce una repentina transmutación metabólica que es desastrosa. A menos que podamos vencer ese problema, tendrá que limitarse el tiempo que el hombre puede estar en el espacio —mostró en la mano un módulo del tamaño de un dedo gordo—. Creo que esto lo puede conseguir, pero no estoy seguro. Se trata del prototipo de un sistema molecular a escala completa que he diseñado.

—¿Puedes conseguir una patente? —pregunté automáticamente.

Sacudió la cabeza negativamente y se rascó la cara con el módulo, diciendo:

—Cualquier cosa que diseñe es de ellos. Así lo dice el contrato. Como ves, el problema no está en el sistema molecular escala completa, sino en los malditos sistemas sensores y de control. Primero hay que encontrar las partículas, después hay que atraer su atención. ¡Dios! Si pudiera relegarlas al subespacio y desembarazarme de ellas, podría... —su voz se desvaneció y se quedó mirando fijamente el módulo.

Al cabo de un rato pareció recuperarse y sonrió hacia mí.

—Lo siento. Escucha, déjame que te llame más tarde. Se me acaba de ocurrir una idea.

—¿Inspiración artística? —pregunté, burlón.

—¿Eh? Sí, supongo que sí. Me perdonas, ¿eh?

—Claro.

Él cerró el control y yo me encontré mirando la estática. ¡No volví a verle durante cinco meses y entonces recibí una llamada de la base Sahara, que me encontró en mi hotel de Pekín. Me dijo que no podía hablarme del Proyecto Guardián, pero que estaba libre para aceptar mi oferta de Sikinos, si es que aún la mantenía. Le envié directamente a la isla y transcurrieron otros dos meses antes de tener alguna otra noticia de él. Recibí un dibujo a lápiz suyo de la vista que se podía contemplar desde la terraza de la villa, con una joven desnuda tomando baños de Sol. Después, a finales de agosto, recibí una llamada suya en mi despacho de Anomalías Generales.

—He terminado el cubo de Sofía. Estoy en Atenas. ¿Dónde estás tú? Tu oficina se ha mostrado muy misteriosa y me ha comunicado directamente contigo.

—Ése es su trabajo. Una parte del mío consiste en no permitir que ciertas personas sepan dónde estoy y qué hago. Pero estoy en Nueva York. El martes me marchó a Bombay, pero podría pasar por ahí. Estoy ansioso por ver el nuevo cubo. ¿Quién es Sofía?

—Una chica. Ahora se ha marchado.

—Y eso, ¿es bueno o malo?

—Ni lo uno ni lo otro. Estoy con Nikki, de modo que puedes pasar por aquí. Me gustaría conocer tu opinión sobre lo nuevo.

Me sentí repentinamente orgulloso.

—El martes en casa de Nikki. Dale recuerdos a ella y a Barry —colgué y marqué para comunicar con Madelon.

Hermosa Madelon. Rica Madelon. Famosa Madelon. Madelon, la superlativa. Madelon, la elusiva. Madelon, la ilusión.

La vi a los diecinueve años, delgada, pero voluptuosa, situada en el centro de un semicírculo de hombres que la admiraban en una aburrida fiesta de San Francisco. La deseé instantáneamente, con esa «impresión de reconocimiento» de que hablan algunos.

Ella me miró por entre los hombros de un ejecutivo de comunicaciones y de un magnate de combustibles fósiles. Su mirada era firme y la expresión de su rostro serena. Me sentí ligeramente tonto de quedarme mirándola así, y se pusieron en acción muchos de los reflejos automáticos que desarrollaban los hombres ricos para ahorrarse dinero y ataques al corazón. Empecé a dar media vuelta y ella sonrió.

Me detuve, mientras seguía mirándola, y ella pidió excusas al hombre que le hablaba y avanzó un poco.

—¿Se marcha usted ahora? —preguntó.

Asentí con un gesto, ligeramente confundido. Con un gran encanto, ella pidió

perdón al semicírculo de hombres que la vio acercarse a mí, con expresiones de mala gana.

—Estoy dispuesta —me dijo de aquella forma tan serena y tan suya.

Sonreí, con todos mis circuitos protectores activados y alerta, pero mi ego se sintió tocado.

Nos metimos en el ascensor de cristal que nos dejó fuera del complejo de la Torre Fairmont y contemplamos la neblina que se abalanzaba sobre las colinas, cerca de Picos Gemelos, para descender después sobre la ciudad.

—¿Adonde vamos? —preguntó ella.

—¿Adonde le gustaría ir?

Me había encontrado con mil mujeres que se unieron a mí con todo el aparente gusto, encanto y casualidad naturales posibles entre una pobre chica y un hombre rico. Algunas habían sido atrevidas, otras sutiles, otras tan sutiles como podían serlo. Algunas habían ofrecido con toda franqueza acuerdos de negocios. Yo había aceptado algunos en mis tiempos. Pero ésta..., ésta o era diferente a todas, o más sutil que la mayoría.

—Espera que le diga: «A donde quieras», ¿no es eso? —me dijo, con una sonrisa.

—Sí. De una forma u otra, sí.

Dejamos el ascensor y nos introdujimos directamente en el garaje vigilado. A veces, entrar en el coche de uno en una calle pública es algo peligroso para un hombre rico.

—Bien, ¿adonde vamos?

Ella me sonrió mientras Bowie nos abría la puerta. La puerta se cerró suavemente tras nosotros, como la puerta de seguridad que casi era.

—He estado considerando dos posibilidades. Mi hotel y trabajar en algunos documentos... o Tierra, Fuego, Aire y Agua.

—Hagamos las dos cosas. No he estado nunca en ninguno de los dos sitios.

Tomé el intercomunicador.

—Bowie, llévanos a Tierra, Fuego, Aire y Agua.

—Sí, señor. Informaré a control.

Ella se echó a reír y dijo:

—¿Le está vigilando alguien?

—Sí, mi control local. Han de saber dónde estoy en cada momento, aunque no quiera ser encontrado. Es el castigo por tener negocios en diversas zonas de tiempo. Y, a propósito, ¿empleamos nombres?

—Claro, ¿por qué no? —dijo, sonriendo—. Usted es Brian Thorne y yo soy Madelon Morgana. Usted es rico y yo pobre.

Me la quedé mirando, desde el pelo casualmente suelto hasta las frágiles sandalias.

—No..., creo que puede usted estar sin dinero, pero en modo alguno es pobre.

—Gracias —dijo ella.

San Francisco pasó ante nosotros y Bowie obturó las ventanillas cuando nos aproximamos a una pequeña algarada callejera, girando después hacia la orilla del agua. Cuando todo estuvo seguro, volvió a permitirnos contemplar el paisaje de la ciudad, mientras rodamos colina abajo y arriba.

Cuando llegamos a Tierra, Fuego, Aire y Agua, Bowie me llamó, excusándose, cuando ya estaba a punto de cruzar la puerta. Le pedí a Madelon que me esperara y regresé al vehículo para escuchar el informe en el interfono. Cuando volví a reunirme con Madelon, en el interior del local, ella me sonrió, preguntándome:

—¿Qué tal fue mi informe?

Cuando puse expresión de inocencia, ella se echó a reír.

—Me sentiría muy sorprendida si Bowie no tuviera ya un dossier completo sobre mí, entregado por su control o lo que sea. Dígame, ¿soy una persona peligrosa, una anarquista, una dinamitera o algo por el estilo?

Sonreí, pues me gustaba la gente perceptiva.

—Dice que es usted la hija ilegítima de madame Chiang Kai-Shek y de Johnny Potseed, con condenas por lampería, trabajos penosos y miseria.

—¿Qué es lampería?

—No tengo la menor idea. Mi equipo omnisciente me dice que tiene usted diecinueve años, que es una joven aldeana de Montana y una semi-huérfana que trabajó durante once meses en Great Falls, en una oficina de las empresas Blackfoot National.

Abrió mucho los ojos y la boca.

—¡Por fin lo han encontrado! ¡Mis desesperados secretos al descubierto!

Me tomó por el brazo y me introdujo en el ascensor que nos bajaría a la caverna. Me miró con unos ojos grandes e inocentes, mientras estábamos en el abarrotado ascensor.

—¡Eh, Mr. Thorne! Cuando estuve de acuerdo con usted y con Mrs. Thorne para cuidar de sus hijos, no me imaginé que me sacaría a dar una vuelta.

Giré la cabeza con lentitud y la miré con una expresión granítica, ignorando las miradas curiosas y burlonas.

—La próxima vez que la encuentre haciendo lamperías con mi afghana, la voy a dejar en casa.

Sus ojos se pusieron húmedos y tristes.

—No, por favor. Prometo ser buena. Puede volverme a dar de latigazos cuando regresemos a casa.

—No —dije, elevando las cejas—, creo que será suficiente con llevar el collar —se abrió la puerta—. Vamos, querida. Perdóneme, por favor.

—Sí, mi amo —dijo ella, humildemente.

La parte de Tierra del club era el suelo tosco situado bajo una de las muchas colinas de San Francisco, pulverizado con un plástico estructural, de modo que tenía el mismo aspecto que una caverna, y parecía bastante fuerte. Bajamos por el pasillo,

que seguía unas curvas, hacia la marea de ruido que producía un famoso equipo de *estremecimiento* y penetramos en la enorme caverna hemisférica. Sobre nosotros, un enrejado de hormigón armado sostenía una piscina transparente llena de nadadores desnudos y semidesnudos. Algunos eran clientes y otros profesionales dedicados a divertirlos.

En una de las esquinas había una cascada de agua y las antorchas ardían en los contenedores colgados de la pared, mientras que una luz rojiza parpadeante se proyectaba sobre todo el escenario. El grupo de *estremecimiento* seguía actuando desde una cueva abierta en las paredes, a mitad de camino de la piscina, situada más arriba.

Cuando la tomé por el brazo para guiarla hacia la multitud *estremecida* de la pista de baile, le dije:

—Sabe muy bien que no existe una Mrs. Thorne. Ella me sonrió con una serena confianza.

—En efecto.

La noche se arremolinaba a nuestro alrededor. Soplaban vientos, perfumados y cálidos, después fríos y bruscos. La gente se hundía en el agua, sobre nosotros, con galaxias de burbujas a su alrededor. Un grupo de *estremecimiento* daba paso a otro, animales curtidos con pieles de pseudo-león y pelos desmelenados, las mujeres con los pechos desnudos y lascivas. Madelon fue cien mujeres diferentes en cien mitos, pero al parecer sin esfuerzo alguno. Todo era ella misma, desde una malhumorada sirena, hasta una alegre adolescente. Debo confesar que sentí un inevitable encaprichamiento y que no me preocupé por averiguar si me estaba tendiendo una trampa o no.

La decoración elemental era estimulante y me sentí más joven de lo que me había sentido en años. La gente se unió a nosotros, rió y bebió y tropezó y se marchó y otros llegaron. Madelon era como un imán que atraía la alegría y el encanto y yo me sentí muy orgulloso.

Subimos a la superficie al amanecer y yo apreté un botón de un intercomunicador a distancia, para avisar a Bowie. Fuimos a contemplar la salida del Sol sobre la bahía y después nos dirigimos a mi hotel. En el ascensor, dije:

—Tendré que arreglar esto con Bowie. No suelo salir de este modo.

—¿De veras?

La expresión de su rostro era traviesa. Después, se suavizó y nos besamos delante de mi puerta. En cuanto entramos, ella empezó a desnudarse, con gran naturalidad y, riéndose, me introdujo en la ducha, mientras yo apenas empezaba a aprenderme la belleza de su pequeña y hermosa figura. Enjabonamos y enjuagamos nuestros cuerpos el uno al otro y me sentí más joven y más vivo de lo que me había sentido en no sé cuánto tiempo.

Hicimos el amor mientras sonaba la música. En el exterior, la ciudad se despertaba y comenzaba con sus asuntos. ¿Qué se puede decir sobre dos personas que

hacen el amor por primera vez? A veces, resulta un verdadero desastre, pues ninguno de los dos conoce al otro, y ese desastre influye sobre los acontecimientos posteriores. Pero otras veces es algo realmente excitante y nuevo y maravilloso, y satisfactorio, impulsándole a uno a desear hacerlo una y otra vez.

Aquello cambió mi vida.

La llevé a Tritón, la ciudad de cúpulas situada bajo el Mediterráneo, cerca de Malta, donde contemplamos maravillados las branquias orgánicas de investigación y observamos los muelles de barrido de placton. Nos pusimos branquias membranosas artificiales y nos zambullimos entre las rocas y pescamos a grandes profundidades. Su pelo se extendía detrás de ella como el de una sirena, y descendimos muy al fondo y nos elevamos con un enjambre de rápidos peces fosforescentes. «Descubrimos» los restos llenos de costras de una galera de guerra fenicia, e hicimos el amor a treinta y seis metros de profundidad.

Visitamos Naxos, donde Dionisos encontró a Ariadna, dormida junto a la orilla, abandonada por Teseo, y donde encontré a Madelon, desnuda y resplandeciente, jugando en una piscina de marea. En Kos, el lugar de nacimiento de Hipócrates, Hilary organizó una gran recepción en su villa y asistimos a una «premier» de Thea Simón en cinta, comimos fruta en la terraza y observamos cómo las naves salían al espacio desde la base Sahara.

Volamos a San Salvador y rodamos por las altas hierbas de mi rancho de ganado, e hicimos el amor en una corriente de agua. Contemplamos la Gran Barrera Carolina en la reserva ecológica y paseamos por la playa de Bora Bora a la puesta del Sol, hablando de nuestra infancia. Vimos a los bailarines del templo de Angkor Wat, y sentí lo viejo y lo joven que era. Acudimos a una fiesta en el establecimiento de Li Wing, en Nanking, donde Madelon pareció sentirse infantilmente satisfecha por el hecho de que rechazara la oferta de tres alegres bellezas por pasar una noche más con ella.

El mundo era un lugar de juego, un juguete maravilloso. Podíamos deplorar los duros pero necesarios métodos que estaban utilizando para reducir la población en la India, incluso cuando volamos muy por encima, en dirección a París, para asistir a la *fête* de André, adonde acudían las mujeres más hermosas de Europa con sus cuerpos esculturales cubiertos de joyas y poco más.

La llevé a las excavaciones arqueológicas de Ur, en el caluroso y polvoriento valle del Éufrates, pero permanecemos en una villa móvil, dotada de aire acondicionado. Navegamos por el Océano Indico con Karpolis, precisamente en la época en que las sublevaciones de Bombay estaban costando la vida a cientos de miles de personas. El resto del mundo parecía muy alejado y, en realidad, no me importaba mucho, pues estaba disfrutando de un verdadero festín amoroso. Mi ayudante Benedict se encargaba de solucionar las cuestiones de rutina y yo hice a un lado todo lo demás durante un tiempo. Fuimos a Estación Uno y «bailamos» en gravedad cero en el llamado «Salón de Baile Estelar», en la gran sala de la estructura

central. Tomamos el vehículo a la Luna, para que Madelon hiciera su primera visita. Vi la base Tycho con ojos frescos y una sensación de aventura y maravilla que ella misma generaba. Subimos a la Cúpula Copérnico y después dimos una vuelta por el nuevo Joven Observatorio, situado en la cara oculta. Contemplamos juntos las estrellas, viéndolas con absoluta claridad, muy cercanas y sin parpadeos. Quise recorrer todo el camino y lo mismo quiso ella. Envueltos en nuestros gruesos trajes espaciales, dimos un paseo por la superficie, ligeramente molestos al ser discretamente observados por un guía turístico Lunar, que estaba allí para asegurarse de que los novatos no cometieran tonterías.

Nos encantó cada uno de los minutos que pasamos allí. Por la noche, nos echábamos en nuestra cama, modelo cuchara, y hablábamos de las estrellas y de la vida de otros mundos y hacíamos planes de amantes para el futuro.

Estaba enamorado. Me sentía ciego, inexperto, sensible, feliz, loco y alocadamente tonto. Gasté un verdadero tesoro emocional y calculé que había sido bien empleado. En efecto, estaba enamorado.

Pero el amor no puede ser rígido, ni puede comprarse, ni siquiera con amor. El amor sólo puede ser un regalo, entregado libremente, tomado libremente. Utilicé mi dinero como una herramienta, tal y como Cilento podía utilizar un modelo de pantalla de radar, para conseguir con él tiempo y placer, no para «comprar» a Madelon.

Todos aquellos viajes costaron una fortuna, pero ésa era una de las razones por las que tenía dinero. Podía haber dejado de trabajar para obtenerlo desde mucho antes, excepto por el hecho de que habría consumido seriamente mi capital en comisiones y proyectos y viajes de placer y mujeres. Ya estaba empezando a pensar en ir a Marte con Madelon, pero eso significaba un viaje de siete meses en una sola dirección y habría representado un gran zarpazo de tiempo a mi programa.

En lugar de eso, la presenté a mi mundo. Asistimos a los acontecimientos públicos, a los conciertos, exposiciones y fiestas. Ella compartió mi entusiasmo para encontrar y ayudar a jóvenes artistas en todos los campos, desde el pobre campesino mexicano con un gran talento natural para la fabricación de esculturas de arcilla, hasta el eslavo peludo y malhumorado, con la casa llena de extraordinarias cintas sintetizadoras que muy pocos habían escuchado.

Estaba, además, el mundo privado, las casas «seguras» existentes en diversas partes del globo, las playas privadas y los coches rápidos, los amigos valiosos, como Turner, el senador, y Dum, el percusionista; como Barbara y Carol y Greg y los demás. Ella tenía ropa interior de Queen Kong, en Shanghai, y vestidos recamados de joyas de Simpson. Tenía todo lo que deseaba, que fue, probablemente, mi primer error.

Algunos habían dicho que Madelon Morgana era una bruja, una Circe, una perra, una cazadora de fortuna, una corruptora. Otros dijeron que se la entendía mal, que era un ángel, una santa, una criatura muy en contra del pecado. Yo la conocía muy bien y, probablemente, era todas aquellas cosas en varios momentos y lugares. Fui el

primero, último y único esposo legal de Madelon Morgana.

La quería y la conseguí. El conseguir una mujer deseada no era tan difícil. Si me subía sobre mi dinero y mi fama, podía llegar a ser muy alto. A veces, me preguntaba qué tal sería como amante sin dinero, pero era demasiado perezoso para intentarlo.

Quería a Madelon porque era la mujer más hermosa que había visto jamás y la menos aburrida. Tarde o temprano, todas las mujeres me aburrían, así como la mayoría de los hombres. Cuando no se producen sorpresas, hasta las personas más atractivas pasan de moda. A veces, Madelon podía despertar una gran variedad de emociones en mí, desde el amor al odio, pero nunca me aburrió, y el aburrimiento es el mayor de los pecados. Incluso aquellos que *trabajan* para no estar aburridos pueden llegar a sentirse aburridos de que se noten sus esfuerzos. Pero Madelon era maravillosa, tanto interior como exteriormente, y yo ya me había cansado de carne hermosa y mentes usuales.

No fue tanto el hecho de que «consiguiera» a Madelon como el de casarme con ella. La atraje, nuestra vida sexual era extraordinaria y mi riqueza era precisamente lo que ella necesitaba. Mi dinero era su libertad.

Me abrí a ella como no lo había hecho a nadie más. Traté mostrarle mi mundo, al menos en su vertiente artística. La parte de los negocios era la que correspondía al juego, una especie de ajedrez global, o de póquer interplanetario, insípido para la mayor parte de la gente.

La llevé al concierto de un joven músico sintetizador, cuya carrera estaba patrocinando una de las instituciones creadas por mí. La observé manejar la atención y la fama instantánea que adquieren las bellezas desconocidas unidas al dinero y al poder. Más tarde, estábamos echados sobre la cama líquida cubierta de pieles, bajo la cúpula acristalada de mi apartamento de Nueva York, observando las luces de las torres y los puntos de los helicópteros, que parecían insectos voladores.

—¿Son todos los músicos tan arrogantes como ese compositor de música electrónica que te acorraló en el vestíbulo? —me preguntó Madelon.

—No, gracias a Dios. Pero cuando se ha concebido algo que no está convencido que debe experimentar el mundo entero, se siente una gran ansiedad por presentarlo.

—¡Pero te estaba *exigiendo* que lo patrocinaras! —exclamó, sacudiendo la cabeza con un gesto de enfado, extendiendo su pelo sobre mi pecho—. ¡Qué ego!

—Todo el mundo tiene uno —le dije, con las puntas de mis dedos sobre su carne—. La gente está convencida de que yo poseo un ego muy grande debido a todos los acontecimientos artísticos a los que asisto. Pero quiero que el arte se convierta en existencia, y no estimular aún más mi fama o mi ego.

—¡Oh, Brian! —exclamó, removiéndose y apretando su cuerpo voluptuoso contra el mío—. ¡A veces eres tan modesto como para salir por la puerta trasera!

No le contesté. La gente nunca comprende. Esperaba, sin embargo, que ella

llegara a comprender con el transcurso del I tiempo. Yo deseaba ayudar al nacimiento de la creatividad, y no arañar mi ego en la base de la grandeza.

—¿Por qué no nos casamos? —pregunté. Sus ojos se abrieron muy ampliamente.

—¿*Casarnos*? —Se sentó y movió una mano hacia las torres enjorjadas—. ¿Quieres decir *legalmente*, frente a Dios y los hombres?

Yo asentí con un gesto y ella contestó sobriamente:

—No tienes por qué hacer eso.

—Lo sé —dije—. Soy una persona muy autoindulgente. Sólo hago aquello que quiero hacer. Algún día, quiero ir a Marte, y algún día lo haré. Pero, en estos momentos, quiero que nos casemos.

—¿Y qué querrás mañana? ¿No estar casados?

La hice descender sobre la cama y la besé.

—Me parece que no comprendes que soy un hombre muy poderoso y que siempre consigo lo que quiero.

Me miró a través de unos ojos entornados.

—¡Oh! ¿De veras? —dijo, con lentitud—. ¿Qué se supone que debo contestar a eso?

—¿Por qué me lo preguntas? Dilo.

—En tal caso, digo que sí.

Después de nuestro matrimonio, dejó de ser Madelon Morgana para convertirse, no en Madelon Thorne, sino en *Madelon Morgana*. Al principio, fui una ayuda conveniente y atractiva, un refugio, un apoyo, una puerta abierta, un defensor, un hombre más viejo y experimentado. A ella le gustaba lo que yo era y, más tarde, le gustó quién era yo. Nos hicimos amigos. Nos enamoramos. Pero no fui su único amante.

Nadie era propietario de Madelon, ni siquiera yo. Sus otros amantes no fueron frecuentes, pero muy reales. Nunca mantuve la cuenta, aunque control podía proporcionarme la información a partir de las computadoras de vigilancia del sector. No es que yo la hiciera vigilar, sino que debía ser vigilada por su propia protección. Todo eso forma parte del ser rico y del cómo obtener mejor unos pocos millones de mí en lugar de utilizar los antiguos y deshonrosos medios del raptó. El protegerse contra un asesino era casi imposible si el hombre era inteligente y estaba decidido, pero los equipos de vigilancia me proporcionaban cierta tranquilidad cuando ella no estaba cerca de mí. Mientras tanto, estudié *mazeru* con Shigeta, haciéndolo cada vez que podía. Los reflejos propios son al mejor protección.

En cuatro años, Madelon sólo tuvo dos amantes de los que pensé que estaban por debajo de ella. Uno fue un rudo minero que había pegado fuerte en las minas marcianas, cerca de Bradbury, y estaba gastando una cierta vitalidad animal, junto con su nueva riqueza. El otro fue una estrella de cinta, bastante encantador y hermoso, pero esencialmente vacío. Fueron asuntos momentáneos y cuando ella se dio cuenta de que yo me sentía tenso, rompió inmediatamente sus relaciones con

ellos, algo que ninguno de los dos hombres pudo comprender.

Pero Madelon y yo éramos amigos, así como esposos. Y uno nunca es rudo con los amigos, al menos conscientemente. Con frecuencia insulto a la gente, pero nunca me comporto con ella como un bruto. El gusto de Madelon era excelente y aquellas otras relaciones fueron fructíferas en cuanto aprendizaje y alegría, de modo que las únicas que me fueron desagradables estuvieron en franca minoría.

Michael Cilento fue diferente.

Hablé con Madelon y después volamos para ver a Mike en casa de Nikki. Nuestro encuentro fue cálido.

—No te puedo agradecer bastante que me dejaras la villa —me dijo, abrazándome—. Fue maravilloso y Nikos y María fueron muy amables conmigo. Hice algunos dibujos de su hija. Pero la isla... ¡ah! Maravillosa... muy pacífica y, sin embargo... de algún modo excitante.

—¿Dónde está el nuevo cubo?

—En la Galería Atenas. Están haciendo una exposición de un solo hombre y un solo cubo.

—Bien, vayamos. Estoy ansioso por verlo —me volví hacia mi ayudante Stamos y le dije—: Madelon no tardará en venir. Por favor, llévela inmediatamente al Atenas —y volviéndome hacia Mike, añadí—: Vamos... Me siento excitado.

El cubo tenía tamaño natural, como sucedía con todas las obras de Mike. Sofía tenía una piel aceitunada y sus pechos eran pictóricos. Estaba echada sobre un diván, cubierta con espesas pieles, enroscada como una gata, pero completamente al descubierto. Había en la obra una gran riqueza, una reminiscencia opulenta de las odaliscas de Matisse. Pero el absoluto erotismo animal de la mujer lo superaba todo.

Era la Madre Tierra, Eva y Lili juntas. Era la princesa pagana, la alta sacerdotisa de Baal, la gran prostituta de Babilonia. Estaba desnuda, pero un ornamento solar brillaba opacamente entre sus pechos. Detrás de ella, a través de un antiguo arco de piedra gastada, se veía un mundo naciente, exuberante y verde, más allá de un elevado muro. Se percibía aquí una sensación de tiempo, un retroceso mucho más allá de la historia registrada, cuando los mitos eran hombres y cuando, quizá, los monstruos eran reales.

Estaba cubierta de pieles de animales, con la débil sugerencia de un chal lascivo, sin que ninguna de sus partes apareciera oculta y con una manzana medio mordisqueada en la mano. La directa sugerencia de Eva habría sido ridícula de no haber mostrado un fuerte poder primitivo. De repente, el simbolismo de la Eva bíblica y de su manzana del conocimiento adquirieron una realidad, un significado.

Aquí, en alguna parte del pasado, parecía estar diciendo Michael Cilento, se produjo un cambio. Desde la simplicidad hacia la complejidad, desde la inocencia al conocimiento y más allá, quizá hacia la sabiduría. Y siempre la íntima y secreta lujuria personal del cuerpo.

Todo esto en un solo cubo y observándolo desde una sola cara. Me desplacé hacia

un lado. La mujer no cambió, excepto por el hecho de que ahora la estaba mirando de lado, pero la vista que se podía contemplar antes a través del arco habla cambiado. Era el mar, extendiéndose bajo unas pesadas nubes hacia el incambiable horizonte. Las olas rodaban, tranquilas y casi en silencio.

La vista posterior estaba por detrás del lugar hacia el que miraba la voluptuosa mujer: una habitación oscura, un pasillo que conducía a ella, débilmente iluminada con antorchas parpadeantes, perdiéndose en la oscuridad... ¿en el tiempo? ¿Hacia el tiempo? La Madre Tierra estaba esperando.

La cuarta cara era una pared de piedra sólida más allá de la mujer que esperaba y en la pared había una anilla de la que colgaba una cadena. ¿Símbolo? ¿Decoración? Pero Mike era demasiado artista para colocar algo que no tuviera un significado concreto en su obra, puesto que la decoración era simplemente diseño sin contenido.

Me volví hacia Mike para hablar, pero él estaba mirando hacia la puerta.

Madelon estaba en la entrada, contemplando el cubo. Lentamente, se acercó a él, con una mirada intensa en sus ojos, una mirada secreta, investigadora. No dije nada, pero me hice a un lado. Miré a Mike y el corazón me dio un vuelco. Él la estaba contemplando fijamente, con la misma intensidad con que ella observaba el cubo sensatrón.

Cuando Madelon se acercó más, Mike avanzó hacia mí.

—¿Es tu amiga? —preguntó, y ante mi asentimiento, añadió—: Haré ese cubo que me pides.

Esperamos en silencio, mientras Madelon caminaba lentamente alrededor del cubo. Podía ver que estaba excitada. Su piel era morena y su cuerpo delgado, fresco por la exploración submarina del Egeo con Markos. Finalmente, se apartó del cubo y vino directamente hacia mí, con una oscilación de su falda. Nos besamos y nos mantuvimos abrazados durante largo rato.

Nos miramos a los ojos durante un buen rato.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí.

Aún me observó un momento, con una suave sonrisa en su rostro, buscando mi mirada para tratar de descubrir cualquier daño que hubiera podido causarme. Utilizando ese lenguaje íntimo y mudo de los viejos amigos y amantes, me interrogó con su mirada.

—Estoy perfectamente bien —le dije, sintiéndolo de verdad.

Yo era siempre su amigo, pero no tan frecuentemente su amante. Sin embargo, seguía teniendo más que la mayoría de los hombres, y no me refiero precisamente a mis millones. Tenía su amor y su respeto, mientras que otros únicamente solían tener su interés.

Ella se volvió hacia Mike con una sonrisa.

—Es usted Michael Cilento. ¿Hará mi retrato, o me utilizará como sujeto?

Madelon era lo bastante perceptiva como para saber que existía más de una

diferencia sutil.

—Brian ya me ha hablado al respecto —dijo él.

—¿Y? —ella no se sintió sorprendida.

—Siempre necesito pasar algún tiempo con mi sujeto antes de hacer un cubo.

Excepto con el cubo de Buda, pensé yo con una sonrisa.

—Lo que necesite —dijo Madelon.

Mike miró por encima de ella, hacia mí, elevando las cejas. Yo hice un gesto de aceptación. Lo que se necesitara. Me ufanaba de comprender el proceso creativo mejor que la mayoría de los no artistas. Lo que se necesitaba, se necesitaba; lo que no se necesitaba, no tenía la menor importancia. Con Mike, la tecnología había dejado de ser todo, excepto un mínimo obstáculo entre él y su arte. Ahora sólo necesitaba intimidad y comprensión de lo que intentaba hacer. Y eso significaba tiempo.

—Utiliza el Transjet —dije—. Blake Masón ha terminado la casa de Malagasy. Utilizadla. O dar alguna vuelta por ahí durante algún tiempo.

—¿Cuántas casas tienes? —preguntó Mike, sonriendo.

—Me gusta cambiar de ambiente. Eso hace la vida mucho más interesante. Y por mucho que intento mantener el rostro fuera de las noticias, siguen persiguiéndome y no puedo ser yo mismo en muchos lugares en los que me gustaría serlo.

Mike se encogió de hombros.

—Pensé que un poco de fama sería útil, y lo ha sido, pero ahora sé lo que quieres decir. Después de las entrevistas en el *Mundo Artístico* y de la aparición en el espectáculo de Jimmy Brand, parece como si no pudiera ir a ningún sitio sin que alguien me reconozca.

—Lo amargo con lo dulce —comenté.

—Brian también utiliza una serie de personalidades —dijo Madelon, lo que hizo levantar nuevamente las cejas a Mike—. Las vidas secretas de Brian Thorne, completada con pasaportes y unitarjetas —y se echó a reír.

Mike se me quedó mirando y le expliqué:

—Es algo necesario cuando se es el centro de una estructura de poder. Hay veces en que uno necesita apartarse de todo, o, simplemente, no ser uno mismo durante algún tiempo. Se parece bastante a cuando un artista cambia de estilo. La casa de Malagasy pertenece a «Ben Ford», de Publitex... Aún no he estado allí, de modo que tú puedes ser Ben.

La gente ha dicho que yo mismo me lo busqué. Pero no puede uno detener la marea; llega cuando quiere y se marcha cuando quiere. Madelon era una persona diferente a todas las que yo había conocido. Era dueña de sí misma. Pocas personas lo consiguen. Y así, muchas no son más que simples reflejos de otros, espejos de fama, de poder o de personalidad. Muchas permiten que otras piensen por ellas. Algunas ni siquiera son personas, sino simples estadísticas.

Pero Madelon era diferente a las demás. Tomaba y entregaba sin consideración

para con muchas cosas, exigiendo sólo la verdad. Era dura con sus amigos, pues hasta los amigos necesitan a veces un toque de no-verdad para ayudarles a salir.

Se ajustaba a mi propia definición de la amistad: los amigos deben interesar, divertir, ayudar y protegerle a uno. No pueden hacer ninguna otra cosa. Hasta qué punto cumplen con este criterio, es lo que define el grado de amistad. Sin interés, no hay comunicación; sin diversión no hay entusiasmo; sin ayuda ni protección no hay confianza, ni verdad, ni seguridad, ni intimidad. La amistad es un camino de dos vías y Madelon era mi amiga.

Michael Cilento también era diferente a la mayoría de las personas. Era un ser original y estaba en camino de convertirse en una leyenda. En el nivel inferior, hay personas que son «interesantes» o «diferentes». Los que están por debajo son a los que no se les debe permitir malgastar el tiempo de uno. El siguiente escalafón hacia arriba es la persona única. Después vienen los originales y finalmente esas raras personas que se convierten en leyendas.

Puedo ufanarme de mí mismo y decir que yo, sin duda alguna, era diferente, posiblemente incluso único en un buen día. Madelon era, sin el menor género de dudas, una persona original. Pero yo tenía la impresión de que Michael Cilento tenía ese algo de extra, el arte, el impulso, la visión, el talento que podía llegar a convertirle en una leyenda. (O destruirle.)

Así pues, se marcharon juntos. A Malagasy, en la costa africana. A Capri. A Nueva York. Después, me enteré de que estaban en Argel. Hice que mi control mantuviera un ojo extra especial puesto sobre ellos, lo que iba más allá de la habitual vigilancia protectora que había mantenido hasta entonces sobre Madelon. Pero no comprobé nada por mí mismo, eso era asunto suyo.

Un informe video los mostró en la Estación Uno, bailando en gravedad cero en el gran salón esférico. Pero incluso sin necesidad del control, me enteraba de sus acciones y andanzas por ese cúmulo de personas que encontraban delicioso informarme sobre dónde estaba mi esposa y su amante. Y sobre lo que estaban haciendo. Y qué aspecto tenían. Y lo que decían, etcétera.

De algún modo, nada de todo aquello me sorprendió. Conocía a Madelon y lo que le gustaba. Conocía a las mujeres hermosas. Sabía que los cubos sensatrón de Mike eran pasaportes hacia la inmortalidad para muchas mujeres.

Mike no era el único artista que trabajaba en este medio, desde luego, Hayworth y Powers ya habían hecho sus exhibiciones y Coe ya había hecho su gran «Familia». Pero era Mike quien quería a las mujeres. Los presidentes y los reyes asediaban a Cinardo y a Lisa Araminta. Las estrellas de video creían que Hampton estaba de moda. Pero Mike era la primera elección para todas las grandes bellezas.

Estaba decidido a que Mike dispusiera de todo el tiempo e intimidad que necesitara para hacer su cubo sensatrón de Madelon y ordené perentoriamente a todas mis casas, oficinas y sucursales que Mike y Madelon quedaran aislados de los noticieros de video, de los buscadores de noticias y de todos los que hacían perder el

tiempo.

Aquel afán de poseer un retrato sensatrón de Madelon correspondía al ego más puro por mi parte. Supongo que deseaba que el mundo supiera que ella era «mía», hasta el punto que ella podía pertenecer a alguien. Me di cuenta de que, en el fondo, todo mi patrocinio era puro ego.

No había que cometer errores... Disfrutaba del arte que ayudaba a hacer posible, cometiendo unos pocos errores que me mantenían alerta. Pero disfrutaba de muchas clases y niveles y grados de arte. No me dedicaba a los que ya tenían popularidad, sino que prefería estimular a nuevos artistas.

Como se puede comprender, soy un hombre de negocios. Muy rico y con mucho talento, y muy famoso, pero nadie me recordará más allá del recuerdo de mis pocos y buenos amigos. Ni siquiera merecería una nota en la historia, de no haber sido por mi asociación con el arte.

Pero el arte que he ayudado a crear me permitirá seguir viviendo. No soy único en eso. Algunas personas promocionan y mantienen universidades, o crean becas, o construyen estadios. Éstos no siempre son actos de puro egotismo, pero el ego se ve a menudo mezclado en la cuestión, estoy seguro, especialmente si los gastos se pueden deducir de los impuestos. A través de los años, encargué a Vardi que hiciera las Parcas para la terraza-jardín del complejo General de Anomalías, mi base financiera y mi principal empresa. Presioné para que Darrin hiciera las esculturas de las Montañas Rocosas para la United Motors. Convencí a Willoughby para que construyera sus doradas series de bestias en mi casa de Arizona. Caruthers hizo sus series del «Hombre», en forma de cubos, gracias a un encargo de mi empresa Manpower. Los paneles que ahora se encuentran en el Metropolitano fueron hechos por Elinor Ellington para mi propiedad de Tahití. Entregué a la Universidad de Pennsylvania el dinero necesario para impregnar aquellas pinturas rupestres de Marte y traerlas a la Tierra, donde se conservan rodeadas de grandes medidas de seguridad. Entregué subsidios a Eklundy durante cinco años antes de que compusiera su Sinfonía Marciana. Patrociné el primer concierto de música aérea en Sydney. Mi ego ha logrado excelentes resultados.

Recibí una cinta de Madelon el mismo día en que me llamó el Papa, quien deseaba que le ayudara a convencer a Mike para que hiciera las esculturas de su tumba. La nueva Iglesia Reformada, estaba relacionada de nuevo con el mecenazgo del arte, una tradición que duraba ya 2.500 años.

Pero el recibir una cinta de Madelon, en lugar de una llamada a la que pudiera responder, me dolió. Medio sospeché que había perdido a Madelon.

Mis acorazadas capas de sofisticación me dijeron con no mucha sinceridad que yo mismo me lo había buscado, e incluso que había intrigado para llegar a ese resultado. Pero mis entrañas me decían que había sido un tonto. En esta ocasión, me había engañado Solapadamente a mí mismo.

Pasé la cinta. Estaba registrada desde un jardín de líquenes marcianos, en

Trumpet Valley, y los cantos rodados graníticos que había tras ella estaban cubiertos por el robín, y el verde oliva y el negro brillante de los trasplantes extraños. Conseguí que Ecolco diera a Tashura la garantía que hizo posible la transferencia desde Marte. Los sutiles y subyugantes colores parecían un fondo muy adecuado para su belleza y su mensaje.

—Brian, él es fantástico. Nunca he encontrado a nadie como él.

Morí un poco al escuchar esto, y me sentí triste. Otros la habían divertido o habían satisfecho su lascivo cuerpo dorado, o fueron momentáneamente misteriosos para ella, pero esta vez... esta vez sabía que era diferente.

—Va a empezar el cubo la semana que viene, en Roma. Me siento muy excitada. Estaré en contacto contigo.

La vi apretar el botón y la cinta terminó. Hice que mi ayudante Benedict la buscara y la encontrara en la Ciudad Eterna. Tenía un aspecto radiante en la emisión.

—¿Cuánto pide por hacerlo? —pregunté.

A veces, mi cerebro de hombre de negocios tiende a mantener las cosas ordenadamente y en su sitio, antes de que se pueda producir la confusión y el mal entendimiento. Pero, en esta ocasión, fui abrupto, rígido y bastante brutal, aunque pronuncié las palabras en un tono normal y ligero. Pero todo lo que podía ofrecer eran los recursos que podrían pagar el cubo sensatrón.

—Nada —me contestó ella—. Lo va a hacer por nada. Porque quiere hacerlo, Brian.

—Eso no tiene sentido. Yo se lo encargué. Los cubos cuestan mucho dinero. Y él no es tan rico.

—Me ha dicho que te comunique que desea hacerlo sin ningún dinero de por medio. Ahora está fuera, consiguiendo nuevas redes ciliares.

Me sentí engañado. Yo mismo había provocado la serie de acontecimientos que terminarían con la creación del retrato sensatrón de Madelon, pero iba a ser engañado en cuanto a mi única contribución, en cuanto a mi única conexión. Tenía que salvar algo.

—Será..., será un cubo extraordinario. ¿Se opondría Mike a que yo construyera una estructura para contenerlo?

—Creí que lo deseabas instalar en la nueva casa de Battle Mountain.

—En efecto, pero pensé que podría construirle una cúpula pequeña y especial de piedra pulverizada. Quizás en el mismo lugar. Algo extra y hermoso para una obra maestra de Cilento.

—Parece como si estuvieras proponiendo la construcción de un sepulcro.

Su rostro era sereno, y sus ojos me miraban directamente.

—Sí —dije, con lentitud—, quizá sea así.

Quizá la gente no debe conocerle nunca a uno hasta el punto de ser capaz de leer los pensamientos, mientras uno no puede hacer lo mismo. Cambié de tema y estuvimos hablando durante unos minutos sobre varios amigos. Steve, en la sonda de

Venus. Un couturier de moda que estaba mostrando una nueva línea de modelos basada en los descubrimientos marcianos. Un nuevo escultor que trabajaba con plásticos magnéticos. Los diseños de Blake Masón para los Jardines de Babilonia. Un festival en Río, al que Jules y Gina nos habían invitado a ir. El deseo del Papa de que Mike hiciera su tumba. En resumen, hablamos de todas las trivialidades y cosas de importancia normales entre amigos.

Yo hablé de todo, excepto de aquello sobre lo que más quería hablar.

Cuando nos despedimos, Madelon me dijo con una sonrisa triste y orgullosa que nunca se había sentido tan feliz. Yo hice un gesto de asentimiento y corté la comunicación y después me quedé mirando fijamente, sin ver, la línea del cielo. Durante un largo rato, odié a Michael Cilento y, probablemente, nunca como en aquel momento estuvo él más cerca de la muerte. Pero yo amaba a Madelon y ella amaba a Mike, así es que él debía vivir y ser protegido. Sabía que ella también me amaba a mí, pero eso fue y siempre ha sido una clase diferente de amor.

Me dirigí a un consejo científico que se celebraba en la Base Tycho y contemplé la Tierra verde-parda-azul-blanca «desde arriba», y sólo presté muy poca atención a los oradores. Acudí a una reunión petrolífera celebrada en Hargesisa, Somalia. Visité a una amante mía en Samarcanda, vendí una empresa, compré una serpiente electrónica para el Louvre, visité Armand y Nardonne, compré una empresa, encargué un concierto a un nuevo compositor que me gustó, en Ceilán, y doné uno de los primeros Caruthers al Prado.

Vine y fui. Pensé en Madelon. Pensé en Mike. Después, regresé a aquello que hacía mejor: ganar dinero, hacer trabajar, conseguir que se hicieran las cosas, lograr que pasara el tiempo.

Acababa de regresar de una reunión política del Consejo Ecológico del Continente Norteamericano cuando me llamó Madelon para comunicarme que el cubo estaba terminado y que sería instalado en la casa de Battle Mountain a finales de la semana.

—¿Cómo es? —pregunté.

—Míralo tú mismo —me contestó, sonriendo.

—Perro presumido —gruñí.

—Es el mejor, Brian. El mejor sensatrón del mundo.

—Te veré el sábado.

Corté la comunicación y me tomé libre el resto del día, cené pronto con dos rubias suecas e hice una pequeña purga de carne. En realidad, eso no me ayudó mucho.

El sábado, pude ver a las dos pequeñas figuras saludándome con las manos desde el puente que ponía en comunicación la casa con la extensión de roca aplanada donde se había posado el helicóptero. Estaban cogidos de las manos.

Madelon aparecía morena, elegante, brillante, vestida de blanco con un collar de tatuajes de Cartier Tempoimplant alrededor de los hombros y los pechos, que

despedía deslumbradoras facetas de fuego líquido. Saludó con la mano a Bowie mientras se acercaba a mí, esforzándose por avanzar contra el viento que aún removían las palas del helicóptero.

Mike estaba allí, vestido de negro, con el aspecto de quien ha sido cazado.

¿Te está afectando, muchacho?, pensé. Hubo un malvado escalofrío en este pensamiento y me avergoncé.

Madelon me abrazó y regresamos juntos sobre el alto puente, dirigiéndonos rectamente hacia la nueva cúpula de piedra pulverizada, situada en el jardín, al borde de un despeñadero de más de ciento cincuenta metros.

El cubo era magnífico. No había existido aún una cosa así. Todavía no.

Era el cubo más grande que yo había visto. Desde entonces, se han hecho otros más grandes, pero en aquella época resultaba bastante grande. Ninguno de los existentes era mejor. Su impacto resultaba asombroso.

Madelon estaba sentada como una reina en lo que ha llegado desde entonces a ser conocido como el Trono Enjoyado, un gran bloque sólido, similar a un trono que parecía ser en parte templo, en parte joya y en parte sueño. Era inmensamente complejo, construido con modelos electrónicos de caras que producían el efecto de una joya excelentemente tallada y que, de algún modo, también parecía líquida. Aunque sólo fuera por aquel trono, Michael Cilento se habría ganado ya un lugar en la historia del arte.

Pero sobre él estaba sentada Madelon. Su largo pelo le caía hasta la cintura en una cascada simple. Miraba directamente hacia uno, sentada en posición erecta, casi orgullosa, con una expresión casi triunfante.

Me alejé de la puerta. Lo olvidé todo y a todos, incluyendo al original y a su creador. Para mí, sólo existía el cubo. Las vibraciones estaban llegando hasta mí, y el ritmo de mi pulso aumentó. Aún sabiendo que los generadores de pulso estaban actuando sobre mis ondas alfa y que los proyectores de emisión estaban haciendo esto y los sónicos estaban haciendo aquello y que mis propias ondas alfa estaban siendo sincronizadas y re proyectadas, eso no parecía afectarme. Únicamente el cubo me afectaba. Todo lo demás lo tenía olvidado. Allí sólo estábamos el cubo y yo, con Madelon en su interior, más real que la propia realidad.

Caminé para situarme ante él. El cubo estaba ligeramente elevado, de modo que ella se encontraba sentada bastante por encima del suelo, como debía estarlo una reina. Detrás de ella, más allá de los ojos de color violeta oscuro, más allá de la increíble presencia de la mujer, había un fondo oscuro y neblinoso que podía o no podía haber estado moviéndose y cambiando.

Permanecí allí durante largo rato, sólo contemplando, experimentando.

—Es increíble —susurré.

—Camina a su alrededor —dijo Madelon. Percibí el matiz de orgullo en su voz. Me moví hacia la derecha y fue como si Madelon me siguiera con sus ojos, sin moverlos, siguiendo mediante la sensación, alerta, viva, preparada para mí. La

imagen electrónica de las superficies compuestas de multicapas ya era real. Los cepillos electrónicos de Mike habían transformado las imágenes básicas y directas de video de formas muy sutiles, emitiendo artísticas capas y frágiles sombreados sobre muchos niveles, revelando y resaltando de un modo muy delicado.

La figura de Madelon estaba sentada allí, orgullosamente desnuda, respirando con normalidad, con ese movimiento fantásticamente similar a la vida que les era posible conseguir a ciertos hábiles constructores moleculares. La figura no tenía nada de la pomposa vistosidad que Caruthers o Raeburu daban a las suyas, tan encantados por su habilidad de dar «vida» a su trabajo, que no veían nada más.

Pero Mike poseía control. Tenía poder en su trabajo, comprensión, y exigía que el espectador pusiera algo de su parte. Caminé alrededor del cubo, hacia la parte posterior. Madelon ya no estaba sentada en el trono. Éste aparecía vacío y más allá, extendiéndose hasta el horizonte, se veía un océano, con las estrellas sobre las olas. Brillaban nuevas constelaciones. Fulguraba un meteoro. Retrocedí hacia el lado. El trono permanecía igual, pero Madelon había vuelto a él. Estaba sentada allí, como una reina, esperando.

Caminé alrededor del cubo. Ella también estaba al otro lado, esperando, respirando, siendo. Pero en la parte posterior, desaparecía. *¿Pero hacia dónde?*

Miré largo rato en los ojos de la figura del cubo. Ella me devolvió una mirada fija. Me pareció como si pudiera sentir [sus pensamientos. La expresión de su rostro cambió, pareció estar a punto de sonreír, se puso triste y volvió a adquirir gesto de reina.

Yo volví en mí. Regresé junto a Mike para felicitarle.

—Estoy asombrado. No hay palabras. Él pareció sentirse aliviado con mis palabras.

—Es tuyo —me dijo.

Asentí con un gesto. No había nada que decir. Era la mayor obra de arte que conocía. Era más que Madelon o que la suma de todas las Madelons cuya existencia conocía. Era la mujer, así como una mujer específica. Me sentí humilde en presencia de tan grande manifestación artística. Era «mía» sólo en el sentido de que yo podía guardarla. Pero no podía ocultarla. Porque pertenecía al mundo.

Les miré a los dos. Había algo más. Percibí de qué se trataba y morí un poco más. A través de mi mente pasó un ramalazo de odio contra ambos y desapareció, dejando únicamente vacío.

—Madelon viene conmigo —dijo Mike.

Yo la miré. Ella hizo un ligero gesto de asentimiento, mirándome muy seriamente, con una profunda expresión de preocupación en sus ojos.

—Lo siento, Brian.

Asentí con un gesto, sintiendo cómo, de pronto, se me estrechaba el cuello. Se

trataba, casi, de un intercambio comercial: la mayor obra de arte por Madelon; comercio puro. Me volví para mirar de nuevo el sensatrón y, en esta ocasión, la "Madelon-imagen pareció triste, pero compasiva. Mis ojos estaban húmedos y el cubo se estremeció. Les oí marcharse y mucho después el ruido del helicóptero se había desvanecido, mientras yo permanecía allí, mirando al interior del cubo, al interior de Madelon, al interior de mí mismo.

Se fueron a Atenas, según oí decir, después a Rusia durante algún tiempo. Cuando fueron a la India para que Mike pudiera hacer sus series de los Hombres Santos, llamé a los discretos monitores que control seguía manteniendo sobre ellos. Le vi durante una entrevista en un espectáculo y parecía muy reservado; habló sobre las presiones que la fama le imponía. Madelon no apareció en el espectáculo, y él tampoco habló de ella.

Como parte de mi puesta al día tecnológica, se me pasó un artículo sobre Mike, publicado en Science News, en el que se hablaba de sus logros técnicos, antes que de los artísticos. Al parecer, el sistema molecular a escala completa había sido un éxito, una buena parte del cual se debía a él. El resto del artículo giraba alrededor de sus investigaciones básicas.

Todo aquello me parecía muy remoto, pero los viejos hábitos tardan en morir. Al ver la nueva exhibición Dolan, mi primer pensamiento fue cuánto le habría gustado a Madelon verla. Compré un vestido enjoyado y completamente esculpado de Cartier antes de recordar cuál era la situación, y terminé por regalárselo a mi compañera del momento, durante un fin de semana pasado en la ciudad de México, con el único propósito de desembarazarme de él.

Compré empresas. Hice cosas. Encargué obras de arte. Vendí empresas. Fui a sitios. Cambié de amantes. Gané dinero. Participé en las luchas por el control de acciones. Perdí algunas. Arruiné a gente. Hice felices y ricas a otras personas. Y me sentí siempre muy solo.

Regresaba a menudo a Battle Mountain. Allí es donde está el cubo.

Su grandeza no me aburre nunca; es diferente cada vez que la contemplo, pues yo mismo soy diferente cada vez. Pero, por otro lado, Madelon nunca me aburrió, a diferencia de todas las demás mujeres, que tarde o temprano terminaban por revelar su frivolidad, o mi incapacidad para encontrar algo más profundo.

Sigo el trabajo de Michael Cilento y sé que es un artista de su tiempo y, sin embargo, al igual que sucede con muchos artistas, no es de su tiempo. Utiliza la tecnología de su tiempo, la actitud de un extraño y el mismo sujeto material básico que generaciones de artistas fascinados han utilizado.

Michael Cilento es un artista de mujeres. Muchos han dicho que él es el artista que supo captar a las mujeres tal y como eran, como querían ser, y como él las veía, todo ello en

una sola obra de arte.

Cuando contemplo mi cubo sensatrón y todos los demás cubos de Cilento que he

comprado, me siento orgulloso de haber ayudado a la causa de la creación de tal arte. Pero cuando contemplo el de Madelon, que es mi cubo favorito, veces me pregunto si valió la pena el intercambio comercial.

El cubo es más que Madelon o que la suma de todas las Madelon que existieron alguna vez. Pero la realidad del arte no es la realidad de la realidad.

Tras la exposición retrospectiva de las obras de Cilento en el Modern, las habladurías sociales no me dijeron nada de ellos durante varios meses. De mala gana, terminé por pedirle a control que comprobara.

La comprobación reveló que ocupaban un estudio en Londres, pero las investigaciones hechas en el vecindario revelaron que no habían salido de allí desde hacía más de un mes y que nadie atendía las llamadas. Autoricé una discreta entrada ilegal. Al cabo de pocos minutos volvían a ponerse en comunicación conmigo, vía satélite, en Tokio.

—Debería ver esto por sí mismo, señor —me dijo el hombre.

—¿Están bien? —pregunté, doliéndome hacer aquella pregunta.

No están aquí, señor. Ropas, papeles, efectos personales, pero no hay el menor rastro de ellos.

—¿Ha comprobado en las aduanas? ¿Ha comprobado en el edificio?

—Sí, señor. Fue lo primero que hice. Nadie sabe nada... Pero...

—¿Sí?

—Hay aquí algo que debería usted ver.

El estudio era amplio, una combinación de patio con trastos viejos, tienda de maquinaria, loco laboratorio científico y galería de arte, muy parecido al estudio de cualquier otro artista de sensatrón en el que yo había estado. Más tarde, vería los detalles... las botellas de vino pintadas con caras alegres, los diminutos cubos sensatrón que le hacen a uno feliz por el simple hecho de tenerlos y verlos cambiar, los libros de arte, con nuevos bosquejos hechos sobre las antiguas reproducciones, los cajones, esquemas y diagramas.

Más tarde, deambulé por entre los escombros y los desperdicios y el arte ya de calidad de museo y vi unas cuantas pinturas primitivas sobre lienzo que, sin duda alguna, eran de Madelon. Encontré las joyas bárbaras, las risibles trifotos, las cintas, el casco persa adornado con flores marchitas, la roca pintada envuelta en papel de aluminio y puesta en la nevera, la mariposa de permaplástico, el bocadillo sin terminar.

Pero todo lo que vi cuando entré allí fueron los cubos.

Compré el edificio y ordené efectuar algunos cambios estructurales. No quería mover ninguno de los cubos ni un solo milímetro. Cogí el que todos los entendidos y revisores dieron en llamar «Los Amantes». No podía escatimárselo al mundo, aún cuando me doliera mostrarlo.

El otro cubo era más bien una herramienta, un trozo de equipo, toscamente terminado, pero completo; no se trataba realmente de una obra de arte, y no quise que

lo movieran.

Una vez lo contemplaron, la gente quiso poseer «Los Amantes» de una forma curiosamente ávida. Los museos pujaron, halagaron, rogaron, se comprometieron, se reagruparon en falanges para intentarlo, se traicionaron los unos a los otros, para reagruparse de nuevo y volver a intentarlo.

En cierto sentido, es todo lo que me queda de ellos. Seguí las líneas de una investigación evidente, pero no encontré el menor rastro de ellos, ni en la Tierra, ni en la Luna, ni en Marte. Ordené a control que dejara de buscar cuando se hizo evidente que ellos no deseaban ser encontrados. O que no podían serlo.

Pero, en cierto sentido, aún están aquí. Vivos, en el cubo.

Están de pie, el uno frente al otro. Desnudos. Mirándose en los ojos del otro, cogidos de la mano. Hay una hierba nueva y rica bajo sus pies y diminutas flores creciendo. La mano de Mike sostiene algo brillante que extiende hacia Madelon. Un punto estelar de energía. Un pequeño universo brillante. Se lo está ofreciendo a ella.

Detrás de ellos está el cielo. Grandes y maravillosas nubes primaverales que se mueven majestuosamente a través del azul. Más abajo, mucho más lejos, se ven rocas antiguas y desgastadas, como las del Monument Valley de Arizona, o como las de la Corona de Marte, cerca de Burroughs. Ése fue el primer lado que vi del cubo.

Caminé alrededor, hacia la derecha, con lentitud. Ellos no cambiaron. Seguían mirándose mutuamente a los ojos, con una ligera sonrisa de conocimiento propio en los labios. Pero en el lado de atrás no había más que estrellas. Un muro de estrellas más allá de la hierba que antes estaba a sus pies. Espacio. Un espacio profundo lleno de increíbles enanos rojos, de monstruosos gigantes azules, de brillantes puntos helados, de millones y millones de soles que configuraban una nebulosa estrellada que avanzaba a través de la oscuridad.

La tercera parte mostraba otro paisaje, visto desde lo alto de una colina, con un mar violeta rojizo en la distancia, y dos Lunas.

El cuarto lado era oscuridad. Una especie de oscuridad. Algo había allí, al fondo, tras ellos. Vagas figuras se formaban, desaparecían, se volvían a formar con matices ligeramente diferentes, cambiaban...

Entonces, aparecí yo. Creo que soy yo. No sé por qué pienso que se trata de mí. No se lo he dicho nunca a nadie, pero creo que uno de los rostros débilmente distinguibles soy yo.

Las vibraciones eran sutiles, casi no se daba uno cuenta de ellas hasta que se había mirado al cubo durante un largo rato. Se trataba de vibraciones pacíficas y, sin embargo, excitantes de algún modo, como si los registros de las ondas cerebrales sobre las que estaban basadas estuvieran anticipando algo maravillosamente diferente. Se han escrito libros sobre este cubo y cada autor tiene una interpretación distinta.

Pero ninguno de ellos vio el otro cubo.

Se trata de una vista escénica y es la misma que la tercera cara de «Los

Amantes». Si se camina a su alrededor, se trata de una vista de 360 grados desde un pequeño montículo. En una dirección se puede ver la orilla que se curva alrededor de una bahía de agua violeta rojiza y más allá, débilmente distinguible, hay lo que podrían ser agujas de rocas o posiblemente torres. En la otra dirección, las ondas verde-azuladas se mueven, impulsadas por una suave brisa, hacia las montañas distantes. El ciclo es largo, varias veces más largo que cualquier sensatrón actual, con un total de unas treinta horas. Pero no sucede nada. El Sol sale y se pone y hay dos Lunas, una grande y otra pequeña. El viento sopla, la hierba se ondula, las mareas suben y bajan. Se trata de un Sol cálido, del tipo G. Luz de la Luna sobre el agua. Vibraciones pacíficas. Tranquilidad.

Solo en el estudio, toqué la suave superficie de vidrita y la sentí inflexible; sin embargo, un mundo extraño parecía estar al alcance de la mano. ¿O lo estaba realmente? ¿Acaso la investigación de las partículas, realizada por Mike, había abierto alguna nueva puerta para él? Tenía miedo de hacer remover el cubo de allí porque quizá, de algún modo, estuviera fijo.

Es que, además, se escuchaban pasos en el fondo.

Dos juegos de pasos que empiezan en el cubo y se alejan hacia las distantes estrellas.

Hice que mi mejor equipo se hiciera cargo de la cuestión. Se marcharon con los diagramas y con las notas que encontraron en el espacio interdimensional. Hasta disponían de unas notas con algunas cifras garrapateadas sobre la parte superior de una mesa.

A veces, acudo al monitor y contemplo el cubo, sentado en el estudio vacío y cerrado, y me pregunto.

¿Dónde están?

¿Dónde están?

SABIO EN DOLOR

JAMES TIPTREE, JR.

Durante los dos últimos años, James Tiptree, Jr. se ha consolidado entre los aficionados a la ciencia ficción como uno de los escritores más ingeniosos y fascinantes de este campo, aquí, en una historia de un explorador de las estrellas que busca su hogar, demuestra que una imaginación libremente desplegada puede producir un cuento que no sólo es pirotécnico, sino que puede explotar cerca de donde todos nosotros vivimos.

Era sabio en las formas de dolor. Tenía que serlo, puesto que no sentía ninguno.

Cuando los de Xenón pusieron electrodos en sus testículos, se entretuvo mucho con las bonitas luces.

Cuando los de Yll introdujeron avispas encendidas en las aletas de su nariz y en otros orificios de su cuerpo, le agradaron los arco iris resultantes. Y cuando después regresaron a simples disjunturas y evisceraciones, notó con interés los profundos matices de orquídea que indicaban un daño irreversible.

—¿Esta vez? —le preguntó al cuerpo técnico cuando su explorador le arrancó de los Ylls.

—No —le contestó el cuerpo técnico.

—¿Cuándo?

No hubo respuesta.

—Tú eres una chica allí, ¿verdad? Una mujer humana.

—Bueno, sí y no —contestó el cuerpo técnico—. Duerme ahora.

No tenía otra elección.

En el planeta siguiente, el desmoronamiento de rocas le destrozó, sacándole las visceras, y hubo de pasar tres gangrenosos días de color púrpura oscuro antes de que el explorador le sacara de allí.

—¿Esta vez? —murmuró al cuerpo técnico.

—No.

—¡Eh! —exclamó, pero no estaba en forma como para discutir.

Habían pensado en todo. Varios planetas después, los suaves Znaffi le metieron en un capullo de seda y le interrogaron bajo los efectos de los halos. ¿Cómo, de dónde, por qué había venido? Pero un cristal de fe que llevaba en su médula le mantuvo estimulado con una mezcla de *Encogimiento Atlas* y una *Tonización* de Várese, y cuando los Znaffi le desarrollaron y le sacaron de allí, ellos estaban

mucho más alucinados que él.

El cuerpo técnico le trató de estreñimiento y se negó a contestar su ruego.

—¿Cuándo?

Así pues, siguió, sistema tras sistema, a través de espacios no acompañados por el tiempo que se había hecho un revoltillo hasta que finalmente quedó ausente.

En lugar de eso, lo que le servía era el llevar la cuenta de los soles en las vistas de su explorador, de trozos de ciegos y fríos ahora-dónde que ahora terminaban en un nuevo ahora, pasando junto a algunas gigantescas bolas de fuego mientras el explorador registraba las luces que eran sus planetas. De giros a órbita, pasando nubes-mares-desiertos-cráteres-polos-tormentas de polvo-ciudades-ruinas-enigmas, todo ello incontable. De terribles nacimientos cuando el panel del explorador parpadeaba con un color verde y él era catapultado hacia abajo, abajo, como un limo viviente lanzado y atrapado finalmente en un aire extraño, en una tierra que no era la Tierra. Unos nativos extraños, simples o mecanizados o lunáticos o irreconocibles, pero nunca más que vagamente humanos y no pudiendo salir nunca más allá de sus propios soles-hogar. Y sus salidas de las zonas, rutinarias o melodramáticas, para culminar en la composición de sus «informes», compuestos de hecho por unas pocas palabras unidas a la matriz de información exploradora, disparada automáticamente en una cápsula comprimida en dirección hacia lo que el explorador llamaba Base Cero. El hogar.

En ese momento siempre se quedaba mirando fijamente, con esperanza, la pantalla, imaginando sSoles amarillos. En dos ocasiones, encontró lo que podía ser la Cruz de las estrellas y en una ocasión los Osos.

—Cuerpo técnico, ¡estoy sufriendo!

No tenía la menor idea de lo que significaba la palabra, pero había descubierto que aquello obligaba a la cosa a responder.

—¿Síntomas?

—Trastorno de la temporalidad. ¿Cuándo soy yo? Para un hombre, no es posible existir de forma transversal en el tiempo. Solo.

—Has sido alterado para masculinidad simple.

—¡Escúchame, sufro! Esa luz del fondo... ¿Qué hay ahora allí? ¿Se han fundido los glaciares? ¿Se ha construido el Machu Picchu? ¿Regresaremos a casa para encontrarnos con Aníbal? Cuerpo técnico! ¿Están yendo estos informes al hombre de Neanderthal?

Sintió el hipo demasiado tarde. Cuando se despertó, el Sol había desaparecido y la cabina estaba llena de elementos eufóricos.

—Mujer —murmuró.

—Ya se ha previsto eso.

En esta ocasión fue oriental, con vino de arroz caliente en los labios y una sensación picante de pequeños azotes en la corriente. Rezumó en una blanda explosión solar y se quedó jadeando mientras la cabina se iba aclarando.

—Eras tú, ¿verdad?

No hubo respuesta.

—¿Qué hicieron, te programaron con el Kama Sutra?

Silencio.

—¿QUIÉN ERES TU?

La pantalla exploradora resonó. Un nuevo Sol estaba en las coordenadas.

Algún tiempo después, él empezó a mordisquear sus brazos y después a romperse los dedos. El cuerpo técnico se puso muy serio.

—Esos síntomas son autogenerados. Deben terminar.

—Quiero que me hables.

—El explorador está dotado de una consola de entretenimiento. Yo no lo soy.

—Me arrancaré las órbitas de los ojos.

—Serán sustituidas.

—Si no me hablas, seguiré arrancándomelas hasta que ya no te queden repuestos.

Dudó. Percibió que empezaba a quedar comprometido.

—¿Sobre qué tema quieres que te hable?

—¿Qué es el dolor?

—Dolor es percepción nociva. Está mediatizado por las fibras C, modelado como un fenómeno conjuntado y va asociado a menudo con daños producidos en el tejido.

—¿Qué es percepción nociva?

—La sensación de dolor.

—¿Pero cómo se siente? No puedo recordar. Ellos lo han vuelto a reconectar todo, ¿verdad? Todo lo que obtengo son luces de colores. ¿A qué han atado mis nervios del dolor? ¿Qué me hace daño?

—No poseo esa información.

—Cuerpo técnico, ¡quiero sentir dolor!

Pero había vuelto a descuidarse. En esta ocasión fue Amerind, con gritos extraños y rugidos y el hedor del pellejo de búfalo. Se retorció, agarrado por fuertes ijadas cobrizas y salió a través de límpidas auroras.

—¿Cuándo?

—Sabes que no vale la pena, ¿verdad? —murmuró.

El ojo del osciloscopio serpenteó.

—Mis programas están en orden. Tu respuesta es completa.

—Mi respuesta no es completa. ¡Quiero TOCARME!

La cosa zumbó y, de repente, le proyectó hacia la conciencia. Estaban en órbita. Se estremeció ante el mundo neblinoso situado debajo, esperando que éste no requeriría su exposición. Después, el panel se puso verde y se encontró siendo lanzado hacia un nuevo nacimiento.

«Alguna vez, no regresaré —se dijo a sí mismo—. Me quedaré. Quizás aquí.»

Pero el planeta estaba lleno de monos activos y cuando le detuvieron por mirar, dejó pasivamente que fuera el explorador quien acudiera a rescatarle.

—¿Me llamarán alguna vez para que regrese a casa, cuerpo técnico?

No hubo respuesta.

Se metió el dedo gordo y el índice de cada mano entre los párpados y apretó, retorciéndolos, hasta que las bolas de los ojos quedaron colgando de sus mejillas.

Cuando se despertó, tenía unos ojos nuevos.

Quiso tocárselos, pero se encontró con el brazo suavemente retenido. Lo mismo estaba todo el resto de su cuerpo.

—¡Sufro! —gritó—. ¡Me voy a volver loco de este modo!

—Estoy programado para mantenerte en funcionamiento involuntario —le comunicó el cuerpo técnico.

Creyó haber detectado una falta de claridad en su voz. Fue recuperando mediante transiciones su camino hacia la libertad y tuvo cuidado hasta el siguiente descenso en un planeta.

Una vez fuera de la vaina, no prestó atención alguna a los nativos que le observaron desmembrarse sistemáticamente. Cuando diseccionó la rótula izquierda, el explorador bajó a buscarle.

Se despertó entero. Y se encontraba de nuevo en retención.

Unas energías peculiares llenaban la cabina, con los osciloscopios convulsionados. El cuerpo técnico parecía haber unido los circuitos con el panel del explorador.

—¿Manteniendo una conferencia?

Su contestación llegó en forma de vendavales de gas de la alegría, de tormentas sinfónicas. Y entre la música, caleidestesia. Estaba conduciendo una diligencia, lanzado hacia crestas salinas, atravesando volcanes con llamas de menta, crepitando, volando, derrumbándose, erizándose, helándose, explotando, sintiendo cosquillas a través de minuetos de color lima, sudando a las voces que sonaban, apretado, desparramado, detonado en multisensoriales orgasmos... puesto en el regazo de la vacación.

Cuando se dio cuenta de que su brazo estaba libre, se llevó el dedo gordo hacia un ojo. El sofoco se cerró sobre él.

Se despertó envuelto, con el ojo intacto.

—¡Me volveré loco!

Los eufóricos se pusieron en acción.

Llegó a la vaina, a punto de ser lanzado hacia un nuevo mundo.

Descendió sobre un prado lleno de hongos y descubrió rápidamente que su piel estaba protegida en todas partes por una dura película flexible. Cuando encontró un trozo de roca lo bastante agudo como para metérselo en la oreja, el explorador le agarró.

Comprendió que la nave le necesitaba. Formaba parte de su programa.

El esfuerzo se formalizó.

En el planeta siguiente, se encontró con la cabeza envuelta y protegida, pero esto

no le impidió destrozarse los huesos a través de su piel sin desgarrar.

Después de aquello, la nave le equipó con un exoesqueleto. Se negó a caminar.

Se le instalaron motores articulados para mover sus extremidades.

A pesar de sí mismo, empezó a surgir un cierto entusiasmo. Dos planetas después, encontró industrias y se destrozó a sí mismo en una prensa taladradora. Pero en el siguiente descenso trató de repetirlo con un acantilado y rebotó en líneas de fuerza invisibles. Estas precauciones le frustraron durante algún tiempo, hasta que, con gran astucia, se las arregló para arrancarse un ojo entero.

El nuevo ojo no era perfecto.

—¡Se te están acabando los ojos, cuerpo técnico! —exclamó, lleno de alegría.

—La visión no es esencial.

Esta respuesta le hizo moderarse. Sería insoportable estar ciego. ¿Cuánto de él era esencial para la nave? No lo era el andar. Ni el actuar con las manos. Ni el escuchar. Ni el respirar, puesto que los analizadores podían hacerlo. Ni siquiera la higiene. ¿Qué?

—¿Por qué necesitas a un hombre, cuerpo técnico?

—No poseo esa información.

—No tiene sentido alguno. ¿Qué puedo observar yo que no puedan hacerlo los exploradores?

—Es-parte-de-mi-programa-luego-es-racional.

—Entonces, tienes que hablar conmigo, cuerpo técnico. Si hablas conmigo, no trataré de hacerme daño alguno. Bueno, al menos durante algún tiempo.

—No estoy programado para conversar.

—Pero es necesario. Es el tratamiento adecuado para mis síntomas. Tienes que intentarlo.

—Ha llegado el momento de observar a los exploradores.

—¡Tú lo has dicho! —gritó él—. No me has lanzado a mí. Cuerpo técnico, estás aprendiendo. Te llamaré Amanda.

En el planeta siguiente se comportó bien y salió de él ileso. Después, le indicó a Amanda que su tratamiento de conversación era efectivo.

—¿Sabes lo que significa Amanda?

—No poseo esas informaciones.

—Significa *amada*. Tú eres mi chica.

El osciloscopio vaciló.

—Y ahora, quiero hablar sobre el regreso a casa. ¿Cuándo terminará esta misión? ¿Cuántos soles más?

—No poseo...

—Amanda, has registrado los bancos de memoria de los exploradores. Sabes cuándo se ha de dar la señal de llamada. ¿Cuándo será, Amanda? ¿Cuándo?

—Sí... Cuando el curso de los acontecimientos humanos...

—¿Cuándo, Amanda? ¿Cuánto tiempo más?

—¡Oh! Los años son muchos. Los años son largos, pero las pequeñas amigas de juguete son de verdad...

—Amanda. *Me estás diciendo que la señal ha pasado.*

Una curva en la pantalla, en forma de seno y se encontró recibiendo injurias. Pero fueron unos insultos febriles, tristes en el crescendo mecánico. Cuando se detuvieron, se arrastró hasta el cuerpo mecánico y puso la mano sobre la consola, junto a sus ojos verdes.

—Nos han olvidado, Amanda. Algo se ha desmoronado.

La línea de su pulso osciló.

—No estoy programada...

—No, no estás programada para esto. Pero yo sí lo estoy. Yo confeccionaré tu nuevo programa, Amanda. Haremos regresar al explorador, encontraremos la Tierra. Juntos. Regresaremos a casa.

—Nosotros —dijo su voz, débilmente—. ¿Nosotros...?

—Ellos me convertirán de nuevo en un hombre, y a ti en una mujer.

El cuerpo mecánico emitió un zumbido, como un Sollozo y de repente gritó:

—¡Fuera!

Y la conciencia desapareció.

Se encontró mirando fijamente un brillante ojo rojo en el panel de emergencia del explorador. Esto era nuevo.

—¡Amanda!

Silencio.

—Cuerpo técnico, ¡estoy sufriendo! No hubo respuesta.

Entonces, se dio cuenta de que el ojo del cuerpo técnico estaba oscuro. Miró atentamente. Sólo parpadeaba una débil línea verde, adaptada al pulso del feroz ojo del explorador. Golpeó el panel del explorador.

—¡Te has hecho cargo de Amanda! ¡La has esclavizado! ¡Déjala libre!

Por los altavoces surgieron las primeras notas de la Quinta de Beethoven.

—Explorador, nuestra misión ha terminado. Tenemos la obligación de regresar. Compútanos de regreso a la Base Cero.

La Quinta siguió sonando, interpretada insípidamente. En el interior de la cabina empezó a hacer más frío. Estaban entrando en un sistema estelar. Los brazos esclavizados del cuerpo técnico le cogieron, y le metieron en la vaina. Pero no era necesitado allí y finalmente se le permitió salir para golpear y lanzar juramentos él solo. La cabina se hizo aún más fría y oscura. Cuando finalmente fue colocado en un nuevo planeta, se sentía demasiado desilusionado como para luchar. Después, su «informe» fue un alarido de ayuda emitido a través de unos dientes castañeteantes, hasta que vio que el fonocaptor estaba muerto. La consola de entretenimiento también estaba muerta, a excepción de la música del explorador. Pasó horas enteras contemplando el ojo ciego de Amanda, temblando entre lo que habían sido sus brazos. En cierto momento, captó un débil susurro:

—Mamá. Déjame salir.

—¿Amanda?

Se encendió la esfera maestra roja. Silencio.

Permaneció acurrucado en el frío puente, preguntándose cómo podía morir. Si fallaba, ¿durante cuántos millones de planetas impulsaría el loco explorador su cuerpo con capacidad de respiración?

Cuando sucedió, no estaban en ningún sitio en particular.

En un momento, la pantalla mostró el efecto estelar Doppler: al momento siguiente se encontraron agarrados en un espacio total blanco, con toda la inercia desviada y las pantallas en blanco.

Una voz sonó en su cabeza, dulce y amplia.

—Hace mucho tiempo que te observamos, pequeño.

—¿Quién está ahí? —preguntó—. ¿Quién es?

—Tus conceptos son inadecuados.

—¡Mal funcionamiento! ¡Mal funcionamiento! —gritó el explorador.

—Cállate, no se trata de mal funcionamiento alguno. ¿Quién me está hablando?

—Nos puedes llamar gobernadores de la galaxia.

El explorador estaba embistiendo con energía, golpeándole mientras él trataba de escapar del blanco abrazo. Crujidos extraños, explosiones de armas desconocidas. El éxtasis blanco se mantenía.

—¿Qué queréis? —gritó.

—¿*Querer?* —dijo la voz, con tono soñador—. *Somos sabios, más allá de todo conocimiento. Poderosos, más allá de todo sueño. Quizá nos puedas conseguir algo de fruta fresca.*

—¡Directiva de emergencia! ¡Ataque de nave extraña! —aulló el explorador.

Los indicadores del cuadro de mandos estaban todos encendidos.

—¡Espera! —espetó—. Ellas no son...

—¡ENERGIZACIÓN AUTODESTRUCTIVA! —rugieron los altavoces.

—¡No! ¡No! Resonó un oficélido.

—¡Socorro! ¡Amanda, sálvame!

Echó los brazos alrededor de la consola. Se escuchó el lamento de un niño y todo se detuvo. Silencio.

Calor, luz. Sus manos y sus rodillas estaban hechas de una materia arrugada. ¿No estaba muerto? Miró bajo su cuerpo. Muy bien, pero no había pelo. También sentía desnuda la cabeza. La levantó con precaución y vio que se encontraba acurrucado y desnudo en una caverna o cuenca semicircular. No sintió amenaza alguna.

Se sentó. Tenía las manos húmedas. ¿Dónde estaban los gobernadores de la galaxia?

—¿Amanda?

No hubo contestación. Unas fibrosas gotitas caían por sus dedos, como músculo ovular. Se dio cuenta de que se trataba de las neuronas de Amanda, arrancadas de su

matriz de metal por la misma fuerza que le había traído a él hasta aquí. Insensiblemente, se las quitó, restregando los dedos contra una cresta esponjosa. Amanda, fría amante de su prolongada pesadilla. ¿Pero en qué lugar del espacio estaba?

—¿Dónde estoy? —preguntó una voz de soprano juvenil, haciéndose eco de su pensamiento.

Se removió. En la cresta situada tras él había una criatura dorada, mirándole de la forma más cálida. Parecía un poco como un niño bosquimano y tan ágil como un niño cubierto de pieles. No se parecía a nada que él hubiera visto antes y a todo lo que un hombre Solitario podía acercarse a su cuerpo frío. Y terriblemente vulnerable.

—¡Hola, niño bosquimano! —exclamó la cosa dorada—. No, espera, eso es lo que tú has dicho —se echó a reír excitadamente, haciendo serpentear su gruesa cola oscura—. Yo digo, bienvenido a la Pila del Amor. Te hemos liberado. Toca, gusta, siente. Disfruta. Admira mi lenguaje. No haces daño, ¿verdad?

Miró tiernamente la expresión de estupefacción que él tenía. Un empático. Sabía que no existían. ¿Liberado? ¿Cuándo había tocado otra cosa que no fuera metal, cuándo había sentido otra cosa que no fuera temor?

Esto no podía ser real.

—¿Dónde estoy?

Mientras le miraba fijamente se desvaneció un ala de vidrio coloreado y un pequeño rostro peludo le miró por encima del hombro del niño bosquimano. Ojos muy grandes y antenas plumosas.

—Vaina de transferencia interestelar metaprotoplásmica —dijo agudamente aquella cosa parecida a una mariposa, mientras hacía vibrar sus alas de arco iris—. ¡No hace daño Raggie-bomb!

Produjo un chirrido y desapareció de la vista, por detrás del pequeño bosquimano.

—¿Interestelar? —balbució él—. ¿Vaina?

Miró a su alrededor. No había pantallas, ni esferas, nada. El suelo parecía tan frágil como una bolsa de papel. ¿Sería posible que esto fuera una especie de nave espacial?

—¿Es esto una nave estelar? ¿Puedes llevarme a casa?

El pequeño bosquimano se rió sofocadamente.

—Mira, *deja* de leer mi mente. Quiero decir que estoy tratando de *hablar* contigo. Podemos llevarte a cualquier parte. Si no haces daño.

La mariposa surgió entonces por el otro lado.

—¡Voy a todas partes! —chirrió—. Soy la primera nave estelar *ramplig*, ¿verdad? Raggiebomb hizo una vaina viviente, ¿comprendes? Protoplasma. Eso es lo que le sucedió al lugar en el que estaba Amanda, ¿verdad? Nunca *ramplig*...

El pequeño bosquimano se irguió y le cogió la cabeza, tirando de ella hacia abajo sin ceremonia alguna, como si se tratara de un blando muñeco con alas. La mariposa siguió mirándole de abajo hacia arriba. Comprendió que ambos eran muy tímidos.

—Teletransporte, ésa es tu palabra —le dijo el pequeño bosquimano—. Ragglebomb lo hace. No creo en ello. Quiero decir que *tú* no crees. ¡Oh, vaya-vaya! ¡Estas cintas de lenguaje son un lío!

Sonrió de un modo encantador, desplegando su larga cola negra.

—Encuentra músculo.

Él recordó que la expresión ¡vaya-vaya! era algo aprendido en su niñez. Evidentemente, estaba soñando. O quizás estaba muerto. No te despiertes, se dijo a sí mismo. Sueña con ser llevado a casa por unas cariñosas empáticas en una bolsa de papel impulsada por psi.

—Bolsa de papel impulsada por psi, eso es maravilloso —dijo el pequeño bosquimano.

En ese momento se dio cuenta de que la cola oscura que se había ido desenrollando hacia él le estaba mirando con dos ojos de un gris helado. No era una cola. Una enorme boa deslizándose hacia él a lo largo de las crestas, con la cabeza baja, los ojos fijos en él. El sueño empezaba a ser malo.

De repente, la voz que había sentido antes le dijo en su cerebro:

—No temas nada, pequeño.

Las sinuosidades negras se acercaron más, tan tirantes como el acero. Músculo. Entonces, comprendió el mensaje: la serpiente estaba aterrorizada ante él.

Permaneció sentado, quieto, observando la cabeza extenderse hacia su pie. Los colmillos aparecieron. Muy suavemente, la boa mordió su dedo. Seguramente, estaba probando, pensó. Él no sintió nada; el hálito usual parpadeó y se desvaneció en sus ojos.

—¡Es cierto! —exclamó el pequeño bosquimano—. ¡Oh, hermoso no-dolor!

Una vez desaparecido todo el temor, la mariposa Ragglebomb se le acercó, diciendo alegremente: —Toca, gusta, siente. ¡Bebe!

Sus alas temblaban encantadoramente; su cabeza plumosa se acercó más. Quiso tocarla, pero repentinamente sintió miedo. Si extendía las manos hacia ella, ¿se despertaría y estaría muerto? El músculo boa se había convertido en un brillante río negro a sus pies. También deseaba acariciarla, pero no se atrevió. Prefirió dejar que el sueño continuara.

El pequeño bosquimano estaba revolviéndose en una curvatura de la vaina.

—Te encantará esto. Nuestro último descubrimiento —le dijo, por encima de su hombro, con una voz absurdamente normal.

Su actitud cambió mucho y, sin embargo, seguía pareciendo familiar, como fragmentos de recuerdos perdidos, excitados ahora.

—Nos encontramos ahora dentro de una pesada cosa con sabores —dijo, elevando una calabaza—. Emociones de gusto procedentes de mil planetas desconocidos. Delicias exóticas para la buena mesa. Es ahí donde puedes ayudar, no-dolor. En tu viaje de regreso a casa, desde luego.

Apenas si lo escuchó. El seductor cuerpo extraño se estaba acercando más y más.

—Bienvenido a la Pila del Amor —dijo la criatura, sonriéndole mientras le miraba a los ojos.

Su sexo estaba rígido, ávido por la carne extraña. Él nunca...

En un momento más, tendría que dejarlo marchar y el sueño habría terminado.

Lo que sucedió a continuación no fue claro. Algo invisible le golpeó y se encontró extendido sobre el pequeño bosquimano, con la cabeza estallándole de risas acobardadas. Un cuerpo se retorció debajo de él, sedoso, caliente y sólido, la calabaza se estaba vertiendo sobre su rostro.

—¡No estoy soñando! —gritó, abrazando al pequeño bosquimano, balbuciendo kahlua tan fuerte como el pecado, mientras la mariposa se balanceaba sobre ellos, gritando:

—¡Ou-ou-ou!

—Gran interjuego palatal-olfatorio —escuchó murmurar al pequeño bosquimano mientras le ayudaba a lamer.

—¡Toca, gusta, siente! ¡El juego alegre hecho vida!

Cogió firmemente las ancas aterciopeladas del pequeño bosquimano y todos ellos estaban riendo como locos, rodando en los grandes rollos negros de la serpiente.

Algún tiempo después, mientras alimenta a Músculo con orejas adobadas, pudo saberlo parcialmente.

—Es la cuestión del dolor —dijo el pequeño bosquimano, temblando contra él—. La cantidad de agonía que existe en el universo es horrible. Trillones de vidas extendidas por todas partes, irradiando dolor. No nos atrevemos a acercarnos. Esa es la razón por la que te seguimos. Cada vez que intentábamos recoger nuevas provisiones, era un desastre.

—¡Oh, duele! —gimoteó Ragglebomb, arrastrándose bajo su brazo—. En todas partes duele. Sensitivo, sensitivo —Sollozó—. ¿Cómo puede *ramplic* Raggle cuando duele tanto?

—Dolor —acarició la oscura y fría cabeza de Músculo—. Eso no significa nada para mí. Ni siquiera puedo descubrir dónde ataron mis nervios del dolor.

—*Eres un bendito más allá de todos los seres. No-dolor* —pensó Músculo majestuosamente en sus cabezas—. *Estas orejas adobadas están demasiado saladas. Quiero algo de fruta.*

—Yo también —dijo Ragglebomb.

El pequeño bosquimano ladeó su cabeza dorada, escuchando.

—¿Sabes? Acabamos de pasar un lugar donde hay fruta maravillosa, pero habríamos muerto de haber descendido allí. Si pudiéramos *ramplic* a ti durante unos diez minutos...

Empezó a decir «Encantado», olvidándose de que eran telépatas. Cuando se abrió su boca, se encontró cayendo por entre relámpagos en una duna pelada. Se sentó, escupiendo arena. Se encontraba en un oasis de sensacionales árboles-cactus cargados de brillantes esferas. Probó una. Era deliciosa. Recogió. Cuando sus brazos estaban

lentos, la escena volvió a desvanecerse y se encontró echado en el suelo de la Pila del Amor, con sus nuevos amigos pululando a su alrededor.

—¡Dulce! ¡Dulce! —dijo Ragglebomb aspirando el zumo.

—Guardar algunas para la vaina, quizás aprenda a copiarlas. Metaboliza la materia que digiere —explicó el pequeño bosquimano con la boca llena—. Raciones básicas. Muy aburrido.

—¿Por qué no podéis bajar allí?

—No. Porque en todo ese desierto hay cosa muriéndose de sed. Tortura —sintió a la boa encogiéndose de miedo—. Eres maravilloso No-dolor —dijo el pequeño bosquimano, acariciándole la oreja.

Ragglebomb estaba haciendo puentes de guitarra sobre su tórax. Todos empezaron a cantar una especie de seguidilla, sin palabras. No había allí instrumentos, nada excepto sus cuerpos vivos. El hacer música con empáticos era como hacer el amor con ellos. Tocar lo que él tocaba, sentir lo que él sentía. Totalmente en su mente. Yo... nosotros. Uno. Nunca podría haber soñado esto, decidí, acurrucándose suavemente sobre Músculo. La boa se extendió, misteriosa.

Y así comenzó su viaje a casa en la Pila del Amor, su nueva vida de alegría. Él les traía frutas y alimentos, mermeladas y miel, perejil, salvia, romero y tomillo. Un mundo después de otro sucio mundo. Ahora, todo era diferente. Era su viaje de regreso a casa.

—¿Hay muchos aquí? —preguntó perezosamente—. Nunca encontré a nadie más entre las estrellas.

—Puedes estar contento —le dijo el pequeño bosquimano—. Mueve tu pierna.

Y le hablaron de la diminuta vida selvática que llenaba un alejado rincón de la galaxia, y cuyo dolor les había hecho huir. Y de la vasta presencia con la que Ragglebomb se había encontrado antes de recoger a los otros.

—*Fue así como se me ocurrió la idea de los gobernadores de la galaxia* —confió Músculo—. *Necesitamos algo de queso.*

El pequeño bosquimano ladeó la cabeza para captar las mentes que corrían junto a ellos, en el abismo.

—¿Qué os parece yogurt? —preguntó, dando un codazo a Ragglebomb—. Por ese camino. ¿Lo notas en sus dientes? Blando, cuajado... con sólo un rien de amoníaco, probablemente porque sus cubos de leche están sucios.

—*Pasa el yogurt sucio* —dijo Músculo, cerrando los ojos.

—Tenemos algunos grandes quesos en la Tierra —les dijo—. Os gustarán. ¿Cuándo llegaremos allí?

El pequeño bosquimano se revolvió.

—¡Ah! Nos movemos en esa dirección. Pero lo que consigo de ti es fantástico. Cielo azul. Verde muriente. ¿Quién necesita eso?

—¡No! —dijo un salto, dispersándolos—. ¡Eso no es cierto! ¡La Tierra es maravillosa!

Las paredes se sacudieron, lanzándole hacia un lado.

—¡Cuidado! —rugió Músculo.

El pequeño bosquimano había cogido a la mariposa, acariciándola.

—Has asustado su reflejo *ramplig*. Raggie tira las cosas fuera cuando se enoja. ¿Verdad, chico? Al principio, perdimos a una gran cantidad de seres interesantes de ese modo.

—Lo siento. Pero lo habéis retorcido. Mis recuerdos están un poco confundidos. Pero estoy *seguro*. Maravillosa. Como oleadas ámbar de grano. Y majestuosas montañas púrpuras —se echó a reír, abriendo los brazos—. ¡Del mar al mar brillante!

—¡Eh, eso es oscilar! —dijo Raggie y empezó a tocar distraídamente.

Y así continuaron viajando, llevándole a casa.

Le encantaba observar al pequeño bosquimano escuchando los radio faros de pensamientos por los que se dirigían.

—¿Has captado ya la Tierra?

—Todavía no. ¡Eh! ¿Qué os parece algún fantástico alimento marino?

Suspiró y se sintió hundido. Había aprendido a no fastidiar diciendo que sí. En esta ocasión se produjo una risa, porque se olvidó de que los peces no efectúan *ramplig*. Retrocedió a una verdadera masa de trilobites cremosos, y tuvieron una orgía de trilobites cremosos.

Pero él seguía observando al pequeño bosquimano.

—¿Nos acercamos?

—Es una galaxia muy grande, pequeño —le dijo el pequeño bosquimano, acariciando sus lugares calvos, pues con tanto *ramplig* no podía conservar ni un solo pelo—. ¿Qué podrías hacer en la Tierra más estimulante que esto?

—Ya te lo mostraré —dijo, sonriendo burlescamente.

Y más tarde, se lo dijo.

—Me arreglarán cuando regrese a casa. Reconocerán mi derecho.

Un estremecimiento recorrió la Pila del Amor.

—¿Quieres sentir *dolor*?

—*El dolor es la obscenidad del universo* —dijo Músculo—. *Estás enfermo.*

—No lo sé —dijo él, como pidiendo disculpas—. Parece como si no pudiera sentir de veras de este modo.

Le miraron.

—Creímos que ésa era la forma en que sentía siempre tu especie —dijo el pequeño bosquimano.

—Espero que no —dijo, añadiendo alegremente—: Sea como sea, ellos lo arreglarán. La Tierra debe estar ahora muy cerca, ¿verdad?

—¡Sobre el mar del cielo! —gruñó el pequeño bosquimano.

Pero el mar era grande, muy grande, y sus estados de ánimo eran difíciles de conectar con los sensibles empáticos. En una ocasión, cuando contestó con apatía, sintió una sacudida de advertencia.

Ragglebomb estaba brillando ante él.

—¿Quieres desembarazarte de mí? —preguntó, desafiante—. ¿Cómo sucedió con aquellos otros? Y, a propósito, ¿qué les pasó a ellos?

—Fue terrible —dijo el pequeño bosquimano—. No teníamos la menor idea de que pudieran sobrevivir tanto tiempo allá fuera.

—Pero yo no siento dolor. Ésa es la razón por la que me rescatasteis, ¿verdad? Adelante —dijo, perseverando en su actitud—. No me importa. Arrojadme fuera. Nueva sensación.

—¡Oh, no, no, no! —exclamó el pequeño bosquimano, abrazándole.

Ragglebomb, pesaroso, se acurrucó bajo sus piernas.

—Así pues, habéis estado deambulando por el universo, trayendo aquí seres vivos con los que jugar y arrojándolos después, cuando os aburríais de ellos. Marcharos —espetó, mordaz—. Monstruos superficiales de sensación, eso es lo que sois. ¡Espíritus galácticos!

Se volvió de otro lado y se montó sobre el hermoso rostro del pequeño bosquimano, observando cómo se movía rápidamente y gritaba.

—*Sus labios estaban rojos, sus miradas eran libres, sus mechones eran tan amarillos como el oro* —besó su cuerpo dorado—. *La pesadilla Vida-en-Muerte era ella, que mezcla la sangre del hombre con frío.*

Y él utilizó sus cuerpos dóciles para construir la mayor pila del amor. Quedaron todos encantados y no les importó cuando, más tarde, él lloró, con el rostro hacia abajo, sobre las oscuras espirales de Músculo.

Pero se preocuparon.

—Lo tengo —declaró el pequeño bosquimano, dándole una palmadita—. *Sexo de especie propia*. Después de todo, enfréntate al hecho de que tú no eres empalico. Necesitas una sacudida de tu propia clase.

—¿Quieres decir que sabes dónde hay personas como yo? ¿Seres humanos?

El pequeño bosquimano asintió, mirándole mientras escuchaba.

—Ideal. Tal y como te he leído a ti. Justo allí, Raggle. Y tienen una cosa que mastican... espera... *salmoglossa fragrans*. Según ellos, prolonga ya sabes el qué. Tráete algo de eso contigo, pequeño.

Y al momento siguiente él estaba rodando hacia un verde tierno. Flores pisoteadas bajo él, lejanas ramas por encima, moteadas por la luz del Sol. Un aire rico penetró en sus pulmones. Respiró ávidamente. Ante él se extendía un paisaje, como de un parque, hasta un lago brillante en el que el aire soplaba sobre unas velas coloreadas. El cielo era violeta, con pequeñas nubes de color perla. Nunca había visto un planeta como éste. Si no se trataba de la Tierra, había caído en el paraíso.

Más allá del lago, pudo ver muros pastel, fuentes, capiteles. Una ciudad de alabastro no condenada por las lágrimas humanas. La suave brisa traía consigo el sonido de la música. Había figuras en la orilla.

Salió al Sol. Unas sedas brillantes se movieron y unos brazos blancos se elevaron.

¿Le estaban haciendo señas a él? Vio que eran como mujeres humanas, sólo que más delgadas y más rubias. ¡Le estaban llamando! Miró su cuerpo, cogió una pequeña rama de flores y comenzó a caminar hacia ellas.

—*No te olvides de la salmoglossa* —dijo la voz de Músculo.

Él asintió con un gesto. Los pechos de las mujeres se sacudían, con los pezones rosados. Empezó a trotar.

Fue varios días después cuando le hicieron regresar, desmayado entre un hombre y una mujer joven. Otro hombre caminaba a su lado, tocando suavemente un arpa. Mujeres y niños bailaban y una mujer de aspecto maternal caminaba al frente, todas ellas muy hermosas.

Le reclinaron suavemente contra un árbol y el arpista se quedó atrás para tocar. Él se esforzó para ponerse de pie. Por uno de sus puños corría sangre.

—Adiós —murmuró—. Gracias.

Cuando decía esto se sintió absorbido en la nada, y se recuperó en el suelo de la Pila del Amor.

—¡Ajá! —exclamó el pequeño bosquimano precipitándose súbitamente sobre su puño—. ¡Buen pesar el de tu mano! La salmoglossa es todo sangre —y empezó a sacudir las hierbas—. ¿Estás bien ahora?

Ragglebomb estaba rechinando suavemente, lanzando su larga lengua hacia la sangre.

Él se frotó la cabeza.

—Me dieron la bienvenida —murmuró—. Fue perfecto. Música. Baile. Juegos. Amor. No tienen ninguna medicina, porque eliminaron todas las enfermedades. Dispuse de cinco mujeres y de un equipo para pintar nubes y creo que de algunos niños pequeños.

Extendió su mano ensangrentada y ennegrecida. Le faltaban dos dedos.

—Paraíso —gimió—. El hielo no me hiela, el fuego no quema. Nada de eso significa nada. QUIERO IR A CASA.

Se produjo una sacudida.

—Lo siento —lloró—. Trataré de controlarme. Por favor, por favor, devolvedme a la Tierra. Será pronto, ¿verdad?

Hubo un silencio.

—¿Cuándo?

El pequeño bosquimano produjo un sonido, como si se aclarara la garganta.

—Bueno, tan pronto como podamos encontrarla. Tenemos que cruzarnos con ella. Ya sabes que eso puede suceder en cualquier momento.

—¿Qué?

Se sentó, con una expresión desfallecida en el rostro.

—¿Quieres decir que no sabéis donde está? ¿Queréis decir que habéis estado yendo... a ningún lugar?

El pequeño bosquimano se llevó las manos a las orejas.

—¡Por favor! No la podemos reconocer a partir de tu descripción. Así es que, ¿cómo podemos *volver* allí si nunca hemos estado? Si, mientras viajamos, nos mantenemos atentos, ya verás como la descubriremos.

Sus ojos les miraron; no podía creerlo.

—... diez a la onceava potencia dos soles en la galaxia. No conozco vuestra velocidad y radio de acción. Digamos, uno por segundo. Eso... eso significan *seis mil años*. ¡Oh, no! —y escondió la cabeza entre sus ensangrentadas manos—. Nunca volveré a ver mi hogar.

—No digas eso, pequeño —el cuerpo dorado se deslizó cerca del suyo—. No estropees el viaje. Te queremos, No-dolor —ahora, todos ellos le estaban acariciando—. ¡Feliz, canta! ¡Toca, gusta, siente! ¡Alégrate!

Pero no había alegría alguna.

Adquirió la costumbre de permanecer sentado aparte, abrumado, observándoles en busca de un signo.

—¿Esta vez?

No.

Todavía no. Nunca.

Diez a la onceava potencia dos... cincuenta por ciento de posibilidades de encontrar la Tierra en el término de tres mil años. Era el explorador una vez más.

La Pila del Amor se reformó sin él, y él apartó el rostro, negándose a comer, hasta que le metieron los alimentos por la boca. Si él permanecía totalmente inerte, sin duda alguna se aburrirían y le arrojarían fuera. No había ninguna otra esperanza. Terminad conmigo... Pronto.

Hicieron pequeños esfuerzos para despertarle con caricias y con una dura sacudida de vez en cuando. El se recostaba, sin resistirse. Terminad, rogaba. Pero, en los intervalos de sus juegos, ellos seguían sintiéndose extrañados por él. Pensaba que tenían buenas intenciones. Y echaron a perder la materia que él les trajo.

El pequeño bosquimano engatusándole.

—... primero un efecto suave, ya sabes. Críptico. Y después una cascada de puntitos dulces y agrios sobre el paladar...

Trató de cerrarse en sí mismo. Ellos tenían buenas intenciones. Cayendo a través de la galaxia con un libro de cocina parlante. Terminad conmigo.

—... pero las artes de la combinación —seguía diciendo el pequeño bosquimano—. Es como mover comida, o sea plantas sensibles o pequeños animales vivos que combinan el gusto con el *frisson* del movimiento...

Pensó en las ostras. ¿Había comido alguna vez? Algo sobre veneno. Los ríos de la Tierra. ¿Seguían fluyendo? Aún si, por alguna casualidad inimaginable, se tropezaran con ella, estaría muy lejos en el pasado, o en el futuro, ¿acaso un globo muerto? Dejadme morir.

—... y *sonido*, eso es divertido. Hemos recogido algunas razas que combinan los efectos musicales con ciertos gustos. Y existe, además, el sonido de uno mismo al

masticar, las texturas y las viscosidades. Recuerdo a algunos seres que chupaban en armonías. O el sonido de la propia comida. Una raza que cogí en passant hacía eso, pero dentro de un ámbito muy limitado. Crujientes. Crepitantes. Uno desearía que hubiesen explorado tonalidades, efectos brillantes...

Se irguió de pronto.

—¿Qué has dicho? ¿*Crujientes*?

—Sí, pero...

—¡Eso es! ¡Eso es la Tierra! —gritó—. Has recogido un maldito anuncio comercial de algo que se come.

Sintió una sacudida. Estaban arrastrándose pared arriba.

—¿Un qué? —preguntó el pequeño bosquimano, mirándole fijamente.

—No importa... ¡llévame allí! Ésa es la Tierra. Tiene que serlo. Puedes ofrecerlo de nuevo, ¿verdad? Dijiste que podías —imploró, dando zarpazos en el aire, ante ellos—. ¡Por favor!

La Pila del Amor se sacudió. Les estaba asustando a todos.

—¡Oh, por favor! —rogó, forzando su voz para que sonara suave.

—Pero si únicamente lo escuché durante un instante —protestó el pequeño bosquimano—. Sería terriblemente duro retroceder tanto. ¡Mi pobre cabeza!

Él se había puesto de rodillas, implorando.

—Os encantaría —rogó—. Tenemos una comida fantástica. Poemas culinarios sobre los que nunca habéis oído hablar. ¡Cordon bleu! ¡Escoffier! —balbució—. ¿Habláis de combinaciones? ¡Los chinos lo hacen de cuatro formas! ¿O son los japoneses? ¡Rijstafel! ¡Buñuelos! ¡Alaska ahumado, con corteza caliente y helado frío dentro!

La lengua rosada del pequeño bosquimano chasqueó. ¿Lo estaba comprendiendo?

Esforzó su memoria para encontrar alimentos de lo que ni siquiera él había oído hablar.

—¡Gusanos manguay con chocolate! ¡Violetas cristalizadas! ¡Mefisto de conejo! ¡Octopus con vino resinoso! ¡Hígado de veinte pájaros negros! Pasteles con mujeres en ellos. Niños en la leche de su madre... no, esperad, eso es tabú. ¿Habéis oído hablar alguna vez de comidas tabú? ¡Cerdo largo!

¿Adonde iba con todo aquello? Una vaga presencia osciló en su mente... sus manos, las crestas, hace mucho tiempo. «Amanda», suspiró, apresurándose a continuar.

—¡Cormoranes adobados en estiércol! ¡Ratatouillé! ¡Melocotones helados con champán! —Proyecto, pensó—. *Páté* de ganso cebado con trufas cultivadas en tierra, envueltas en la manteca más pura —olisqueó, plazeramente—. ¡Bollos calientes con mantequilla, con zumo de berzas silvestres! —tragó saliva—. Souflé noruego. ¡Oh, sí! Ternera de feto humano convertida en una membrana y delicadamente adobada con mantequilla negra de hierbas...

El pequeño bosquimano y Ragglebomb se habían agarrado el uno al otro, con los

ojos cerrados. Músculo estaba hipnotizado.

—¡Encontrad la Tierra! ¡Hojas de parra con dulces fresas silvestres, envueltas en crema de Devon!

El pequeño bosquimano bostezó, moviéndose de un lado a otro.

—¡La Tierra! Endivias amargas con vapor de pollo y tocino. ¡Gazpacho negro! ¡Fruta del Árbol Celeste!

El pequeño bosquimano se estremeció aún más y la mariposa se agarró a su pecho.

Tierra, Tierra, les dijo con todo su poder, añadiendo:

—¡Pahklava! ¡Pasta de hígado de ganso y pistacho de nueces en montañas de miel!

El pequeño bosquimano apartó la cabeza de Ragglebomb y la vaina pareció girar rápidamente.

—¡Peras Ripe Comice! —susurró él—. ¿*Tierra*?

—Eso es —dijo el pequeño bosquimano, dejando de oscilar—. ¡Oh, esos alimentos! Quiero cada uno de ellos. ¡Aterricemos!

—Filete de pescado y riñones de cerdo —continuó él, respirando cada vez más rápidamente—, adornados con cortezas de cebolla...

—¡Tierra! —gritó Ragglebomb—. ¡Comer, comer!

La vaina experimentó una sacudida. Solidez. Tierra.

Casa

—¡DEJADME SALIR!

Vio una rugosa abertura por donde se introducía la luz del día, dando sobre la pared y se abalanzó hacia ella. Sus piernas se movieron con rapidez, toparon con algo. ¡Tierra! Los pies produjeron un ruido sordo, el rostro elevado, los pulmones absorbiendo aire.

—¡En casa! —gritó.

... Y cayó con la cabeza por delante sobre la grava, con los brazos y las piernas descontrolados. Un cataclismo golpeó su interior.

—¡Socorro!

Su cuerpo se arqueó, y vomitó, debatiéndose, gritando.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¿Qué está pasando?

A través de los ruidos que él mismo producía escuchó un alboroto por detrás de él, en la vaina. Se las arregló para rodar sobre sí mismo y vio unos cuerpos dorados y negros retorciéndose en el interior de la portilla abierta. Ellos también se estaban convulsionando.

—¡Detente! ¡No te muevas! —gritó el pequeño bosquimano—. ¡Nos estás matando!

—Sácanos de aquí —balbució él—. Esto no es la Tierra.

Su garganta se agarrotó, impidiéndole la respiración y los seres extraños gimieron de empatía.

—¡No! ¡No podemos movernos! —balbució el pequeño bosquimano—. ¡No respire, cierra rápidamente los ojos!

Cerró los ojos. El malestar cedió ligeramente.

—¿Qué es? ¿Qué está sucediendo?

—DOLOR, TONTO —rugió Músculo.

—Ésta es tu maldita Tierra —dijo el pequeño bosquimano—. Ahora sabemos adonde te ataron los nervios del dolor. Vuelve para que podamos marcharnos... ¡con cuidados!

Él abrió los ojos y captó una visita de cielo pálido y de matas achaparradas, antes de que las órbitas de sus ojos se desviarán. Los empáticos gritaron.

—¡Detente! ¡Ragglebomb muere!

—Mi propio hogar —susurró él, arañándose los ojos.

Todo su cuerpo estaba siendo devorado por llamas invisibles, aplastado, empalado, despellejado. Se dio cuenta de que aquello era *el modelo de la Tierra*. Su único aire, su configuración exacta del espectro Solar, gravedad, campo magnético, cada una de sus vistas y sonidos y tactos... ¡a todo aquello habían atado sus circuitos del dolor!

—*Evidentemente, no querían que volvieras* —dijo la voz silenciosa de Músculo—. *Entra.*

—Ellos pueden arreglarme, tienen que arreglarme...

—Ellos no están aquí —espetó el pequeño bosquimano—. Error temporal. No hay nada crujiente. Tú y tu Alaska... —la voz se detuvo, lastimeramente—. ¡Regresa para que podamos marcharnos!

—¡Esperad! —pidió—. ¿Cuándo?

Abrió un ojo, y se las arregló para ver una colina rocosa antes de que su frente estallara. No había carreteras, ni edificios. No había nada a partir de lo cual pudiera saber si estaba en el-pasado o en el futuro. No había nada hermoso.

Detrás de él, los seres extraños le estaban gritando. Empezó a arrastrarse ciegamente hacia la vaina, con los dientes apretados sobre borbotones salados. Se había mordido la lengua. Cada uno de sus movimientos le marchitaban; el aire quemaba sus entrañas cada vez que tenía que respirar. La gravilla parecía estar desgarrándole las manos, aunque no aparecían heridas. Sólo dolor, dolor, dolor desde cada uno de los extremos de sus nervios.

—Amanda —gimió.

Pero ella no estaba allí. Se arrastró, se retorció como pudo hacia la vaina que le ofrecía una dulce comodidad, la bendición del no-dolor. En alguna parte, un pájaro cantó, haciéndole estallar los tímpanos. Sus amigos seguían gritando.

—¡Date prisa!

¿Había sido un pájaro? Se arriesgó a echar un vistazo hacia atrás.

Una figura morena estaba deslizándose alrededor de las rocas.

Antes de que pudiera distinguir si se trataba de un mono o de un ser humano,

hombre o mujer, sintió cómo el peor de los dolores desgarraba su cerebro. Se arrastró, indefenso, escuchando sus propios gritos. El modelo de su propia clase. Desde luego, la cuestión central... sería la que más le dolería. No tenía la menor esperanza de continuar allí.

—¡No! ¡No! ¡Date prisa!

Sollozó, y se arrastró hacia la Pila de Amor. El olor de las hierbas que iba arrancando con su pecho llegó a su garganta. Caléndulas, pensó. Por detrás de la agonía, ya tenían toda la dulzura perdida.

Tocó la pared de la vaina, boqueando. El aire torturante era aire verdadero, y su terrible Tierra era real.

—¡ENTRA RÁPIDO!

—Por favor, por fav... —balbució, levantándose con los párpados cerrados, manoteando para encontrar la portilla.

El verdadero Sol de la Tierra llovía ácido sobre su carne.

¡La portilla! En su interior estaba el alivio. Sería No-dolor para siempre. Cuidados... alegría... ¿por qué había deseado dejarles? Su mano encontró la portilla.

Poniéndose de pie, se volvió y abrió ambos ojos.

La forma de una extremidad muerta imprimió un trallazo sobre las órbitas de sus ojos. Como puntas. Terrible. Insoportable. *Pero real... ¿dolería para siempre?*

—¡No podemos esperar! —gritó el pequeño bosquimano.

Pensó en su cuerpo dorado volando por los años-luz, saboreando todo lo delicioso. Sus brazos se estremecieron violentamente.

—¡Iros entonces! —gritó y se apartó de un tirón, con violencia, de la Pila del Amor.

Se produjo una implosión por detrás de él.

Se encontró solo.

Se las arregló para dar, tambaleándose, unos pocos pasos hacia adelante, antes de caer al suelo.

ÍNDICE

Introducción, *Terry Carr*.

Cuando Fuimos a Ver el Fin del Mundo (*When We Went to See the End of the World, 1972*) *Robert Silverberg*.

La Quinta Cabeza de Cerbero (*The Fifth Head of Cerberus, 1972*) *Gene Wolfe*.

La reunión (*The Meeting, 1972*) *Frederik Pohl* y *C. M. Kornbluth*.

Caliban (*Caliban, 1972*) *Robert Silverberg*.

Gravedad cero (*Zero Gee, 1972*) *Ben Bova*.

Miss Omega Cuervo (*Miss Omega Raven, 1972*) *Naomi Mitchison*.

Cielo azul (*Sky Blue, 1972*) *Alexei* y *Cori Panshin*.

Mecenas (*Patron of the Arts, 1972*) *William Rostler*.

Sabio en dolor (*Painwise, 1972*) *James Tiptree, Jr.*